CORAZÓN DE DRAGÓN

Javier Cortines

A la desobediencia civil

Rise, and rise again, until the lambs became lions. (Alzaos, alzaos una y otra vez, hasta que los corderos se conviertan en leones)

(Ridley Scott, Robin Hood)

I

La señora Kim se despertó rebosante de alegría. Aquella noche había soñado que una dragona descendía del cielo y, tras posarse cerca de un arroyo, depositaba un huevo gigante de color rosáceo.

--Sin duda –pensó--, daré a luz a un niño que destacará y será famoso en todo el Reino, lo que me proporcionará la admiración del pueblo y el respeto de mi marido.

Se lavó la cara con agua perfumada, se arregló el peinado y tras vestirse con su mejor *hanbok*[1] se dirigió, con un estado de excitación que no sentía desde hacía muchos años, a la alcoba donde aún dormía profundamente su consorte.

--¡Querido! ¡Querido! --gritó a Shin, que roncaba ruidosamente a pesar de la fuerte helada que había caído la noche anterior y que había penetrado por las ventanas de papel que mostraban diminutos agujeros.

Shin permanecía en la posición fetal, hundido en un sueño placentero, y feliz de no comunicarse con el mundo real. Con la palma de una mano se había tapado inconscientemente los ojos para protegerse del Sol y se había envuelto con la ropa de cama como un capullo de seda para concentrar el máximo de calor.

Kim se arrodilló en el lecho, montó sobre el cuerpo de su marido y, como una amazona, enloquecida empezó a cabalgar sobre la grupa del que no quería despertar.

--¡Despierta! ¡Despierta! No seas vago --insistió Kim--. Hoy es el día más grande de nuestras vidas. ¿Me oyes? Voy a traer al mundo a una criatura que brillará como una estrella.

Como regresando de una lejana y nebulosa región, Shin se frotó los ojos y vio el resplandeciente rostro de su mujer, que parecía haber rejuvenecido más de veinte años.

[1] *Hanbok*: kimono coreano.

--¿Qué dices? ¿Estás loca? --murmuró Shin, sin dar crédito a lo que acababan de escuchar sus oídos.

A continuación, Kim trató de tranquilizar a su marido y acariciándole el pelo le dijo:

--¡Escucha atentamente!: por fin el Cielo desea que tengamos descendencia. Ayer soñé, querido, que una dragona alada descendía planeando sobre un cielo increíblemente alto y azul. El animal trazó varios círculos por encima de las montañas de la región, sopló entre las débiles nubes blancas que se amontonaban como corderos frente a un Sol saliente, y emprendió un majestuoso vuelo hacia nuestra aldea.

Sus ojos de luz se fijaron en una pequeña laguna y en sus orillas se posó. Giró su poderosa cabeza para comprobar que estaba sola y, tras hacer un frenético movimiento con las alas, parió un enorme huevo que recibió los primeros rayos del Sol. Pasaron varios segundos y el cascarón empezó a romperse. Cuando el huevo se partió en varios pedazos, se escuchó el llanto de un niño y me desperté.

Shin estaba fascinado. Su mujer había penetrado en otro mundo y regresaba con un mensaje de algún benévolo espíritu. El hombre, aunque de joven había sido escéptico, había llegado a comprender con el paso de los años que hay cosas que se escapan a la razón humana y que la naturaleza muchas veces se manifiesta con un lenguaje con claves especiales que habla a través del viento, del río, de las aves... y que sólo algunos saben interpretar.

Clavó los ojos en la mirada de su mujer. Notó la fe que anidaba en su interior y se quedó pensativo. Se acarició la barbilla y, con una cautela extrema, aconsejó a su inquietante esposa: “No digas nada a nadie, no sea que el hechizo se rompa y los cielos nos den la espalda”.

Con el corazón palpitante y el secreto latiéndole en las sienes, Kim abandonó la casa y, con pasos rápidos y nerviosos, se dirigió al mercado de la Puerta del Sur, donde ya se habían instalado los primeros tenderetes y la gente regateaba el precio del arroz, legumbres, fruta y otras provisiones domésticas.

--¡Descuento el cincuenta por ciento a la primera mujer que compre un kilo de manzanas! --gritaba un vendedor, convencido de que esa vieja costumbre le daría suerte el resto del día.

Kim ignoró al vendedor de manzanas y se acercó al puesto de los frutos del mar. En un recipiente de barro una colonia de tortugas meditaba su cautiverio. Cerca de las tortugas, se encontraba la casa de un enorme cangrejo que escalaba un montículo de mejillones. Varios kilos de *ginseng* del mar[1] se apelotonaban sobre una alfombrilla de algas.

La mujer escogió tres peces vivos de diferentes tamaños y dos tortugas. Al vendedor de dulces le compró unos cuantos pasteles de arroz. Lanzó una mirada a una mesa poblada de cabezas de cerdos y comprendió que había llegado el momento de hacer la ofrenda.

Una lengua de fuego le lamía el pecho. Dejó el mercado agarrando la mercancía como si fuera un tesoro y atravesó de nuevo las callejuelas del pueblo de Hahoe. Tras cruzar una arboleda se encontró con el lecho de cantos rodados del río Naktón y se detuvo para respirar un poco de aire fresco.

Se descalzó para poder andar mejor entre las piedras y, como una jovencita, de salto en salto, llegó hasta el río.

Con las manos juntas en señal de plegaria, hizo varias reverencias al dios del río, y pidió a Buda por la realización de su deseo.

--¡Oh Sakyamuni, Luz de luces, conocedor del alma humana, haz que se cumpla mi sueño! --dijo para sus adentros.

Después, soltó con cuidado los peces y tortugas en el agua y depositó en la corriente fluvial los pasteles de arroz, que fueron aceptados, en su bondad infinita, por el Iluminado.

Las tortugas se deslizaron lentamente sobre los guijarros, y los peces, libres, permanecieron atolondrados por unos instantes y luego, con un rápido y brusco movimiento, desaparecieron entre las aguas heladas del río Naktón.

Kim alzó la vista y todo le pareció hermoso a su alrededor. Sentada en cuclillas y con los ojos vidriosos por el frío contemplaba el río. Voces de brisas le llamaban desde la superficie que ejercía sobre ella un poder hipnotizador que parecía surgir de las profundidades. Una ráfaga de viento le levantó el pelo dejando al descubierto una nuca blanca que mostraba de repente una extraña desnudez.

---

[1] *Ginseng* del mar: molusco de aspecto gelatinoso.

Durante unos instantes se imaginó jugando con un niño hermoso e inculcándole las más puras virtudes del confucionismo para que creciese sabio y recto como el bambú. Después hizo una pausa y tuvo miedo. ¿Y si todo fuera una ilusión?, se preguntó.

Abandonó sus temores y volvió a la roca donde había dejado sus zapatillas y gruesos calcetines de algodón que se puso apresuradamente, tras frotarse los pies para que la circulación de la sangre volviese a fluir con normalidad. En el camino de regreso se sintió más ligera y con ganas de mostrarse más amable y social con la gente de la aldea.

Pasó cerca de la carpintería y vio las horribles máscaras de madera que Park había colgado en la puerta de su casa. Un monje budista pedía con su cuenco unas monedas para el templo dos callejuelas más abajo. Un perro atemorizado estuvo a punto de ser atropellado por una carreta de bueyes. Gallinas de aspecto epiléptico atravesaban como flechas los polvorientos caminos tras una audaz escapada del corral.

Entre el bullicio matutino saludó a los rostros conocidos, fingió no haber visto a la nefasta Minfé, que, además de ser una cotilla, le habían salido unos granos horribles en la cara, y miró de reojo a un grupo de hombres que por el aspecto parecían de la vecina ciudad de Andong.

Éstos hablaban en voz baja apoyados en el mostrador del bar de Kung que no cesaba de ofrecerles *mákoli*[1].

--¡Qué horror! --pensó Kim--, beber *mákoli* por la mañana. Lo peor que le puede ocurrir a una mujer es tener un marido aficionado al alcohol. Menos mal que Shin bebe poco y cuando lo hace suele controlarse. Además, el alcohol genera impotencia. La mujer lo que necesita es un hombre que tome *ginseng*[2] y sopa de serpiente para que se porte en la cama como es debido.

Tras llegar a la conclusión de que su marido era muy fuerte porque la había cubierto a los cuarenta y seis años de edad, algo prácticamente imposible, fue a casa para comprobar cómo estaba el *ondol*[3].

---

[1] *Mákoli*: vino de arroz.
[2] *Ginseng*: tubérculo, considerado en Corea la planta de la longevidad.
[3] *Ondol*: calefacción que se hace con leña introducida en las galerías que están debajo del suelo de la casa.

Shin, acupuntor, barbero y boticario, descendiente de una familia *yanbang*[1] arruinada, ya había abierto la consulta que tenía en la propia vivienda.

Estaba sacando una muela cuando su mujer entró en la consulta sofocada y tensa como un arco que está a punto de disparar una flecha.

--¿Dónde has estado? --le preguntó Shin mientras, de un brusco movimiento arrancaba una muela indiferente al grito de dolor que emitía su pálido paciente.

--He ido a comprar unas cosas --contestó, alterada Kim, con una mirada de complicidad.

El paciente, que sangraba a borbotones, se agarraba con las dos manos al *hanbok* del médico y, en un lenguaje ininteligible, suplicaba un remedio para detener la hemorragia.

Shin le pidió que se calmase y después le ofreció un brebaje de hierbas medicinales para que se enjuagase la boca.

La víctima se aferró al vaso como si su vida estuviese en peligro y al cabo de unos segundos cesó el flujo sanguíneo. Tras sentirse aliviado, el herido escuchó las recomendaciones del doctor, quien insistió en que no tomara comidas picantes durante una semana. Con una pequeña hinchazón en la mejilla derecha, hizo una reverencia y desapareció corriendo de la estancia.

--Sanará pronto --dijo Shin a su esposa--. El frío es la mejor medicina en estos casos.

Kim le contó que había aprovechado la mañana para hacer una ofrenda a Buda y que casi se le habían congelado los pies y las manos en el río. Después, miró de reojo a su marido y sugirió que sería conveniente atender a los otros espíritus.

Shin, que se veía desbordado por las iniciativas de su mujer, asintió, aunque en el fondo continuaba siendo un incrédulo.

--De acuerdo --aprobó Shin--. Haz los preparativos que creas oportunos, pero mantén todo esto en secreto.

---

[1] *Yanbang*: nobleza.

Kim, que en los asuntos de religión siempre se salía con la suya, saboreó su nueva victoria. A continuación, fue a la sala principal de la casa y encendió unas varillas de incienso en el altar de los antepasados. Se arrodilló, tocó tres veces con la frente el suelo y comenzó su particular e iniciático soliloquio.

Cuando Kim dijo a su marido que estaba embarazada, éste recibió la noticia con gran alegría y desde aquel día, aunque seguía sin ir a los templos budistas, reflexionaba sobre el acontecimiento en un tono misterioso.

En el año del Dragón, en el mes del Dragón y a la hora del Dragón, la señora Kim dio a luz a un niño de cinco kilos, rollizo y de rostro resplandeciente, que se agarró con fuerza a los pechos de su madre, rompió a llorar e hizo un movimiento como si quisiera ponerse de pie para andar sobre la cama.

Las comadronas retiraron al niño de la madre para que ésta pudiera descansar y, tras limpiarle y enrollarle con pañales de algodón, le depositaron en una cuna de madera de pino, donde se quedó dormido como un lirón.

II

El rey Sonjo[1] acababa de subir al poder, la dinastía Ming florecía en el Imperio del Centro y los enanos de la Isla[2] se mantenían dentro de sus dominios, sin representar una amenaza a los pueblos de Choson[3].

Cuando el nuevo monarca ascendió al trono, los astrólogos de la corte le advirtieron contra la hostilidad y espíritu guerrero de los enanos de la Isla y de la necesidad de construir una flota poderosa para evitar una invasión.

El Soberano desestimó sus consejos, tachándoles de supersticiosos, y se entregó al estudio de los textos budistas y confucionistas, y a ampliar las edificaciones de su palacio de Hansong[1].

[1] Rey Sonjo (1567-1608).
[2] Enanos de la Isla: nombre con el que se referían los coreanos a los japoneses.
[3] Reino de Choson: antiguo nombre de Corea.

La primavera había llegado al Reino de Choson y los cerezos con sus flores rojiblancas se mecían en la brisa, atravesando con alas de palomas las fronteras de la ilusión y del amor adolescente.

En el aire flotaba un perfume mágico que inspiraba pensamientos elevados. La gente descansaba a la sombra de los árboles y los campesinos dormían a pierna suelta en los pabellones de bambú erigidos entre los arrozales.

Los niños corrían entre los campos de *ginseng* y las adolescentes aprovechaban los primeros días de calor para lavarse el cabello en los pozos del río Naktón o montar en los altos columpios que colgaban de los árboles, alejadas de las curiosas miradas de los jóvenes.

Atrás quedaban las espesas nevadas que prácticamente habían aislado a la aldea de Hahoe del resto del mundo y los días empezaban a ser más largos con la llegada del equinoccio de primavera.

La señora Kim paseaba orgullosa con su hijo, al que llevaba a todas partes sobre su espalda dentro de un cuévano de algodón. Aryon, arropado con el calor materno, veía desde lo alto el mundo y las estrechas callejuelas del pueblo de Hahoe, que le parecían inmensas avenidas. Balanceándose al ritmo de su progenitora contemplaba atónito los rostros de los gigantes que se cruzaban en su camino al tiempo que intentaba descifrar lenguajes que le llegaban como zumbidos de abejorros.

Cuando su madre reía, se sentía feliz. Cuando su madre se entristecía, las fuerzas le abandonaban, se encogía y se entregaba al sueño.

Kim solía hacer muchas pausas en sus tareas domésticas para jugar con el pequeño y le gustaba hacerle rabiar para, pensaba, fortalecer su carácter. Cuando su marido estaba enfrascado en su trabajo y nadie la veía, hacía de caballo para su hijo y se ponía a andar a cuatro patas, para que Aryon cabalgase sobre ella por todo el Reino.

El hasta hacía poco tiempo incrédulo Shin, llevaba varios días nervioso ante la llegada del primer cumpleaños de su hijo. Había llegado la hora de conocer los instintos naturales de la criatura y su mujer había transformado la casa en un auténtico santuario. Kim colocó tiras de papel en la entrada principal de la vivienda

[1] Hansong: antiguo nombre de Seúl.

con inscripciones en las que deseaba eterna juventud y felicidad a los invitados, y anunció al pueblo el dichoso acontecimiento. Los vecinos corrieron la voz y hasta la vieja sacerdotisa Sun, que vivía aislada en su cabaña de las montañas, se enteró del natalicio.

A la hora del Mono, comenzó la fiesta. Los músicos se instalaron al lado de una vaca que estaba atada en una de las esquinas del patio de la casa y empezaron a tocar viejas composiciones rurales que todo el mundo conocía.

La vaca, que parecía un poco nerviosa, no dejaba de posar su lánguida mirada femenina en las mesas que había colocado la señora Kim con bandejas de gelatinosos pasteles de arroz y pollos rellenos de *ginseng* y castañas.

Kim obsequiaba a los vecinos y parientes con el exquisito vino de la zona. Los hombres formaban pequeños corros y hablaban de política, del último ganador del festival de tiro con arco que se celebraba todos los años en la ciudad de Chinhae y de negocios. Las mujeres no paraban de servir a los invitados, que comían con avidez los deliciosos tacos de bambú con miel y los rollos de arroz envueltos en algas secas que Kim había preparado la noche anterior.

Aryon, vestido con su diminuto *hanbok* adornado con dibujos del ave fénix, se sentía el centro de todas las miradas. Con su gorro negro y anchos calzones blancos andaba con cuidado para no caer al suelo y ensuciarse la ropa.

De vez en cuando su padre le tomaba en brazos y decía: “Aquí está el sucesor del médico Shin, el hombre que traerá la suerte a la familia y perpetuará la especie”.

Park, el carpintero, había bebido ya varios vasos de *mákoli* y, con los ojos enrojecidos, empezó a irse de la lengua.

Contó, en voz baja, que había tenido una aventura en la ciudad de Andong, e hizo circular el rumor infundado de que uno de los guardianes del pueblo había sido devorado por un tigre. Sus interlocutores, entre los que se encontraba el alcalde Numi, reían a carcajadas por la forma en que Park exageraba la realidad.

Los músicos hicieron una pausa y Shin dio unas palmadas invitando al silencio. Uno de los artistas, de aspecto esquelético, dio un paso hacia adelante e hizo sonar los platillos. Aryon, ayudado por sus padres, caminó hacia el centro del

patio, donde se había colocado una enorme estera con los objetos que representan las cuatro puertas de la vida. Aryon acarició primero el arco, mostrando tendencias guerreras, prestó poca atención al ovillo de hilo, símbolo de la longevidad, ignoró las monedas, imán de comerciantes, y al final agarró con fuerza las plumas y se puso a hacer garabatos en la tierra.

--¡Será un hombre culto! ¡Seguirá el camino del conocimiento! --gritó Kim saltando de júbilo.

Después, Kim cogió a su hijo en brazos y le besó en los labios. Los músicos volvieron a romper el tiempo con la magia de sus instrumentos y los invitados empezaron a bailar con las mejillas encendidas por el *mákoli*.

Al anochecer, a la hora del Perro, los criados encendieron unas lámparas de intenso color rojo y poco a poco las estrellas aparecieron en un cielo azul, bañando con su dulce vino de duda y misterio el cálido patio donde Aryon paseaba como un rey.

A la hora del Cerdo, se fueron los últimos invitados y Shin tuvo que dar a Park una infusión que despedía un fuerte olor a sudor de burra para que le desapareciera la borrachera y pudiera regresar a su casa sin ser una carga excesiva para su mujer.

Ya en la cama, Shin acarició el pelo de su esposa y contempló su rostro que parecía tocado por una luz lunar.

--Querida --le susurró al oído Shin--. Estoy muy preocupado porque Aryon, no sé si te fijaste, estuvo a punto de coger el arco y las flechas. No me gustaría tener un militar en la familia, ni tampoco un cazador que anduviese por los montes desafiando las iras del dios Tangún y de su criado el tigre.

Kim le miró desconcertada y, ocultando una sonrisa, se tapó la boca con la palma de la mano derecha.

--Desde cuando tú, el médico que sólo cree en su ciencia, da importancia a un simple ritual --dijo Kim.

Shin, que también había bebido más de la cuenta, se vio indefenso ante su mujer, que se negaba a escucharle en su actual estado de embriaguez. Kim, cambiando de conversación, empezó a susurrarle al oído provocativas y melifluas

palabras de amor, siguiendo su vieja teoría de que los elogios pronunciados con dulzura producen auténticos milagros. Arrastró su mano que avanzó como un reptil en la entrepierna de Shin y le agarró el pene, que pronto se puso duro como una piedra. Con la punta de la lengua hizo cosquillas en el caliente bálano y después le succionó delicadamente el órgano. Shin contemplaba la cabellera de su mujer, que se desparramaba como un sauce llorón sobre sus genitales.

A medida que aumentaba el placer, perdía el control sobre sí mismo y el dios que habita en todo hombre, por fin libre, se fundía con el animal para dar un salto de felino en la cavernosa maleza de su amante.

Kim se introdujo en la puerta de jade el miembro viril y empezó a galopar lentamente mientras observaba con curiosidad las pequeñas ondulaciones de cabeza que hacía el médico. Después, su movimiento se hizo más rápido hasta convertirse en una danza Chamanística y comenzó a gemir de placer. Shin apretaba con las manos los sudorosos glúteos de Kim que le declaraba su amor con palabras entrecortadas.

Shin emitió un grito enérgico y sintió cómo un río poderoso corría con fuerza entre la húmeda profundidad de su mujer. La nívea luz de la Luna convirtió por unos segundos sus cuerpos en marfil y Kim se hundió lentamente, descendiendo peldaño tras peldaño, en un lago de aguas tibias hasta que su cuerpo fue vencido por el sueño.

El médico, después del orgasmo, sintió que la alegría le había abandonado y trató de no prestar atención al vacío que se había instalado en su interior. Se relajó, se acordó de la célebre frase de Galeno que decía: “Los únicos animales que no están tristes después del orgasmo son las mujeres y los gallos”, y, abrazándose al cuerpo de su amada, se durmió con una sonrisa.

III

La infancia de Aryon transcurrió tranquilamente en el pueblo de Hahoe. A los ocho años de edad ya se había hecho amigo de todos sus vecinos, con los que pasaba tardes enteras. Mostraba especial predilección por la carpintería de Park. El olor a madera, la viruta esparcida por el suelo y las hábiles manos del artesano tallando las deformes máscaras de madera que se habían hecho famosas en todo el Reino, ejercían sobre él una extraña fascinación. Solía sentarse en un taburete y contemplaba, con la curiosidad del que ve cómo nace la vida, cómo los expertos dedos de Park daban una expresión diabólica a aquellos rostros que se utilizarían en la gran mascarada de primavera.

--¿Te dan miedo? --le preguntaba Park, tras observar los profundos ojos del niño.

--No --respondía rápidamente Aryon, temeroso de ser considerado un cobardica.

Después, el artesano estudiaba al chiquillo y, por alguna inefable razón, deseaba transmitirle sus conocimientos.

--Cuanto más horrible sea la máscara y más pánico produzca mejor ahuyentará a los malos espíritus de la zona --decía Park.

Las máscaras de Park se dividían en dos tipos. Uno de aspecto grotesco, pero altivo, que sólo podía ser utilizado por los nobles, y otro horrendo, pero de rasgos sumisos, para los pobres.

La carpintería quedaba envuelta en un halo especial al atardecer, cuando los últimos rayos del Sol penetraban en su interior y bañaban con su luz crepuscular aquellas figuras que parecían encerrar espíritus aterrados que de repente recobraban la vida.

Era en ese momento cuando Aryon sentía que algo se le helaba en el alma y se despedía de aquel hombre para regresar a su casa, situada a pocos metros del taller. También le gustaba pasar el tiempo, especialmente en invierno, en el oscuro horno de barro donde Yunmi fabricaba verdiazules porcelanas sobre las que pintaba ramas de cerezos y grullas reales.

Pero su lugar preferido era el laboratorio de su padre, que estaba lleno de tarros con inscripciones de *Chung-ku*[1] y de curiosos recipientes con hierbas secas, frascos de cristal con lagartos y serpientes sumergidas en alcohol y plantas medicinales. Le gustaba entrar en ese lugar cuando su padre se encontraba fuera atendiendo a algún paciente porque de esa forma tenía tiempo de observar a sus anchas aquel conjunto de reptiles y brebajes que le dejaba boquiabierto.

Subido en una pequeña mesa, alcanzaba las estanterías y tocaba los cuencos de cerámica donde se guardaban los nidos de golondrina, las pezuñas de corzo y las rodajas de cuerno de ciervo con los que el galeno preparaba pócimas para devolver la salud a los enfermos.

Encerrado en un arca, se encontraba el único cuerno de rinoceronte que llegaba a la consulta de Shin cada dos años, después de atravesar medio mundo. El ejemplar procedía de cargamentos que Chung-ku enviaba al Reino de Choson a cambio de partidas de *ginseng*. Aryon era incapaz de imaginar cómo habría sido el imponente animal que un día atemorizó a otras fieras con su poderosa arma. En su imaginación creaba dragones con cuernos de rinocerontes o asociaba su forma al fabuloso Kim Lin, unicornio sagrado que había visto reproducido en las capillas confucionistas.

Su madre solía llevarle al mercado y se sentía halagada cuando el pequeño regateaba en su lugar. Aryon devoraba con los ojos los puestos repletos de fruta y verdura, las cabezas de cerdo que le recordaban a las máscaras de Park, los pescados puestos a secar al sol y las cálidas tabernas al aire libre donde se asaba la carne a fuego lento.

Aryon admiraba la forma en que su madre manejaba a los vendedores para quedarse siempre con las mejores piezas y percibía una expresión de victoria en su rostro cada vez que se salía con la suya. Después de hacer la compra, Kim solía obsequiar a su hijo, si se portaba bien, con un delicioso y humeante cucurucho de gusanos de seda fritos que vendía una gruesa mujer en una freiduría del mercado.

Un día, Aryon, que acababa de cumplir nueve años, se alejó un poco del pueblo y se puso a explorar sus alrededores. Llegó hasta una pequeña colina desde donde se divisaba la siniestra choza de la sacerdotisa Chamanística Sun y, con los

[1] Chung-ku: China.

músculos en tensión, contempló cómo ésta cogía agua de un pozo y echaba la cabeza hacia atrás de un modo extraño, como si estuviera huyendo de un enjambre de abejas.

En su pueblo, se decía que Sun tenía cerca de cien años y que nunca había estado enferma. También comentaban los aldeanos que Sun, de joven, había sido una mujer muy hermosa y que pasó gran parte de su vida en la Corte. Pero lo que nadie dudaba era que la enérgica anciana tenía poderes sobrenaturales y vivía a caballo entre dos mundos.

Durante largo rato, observó Aryon a aquella mujer que más de una vez le produjo escalofríos cuando se la encontró en el mercado al que acudía para comprar caparazones de tortuga.

Agazapado en la hierba, sentía cómo le palpitaba con fuerza el corazón contra la tierra y que su alma estaba al borde de un precipicio.

Sun, a pesar de su avanzada edad, se movía con gran agilidad y daba la impresión de que tenía cualidades sobrenaturales como volar o desaparecer.

Aryon se imaginó que aquella figura esperpéntica tenía ojos en la nuca y que había descubierto su escondite.

La sacerdotisa abrió la tapa de una enorme tinaja, giró hacia atrás como si algún espíritu le hubiera tocado su encorvada espalda y, de repente, su cabeza pareció transformarse en la de un aguilucho y clavó una acerada y fría mirada en el pequeño, que se estremeció con un calambre que le recorrió toda la espina dorsal.

Aryon notó que su corazón se derretía como la nieve ante el sol del verano y un sudor frío le invadió la frente. La alámbrica anciana pareció unir todas sus fuerzas en un grito y exclamó: “Aryon, ¿no te da vergüenza espiarme? Baja aquí inmediatamente”.

Aryon, presa del pánico, salió corriendo por los campos como un potro desbocado y, por primera vez en su vida, sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. La cabeza le daba vueltas y le pareció que las sombras de los árboles intentaban atraparle, amenazantes, por haber molestado a su reina.

Llegó jadeando hasta la entrada del pueblo y sintió un gran alivio cuando vio a un grupo de mujeres hacer una reverencia al arce protector de la aldea. Aryon

inclinó la cabeza ante el árbol y prosiguió su carrera hasta la carpintería de Park en busca de un refugio seguro. El artesano se asustó por la violenta entrada de Aryon. Las máscaras que adornaban la pared parecían concentrarse para escuchar al pequeño.

Aryon se sentó en un taburete y permaneció mudo, con una expresión de horror que intentaba disimular con una forzada sonrisa.

Park le lanzó una mirada paternal y le preguntó:

--¿No te habrás encontrado con un tigre en el camino?

Aryon clavó los ojos en el suelo, apartó con un pie un montículo de viruta y respondió:

--Park, creo que Sun me persigue.

El carpintero comprendió que el pequeño había tenido un encuentro desafortunado con la anciana y le dijo:

--Cálmate, porque la calma es lo único que destruye el miedo y te puede convertir en un hombre. Si quieres llegar lejos en la vida debes aprender a dominarte. Sólo el Tiempo y la Paciencia deshacen los obstáculos que llevan a la cima de la Montaña del Espíritu.

El artesano hizo una pausa y prosiguió:

--Ponte cómodo y cuéntame lo que te ha pasado.

Aryon contó que Sun, de un salto, se subió a un árbol y que desde su copa emitió un grito de animal. Después, se dejó llevar por la imaginación y narró una historia increíble que arrancó las carcajadas del hombre.

--Al final tuve que huir de Sun porque creo que estaba a punto de atacarme -- concluyó Aryon.

Park esperó a que el niño se calmase y cuando le vio más sosegado le aconsejó:

--Debes volver a la choza de Sun y hablar con ella. Si no vences ese miedo, su imagen te atormentará y te perseguirá toda la vida. Ella, al igual que yo, estamos en contacto con los espíritus, pero eso no significa que seamos demonios. Muchas veces hemos ayudado a la gente con nuestras labores.

El carpintero se rascó la cabeza y preguntó:

--¿Cuántas veces Sun ha bailado en época de sequía para que la lluvia caiga sobre los campos? Miles, Aryon, miles --dijo en un tono de gravedad.

Aryon poco a poco recobraba la serenidad, recibiendo las palabras del artesano como un auténtico bálsamo.

Park se sintió más animado al ver que el pequeño vencía el miedo y decidió revelarle uno de los secretos más importantes de su vida.

--Aryon, como sabes –agregó--, mis máscaras son apreciadas hasta en la corte de Sonjo y eso no es una casualidad. Mi obra tiene un origen sagrado que se remonta a mis antepasados. Hay algo en ti que me inspira confianza y por eso voy a abrirte mi corazón.

El pequeño dilató los ojos y abrió al máximo los oídos para captar hasta el más insignificante cambio en la expresión de Park, cuyo rostro se metamorfoseaba por la emoción.

--Un antepasado mío, llamado Noh --dijo Park--, se quedó un día dormido y se le apareció en sueños un genio de largas barbas blancas que le enseñó a fabricar las diez máscaras más horribles de la Tierra.

El espíritu le otorgó ese don, pero con la condición de que nadie viese cómo realizaba la obra. Noh se encerró en su taller durante varios meses y fabricó nueve rostros horrendos, pero cuando estaba a punto de terminar el décimo, su mujer, celosa de su trabajo, le espió tras la puerta y, en ese momento, Noh cayó al suelo y murió como fulminado por un rayo.

El artesano, contuvo la respiración y continuó:

--Ese arte se ha transmitido de generación en generación hasta llegar a mí. Y ésa es la razón por la que junto a las nueve máscaras que siempre acabo, hay una décima que queda inconclusa, pero que sigo tallando por algún extraño motivo.

Aryon estaba ensimismado. Las puertas de su mente se habían abierto de par en par y notaba que podía tocar con las puntas de los dedos el cielo.

Sonó la campana del templo budista, dio la hora del Gallo y Aryon hizo un ademán para despedirse de Park y volver a casa.

--Espera un poco --dijo Park. Y a continuación cogió un bulto que guardaba en un cajón--. Mira lo que hay dentro, Aryon –agregó--: es un regalo para ti.

Abrió Aryon el paquete y vio un precioso arco con su carcaj de piel de vaca y una docena de flechas en su interior.

Tocó el juguete y abrazó a su amigo con lágrimas en los ojos. Después, dio las gracias a Park, quien le recordó que fuera a ver a Sun, y salió con su tesoro. El Sol se ponía en el horizonte y arreboladas nubes teñían de rojo los arrozales. La Luna ascendía en el cielo marcando su blanco ojo contra la silueta de las chozas de paja de los campesinos y las mansiones de los ricos.

Aryon vio por un instante que el Sol y la Luna convergían, como los ojos de un enorme pájaro, y sintió que Hwanin, el creador del universo, protegía el espíritu de su nieto Tangún, que reside en todas las montañas del Reino de Choson.

IV

Desde que recibió el arco del artesano, Aryon pasaba largas horas en el patio de su casa luchando contra enemigos imaginarios. Fabricó con barro un pequeño ejército de monigotes y puso a su cabeza al temible Genghis Khan, el caudillo mongol que con sus hordas nómadas había arrasado el Reino de Choson hacía más de trescientos años.

Aryon corría por el patio con su arma colgada al hombro o se arrastraba para coger por sorpresa a los invasores. Después, contenía la respiración para atacar con la astucia de la serpiente, que sólo silba cuando va a caer sobre su presa, sacaba despacio una flecha de la aljaba y disparaba contra los soldados partiéndoles en pedazos.

Mató a Genghis Khan numerosas veces y otras tantas volvió a reconstruir su figura para que los mongoles no se quedaran sin general. Su padre le puso el

sobrenombre de “El Pequeño Arquero que venció a Genghis Khan”, y Aryon disfrutaba presentándose a sus amigos con ese título.

La mente libre del niño creaba el mundo en aquel patio que se poblaba de dioses y héroes, bandidos y piratas, animales salvajes y budas bondadosos haciendo con la mano el gesto de No Temáis.

Cada rincón del patio se convertía en escenario de grandes batallas, victorias y derrotas de reyes semidivinos, hazañas y actos mezquinos. A veces se imaginaba que el suelo se abría bajo sus pies y surgían seres del mundo subterráneo o erupciones de lava que sepultaban a los malvados.

Cada día el patio entregaba sus tesoros a Aryon y, a través de ese espacio reducido, diminuta superficie enraizada en las entrañas de la Tierra, intuía la armonía y el latir del corazón del universo.

El yin y el *yang*, lo masculino y lo femenino, el Sol y la Luna, lo negativo y lo positivo, la dualidad de la existencia. Todo eso emanaba de aquel lugar e impregnaba lo más profundo de su ser, arrastrándolo como las olas del mar hacia la orilla de la diáfana playa de la vida.

Por la noche, espíritus salpicados de estrellas tocaban con sus dedos las formas que había creado la imaginación de Aryon y éste sabía que, aunque le producían algo de miedo e inquietud, eran genios bondadosos que protegían el sueño de su familia.

El patio era fortaleza y puerta hacia lo desconocido, prolongación del vientre de su madre y lugar de aprendizaje para iniciar el Camino.

Aunque el médico deseaba que su hijo pasara más tiempo con él en la consulta y le ayudara a atender a los enfermos, comprendía que aún no había llegado el momento, ya que Aryon no había roto del todo el cascarón.

Sin embargo, el pequeño escuchaba atentamente cuando su padre hablaba en casa de los casos que atendía y, especialmente, si alguno de los pacientes sufría una enfermedad incurable.

Entonces, Shin miraba a su esposa desanimado y suspiraba: “Ya nada se puede hacer. Su espíritu está agotado y desea descansar cerca de las Fuentes Amarillas”.

Kim pensaba que su marido trabajaba demasiado y solía quejarse de que la tenía abandonada. Algunas veces intentaba leer en los ojos de su esposo para averiguar si su pasión por la medicina era auténtica o simplemente una vulgar estratagema de los hombres para huir de ella y de sus obligaciones familiares.

Un día por la noche, cuando el médico consultaba un trabajo sobre la epilepsia en una pequeña mesa de caoba mientras Kim le daba un masaje en la nuca para aliviarle de sus tensiones, Aryon se acercó a su padre y le preguntó: "¿Qué es la muerte?".

Kim se agarró al cuello de Shin como si estuviera estrangulando a un pollo y permaneció como una estatua esperando la reacción de su consorte.

El galeno, que recibió la pregunta como una flecha, se quedó perplejo durante unos instantes, tragó saliva y volvió a agarrar el hilo de la cometa de la mente, intentando dibujar en el rostro una seguridad que no correspondía a sus convicciones.

Luego, pidió a su hijo que se sentara en cuclillas bajo la luz de la lámpara, se quedó como suspendido en el vacío y respondió: "Aryon, no lo sé".

Aryon, que esperaba una respuesta de su padre que calmara su ansiedad, clavó los ojos en el suelo y se quedó en una posición pensativa. Miró hacia el interior de sí mismo y sintió que la duda y fragilidad de su padre habían depositado el pétalo del vacío en su corazón.

Después, salió como de un lago de aguas profundas y devolvió a su progenitor una mirada llena de fuerza y comprensión.

--Papá, yo sé lo que es la muerte --dijo Aryon--: la muerte es igual que dormir y no volver a despertar.

Kim se soltó del cuello del médico, avanzó con pasos decididos hacia su hijo y le llevó a su habitación. Allí, le habló de la reencarnación y de las infinitas posibilidades que tiene el ser humano de alcanzar la perfección y diluirse en el nirvana.

--Cada ser que muere --le explicó Kim--, se convierte luego en una estrella que encenderá hasta la eternidad las ilusiones de los seres humanos. Las estrellas grandes son los hombres sabios que pasaron por la Tierra y las más pequeñas

pertenecen a los animales muy diminutos que a veces pisamos sin darnos cuenta. Todo lo que te rodea es sagrado porque en su interior se esconde la esencia de la inmortalidad que nos recuerda a cada instante el latir del universo.

Después, Kim empezó a narrar a su hijo la leyenda del Elefante blanco, que vino al mundo cuando el Buda murió, para hacernos recordar, con su memoria conectada a los orígenes, que el Amor es la clave para salvar a la humanidad y que su ausencia es el único pecado que existe. “Cada vez que hacemos algo que está mal –dijo-- una estrella que vemos en nuestro cielo nos abandona y huye a otro universo. Por eso, si los hombres no se dejan llevar por el amor y la virtud, algún día viviremos bajo un cielo sin estrellas.”

Kim, cada vez más animada, comenzó a hablar a su hijo de la filosofía del Buda y de la mente zen.

Aryon no comprendía nada de esa filosofía pero al escuchar a su madre se sentía protegido por una fuerza poderosa que ahuyentaba todos sus temores. El niño notó en el fuego interno de su progenitora la inextinguible luz de las estrellas y, en ese momento, palpó un fragmento de eternidad.

Shin observaba con una mirada vacía la llama de la lámpara, como si estuviera comparándola con lo efímero de la existencia. Después, la apagó de un soplo, hizo una inspiración profunda y expiró el aire con fuerza, como queriendo expulsar su repentino cansancio por las fosas nasales. Se dirigió con pasos lentos hacia el dormitorio y hundió su pesada cabeza en la gruesa almohada de arroz, mientras escuchaba risas en la pieza contigua.

Cantó el gallo, un dragón blanco flotó en el aire tragándose la noche y el tañido de la campana del templo budista retumbó en el corazón del bosque.

Aryon limpió su mirada con los rayos del Sol y fue corriendo a la cocina para ver cómo su madre preparaba el desayuno. Sorbió un poco de sopa, tomó dos tacos de col picante y dejó casi entero el cuenco de arroz.

Kim, fingiendo estar enfadada, gritó a su hijo para que comiese algo más, pero el pequeño salió como un potro desbocado y se entregó a sus juegos en el patio.

Después, cuando se aburrió de matar mongoles, fue en busca de sus mejores amigos, que le esperaban todas las mañanas a la entrada del mercado a la hora del Dragón.

Su pandilla estaba compuesta por Kunín, muchacho regordete que se pasaba todo el tiempo comiendo pasteles de arroz; Kasan, valiente, espabilado y ágil y Sirie, introvertido, pálido y de prematuras tendencias artísticas.

Los cuatro amigos compartían un mundo de aventuras y sueños en donde sólo el Gran Límite marcaba la frontera.

Lo prohibido era un reto que les llamaba desde terrenos no conquistados, ocultos tras la cortina del misterio.

--¿Adónde vamos hoy? --preguntó Kasan en busca de algún plan excitante.

Aryon no lo pensó ni un instante y respondió:

--Hoy hace un día fantástico para cabalgar. Vayamos al veranadero de Woo.

Kunín y Sirie, que siempre se entendían cuando se trataba de rechazar algo que encerrase peligro, se negaron a realizar una locura semejante y propusieron ir a volar cometas.

Kasan les llamó afeminados y les insultó por no querer probar su habilidad en una actividad tan viril.

El regordete Kunín miró al suelo, estuvo a punto de echarse a llorar y dijo: “Acepto, pero yo sólo miro”.

Sirie, que no deseaba quedarse solo, propuso que él sería el vigilante.

Anduvieron por estrechos caminos, bajo el implacable sol del verano, e hicieron una pequeña pausa antes de llegar a la casa de Woo. Sirie llamó a sus amigos cuando vio la piel de un viborezno que formaba un círculo extraño invadido por un ejército de hormigas. Los muchachos contemplaron con curiosidad las evoluciones de los insectos y Aryon sentenció: “Seguro que la ha matado un águila”.

Después, iniciaron la carrera hasta llegar al prado de Woo. Únicamente estaban los animales y no se veía a ningún pastor en los alrededores. Aryon se fijó en una oveja negra atada a un matorral y se lanzó como un tigre hacia la presa. Dio un salto de felino sobre el animal, que emitió un sonoro balido, como queriendo

avisar a su dueño y, agarrándose a sus vellones, empezó a cabalgar como un mono borracho.

Kasan, agarrado a otra oveja blanca, saltaba como si tuviese los glúteos bajo un brasero.

--¡Miradme, así cabalgan los dioses! --gritaba ante los estupefactos Sirie y Kunín.

La oveja negra de Aryon comenzó a brincar como enloquecida y el arquero cayó de cabeza contra el suelo, haciéndose una vistosa y sangrante herida cerca del ojo izquierdo. Kasan cojeaba a pocos metros y hacía un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas.

De repente, Sirie lanzó un grito afeminado que apenas se oyó y las ovejas huyeron asustadas. Woo, con un enorme palo en la mano derecha, avanzaba hacia los intrusos pronunciando toda clase de maldiciones.

--¡Desgraciados, os voy a moler a palos! --vociferaba Woo, que había perdido por completo la razón y la sangre le pedía venganza.

Kasan, como por arte de magia, dejó de cojear, y salió despedido como una flecha. Aryon, con el ojo hinchado, empezó a correr con tal fuerza que apenas tocaba el suelo.

Despistaron a Woo y se ocultaron en una cueva cuya entrada solían tapar con ramas de árboles. Aquel lugar era su guarida. La fortaleza donde organizaban sus incursiones al mundo exterior.

Kunín y Sirie estaban fascinados por lo bien que sus amigos cabalgaban sobre las ovejas, arte que Aryon y Kasan acabaron dominando después de cientos de peligrosas caídas.

Cuando comprobaron que el peligro había pasado abandonaron la gruta y emprendieron el regreso a la aldea.

En el camino comentaban riéndose el incidente e imitaban al acalorado Woo blandiendo su palo como un enajenado. Pasaron sobre los restos del viborezno y se detuvieron para descansar un poco bajo la sombra de una higuera.

Una nube herida cruzaba el cielo, hinchada de malos presagios. Las hojas de la higuera se estremecieron como tocadas por la muerte y Aryon se puso de pie. No demasiado lejos se escuchaba un quejido animal que se elevaba hasta el cielo.

Los muchachos corrieron hacia el lugar de donde procedía aquel lamento y se colocaron detrás de una roca para ver lo que pasaba. Tres fornidos hombres mataban a palos a varios perros que colgaban de un árbol. Los canes meneaban las patas desesperadamente en el aire, como queriendo correr, y lanzaban unos gritos espantosos con su boca llena de espuma. Al cabo de unos minutos emitieron débiles ladridos, lastimeros y apagados, y la espesa nube de la muerte les nubló para siempre la vista.

Aryon sintió por primera vez en su vida cómo el odio abrasaba su sangre. Deseaba matar a aquellos hombres con su arco y devolver la vida a aquellos perros que habían sido torturados hasta la muerte de esa forma tan cruel.

Hizo un esfuerzo para controlar su rabia y recordó que a los mayores les encantaba la carne de perro que, decían, cobra un gusto especial cuando son sacrificados mediante la tortura.

En aquella época del año ya se había iniciado la matanza del perro y Aryon no comprendía cómo los hombres, especialmente en los días más calurosos del verano, combatían la debilidad que produce la subida de las temperaturas con sopa de ese animal. Incluso su padre apreciaba esa carne, que también recomendaba a sus pacientes.

Los muchachos contemplaron a los perros suspendidos en el árbol con los huesos destrozados, y un sentimiento de tristeza les convirtió en agua la mente y cortó la alegría de su corazón. Sin apenas pronunciar una palabra avanzaron, como los monigotes de barro del patio de Aryon, hasta la entrada de la aldea.

Allí, un Buda de piedra, sentado en la posición del loto, emanaba una sonrisa interior a través de su tercer ojo. Una sensación de paz y libertad inundó aquel lugar y los muchachos olvidaron por unos instantes su profundo dolor.

V

Una mañana, Aryon decidió plantarle cara al Miedo y se fue a ver a Sun. Desde que Park le aconsejó que visitase a la anciana se encontraba intranquilo y no dormía bien por las noches. Sabía que el carpintero tenía razón y que debía aceptar el reto para continuar con el aprendizaje de la vida.

En el patio imaginó que uno de los monigotes era Sun y habló con ella para ensayar el temido encuentro. Atravesó la aldea intentando no pensar en Sun, pero todo fue inútil. Clavó la mirada en un aristócrata que era llevado en un palanquín hacía su mansión, y en su rostro vio reflejada la sonrisa de Sun. Chocó contra una mujer que estaba sacando agua de un pozo, y tembló por su parecido con la sacerdotisa. Las máscaras de Park, los insinuantes troncos de los árboles y hasta los imponentes guardianes del templo budista le recordaban a Sun.

Ya en el campo, practicó la respiración profunda para tranquilizarse, tal como le había enseñado su padre, y aceleró el paso hacia la choza de la centenaria Sun. Debajo de un árbol vio a un monje budista entonando mantras con los ojos cerrados. No lejos del santón descansaba una familia de campesinos saboreando una sandía. En medio de la vegetación, en un claro del bosque, observó a un grupo de muchachos practicando taekwondo. Uno de ellos saltaba sobre la cabeza de su oponente, giraba con elasticidad felina y le colocaba el pie a unas pulgadas del cuello.

Un anciano de pelo blanco y larga perilla instruía a los jóvenes en el vacío y plenitud del Gran Límite. “Si deseas atacar como un tigre --decía a uno de sus alumnos--, olvídate de ti mismo y entra en la piel y espíritu de la fiera. Sólo el hombre que logra dominar la energía interior –agregaba-- puede llegar a ser un Maestro. Pero lo más importante de todo arte marcial --afirmó el maestro con palabras de seda-- es la victoria sobre uno mismo. No lo olvidéis. El que vence a los demás es poderoso, pero el que se vence a sí mismo es invencible.”

Aryon deseaba seguir contemplando la clase de artes marciales, pero hizo un esfuerzo y continuó su camino. Estaba decidido a terminar con aquella pesadilla.

A media milla se divisaba la choza de Sun. Grupos de urracas revoloteaban juguetonas sobre un cielo azul. Parecía que los negros pajarracos se reían del muchacho y se conjuraban contra él siguiendo órdenes de la sacerdotisa.

Aryon alzó la vista y notó signos de mal augurio en las maldiciones y burlas de las aves. Pensó en disparar una de sus flechas contra la que parecía la jefa de la bandada y percibió cómo vibraba el miedo en el pico de la urraca.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Primero sintió un intenso calor en las mejillas y después una brisa fresca que le recorría toda la piel. Las urracas seguían volando en círculo sobre su cabeza y agitaban las alas como si celebraran por anticipado el fracaso del pequeño.

En ese momento, le vino a la mente el afable rostro del anciano que acababa de ver y recordó sus palabras: sólo el hombre que logra dominar la energía interna, puede llegar a ser un maestro.

Avanzó con pasos firmes hasta la cabaña y llamó a la puerta. Esperó un instante que le pareció una eternidad, y una mano huesuda le tocó la espalda.

--Sabía que vendrías hoy --dijo Sun cortando con sus palabras los graznidos de las urracas.

Aryon sintió un temblor en las piernas y tuvo ganas de orinar. Los amarillentos ojos de la anciana se movían envueltos en unas venas gelatinosas que parecían tener vida propia.

--Quería pedirte perdón por haberte espiado --balbuceó Aryon.

La anciana se acercó al pequeño para verle mejor, abrió con un empujón la puerta de la choza y ordenó: Pasa.

Aryon sintió como si la tierra se abriera bajo sus pies y, con la voluntad completamente anulada, penetró en la cabaña.

Ante sus ojos, la menuda y curva silueta de Sun parecía que se transformaba en una enorme urraca que acababa de capturar una presa para la comida.

Paralizado y con una expresión de horror en el rostro, Aryon veía cómo se movía el pico de Sun, pero era incapaz de comprender sus palabras.

La anciana acompañaba sus palabras con movimientos extraños de manos y de vez en cuando alimentaba con leña una pequeña hoguera cuyas llamas dibujaban formas diabólicas en un rincón de la choza.

De repente, Aryon empezó a comprender el lenguaje de Sun y se dio cuenta de que era demasiado tarde para huir.

--Es la primera vez en muchos años que un niño entra en mi humilde casa -- dijo la anciana dando huecas palmadas en el aire.

La sacerdotisa abrió los ojos de tal forma que a Aryon le parecía que iban a estallar. Luego se rascó la cabeza y continuó:

- La gente de la aldea cree que he perdido la razón, pero no es cierto. Lo que ocurre es que veo más que los demás y soy capaz de leer el pensamiento de los árboles.

Terminó de hablar con una mueca de desconfianza en la cara.

Se puso a oler las llamas de la hoguera y su pelo se tiñó de rojo.

Con los ojos encendidos, miró al pequeño y le preguntó:

--¿Quieres que te adivine el futuro?

Aryon, que se había quedado mudo, intento articular un “No”, pero no pudo.

--Siéntate aquí --ordenó en tono autoritario Sun, señalando una pequeña estera tendida en el suelo.

Aryon, que empezaba a estar como hipnotizado, obedeció a la mujer que poseía su mente.

La sacerdotisa se sentó enfrente del pequeño, puso el busto recto como el bambú y comenzó a invocar a los espíritus. Poco a poco inició un balanceo de izquierda a derecha y pareció hundirse en el mar de su tenebroso espíritu.

De repente, Sun despertó como un volcán, perdió el control de su mente y recitó incoherentes palabras que afearon su rostro. Lanzó una fría mirada a Aryon y le enseñó sus desdentadas encías.

Clavando sus cuencas vacías en Aryon, desplegó en el aire un gigantesco abanico que empezó a agitar acaloradamente, emitió un grito inhumano y entró en trance. Aryon, que poco a poco regresaba a la realidad, se convenció de que nada

bueno podía salir de aquella experiencia. Se acordó de su madre y pensó por un momento en salir corriendo. Pronto descartó esa locura y se entregó a aquel hechizo.

Tras salir de aquel estado de trance, Sun cogió de un pequeño altar, en el que se hacinaban grotescas figuras de diablos, tres puñados de arroz.

Arrojó el arroz sobre la estera de bambú y encorvó al máximo su cuerpo para poder descifrar el enigmático lenguaje de los granos.

Expulsó el aire del pecho, hinchó las venas de los ojos e hizo un enorme esfuerzo para formular su oráculo:

--Tienes inclinaciones guerreras. Te veo combatiendo con ferocidad contra los enanos de la Isla. Malo, muy malo. Apártate de la violencia. No toques jamás una espada. Te veo muy apegado a la tierra. Malo, muy malo. Aprende a deslizarte sobre el mar si en tu alma anida el espíritu del águila.

Sun hizo una pausa, observó la hoguera, trasladando el fuego a su mirada, y añadió:

--Eres débil y fuerte, grande y pequeño, valle y montaña, nube y roca. La soledad convertirá tu corazón en una piedra y el amor lo romperá. Tu debilidad puede destruirte o elevarte. En una primera parte de tu vida serás víctima de la ilusión pero en la madurez harás un esfuerzo para palpar la realidad. Veo sangre en tus manos y odio en tus ojos. Veo impotencia en tu poder y búsqueda intuitiva en la flor de loto que duerme en tu espíritu. No te duermas porque te espera una vida difícil.

Se produjo un largo silencio. Se escuchó el graznido de las urracas en el exterior y Sun pronunció su última sentencia: “Vete de aquí, que me has decepcionado”.

Aryon, que pensaba que era su prisionero, se sintió totalmente liberado cuando Sun dio por terminada la audiencia.

El pequeño, sin creer en su nueva libertad, contempló atónito unos instantes el pico y cuerpo de aquel pajarraco que parecía aumentar de tamaño tras formular su oráculo. Sun se deshinchó un poco, como satisfecha de haber puesto un huevo, y dijo un seco adiós.

Aryon hizo una rápida reverencia y salió corriendo de aquel habitáculo. El azul del cielo le golpeó en los ojos y sintió como si hubiera vuelto a la vida. Movió suavemente los brazos y empezó a nadar en un cálido aire que le envolvía con sus caricias de libertad. Perdió su mirada en el horizonte y más allá de esa línea su espíritu se diluyó en la catarata de todas las vidas.

Lagartos con aspecto de raíces petrificadas se pegaban a las piedras por miedo al silencio. Aryon asustó a uno de ellos que desapareció en una oscura grieta. Una mariposa de vivos colores se posó sobre un grupo de azaleas. El niño siguió sus evoluciones y abarcó con su mente la esencia de un poema. Después se puso en marcha y su espíritu creció en su vientre.

Volvió por el mismo camino y se detuvo en el claro del bosque. Los muchachos continuaban esforzándose por descubrir los ritmos del espíritu guerrero pacífico. El maestro se movía lentamente con pasos y respiración de seda y su presencia era como la de un árbol, un río o una nube.

Dos jóvenes atacaron al anciano pero éste, sin ningún esfuerzo, esquivó los golpes y convirtió la fuerza y energía de sus discípulos en el arma que les venció.

--El hombre es mucho más que su cuerpo --dijo el maestro trasluciendo una sonrisa interior.

Aryon hizo el saludo profundo mirando en primer lugar al anciano, y luego a los jóvenes, que se sintieron aliviados al poder hacer una pausa.

Se cruzó en el camino con un pobre hombre que llevaba a la espalda un enorme fardo de leña. Le caían grandes gotas de sudor de la frente y su respiración era fuerte y vigorosa.

El leñador estuvo a punto de caerse con toda su carga, pero recuperó el equilibrio, hundió su cabeza en el pecho y siguió las huellas de un carromato.

Vio a una anciana ofreciendo incienso ante una pagoda. Agitaba unas varillas en dirección a los cuatro puntos cardinales. La serena frente de la mujer se impregnaba del humo sagrado mientras sus labios repetían una oración. La devota se sentó en cuclillas y, con unas piedrecitas, hizo un montículo como ofrenda a su dios. Después bebió con un cuenco de calabaza el agua purificada que caía desde

una roca en un recipiente de piedra, y se apoyó ligeramente sobre una enorme tortuga de alabastro que parecía vigilar una de las cuatro puertas del universo.

Aryon respiró el incienso y bebió un poco de agua. Saludó a la anciana y continuó su camino.

Llegó a casa al atardecer. Era la hora del Perro y sus padres estaban muy preocupados por su tardanza. A Aryon se le había olvidado ir a comer y su familia estaba a punto de organizar una partida para ir en su busca.

Shin riñó duramente a su hijo y le castigó con no salir de casa en tres días. Kim, después de recuperarse del susto, pidió explicaciones al niño y éste les contó su fabuloso encuentro con la esperpéntica sacerdotisa.

--Echaba fuego por los ojos y me amarró a un poste. No pude escapar. Hubiera querido venir pero no me soltó hasta después de muchas horas --dijo Aryon sintiendo de repente un auténtico horror.

El miedo creció en su pecho y habló por él: “Se convirtió en un enorme pajarraco que me agarró con su pico y quiso asarme en la hoguera”.

Sus padres notaron un temblor en sus palabras y decidieron dar el asunto por concluido.

Shin empezó a hablar de su trabajo, narrando una operación de cesárea que había realizado ese día, y se alegró cuando la cálida nieve de la calma volvió a apaciguar la mente de su hijo. Después, se fue a la consulta y dejó a Aryon con su madre.

Tras acostar al pequeño, Kim se sentó en su cama y, a la luz de una vela que pestañeaba castañas rojas de agua, le contó, como solía hacer de vez en cuando antes de que se durmiera, una de sus historias favoritas.

Se cubrió el rostro con un abanico para entrar en el misterio y dijo: “Hoy voy a hablarte del origen del Reino de Choson”.

Y comenzó:

--Cuando los tigres fumaban en pipas largas, el Hijo del Creador, Hwanun, pidió a su padre, Hwanin, que le permitiese bajar a la Tierra para inculcar el conocimiento a los seres humanos. El Creador accedió a los deseos de su hijo, y

éste descendió al monte Taebek, cerca de la frontera con Chung-ku, donde fue recibido por una osa y una tigresa. Ambos animales rogaron al dios que los convirtiese en personas y Hwanun, conmovido por sus plegarias, quiso complacerlos.

´´Si permanecéis en una cueva durante un mes sin ver la luz del Sol y comiendo sólo dientes de ajo y artemisa, vuestro deseo se hará realidad -- les dijo para probar su voluntad.

´´La osa salió victoriosa de la prueba, pero la tigresa, vencida por la impaciencia, salió de la gruta antes del plazo señalado, y permaneció en su forma original.

´´La osa, convertida en una hermosa mujer, se fue a buscar marido, pero no encontró a nadie que quisiera compartir la vida con ella.

´´El Hijo del Creador, al ver su tristeza, desposó a la joven y tuvieron un descendiente, llamado Tangún, el fundador y padre de nuestra nación.

´´Tangún gobernó durante varios siglos, hasta que un día se transformó en el Espíritu de la Montaña donde, en compañía de su Criado el Tigre, protege los bosques de toda la nación.

Kim observó la calma en el rostro de su hijo y, ya tranquila, abandonó la estancia. Aryon, poco a poco, cayó en un sueño profundo. Se encontraba en la choza de Sun amarrado cerca de la hoguera. La sacerdotisa se quitaba la ropa hasta quedarse desnuda y empezaba a dar saltos echando fuego por la boca.

Después miraba fijamente a los ojos de Aryon y decía: “Vete de aquí, que me has decepcionado”.

El pequeño despertó envuelto en sudor, dio un grito y vio la cara de Sun. Se frotó los ojos y la visión desapareció dando lugar a una enorme osa que se convirtió en su madre.

VI

A la mañana siguiente lo primero que hizo Aryon fue ir a ver a Park para decirle que siguió sus consejos y plantó cara al Miedo.

El artesano escuchó atentamente el relato y dibujó en su rostro una expresión de preocupación cuando Aryon le contó todo lo relacionado con el oráculo. Park insistía en que le repitiese las palabras exactas que había pronunciado la sacerdotisa, como si éstas encerrasen claves que él sabía interpretar.

El pequeño imitaba los gestos y voz de la anciana e intentaba causar miedo al carpintero. De vez en cuando hacía una pausa, se colocaba una máscara en la cara y repetía: “Vete de aquí, que me has decepcionado”.

En esos momentos, la voz del niño se transformaba hasta hacerse irreconocible, dando la impresión de que era la máscara la que hablaba.

--A mí también me leyó el futuro hace muchos años, cuando todavía era un niño y, salvo algunos errores, acertó en todo lo que dijo --afirmó el carpintero--. En mi caso no arrojó arroz al suelo como acostumbra a hacer, sino que calentó al fuego un caparazón de tortuga hasta que éste se agrietó formando unas líneas en las que Sun interpretó mi destino.

Aryon permaneció callado durante unos instantes, alzó una confusa mirada y respondió:

--Creo que está completamente loca. Me dijo que lee el pensamiento de los árboles y que puede estar semanas sin comer.

--No Aryon, te equivocas --indicó Park intentando convencer al pequeño--. Lo que ocurre es que la anciana, desde hace mucho tiempo, ha abierto una brecha en Lo Profundo, y está en contacto con otros mundos que no están al alcance de la mayoría de las personas. De todas formas, aún no ha llegado la hora de que comprendas estas cosas. Pero algún día, recuerda, las palabras de Sun, que hoy no tienen sentido, se te revelarán con claridad.

A continuación, el artesano pidió a Aryon que le esperase un momento y desapareció de la carpintería. Al poco tiempo, regresó con un paquete que colocó en el centro de la estantería, cortó los hilos de seda que lo envolvían y dijo: “Aquí tienes el caparazón de tortuga”.

Sin dar tiempo a reaccionar a Aryon, señaló con un dedo varias líneas finas que convergían en una gruesa y preguntó:

--¿Sabes lo que significa eso?

El pequeño observó con curiosidad el dibujo y no respondió.

--Eso quiere decir --explicó tembloroso Park--, que sólo los pequeños caminos conducen al grande y que únicamente con humildad se puede acceder al verdadero conocimiento. Durante muchos años, Aryon, fui incapaz de trabajar porque me creía superior a los demás, y ese orgullo cegó mi mente hasta convertirla en un pozo oscuro. Una mañana decidí suicidarme para poner fin a mi vacía existencia. Recuerdo que me senté en la posición del loto debajo de un árbol y que estuve a punto de inmolarme siguiendo el viejo ritual de los bonzos. De repente, cuando me acercaba la antorcha al cuerpo, me acordé del oráculo de Sun, empecé a llorar y mi soberbia se inclinó como la hierba ante el viento. Abarqué con la mente el Gran Límite y, con la sencillez del anciano que renuncia a la lucha, abracé al tigre que devoraba mis entrañas. A partir de aquel día me reconcilié con el espíritu de mis antepasados y me entregué con todas mis fuerzas a la profesión que heredé de ellos. En un momento de lucidez salvé mi vida y creo que en parte se lo debo a Sun y a este caparazón de tortuga.

Cuando terminó de narrar su historia, Park miró al pequeño y le aconsejó:

--Apártate de lo Violento y sigue los pasos de los hombres que llegaron a viejos. Y, sobre todo, sé humilde y lleva en tu corazón las palabras del gran maestro Lao Tze: “un buen caminante no deja huellas”.

Aryon tocó con sus manos el agrietado caparazón de tortuga y se quedó pensativo. Jamás hubiera imaginado que un hombre tan alegre y enérgico como Park hubiera estado tan cerca de destruir su vida, vencido por el vacío y la desesperación.

Algo creció en su interior, y quiso aún más a aquel hombre que le trataba como si fuera su propio hijo.

El artesano envolvió la tortuga en un rollo de papel de arroz con inscripciones caligráficas y dio unas palmadas en el aire, como queriendo espantar a los espíritus

curiosos que suelen esconderse en los aleros de las casas. La tensión desapareció como por arte de magia y las máscaras volvieron a ser las dueñas de la carpintería.

--Déjame trabajar --dijo el carpintero tocando la cabeza al pequeño. Y Aryon hizo una reverencia profunda y se fue a buscar a sus amigos.

Tras prometerse lealtad, los cuatro muchachos se fueron al campo en busca de la huella de algún tigre. Kasan, de delicado olfato, encabezaba la expedición. Kunín y Sirie iban los últimos y hablaban en voz baja para que Tangún no percibiese su presencia. Cuando perdieron de vista la aldea, iniciaron la subida de una montaña, atravesaron un puente colgante y se internaron en la espesura de la selva.

El aire despedía un calor húmedo y pegajoso. Los mosquitos formaron escuadras e iniciaron un sutil ataque comenzando por Kunín, que notó unos ligeros pinchazos en las muñecas y los tobillos. Con el rostro congestionado, Kunín hacía un esfuerzo sobrehumano para no quedar descolgado del grupo. Mató de un manotazo a un enorme mosquito que le chupaba la yugular y con mal humor hizo un gruñido, como queriendo llorar.

Sirie se reía de las quejas de Kunín y se tapaba la boca con la palma de la mano derecha para no encolerizarle.

De alma poética, se mostraba más sensible a los encantos de la naturaleza y absorbía con la mirada las extrañas formas de los árboles y rocas que parecían encerrar espíritus humanos.

Kasan y Aryon prestaban menos atención a los mosquitos, ya que en su corazón sólo ardía el deseo de la aventura. Cada paso que daban les llevaba a otra frontera más lejana. Su mundo se hacía más grande y su territorio crecía, arrancando sus tesoros al misterio de la vida.

Cuando llevaban andando cerca de tres millas, Aryon levantó una mano. Había escuchado un ruido entre unos matorrales. Apartó un arbusto y miró entre la maleza.

Kasan desenfundó su afilado cuchillo y tensó los músculos como para lanzarse sobre alguna presa. Sirie y Kunín, armados con sendos palos, permanecían con el aliento contenido.

Aryon volvió el rostro hacia Kasan y dijo entre susurros:

--Le he visto, es un jabalí.

A continuación, sacó su flecha favorita, comenzó a tensar la cuerda del arco y se hizo un hueco entre los matorrales.

Agazapado, se encontró de frente con la cabeza del animal. Vio una amenaza de muerte en los ojos del jabalí y un fuego frío le quemó el vientre.

Como un relámpago, disparó la flecha y, más rápido aún, salió del matorral. Kunín y Sirie arrojaron los palos al suelo y empezaron a correr. Kasan, con los ojos encendidos, observaba el pálido rostro de Aryon.

--¿Qué ha pasado? --preguntó Kasan.

--No lo sé --contestó Aryon--, pero es mejor que nos marchemos de aquí. He visto los colmillos del jabalí y no me gustaría tropezarme con ellos.

Kunín y Sirie, avergonzados, ya habían regresado y vuelto a tomar los palos.

Kunín, para demostrar que no era un cobarde, empezó a mover el arbusto y, blandiendo el palo en el aire, desafiaba a un combate al jabalí. Sus amigos permanecían atónitos, con los ojos clavados en la guarida de la fiera.

De repente, el jabalí salió de la maleza y embistió contra Kunín. Éste se tapaba la cara con las dos manos y gritaba como un loco. El cuadrúpedo tenía una flecha clavada en una pata trasera y parecía dispuesto a vengarse de sus enemigos.

Aryon, Kasan y Sirie estaban muertos de miedo, pero pasaron al ataque. Aryon volvió a disparar una segunda flecha, que se clavó en el cuello del jabalí. El animal se olvidó de Kunín, que se quedó inmóvil en el suelo y comenzó a echar espuma por la boca. Las flechas apenas habían atravesado la gruesa piel del cerdo salvaje y éste, crecido en su agresividad, apuntaba con sus colmillos a Aryon.

Aryon dio unos pasos atrás, tropezó con una piedra y cayó frente al jabalí. Alzó la vista y vio, a pocos pasos, la enorme cabeza peluda dispuesta a atravesarle con sus colmillos.

El muchacho cerró los ojos y sintió una fuerte corriente de aire que le golpeó en el rostro. Un tigre había saltado desde un árbol y se había lanzado contra el jabalí.

El jabalí, herido y acorralado, retrocedía como un espíritu maligno, e intentaba inútilmente clavar los colmillos en el cuello de su imponente enemigo. El felino lanzaba zarpazos y buscaba el punto débil de su presa para rematarla.

Aryon, con los ojos vidriosos, se arrastró como una serpiente hasta llegar a Kunín, que yacía tembloroso cerca del arbusto. Ambos se internaron en la maleza y, poseídos por el horror, siguieron la lucha desde su refugio.

Kasan y Sirie esperaban a sus amigos detrás de un árbol y notaban cómo el miedo echaba raíces en las plantas de sus pies, dejándoles completamente inmóviles.

El tigre encogió el cuerpo hasta que sus rayas marrones y amarillas formaron pliegues de oro y en sus ojos apareció un destello de luz que anunciaba la descarga mortal. Saltó sobre el jabalí y, con sus zarpas y colmillos, desgarró los centros vitales de su víctima.

El jabalí movió sus defensas con los ojos encharcados en sangre e intentó devolver el golpe con la ya débil llamada de su instinto, pero la muerte ya había penetrado en su corazón y le hundía en el frío pantano del no retorno.

El tigre apoyó sus garras delanteras sobre la presa, se puso cómodo y abrió un canal en el cuerpo del jabalí para comenzar su banquete.

Kasan y Sirie retrocedían tapándose los ojos con las manos para que el tigre no les viese. A Sirie el miedo le había hecho casi transparente y se desplazaba como una enorme libélula.

Aryon y Kunín habían reptado hasta un sendero y tenían clavadas espinas en todo el cuerpo. Primero, se habían alejado lentamente, con movimientos de seda y cortando la respiración, como hacen los seres invisibles, y después habían emprendido una carrera enloquecida en busca de un refugio seguro.

Kunín miraba de vez en cuando hacia atrás por si acaso el tigre se había fijado en él. El gordo estaba convencido de que su carne era sabrosa para el felino y le ponía los pelos de punta la sola idea de que la fiera se quedara con algo de hambre tras zamparse al jabalí y le eligiera de postre.

Cuando dieron alcance a Kasan y Sirie, sintieron un gran alivio y, sin apenas tocar el suelo con los pies, continuaron la precipitada fuga.

Llegaron hasta el puente colgante. Sirie empezó a recuperar la opacidad. La palidez del gordo se tornó rosada. El miedo de los ojos de Aryon se deshizo en su vientre. Y alrededor de Kasan se palpó un aura, como si de repente se hubiera transformado en un héroe.

Sirie movió los labios intentando articular una palabra. Los otros tres se esforzaban en comprenderle, pero era inútil. Al final, Kasan le dio una palmada en la espalda y grito: “¡Despierta!”

La orden de Kasan cayó en la nuca de Sirie como si fuera un relámpago y éste empezó a tomar forma humana.

El espíritu de Sirie se sosegó, por su garganta volvió a fluir el río de la vida, y corrió hacia Kunín abrazándose a su barriga.

--¡Estamos vivos! ¡Estamos vivos! --empezó a gritar. Después, cogió una vara del suelo, se la metió entre las piernas, imitó a un jinete montando a caballo y, dirigiéndose a sus amigos, alzó la voz-- ¡Adelante, vamos a casa! --Y los cuatro cabalgaron en corceles de ramas hacia el único lugar del mundo que conocían.

VII

Shin, con el paso de los años, iba reduciendo las actividades que exigían un esfuerzo físico y empezaba a sentirse molesto cuando alguien se movía a su alrededor sin una misión concreta y útil. A veces permanecía días enteros en su consulta estudiando tratados de medicina china y observando, con la mente en blanco, las cajitas y frascos que se agolpaban en los anaqueles. Pensaba que el hombre, de joven, desea descubrir el mundo, y los límites le hacen sentirse esclavo. De mayor, se da cuenta de que el mundo con el que soñaba es sólo una ilusión, y regresa a sus raíces en busca de algo que se acerque a la Verdad.

Uno de sus textos preferidos era el *Libro de medicina interna* del Emperador Amarillo, de donde extraía recetas para curar a sus pacientes. En sus páginas había

escrito numerosas notas y garabatos que, a su juicio, corregían errores de diagnosis o completaban los cuadros de algunas enfermedades.

Descubrió, por ejemplo, que la mejor forma de tratar las enfermedades de riñón y los dolores de espalda eran las infusiones a partir de bayas de enebro y otras hierbas como la salvia y el malvavisco, aunque estas últimas también daban muy buenos resultados para combatir los trastornos de vejiga.

Mandó hacer un cazo de plata, lo que aconseja el Emperador Amarillo, para hervir las raíces de *ginseng*, ya que de esa forma se mantienen intactas las propiedades reconstituyentes del tubérculo.

Descartó los productos de precio excesivo, como la pata de oso, que sólo utilizaban algunos privilegiados y los médicos de la corte, y se contentó con remedios más baratos como los nidos de golondrina, que alivian los dolores del parto y rejuvenecen.

Un día, cuando se hallaba en la consulta, tomando apuntes sobre las terminaciones nerviosas del pie, una mujer llamó a la puerta dando unos débiles golpecitos. Se descalzó con tímidos movimientos y se acercó al galeno con una sonrisa angustiada.

Shin la penetró con la mirada intentando detectar alguna enfermedad y dijo:

--Choi, ¿Qué te trae por aquí? ¿No me digas que una mujer tan sana como tú de repente se encuentra mal?

La mujer del carpintero se tapó la boca con la palma de la mano derecha, como queriendo ocultar un pequeño secreto, y respondió:

--No es nada grave, sólo que de vez en cuando me dan mareos y la cabeza se me va.

Inmediatamente, Shin le preguntó:

--¿No estarás embarazada?

Primero, Choi se quedó muda. Después, se puso blanca como un fantasma. Hizo una pausa para coger una enorme bocanada de aire, echó el cuerpo hacia atrás y, presa de un ataque de histeria, comenzó a llorar.

El médico le dio varios golpes en la espalda, para sacarle la angustia del pecho y, como veía que no reaccionaba, abrió los brazos y golpeó con las palmas de la mano, como si fueran sendos platillos, los carrillos de la mujer del carpintero.

Choi hizo una especie de hipo, permaneció unos segundos vacilante y dijo:

--Deseo abortar. Me temo que llevo en el vientre a una niña. Park y yo hemos calculado mal, pero queremos remediar el error.

Shin montó en cólera y si no la arrojó a palos de la consulta fue por las buenas relaciones que unían a las dos familias.

--Si quieres abortar --advirtió en tono amenazante Shin--, deberás ir a la ciudad de Andong. Allí hay muchas comadronas sin escrúpulos que realizan esas prácticas. Yo siempre he defendido la vida y además tu petición me insulta.

Choi levantó la voz, cobró de repente una extraña seguridad en sí misma y preguntó al médico:

--¿Cuánto dinero quieres?

Shin se puso rojo como un tomate, se mordió la lengua y gritó:

--¡Fuera! ¡Fuera! Y no vuelvas a aparecer por aquí.

La mujer se asustó, tartamudeó unas palabras ininteligibles, se calzó sus zapatillas y desapareció como una exhalación. A Shin no le gustaban las discusiones, le sacaban de quicio y le ponían los pelos de punta.

“Tal vez –pensó--, he sido algo duro con Choi, pero he hecho lo mejor y estoy seguro de que en el futuro me lo agradecerá.”

Después, su mente, poco a poco, se apaciguó y recobró la calma. Por fin, se puso cómodo en un taburete y empezó a clavar agujas en los centros nerviosos de una figura de madera con forma humana. Trazó varios puntos en la oreja derecha y fijó la vista en un dibujo de un libro de acupuntura.

La señora Kim entró como una centella en la consulta, se dirigió apuntando el dedo de la acusación contra Shin y gritó:

--Los años te están volviendo torpe e insensible ¿Cómo se te ocurre maltratar a la pobre Choi? Sabes que es una de mis mejores amigas y que Park es casi como un padre para nuestro hijo Aryon.

Shin, visiblemente alterado, agarró con fuerza el muñeco de madera y lo colocó en una estantería. Después lanzó una torva mirada a su mujer y respondió:

--Entre las dos me habéis amargado el día. Llevo varias horas soportando a un montón de pacientes con enfermedades imaginarias, la mayoría de ellos amigas tuyas y, encima, en el único momento que tengo de descanso, entras como la peste en mi consulta y me reprochas mi digna conducta.

--Aquí la única que está cansada soy yo --vociferó Kim--, que me paso todo el día trabajando en casa y nadie me valora. Para una vez que Choi te pide un favor --agregó mientras se le hinchaban las venas del cuello--, le das la espalda y le vienes con tu moral trasnochada.

--¿Trasnochada? --repitió en alto Shin-- ¡Por Tangún! Aquí el único que utiliza la cabeza soy yo. Tú y tu amiga sólo veis el lado supersticioso de la vida. Se os nota que sois de cultura limitada. Hoy la gente formada no cree más que en aquello que tiene una base científica ¿Acaso crees que por que hayamos entrado en el Año del Caballo, si Choi trae una hija al mundo, su vida se llenará de infortunio? Si es así, tienes, como tu propia amiga, una cabeza de gallina.

Kim, que lo que más odiaba en la vida era que le llamasen cabeza de gallina, insulto que sólo utilizaban las clases más bajas de la sociedad, le amenazó con marcharse de casa y llevarse a su hijo con ella.

Al final, se dio cuenta de que era absurda esa decisión, y optó por llenar a su marido de complejos de culpa.

--Choi irá a abortar a Andong –aseveró--. Si le ocurre algo ya sabes quien es el responsable. Ah –agregó--, otra cosa: Park nos ha regalado tres máscaras, dos para nosotros y una pequeña para Aryon, para que las utilicemos en la gran mascarada de primavera.

Después, Kim recobró la serenidad y con gran aplomo dijo:

--Sería conveniente que durante unos días durmamos en habitaciones separadas. Y, sin dar la oportunidad a Shin de que se desahogase con una respuesta, dio un portazo y desapareció del habitáculo.

--¡Te crees que es un placer dormir contigo! --gritó Shin acalorado, ya solo en la habitación, imaginándose que estrangulaba a su mujer.

El médico se puso las manos en la cabeza, intentando no perder el control, y se dirigió tembloroso al rincón de la consulta donde almacenaba sus hierbas medicinales en una interminable hilera de cajoncillos perfectamente numerados y registrados. Abrió varios en los que guardaba los tranquilizantes y sacó ámbar y bilis de oso para prepararse una infusión.

Pasaron varios días y la señora Choi, tal y como amenazó, se fue a abortar a Andong, ciudad que estaba a sólo seis millas de Hahoe.

La operación se realizó en un tétrico cuartucho y sin las suficientes garantías de éxito. Además, Choi llevaba en las entrañas un feto de cuatro meses y ningún médico, sano en su sano juicio, le hubiera aconsejado abortar.

Nada más llegar a Hahoe, cayó en un estado semicomatoso. Cuando recobraba la lucidez, unas fiebres horribles le bañaban en sudor. Y se negaba a probar alimentos.

Lo primero que hizo el señor Park fue pedir ayuda a su amigo el médico, aunque estaba convencido de que ya nada se podía hacer y su mujer se preparaba para cruzar el río Sansu, que separa este mundo del más allá.

Cuando el médico se personó en la habitación de la moribunda se hizo un silencio espectral.

La señora Kim, antes de llegar su marido, había ordenado a las criadas que pusieran la cabecera de la cama de su amiga mirando hacia el este, evitando toda inclinación al norte, que es la posición en la que se coloca a los difuntos en su lecho de muerte.

Shin, con aspecto circunspecto, posó una mano sobre la frente de la enferma, caviló unos instantes y dijo:

--Tenedla bien abrigada hasta que prepare algún remedio.

--¿Se salvará? - preguntaron al unísono Park y Kim.

--Sólo el Buda lo sabe --fue la respuesta seca del galeno, que se fue en busca de la medicina apropiada.

Shin se fue a ver a Woo, el criador de ovejas y, tras revisar los rebaños, encontraron lo único que podría salvar de la muerte a la desdichada Choi: una oveja negra preñada.

El médico mandó sacrificar al animal y troceó su cuerpo en diez partes. Después, introdujo la carne en una gigantesca tinaja de barro que puso a hervir.

Tras permanecer las doce horas del día a fuego lento, se formó en el recipiente un líquido espeso y negruzco al que añadió seis nidos de golondrina y multitud de hierbas medicinales.

La señora Choi se alimentó durante tres días sólo de tazones de oveja preñada, y después salió de la cama de un salto, se abrazó al cuello de su marido y dijo:

--¡Cariño, lo hemos conseguido, no tendremos una hija en el Año del Caballo!

VIII

--¡Qué día más hermoso! --exclamó la señora Kim, y abrió las ventanas del dormitorio para contemplar, una vez más, la floración del cerezo.

Respiraba profundamente y sentía casi una experiencia religiosa ante el efímero espectáculo de miles de flores rojiblancas anunciando la primavera.

Una brisa fresca acariciaba su blanca piel y le invitaba a dilatar las fosas nasales e inundar sus pulmones de esencias de cerezos. Shin abrió la boca y estiró los brazos para desentumecer los músculos.

Después, dio varias vueltas en la cama emitiendo unos sonidos que a Kim le parecieron de animal, alivió sonoramente el estómago de gases, y dijo satisfecho:

--Querida, tengo hambre ¿Está ya el desayuno preparado?

--¡Cabeza de piedra! --respondió Kim-- ¡Qué poca sensibilidad tienes! ¡Levántate y mira qué bonitos están los cerezos!

El médico se levantó con pasos torpes y se pegó en la ventana a Kim, que le miró con una expresión de irrealidad en los ojos.

En ese momento un suave viento acarició las copas de los árboles y, como si el dios de la música hubiera alzado la batuta para dar comienzo al concierto de primavera, las flores de los cerezos empezaron a caer al suelo, creando en todo Hahoe ese único instante conocido como “la tormenta de nieve”.

Mientras los árboles se desnudaban sin oponer resistencia al viento, Shin posó su mano sobre el hombro de Kim y le dijo:

--La vida de los seres humanos es tan efímera como esas flores que acaban de caer.

Kim miró a los ojos de su marido y le pareció que acababa de convertirse en un niño. Sin decir una palabra, le besó en la boca y le abrazó con la delicadeza de una paloma.

Shin sintió un hormigueo en las plantas de los pies que avanzó por las piernas y se instaló en la base de la columna vertebral.

Después, tuvo una erección y empezó a comerse a besos a su esposa. Kim notó en el cuerpo el pene de su marido, que parecía buscar la puerta de jade a pesar de las gruesas telas que lo impedían.

Tras desnudarse apresuradamente, comenzaron a rodar por el suelo hasta que Shin penetró con su fuego en la cámara de jade de su amada.

Kim le daba pequeños besos en la boca y decía:

--¡Cariño, despacio, despacio! ¡Que dure mucho tiempo!

Tras practicar varias posturas, Kim invitó a su marido a concluir con la posición del perro. Shin se puso de rodillas. Alternó, como los maestros taoístas del sexo, tres empujes superficiales con uno profundo y, cuando subió la marea del *yang*, dejó correr el río amarillo en los lagos de jade de su esposa que se estremeció al sentir en su interior un momento que le recordó a la tormenta de nieve de los cerezos.

El galeno apoyó la cabeza en la espalda de su mujer y, a través de sus oídos, percibió cómo latía, inundado de felicidad y plenitud, el corazón de la que acababa de ser su amante.

Después, Shin dejó a su esposa reposando en el tálamo y pensó: “Ánimo, hay que trabajar”.

El médico se apoderó de un cuenco de arroz y de otro de sopa, y se fue a desayunar al patio. Miró los curvos aleros de la casa y notó que necesitaban una reparación. Se rascó con los palillos la cabeza, atrapó un puñado de arroz y sorbió sonoramente la sopa.

Se sintió feliz durante unos instantes y su mente empezó a divagar. Nubes de recuerdos flotaban ante sus ojos, trasladándole a otras épocas. Se vio de niño tirando piedras a los monjes budistas. Recordó a su primer amor, una dulce niña a la que sólo acarició los cabellos, y los sueños frustrados de juventud, cuando deseaba viajar a Chung-ku para aprender Tai-Chi, el arte marcial del Gran Límite, y su padre se lo impidió. Suspiró resignado y comenzó a frotarse con la mano derecha la barriga. Sus dedos palparon, como si fueran enemigos, el abultado vientre, y pensó en la decadencia del ser humano. El vientre le llevó a la cabeza y tuvo que reconocer que se estaba quedando sin pelo. Observó los cuencos vacíos como si reflejaran su propia mirada y permaneció como una estatua de piedra unos momentos. Sonrió, recuperó un tibio gusto por la vida y pensó, sin creérselo: “en el fondo soy un privilegiado, tengo una mujer y un hijo maravillosos, la consulta me va bastante bien, soy respetado en el pueblo y, además, hay que reconocerlo, tengo una salud perfecta”.

Después, estiró los brazos y entonó una canción popular, que habla de las mujeres del puerto de Mokpo que van a despedir a los pescadores cuando se hacen a la mar. Alegre, escuchó a través de la ventana de papel que daba al patio los suaves ronquidos de su esposa, se lavó la cara en un cubo de madera y, con pasos firmes, se instaló en la consulta.

Tras un corto sueño, Kim se despertó y, lo primero que hizo, como si tuviera que realizar un doloroso ritual, fue ir a por los dos cuencos que su marido había abandonado en el zaguán. Mientras recogía los restos de arroz que habían caído al suelo, maldecía a Shin porque tenía la mala costumbre de dejar en cualquier parte

todo lo que usaba. La rabia dio un salto hasta su garganta, se hizo un nudo y Kim gimió:

--Yo no soy su esclava. Parece que disfruta viéndome arrastrar por el suelo cogiendo cosas. Le tengo que decir que sea más considerado y que me lleve a la ciudad de Andong. Me ha dicho Choi que allí se pueden comprar unos brocados monísimos.

De repente, suspiró y pensó: “bueno, tengo muchas cosas que hacer, se está haciendo tarde. Y, casi contenta, se fue a dar de comer a las gallinas, al tiempo que las llamaba en lo que ella creía que era su lenguaje:

--Pitu, pitu, pitu... --cacareaba Kim a las asustadas gallinas, que todavía desconocían si su dueña había venido a alimentarlas o a degollarlas. Una de las aves, que se había quedado huérfana hacía dos días, concentró todo el pánico de sus antepasados en la cresta roja, y se puso a mover las alas enloquecida intentando traspasar las paredes del corral.

Kim se puso nerviosísima ante los espasmódicos movimientos de la gallina, por lo que entró en el corral dispuesta a acariciarla, para calmarla. Con las manos rápidas, la mujer se apoderó del pobre animal, que observó a su captora con ojos desvanecedores, antes de sufrir un infarto.

Shin intentaba operar de cataratas a un labriego cuando Kim abrió violentamente la puerta de la consulta y dijo:

--¡Cariño! Hoy tenemos pollo para comer.

Aryon, que aquel día había salido pronto de casa, estaba excitado ante la llegada de la gran mascarada de primavera. Faltaban pocas horas para el comienzo y en la aldea se respiraba un aire de rebelión y libertad.

Fue a la carpintería a agradecer a Park que le hubiera regalado la pequeña máscara solferina, que se parecía más al rey de los monos, Sun Wu-Kung[1], que a uno de los nueve rostros y medio que utilizaba como modelo para sus creaciones.

[1] Sun Wu-Kung: personaje central del *Viaje al Oeste*, obra clásica china del siglo XVI. El rey de los monos es también la deidad-eje de la Ópera China.

Aryon se puso la máscara ante un espejo, imitó con sus manos las garras de un ave rapaz y dijo a su amigo:

--Yo soy el dios protector de Hahoe y he venido a comerme a los demonios para que no destruyan las cosechas y nos lleven por las noches el arroz. Yo soy temible y las tormentas se alejan cuando me ven. Cuando pienso en un espíritu maligno le condeno a andar errante sin la posibilidad de cruzar el río Sansu.

Park aplaudió con fuerza al pequeño y le enseñó las máscaras que utilizarían él y su esposa Choi.

El carpintero había elegido una máscara alargada y pálida que emanaba ese lado frío y oscuro de la mente que, sólo en situaciones límite, cuando la razón duerme, aflora en la vida real. Su expresión ya era por sí misma inquietante sin necesidad de que las noches de mascarada la arrastraran al baile de los espíritus.

En cambio, la máscara de Choi tenía un aspecto felino. Daba la impresión de que su asquerosa boca estaba a punto de morder a quienes cayeran en la irresistible fuerza de atracción que salía de sus ojos.

--A las máscaras --dijo Park mirando al pequeño-- les gusta dormir durante el día. No se sienten a gusto cuando les golpea la luz. Es al atardecer, a la hora del Gallo, cuando regresan, por decirlo de alguna manera, a la vida.

El artesano retorció la boca en una enigmática sonrisa y continuó:

--A veces pienso, y sé que es algo absurdo, que son los espíritus de los muertos que no pueden descansar en paz quienes utilizan las máscaras en un intento desesperado por comunicarse con los que estamos aquí en carne y hueso.

Aryon empezó a sentir miedo y se acordó de la sacerdotisa Sun. El rostro de la anciana tenía algo de máscara ¿Algún espíritu se habría apoderado del interior de la vieja?, se preguntó.

--Por la noche --agregó Park--, la razón se ablanda. Los efluvios lunares son absorbidos por los hombres y las montañas se convierten en estrellas apagadas.

Park hizo una pausa, cogió viruta del suelo y la trituró entre sus dedos.

--Algunas personas piensan –explicó--, que a los niños no hay que hablarles de cosas serias. Que es mejor animarles para que se entreguen al juego y darles

conversaciones vacías de contenido, pero eso es un error. Cuanto antes aprendas a convivir con los dioses y demonios que luchan en tu corazón, antes encontrarás las armas que las divinidades necesitan y los diablos temen.

Aryon le miraba con los ojos abiertos como enormes lámparas de papel. El lenguaje de aquel hombre le hipnotizaba. Sus palabras eran como serpientes de cascabel que emanan música por los ojos y se enroscan dulcemente en el cuello de sus admiradores hasta producirles un sueño celestial.

Park abrió la puerta de la carpintería y se llenó los pulmones de aire fresco. Desde la plaza del pueblo ya se empezaba a escuchar el estruendo de hombres y mujeres danzando al compás de los tambores. Un joven robusto, vestido de blanco, se paró frente al carpintero, comenzó a girar la cabeza como un loco, y trazó círculos de colores en el aire, con una cinta azul y blanca que pendía de su frente.

Aryon salió corriendo a la calle para seguir las evoluciones de su danza. El joven tocaba un pequeño tambor que le colgaba del cuello y que golpeaba como un poseso. Cuando el instrumento parecía a punto de romperse como un corazón que no soporta los rápidos latidos, el danzante volvía a mover la cabeza, salpicando el aire con los colores del amor y de la muerte[1]. Repitió varias veces el ejercicio y después se alejó como una rueda humana, trazando círculos con los pies y las manos que apoyaba alternativamente en el polvoriento camino.

Aryon contempló cómo desaparecía entre una nube de polvo y doblaba una esquina en la que casi se tocaban los curvos aleros de dos casas.

--Ha desaparecido como una flecha --comentó Park--. Como no ahorre energía, a la hora del Cerdo estará muerto de cansancio.

Después, el carpintero perdió unos instantes la mirada en el horizonte y dijo:

--Aryon ya es hora de ir preparándose para la mascarada. Voy a ir a meter prisa a mi mujer que aún no ha decidido qué ropa ponerse hoy. Nos veremos, si es que nos reconocemos, más tarde.

IX

El rey Sonjo, aunque ecléctico y tolerante, acababa de promulgar un edicto prohibiendo a los monjes budistas residir en las ciudades. La clase de los *yanbang* deseaba un gobierno fuerte basado en las rígidas estructuras confucionistas y acusaba al clero, que había relajado su moral, de la decadencia en las costumbres y la falta de ideales en la juventud.

Además, los eunucos de la corte, comprados por la *yanbang*, habían llenado los oídos reales de historias escandalosas sobre orgías entre bonzos y *kisaeng*[2]. El Monarca, que deseaba tranquilidad, cedió a las presiones de los nobles, prescindió de los consejeros budistas y zanjó el asunto con el decreto.

La decisión de confinar a los monjes en los templos de las montañas, al principio le produjo una cierta inquietud, pero después se adaptó a la nueva situación y afrontó con más ímpetu los asuntos de Estado, además de introducir algunos cambios en el gineceo real.

A Liu, su esposa principal, le ordenó pintarse un lunar cerca de la boca, porque había leído en un tratado de medicina que las mujeres con una mancha junto a los labios son las más apasionadas.

En cambio, a su cuarta esposa, Yeum, dejó de verla porque tenía un lunar debajo del ojo derecho y había leído en el mismo tratado de medicina que las mujeres con ese defecto son propensas al drama y deprimen a quienes están con ellas.

El monarca llevaba varios días sin salir del palacio de los Jardines Secretos, especie de ciudad amurallada formada por un laberinto de pabellones.

Cuando sus obligaciones se lo permitían, disfrutaba de largos paseos y se perdía en el bosque de palacio. Allí se entregaba a la contemplación y pasaba horas con la mirada fija en los sauces o en las flores de loto de los estanques.

---

[1] El blanco era el color utilizado en Corea en los funerales.
[2] *Kisaeng*: equivalente a geisha japonesa.

En contacto con la naturaleza percibía una libertad casi etérea, que chocaba con la claustrofobia que sentía algunas veces en la sala de coronación cuando recibía a los embajadores extranjeros.

Encerrado en su paraíso y alejado de la realidad, pensaba que el pueblo era feliz y que adoraba a su rey.

"El pueblo de Choson goza de paz --meditaba Sonjo-- y ése es el valor supremo de un reino. Las cosas van bien: El Cielo y la Tierra están en armonía."

Su lectura favorita era el *I Ching*[1], cuya sabiduría era como una brújula para dirigir su propia vida y la de sus súbditos. Los arcaicos signos del Libro eran llaves sagradas en cuya esencia todavía palpitaba la magia del Principio.

En más de una ocasión, buceando en el *I Ching*, tuvo chispazos de iluminación que rompieron su yo profundo en luz.

Después, con la mente relajada, tras haber sufrido la explosión de la estrella, se dedicaba a tareas sencillas como cuidar los jardines de rocalla o dar de comer a los peces de colores.

Una tarde, cuando estaba sentado debajo de un árbol observando las flores de loto de la Laguna de los Buenos Deseos, se quedó profundamente dormido. Al poco tiempo de cerrar los ojos, la boca se le secó y sintió una sed terrible. Escarbó en la tierra con las manos en busca de agua subterránea, pero de la pequeña grieta que hizo sólo salió una lengua de fuego.

Se apartó para no quemarse, se puso de rodillas y se preparó para dejar este mundo. Cuando su cuerpo empezaba a petrificarse, apareció, detrás de un matorral, una vaca sagrada que, al principio, confundió con una hermosa mujer.

Avanzó hacia la diosa y exprimió sus rosadas ubres. Hilos de leche fresca cayeron sobre una copa de alabastro que se desbordó rápidamente, derramando el contenido en las manos del Rey. El Monarca, primero vació la copa sin apenas respirar y, después, mamó del animal como si fuera un recién nacido.

Por su garganta fluía la fresca leche, regando todos sus órganos internos. Al cabo de un rato, su cuerpo se hizo blanco y sintió un sudor frío. Luego notó que sus labios empezaban a arder y que ya no bebía leche, sino oro líquido.

---

[1] *I Ching*: Libro de las Mutaciones.

Paulatinamente, su cuerpo adquiría el brillo del oro, y aún más, sus extremidades se metamorfoseaban en la belleza y dureza del metal.

Convertido en una estatua de oro, miró a los ojos de la vaca, que se alejó meneando una extraña cola, al mismo tiempo que iba dejando huellas de mujer.

El Soberano quiso seguirla, pero sus pies eran demasiado pesados. Se contentó con ver en la distancia cómo el mamífero se transformaba en una hermosísima mujer que desapareció nadando en el mar.

Cuando Sonjo despertó, llamó a los adivinos de la corte para que le tradujeran el significado del sueño.

Tres individuos se acercaron a la biblioteca real y se arrodillaron ante el Monarca, que les esperaba con impaciencia. Sin dejarles terminar con el ritual, el Rey les ordenó que se pusieran cómodos.

--Somos todos oídos, Alteza --dijo el trío al unísono. Y, a continuación, Sonjo contó la historia con todo lujo de detalles.

Cuando terminó, el Soberano dibujó una grave expresión en el rostro y dijo:

--Ahora es vuestro turno. Podéis hablar.

Un primer adivino, esquelético y de ojos saltones, lanzó una fugaz mirada al Rey y explicó:

--¡Majestad! Es sabido que el material de los sueños procede de la mente y su contacto con otras realidades. La sed, puede estar relacionada con un exceso de comida y bebida. El vino de arroz puede ser peor que el Sol. Conviene moderar la alimentación, especialmente por las noches.

´´Por algún motivo, Su Espíritu ha viajado a la infancia. Al principio-madre, origen de todas las cosas. Una inquietud interior ha emprendido su vuelo hacia las fuentes de la vida para conocer en sus aguas el sentido del presente y del futuro.

´´La leche simboliza la purificación y el deseo de volver a nacer. Su mente desea reencontrarse con sus raíces cósmicas para atravesar el fango de la vida, al igual que la flor de loto, y abrirse al aire puro y la libertad.

´´El oro, en ese sueño, es un obstáculo, es algo que paraliza al ideal. La joven, que es una alegoría del amor, se pierde en el mar. El hombre que la desea permanece clavado en la tierra con sus áureos pies mientras ella se desvanece.

--De esas palabras, ¡mi Señor!, debe sacar su propia conclusión –dijo.

Después avanzó humildemente el segundo adivino, de mirada de búho y nariz aguileña, y abriendo las manos en forma de abanico dijo: “la sed significa el vacío espiritual. Es necesario beber del Conocimiento y de las fuentes de la Sabiduría para saciar las llamadas del crecimiento interior”.

´´Su Alteza ha tenido que buscar el equilibrio en la mujer-vaca. En la Gran Madre, que representa a la primera chispa de vida y al espíritu de los antepasados. Tus ancestros han querido demostrarte que les necesitas para encontrar las riquezas espirituales y materiales que el reino anhela para florecer. Te piden que prestes mayor atención a los ritos y no te olvides nunca de tus orígenes.

´´La mujer que nada, representa el amor y la muerte. Su imagen es cálida, te acaricia tras haberte alimentado. Cuando desaparece en el mar, quiere decir que la última travesía puede ser hermosa.

Por último, el tercer adivino, ciego y de blancos cabellos, que fue el más breve, dijo en tono enigmático:

--¡Altísimo! No es necesario que te preocupes. Los dioses están pendientes de tus necesidades –reflexionó, y añadió--: El espíritu y la materia son la misma cosa. La belleza es efímera, perseguirla es inútil.

El Monarca sonrió, hizo un gesto con la mano derecha y los tres adivinos se alejaron como pájaros arrastrando sus alas en el suelo de la estancia. Cuando estuvo sólo, Sonjo meditó sobre lo que había escuchado y llegó a la conclusión de que necesitaba un periodo de retiro y abstinencia para purificarse y ver las cosas con claridad. Antes de despedirse del mundo, Sonjo ordenó a su armador que empezase la construcción de un barco de recreo en forma de pato para disfrutar de viajes de placer en el río Han[1].

[1] Río Han: corriente fluvial que atravesaba Hansong (actualmente Seúl).

--Es un buen momento para aislarse --gimió el Rey, tras recordar que gran parte de la *yanbang* se había ido a Hahoe con motivo de la mascarada y el palacio estaba bastante aburrido.

Ante la estupefacción de su primera esposa, Sonjo se despojó de sus reales vestiduras, con dragones y aves fénix bordados en oro, se vistió con humildes ropas de campesino y se calzó unas ásperas zapatillas de fibra de arroz. Se fijó en el lunar artificial de su esposa, intentó no mirar la abertura que le llegaba hasta el muslo de su provocativo vestido, que le había enviado como regalo el emperador de los Ming, Shi Tsung, y, haciendo un esfuerzo para controlar su pasión, le dio un tibio beso de despedida en la frente.

Liu hizo una profunda reverencia a su esposo y vio como éste se perdía entre los senderos de los Jardines Secretos

Sonjo atravesó un pequeño bosque, bajó por la escalinata de piedra que conduce a la Laguna de los Buenos Deseos y pasó por la Puerta de la Longevidad. El Monarca observó la descuidada vegetación y avanzó con pasos firmes al Pabellón del Pobre. Había decidido encerrarse durante quince días en aquel lugar tomando fríos cuencos de arroz y coles picantes de ínfima calidad. La perspectiva de prescindir del lujo le animaba. Empezaba a sentirse como un santón y además sabía lo útil que era ser pobre durante un tiempo para no volverse insensible y padecer, a través de la propia experiencia, las necesidades del pueblo.

El oro es un obstáculo para alcanzar el amor, dijo para sus adentros, y empezó a deprimirse al ver lo incómodas y frías que parecían las habitaciones del Pabellón del Pobre.

X

Como una centella serpenteante, la vieja sacerdotisa Sun avanzó hasta abrirse camino con sus apergaminadas manos entre un apiñado grupo de aldeanos

que bramaba con la contenida furia del toro, y se sentó en el suelo para ver de cerca la representación teatral.

Cientos de máscaras clavaron sus fríos ojos en el cuerpo encogido de la anciana, que se alisó su vestido de piel de tigre y se abrazó las rodillas hasta convertirse en una especie de escarabajo.

Algo parecido a una rana cruzó dando saltos cerca de los pies de Sun y el abigarrado público empezó a tirar piedras al animal, que croó aterrorizado y desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

--¡Silencio! ¡Silencio! --gritó una voz cavernosa, al mismo tiempo que anunciaba el comienzo del espectáculo; se sintió un silbido frío por encima de la nube de máscaras, como si una espada cortase el aire, y apareció ante los espectadores un palanquín tirado por doce esclavos.

Se corrieron unas burdas cortinas en el interior del palanquín y emergió la enorme cabeza de un funcionario del Rey, de cuyas cuencas sobresalían dos bolas blancas, parecidas a dos huevos cocidos.

Tras la máscara del funcionario apareció su esposa, que como un súcubo de hielo permanecía impasible y sólo ocultaba su rostro de vez en cuando con un abanico. De sus ojos pendían también dos bolas blancas que apuntaban como dos enormes cuernos de caracol a la primera fila de espectadores.

--¡Querida! --dijo el hombre a la mujer--, adoro viajar sobre los hombros de estos animales de carga: comen menos que los caballos y además no necesitan descansar.

Los esclavos, vestidos con ropa de campesinos, respondieron al unísono formando un coro:

--Es verdad, comemos menos que los caballos y además no necesitamos descansar.

--¡Callaos! - vociferó el alto funcionario. Y golpeó a dos de ellos con una fusta en sus vencidos rostros de madera.

Sun se quedó dormida. Su cabeza se desplomó y empezó a oscilar como el badajo de una campana budista.

Oculto tras su máscara, el pequeño Aryon observaba a la anciana, que comenzaba a babear.

Kunín, Kasan y Sirie seguían atentos el espectáculo al mismo tiempo que su corazón sufría con cada palabra del funcionario.

Los esclavos pusieron el palanquín en el suelo. Uno de ellos se arrodilló y encorvó su espalda para que los personajes le utilizaran de estribo.

--Cariño -- susurró el funcionario--, la columna vertebral de los campesinos es buenísima para reavivar las terminaciones nerviosas de las plantas de los pies. Son mucho mejores que los guijarros. No necesitamos gastar ni un *chon* de bronce en visitas al acupuntor.

La dama emitió una aguda y tímida sonrisa y comentó, mientras posaba su pie derecho en el estribo humano:

--¡Ay, qué asco! ¡Qué espalda más blanda! Parece que estoy aplastando babosas.

El campesino alzó sus humillados ojos y contestó:

--¡Oh, alta dama! Me siento más humano desde que he recibido la caricia de sus pies de espuma y seda.

La mujer, encolerizada, echó su furia por la boca:

--¡Cómo te atreves a dirigirme tu mirada y tu palabra! --dijo al campesino.

--¡Perdón! ¡Perdón! --respondió la humilde y débil voz del que seguía arrodillado.

La distinguida mujer señaló al campesino con un dedo que parecía un cuchillo y espetó:

--¡No hay perdón! ¡Animal!, aprende a cumplir con tu deber --Y, a continuación, dio una patada a la indefensa cabeza de madera.

Entre el público, una máscara de noble dama se inclinó hasta tocar la cabeza del que parecía su acompañante, haciendo un ruido como el chocar de la proa de dos embarcaciones, y susurró a sus oídos:

--Deberían prohibir estos espectáculos. Me excitan, pero me dan miedo.

El hombre se recreó en los amenazantes relieves de su rostro, sacó la lengua y soltó una sonora carcajada que retumbó en el interior de la máscara que envolvía su cara, la cual se dilató como un molusco seguro del cascarón que lo aísla de sus posibles enemigos.

A pocos pasos, un cuello curtido de campesino mostraba profundos surcos, abiertos como bocas de tierra. Su áspero puño se contraía hasta adquirir la dureza del mineral cada vez que el alto funcionario y su esposa golpeaban a los esclavos.

La voz cavernosa anunció el final del primer acto. Los actores desaparecieron. Y un individuo con aspecto de criado y un cuenco de calabaza en la mano izquierda comenzó a arrojar en el suelo puñados de sal.

Llegó la hora del Perro y se encendieron las lámparas de papel. Las máscaras que presenciaban la obra teatral parecían reír con lenguas de fuego y el corazón de Hahoe latió con más fuerza.

No muy lejos del escenario, otros grupos de aldeanos seguían con antorcha en mano la lucha de dos espantosos dragones.

Uno de ellos era un noble que había raptado a una hermosísima mujer del pueblo y la había llevado a su palacio del fondo del mar. El otro quería liberar a la joven, que estaba amarrada a un poste, para devolver la dignidad y la felicidad a la aldea. En cada embestida de los dragones, esperpénticos músicos batían los tambores y gritaban como animales heridos.

Cerca de un árbol, varios jóvenes borrachos bailaban formando un círculo, en cuyo centro una mujer elástica y firme como el bambú ejecutaba la danza de la espada.

Un anciano, que arrastraba su cansancio de pies de piedra, se quitó la máscara para respirar a fondo y se apoyó en el mostrador de uno de los puestos al aire libre. Pidió una sopa de miel y un botellín de aguardiente y se fijó en los pechos de la que le acababa de servir.

Cada vez que la mujer se desplazaba a las pequeñas mesas para atender a los clientes, el viejo le palpaba sus voluminosas nalgas con la mirada e intentaba lanzarle mensajes telepáticos para seducirla.

La miel y el alcohol le dieron por unos instantes un valor de felino, que desapareció ante la indiferencia de la señora, y después se quedó dormido confundiendo la realidad con el sueño.

La temperatura bajó un poco y la brisa empezó a agitar sus alas, inquietando con su pico a las ramas de los árboles. La luna creció en su perla de nieve y las chozas y mansiones de Hahoe se transformaron en animales vivos enviados por las estrellas.

Los actores volvieron a salir entre los aplausos y abucheos del público. El alto funcionario y su mujer caminaban con la dignidad de las aves zancudas y evitaban dirigir sus miradas a los espectadores, que les lanzaban toda clase de maldiciones.

Los esclavos se arrastraban a cuatro patas como perros amaestrados y mordían el aire para comerse los mosquitos y el polvo para que no rozasen la delicada piel de sus dueños.

El funcionario hizo un sonoro gorjeo para limpiarse la garganta, clavó sus opacos ojos en uno de sus criados y le escupió en la cara.

--Querida –dijo--, la cosecha de arroz cada día va peor. Estos desgraciados sólo saben holgazanear y arrimarse a sus mujeres. En cuanto dejas de vigilarles se tumban como los lagartos. Deberíamos quitarles los bueyes para que hagan todo el trabajo y aprendan lo que es bueno.

La mujer se enfadó y gritó:

--¡La culpa la tienes tú, que eres muy blando con ellos! Deberías utilizar el palo más a menudo. Además de que son unos inútiles, nos roban ¿me oyes? Nos roban.

--Eso no, señora --murmuraron los esclavos.

El funcionario se tapó la nariz como si oliera muy mal y reflexionó en alta voz:

--Sí, querida, tienes razón, los campesinos nos roban porque tengo demasiado corazón. Debería darles un castigo ejemplar. Ya lo tengo, vamos a impedirles que entierren a sus muertos. Cuando mueran vamos a lanzarlos al mar para que jamás alcancen la otra orilla.

Un dolor insoportable recorrió el espíritu de los espectadores y los esclavos rompieron en llanto.

--¡No, eso no! --suplicaban de rodillas--. Haremos lo que queráis. ¡No, eso no! --repetían, y besaban los pies de aquellos seres superiores.

Aryon lloraba tras su máscara solferina. Una extraña impotencia agarraba con áspera mano su corazón y lo apretaba hasta hacerlo sangrar. La humillación de los campesinos era su propia humillación. La aldea y su pequeño mundo se resquebrajaban ante una pobre representación de la realidad.

Quiso quitarse la máscara para limpiarse las lágrimas que corrían por sus mejillas quemándole la piel, pero controló su impulso al recordar que estaba rodeado de gente.

El badajo de la campana budista dejó de oscilar y la vieja sacerdotisa Sun regresó del túnel. Deshizo la bola que formaba su cuerpo, se levantó, se puso a horcajadas y, tras señalar con una mano al alto funcionario y a su esposa, emitió una orden desgarradora:

--¡Matadles! ¡Matadles! ¡Matadles! --repitió fuera de sí.

Como piratas ansiosos de iniciar el abordaje, se lanzaron las patéticas máscaras contra el alto funcionario y su mujer, dispuestos a despedazarles. Los esclavos se pusieron de pie y se unieron a la jauría humana.

La altiva pareja se escondió detrás del palanquín para cubrirse de la lluvia de golpes, pero todo fue inútil. Decenas de manos se convirtieron en garras de aves carroñeras que arrancaron y arrojaron al suelo los blancos ojos de sus enemigos. Los campesinos pisaron las inquietantes bolas, que parecían palpitar sobre la tierra, y perdieron el control.

Aryon notó cómo algún espectador de noble máscara se escabullía como un fantasma y se fijó en la viejísima Sun que agitaba las manos y echaba sapos por la boca como si fuera la reencarnación de la diosa de la venganza.

Los esclavos habían destrozado el palanquín y habían convertido sus restos en temibles palos. Cada vez que el personaje y su mujer se cubrían con las manos, una brutal descarga caía sobre sus cuerpos.

La mujer emitió un débil “socorro” y, con la poca fuerza que le quedaba, se quitó la máscara, dejando al descubierto una curtida cara de campesina.

Los esclavos soltaron los palos, el silencio se congeló, y se produjo la estampida. En un abrir y cerrar de ojos los espectadores desaparecieron del lugar y abandonaron a sus víctimas retorciéndose como gusanos partidos.

Con la lentitud de la tortuga, la sacerdotisa Sun se alejó de los heridos, pero antes de esfumarse volvió la cabeza y concentró toda su energía en los labios:

--¡Opresores! ¡Piojos! ¡Cabezas de gallina! --les gritó con una voz de otro mundo, y su espíritu explotó en carcajadas.

No muy lejos del teatro la fiebre de la fiesta subía de temperatura, quemando las copas de los árboles. Ríos de lava humana danzaban al tan-tan de los tambores formando figuras de monstruos diabólicos. El aire estaba espeso como en el interior de un volcán y estaba a punto de producirse una erupción de locura colectiva.

Aryon y sus amigos se dejaron arrastrar por la poderosa fuerza de aquella corriente hasta que sus cuerpos chocaron con cuatro demonios que se disponían a sacrificar a un enorme cerdo con las patas atadas sobre un banco de piedra.

Los carniceros blandían sus afilados cuchillos en el aire, a la luz de una hoguera que dibujaba caras de muerte ante el hocico de piel de tiburón del marrano.

El puerco hacía violentos movimientos para intentar escapar y volver a hincar sus pezuñas en la firme tierra de la vida, pero su instinto sabía que todo era inútil. El animal presintió que se aproximaba a su final y sus espantosos quejidos adquirieron la intensidad y el sonido de gritos humanos.

El miedo del gorrino saltó a la nuca de los cuatro amigos y éstos sintieron como si echaran humo por la coronilla.

Unas manos robustas inmovilizaron la rosada cabeza y un puñal tanteó el cuello del animal. En ese momento, el espíritu del cerdo se asomó a sus ojos y, al fijarse en las horribles máscaras, lanzó los últimos chillidos, que sonaron como el llanto de muchos niños que tal vez fueron devorados por el marrano en otras vidas.

Los gritos se hicieron más agudos y aumentaron tanto de volumen que producían dolor en la mente. En ese momento, la cuchilla seccionó la yugular del puerco y un chorro espeso de sangre empezó a caer en un cuenco de barro.

El animal seguía moviéndose y corría lentamente hacia alguna pradera del otro mundo. Sus ojos, aún con vida, comenzaron a seguir con curiosidad como despedazaban su cuerpo y por fin echó el último aliento por la boca y descansó.

--¡Qué mal lo he pasado! --comentó Kasan, y suspiró profundamente. Estaba deseando que terminase el sacrificio cuanto antes.

Kunín, que tenía la frente empapada en sudor, se acercó con un hambre repentina a uno de los puestos que vendían gusanos de seda fritos y compró abundantes provisiones. Sus amigos se lanzaron como tigres hacia el manjar y devoraron casi todas las larvas.

El gordo, enfadado, protestó:

--Si queréis, comprad vosotros --y se fue a adquirir un nuevo y voluminoso cucurucho de gusanitos.

Con Kunín con el estómago contento, los amigos volvieron a dejarse arrastrar por el torbellino.

A medida que avanzaba la noche, el aire se agrietaba para combatir a las energías negativas. Los alterados pensamientos de la mente se transformaban en diabólicos caballos desbocados por la espuela del alcohol.

Grupos de borrachos, ya poseídos por sus máscaras, recuperaban el lenguaje de los muertos. Algunos dormían entre los pies de la multitud, vencidos por el aguardiente.

La lava estaba a punto de llegar a la boca del volcán. La tierra retumbaba con los tambores, y los corazones latían deprisa. Empujados por la irresistible fuerza del remolino, los aldeanos se agruparon en el centro de la plaza formando un gran círculo que empezó a girar. Aryon y sus amigos se situaron en la primera fila.

Descalza, y sentada con la frente descansando sobre las rodillas, una hermosa mujer yacía en el interior de aquella rueda humana. Movimientos de nubes surgieron de sus brazos y levantó lentamente su delicado rostro cubierto de polvo de arroz.

Giró el cuerpo y posó el pie derecho en el suelo adoptando la posición de la grulla real.

El público calló, y un silencio espectral se apoderó del ambiente.

La sacerdotisa llevaba un ajustado vestido de vistosos colores que terminaba en alegres jirones. Como una flor, se abrió un abanico en su mano derecha al tiempo que en la izquierda apareció un gran puñal.

De su boca salió un lánguido y monótono diálogo y comenzó a girar sobre sí misma dibujando un pequeño arco iris con el abanico y el puñal. A veces, su voz se alzaba como la cresta de una ola para explotar en un grito desgarrador. Otras, sus palabras perdían fuerza hasta hacerse inaudibles.

Poco a poco, los malos espíritus salieron de sus escondrijos, atraídos por los llamativos colores del traje ceremonial de la sacerdotisa, y se concentraron en el centro del círculo.

Las máscaras notaron su presencia y empezaron a temblar.

Con fuerza creciente, los tambores volvieron a sonar. Los espectadores menearon sus cabezas al ritmo de la música y se fundieron en un único latir.

Chispas de energía silbaban en la frontera de los dos mundos. El yin y el *yang* entraban en colisión.

Los tambores anunciaban el desbordarse de la lava por la boca del volcán. La tierra empezaba a abrirse.

Dos máscaras colocaron frente a la sacerdotisa un tronco plano, con dos hendiduras de las que sobresalían afilados y largos cuchillos.

La joven puso sus pies descalzos sobre el filo de los cuchillos e inició la danza del *kut*[1]. Sus blancos pies se movían sobre la fría hoja como si fuera de algodón.

Al tiempo que movía las caderas, lanzaba su cabeza hacia atrás y hacia delante, cubriéndose el rostro con su abundante cabellera. El abanico se abría y se cerraba en rápidos y secos golpes, y el puñal cobraba vida propia. La joven dejó de pronunciar palabras coherentes y una nueva voz se apoderó de su boca. Era como el tenso lamento del que ha perdido la razón. Como el dolor del loco que ve cómo la lagartija de la huida devora su última conexión con la realidad.

[1] *Kut*: ritual chamanístico para ahuyentar a los malos espíritus.

Un ligero temblor se apoderó del cuerpo de la sacerdotisa, y entró en trance. Fuego y sudor empapaban y quemaban sus cabellos. Su cadera se balanceaba como una barca sin timón a merced de las olas. Los sonidos, graves y agudos, penetraban en el interior de los espectadores, absorbiéndoles los últimos restos de razón.

Una máscara se desplomó en el suelo y comenzó a llorar. Tras su caída, una gruesa anciana palpó el aire como si se hubiera quedado ciega y empezó a llamar a alguien que no existía.

Aryon se imaginó que estaba dentro de una oscura cueva y que invisibles manos le empujaban hacia una puerta de fuego. Cuando iba a traspasarla, volvía a escuchar la voz de la sacerdotisa y regresaba a la plaza del pueblo. La escena se repitió varias veces y la cabeza le daba vueltas.

Ante los ojos de Aryon, el cuerpo de la joven se encogía y crecía hasta ser tan grande como una montaña. En su belleza habitaba un monstruo que conocía el camino de vuelta de Lo Desconocido.

Un murmullo colectivo acompañaba a las palabras de la sacerdotisa, que empezaron a materializarse en mágicos conjuros. Desgarradoras sentencias caían como rayos sobre los malos espíritus, que huían despavoridos. Escalofríos de picor de medusas encendían la piel de los aldeanos.

Poco a poco, el ambiente se fue relajando y la sacerdotisa volvió a su belleza original. La serenidad se reflejó en su mente y dijo:

--Hahoe está libre de malos espíritus.

Y, a continuación, desapareció unos instantes, para regresar vestida con un hermoso *hanbok*.

Se hizo el silencio y la joven inició el ritual *kosa*[1] con la más humilde sencillez.

Varios hombres pusieron enfrente de la sacerdotisa una mesa baja, en la que se colocó con cuidado la cabeza del cerdo que se había sacrificado esa noche, fruta y vino.

[1] *Kosa*: ritual para dar la bienvenida a los buenos espíritus y rogarles la protección del lugar.

La bella miró a los aldeanos, virtió el vino en el suelo para bendecir la tierra de Hahoe y gritó:

--Salud, Amor y Felicidad.

Los campesinos arrojaron puñados de arroz al aire, produciendo una tormenta de nieve, y todo el pueblo bailó hasta el amanecer.

XI

Hay un momento en la vida en el que se corre el peligro de salirse de la vida. Un momento en el que nos vemos obligados a alejarnos de las fuentes que alimentan nuestro ser para aprender las reglas del juego y adaptarnos al teatro de una época. Los primeros pasos del hombre siguen las leyes del Cielo. En la infancia todas las puertas están abiertas y la mente es como un pájaro de enormes alas que tiene sed de libertad.

No hay nada nuevo bajo el Sol. Lo que ocurrió hace mil años se repite en este siglo y volverá a acontecer hasta el final de los tiempos. Todo sigue su curso, más allá de la ilusión del cambio, y la naturaleza del ser humano permanece intacta.

Un caballo en la pradera de la libertad era Aryon antes de entrar en la escuela. Algo en su interior se negaba a ser domesticado y a aceptar una disciplina que oprimía los impulsos de su corazón.

Su pelo olía a viento y a lluvia. Su vida había echado raíces como un árbol en el patio de su casa y había sido parte de la corriente del Gran Río.

En un día otoñal, cuando Aryon estaba preparando su cometa favorita para ir a jugar al campo con sus amigos, su madre entró en su pequeña habitación y le dijo sin contemplaciones:

--¡Hijo! Ha llegado el momento de que te vayas haciendo un hombrecito. Tu padre y yo hemos decidido que ya es hora de que vayas a la escuela, pues lo que has aprendido hasta hoy con nosotros no es suficiente.

Hizo una pausa, se hinchó como una enorme gallina y abrió el pico de forma cortante:

--Aryon, pierdes mucho el tiempo. Te va a venir muy bien saber lo que es la disciplina para que aprendas a enfrentarte a la auténtica vida.

Después, hizo un gesto con las manos, como si extendiera sus grandes alas de gallina y sentenció:

--Aprovecha esta oportunidad, que en el Reino no todos pueden ir a la escuela.

Se sintió satisfecha, como si hubiera puesto un huevo, y dándole a Aryon una palmada en la espalda, agregó:

--Mañana irás a la Tosan Sowon[1].

Aryon recibió la noticia de mala gana, pero se resignó. Muchas veces había visto al maestro Tae Han pegar a los niños cruelmente con una varilla en las manos y en la espalda porque habían hecho mal los deberes o no habían prestado atención en clase.

Tae Han gozaba sabiendo que era temido y respetado por los niños de Hahoe, a quienes moldeaba con sus propias manos, como si fueran bloques de arcilla, para que se acercaran al Camino.

El primer día de clase, tras informar a sus alumnos de las normas y principios que regían en su academia, dijo:

--Aquel que no domina sus impulsos jamás llega a ser hombre, así que a partir de ahora debéis dedicar menos tiempo a los juegos, que son una pérdida de energía, y debéis ejercitaros en el aprendizaje del legado de los antepasados.

Sus palabras golpearon en las sienes de Aryon, que observaba a aquel hombre como si fuera un gigante arrancado de las montañas.

--A partir de ahora --continuó Tae Han--, tenéis que hacer un esfuerzo para romper el cascarón en el que os halláis. Si algún día queréis alcanzar la cumbre de la Montaña del Conocimiento, tenéis que empezar ya a cortar con la espada de la razón los nudos que atan a la mente humana a la Ilusión.

Después, empezó a pasear como un ave zancuda entre los niños, que parecían grupos de hongos surgiendo de las esterillas de bambú.

Los latidos del corazón de Aryon se aceleraban cada vez que el maestro lo rozaba con el *hanbok*, y clavaba sus ojos en los pies descalzos del gigante al que los dioses le habían entregado las llaves de las puertas de la sabiduría.

De vez en cuando, Aryon buscaba entre sus compañeros las miradas de Sirie, Kasan y Kunín, para trazar un puente de complicidad, pero éstos estaban poseídos por el docente y no eran dueños de sus movimientos.

Después de explicar a los cerca de veinte alumnos las líneas generales de lo que iban a ser sus enseñanzas, hizo una pausa y sus ojos adquirieron la frialdad del hielo. A continuación, rompió el silencio y dijo:

--A mí podéis engañarme. Podéis ignorar mis palabras y reíros a mis espaldas. Pero a vosotros no podéis engañaros porque, si así lo hacéis, os convertiréis en tigres de papel que serán devorados por las llamas de la vida.

Reflexionó un rato sobre Confucio, haciendo hincapié en la fidelidad a los amigos y el respeto a los mayores y, sin cambiar el tono de voz, se acercó con pasos de seda hacia Aryon y le dio un sonoro capón en la cabeza.

--¡Qué miras! ¡Cabeza de piedra! --gritó irritado Tae Han, al notar que Aryon clavaba una mirada ausente en un dibujo del Ave Fénix que, junto a los otros nueve símbolos de la inmortalidad, adornaba las paredes de la academia[2].

Aryon miró al maestro con los ojos bailando como huevos fritos y sintió unas ganas repentinas de orinar. Su vientre se hacía agua y se acordó durante unos instantes de cuando jugaba con sus amigos a convertirse en un ser invisible.

Bajó la cabeza con la humildad de un insecto y pidió perdón con una voz inaudible.

--¡Habla más alto, que no te oigo! --dijo Tae Han, al tiempo que daba un fuerte pisotón en el suelo.

---

[1] Tosan Sowon (Academia de Libros en el Monte de Cerámica). La academia, cercana a Hahoe, fue fundada por Toege, filósofo coreano de finales del siglo XV.

[2] Diez símbolos de la inmortalidad: tortuga, ciervo, garza real, pino, bambú, el Sol, las nubes, las rocas, el agua y el champiñón.

Se hizo un tenso silencio. Aryon hizo un esfuerzo supremo para vencer el miedo y respondió:

--Maestro, no merezco ningún perdón. Castígame, pues me lo he ganado.

Tae Han, al verle humillado, se sintió generoso y le advirtió con sequedad:

--Que no se vuelva a repetir. Si no te interesan mis clases, hablaré con tus padres. Tal vez ellos estén equivocados y hayas nacido para ser campesino.

Aryon sintió como si un caballo le hubiera dado una patada en el corazón, pero sonrió y dio las gracias al maestro haciendo una reverencia ante sus pies.

Aquella primera clase de Tae Han fue para Aryon como una enorme espada que partió su mundo en dos y abrió una grieta profunda que amenazaba con acabar con sus sueños de la infancia.

Había sido un héroe al galope del unicornio de la fantasía, y sus hazañas languidecían entre las paredes de la escuela, que ocultaban con sus finas láminas de papel los rayos del Sol que un día encendieron los ojos de su espíritu.

Aryon, al igual que sus amigos Kunín, Kasan y Sirie, explotaba de felicidad cada vez que la campana de la escuela sonaba anunciando el final de las clases.

En ese momento, volvían a reencontrarse con el potro salvaje que había sido reprimido por la disciplina; sus pulmones se dilataban, se inundaban del aire de la libertad y hacían bromas sobre su maestro, imitando sus gestos y sus palabras, para perder el miedo que les inspiraba, porque la Risa es uno de los pocos dioses que mata a los enemigos interiores y nos hace sentirnos seres celestiales.

Tae Han disfrutaba sorprendiendo a sus alumnos y a veces les hacía preguntas desconcertantes para provocar su despertar. Era un maestro imprevisible que era capaz de las más ingeniosas estratagemas para sembrar las semillas del conocimiento. Muchos días, tras dar una clase ordenada siguiendo de forma metódica los libros de texto, se quedaba en silencio durante unos instantes y pronunciaba frases enigmáticas sin explicar su significado, para que cada discípulo sacara su propia conclusión o simplemente fuera mordido por la duda.

Un día, tras hacer su habitual pausa, dejó en el aire una frase aterradora que conmovió el corazón de Aryon y que atribuyó al mismo Buda: “Si encuentras a tu

padre en tu Camino, mátale. Si encuentras a tu amigo en tu Camino, mátale. Si encuentras a Buda en tu Camino, mátale".

Nadie se atrevió a preguntarle el significado de esas palabras que había pronunciado poco después de insistir en que se debe respeto y adoración a nuestros padres y a los dioses.

Las primeras semanas de clase, fueron para Aryon y sus amigos una auténtica tortura, pero pronto descubrieron rayos de luz en las enseñanzas de Tae Han, que lentamente les entregaba las claves del crecimiento interior.

Después de varios meses, las llamadas de Tae Han a la disciplina se fueron haciendo más suaves, mientras el arco de la mente de sus discípulos se tensaba y apuntaba con sus flechas a la victoria sobre uno mismo.

--Tenéis que poner disciplina en vuestra vida --decía de manera afable al saber que ya empezaban a entenderse--. No caigáis en el abandono. Confucio nos enseñó que el Rey, antes de gobernar un Estado, debe aprender a dirigir su propia casa.

Otra de sus frases favoritas era: "El que vence a los demás es poderoso, pero el que se vence a sí mismo es invencible".

Las enseñanzas de Tae Han, con el paso del tiempo, dieron sus frutos y sus alumnos fueron descubriendo las llamadas del Destino.

Sirie mostró una fuerte inclinación hacia la poesía y pronto destacó en la composición de *Sijo*[1]. Aprendió a tocar la flauta y a distinguir una auténtica porcelana de Korio, famosas por sus grullas blancas sobre un fondo azul, de una burda imitación.

Mientras Aryon y Kasan empleaban sus ratos libres en peleas cuerpo a cuerpo para medir sus fuerzas y en duros entrenamientos de tiro con arco, Sirie se sentaba en la posición del loto debajo de un árbol e improvisaba melodías con su flauta imitando a los pájaros y el susurrar del viento entre las ramas.

Kunín, por su parte, se interesó prematuramente por todo lo relacionado con los negocios y aprendió a manejar el ábaco con una rapidez asombrosa. Una

[1] *Sijo*: composición de versos cortos sobre temas amorosos y pastoriles.

incipiente avaricia empezó a apoderarse de sus gruesos dedos, que tomaban vida propia y sudaban al contacto con una simple moneda de bronce.

El profesor de tiro con arco, Chun Lee, pronto quedó impresionado con Aryon, que manejaba el arma como si fuera parte de su propio cuerpo.

Park, cuando regaló el arco a Aryon, no sabía que había marcado su vida. El pequeño arquero que venció a Genghis Khan manifestó desde un principio una atención religiosa por los consejos de Chun Lee.

--Aryon --le decía el maestro--, el arco es un objeto sagrado que debe ser disparado con la mente. Relájate hasta que tu espíritu crezca como la marea del mar e invada todo tu ser. Hasta que la flecha pierda su forma exterior y su esencia se apoye en la cuerda invisible de su Yo Profundo.

Aunque Aryon al principio no entendía sus palabras y tensaba sus músculos para hacer una demostración de fuerza, más tarde Chun Lee le hizo ver que ése era el camino equivocado, y que la suavidad, fluidez y precisión están en armonía con las leyes del Cielo, y aprendió a dominar al mono de la mente y al caballo de la voluntad[1].

En el reino de Choson, el arco no sólo era considerado como un arma eficaz contra las fieras, sino también como un objeto cuasi-mágico del que había multitud de reproducciones en las tumbas de los monarcas de los Tres Reinos[2].

El armazón del arco representaba el cuerpo humano, la cuerda simbolizaba el potencial oculto de la mente y la flecha el empuje hacia la realización espiritual, que alcanza la perfección al clavarse con limpieza en el centro de la diana.

--Antes de disparar la saeta --enseñaba Chun Lee--, la mente-flecha debe anular la existencia del espacio y ser Uno con la diana.

Aquello requería un enorme esfuerzo de concentración y un gran dominio de sí mismo.

Sólo los hombres que vivían en armonía con los dioses y utilizaban el arco con limpieza de espíritu, podían alcanzar la gloria en las competiciones de esa

[1] Dominar el mono de la mente y el caballo de la voluntad, máxima taoísta del *Viaje del Oeste* (Aventuras del Rey Mono).
[2] Tres Reinos: Shila, Kogurio, Paekche (57 a.C. – 668 d.C.). Shila reunificó el país por las armas en el 668 d.C.

especialidad que se celebraban todos los años en la localidad costera de Chinhae, frente a las costas de Ilbón[1].

Ganar ese concurso, al que acudían los mejores arqueros del Reino, convertía al vencedor en un auténtico héroe que gozaba toda su vida de la protección del Rey.

El sueño de Aryon, como el de todos los jovencitos de su edad, era triunfar en Chinhae, ser distinguido con la corona de guirnaldas y recibir como premio un hermoso toro, símbolo de la bravura y de la victoria de los elegidos.

XII

Un día de verano, cuando las serpientes aparecen disecadas en los polvorientos caminos y los tigres se arrastran hacia la orilla de los arroyos para saciar la sed, Aryon se encontraba incómodo en la cama intentando conciliar el sueño.

Su cuerpo estaba envuelto en sudor y sentía como si por sus venas corriesen ríos de fuego. Jamás había experimentado un calor tan grande en su cuerpo y tuvo miedo de arder. Por primera vez en su vida notó una especie de hormigueo en el pubis, acompañado de una hinchazón en los testículos, que parecían estar llenos de leche caliente.

El hormigueo se transformó en un agradable e incómodo picor y Aryon se rascó el miembro viril para buscar un poco de alivio. Sintió una extraña sensación contemplándose el pene, que había aumentado de tamaño. Lo estudió minuciosamente y acarició su capullo rosado en donde se ampliaban con fuerza los latidos de su corazón.

[1] Ilbón: Japón.

Al final, con una mezcla de desesperación y agotamiento, se dejó vencer por el sueño, y los pájaros de la noche llevaron su espíritu a la sombra del árbol sagrado que fortalece a los guerreros en las regiones del más allá.

A medida que Aryon se hundía en las profundidades y su cuerpo descendía como un feto hasta el fondo del mar, su espíritu crecía y extendía sus alas en un cielo de libertad, deslizándose por las montañas y valles de un país imaginario.

Podía ver con los ojos de su espíritu enormes praderas por las que volaba a una increíble velocidad. Ahora se imaginaba tocando con las palmas de la mano el aire fresco que bañaba las laderas. Podía rozar en un vuelo de seda los infinitos arrozales que se escalonaban en las montañas, y hacía giros en el aire con una fresca sonrisa en la cara, que posaba con dulzura sobre la almohada.

Sintió como si en su pubis hubiera un pájaro tocando la flauta y, cuando encontró un éxtasis de plenitud en uno de sus vuelos, notó que de su tallo de jade salía un chorro blanquecino que le empapó la entrepierna y la barriga.

Asustado, se sentó sobre la cama, se tocó el pene, que había vuelto a su tamaño reducido y, tras unos segundos en los que permaneció inmóvil, se puso a limpiar con ahínco las manchas de semen ante el temor de ser reprendido por su madre.

Después de finalizar la tarea, se apoderó de él un fuerte impulso de huir de casa para escapar de las miradas de la gente, que, por supuesto, vería en sus ojos lo que le había ocurrido.

La idea le pareció más tarde ridícula pues, razonaba, su padre le encontraría y su vergüenza sería más dolorosa.

Se levantó, abrió las ventanas y miró las estrellas. Se calmó y retrocedió a la cama. Y, sin mirarse el tallo de jade, que parecía satisfecho y relajado a pesar de la inquietud del muchacho, volvió a dormirse empapado de sudor.

A la mañana siguiente, se levantó como si nada hubiera ocurrido y desayunó con la velocidad del rayo para marcharse lo antes posible de la casa.

Lo primero que hizo Aryon fue ir a la plaza del pueblo en busca de sus amigos, que charlaban animadamente a la sombra de un árbol. Esperó a que Kasan terminara de contar acaloradamente cómo mataba a las serpientes para vender a

Shin el veneno que éste utilizaba como medicina, y soltó el secreto que le mordía la lengua.

--Ayer por la noche --dijo en voz baja--, el miembro viril se me puso enfermo y arrojó un río de leche caliente que empapó toda la cama. Lo curioso es que tuve un enorme placer cuando me vacié, y sentí como si volara envuelto en llamas.

Hizo una pausa para leer la cara de sus amigos y continuó:

--Sé que debería decírselo a mi padre, pero tengo miedo a que se ría de mí o, lo que es peor, que me encierre en un cuarto para ocultarme del pueblo hasta que recupere la salud.

Kunín, Kasan y Sirie miraron a Aryon como si tuviera la lepra y se quedaron mudos ante la desgracia de su amigo.

Más tarde, Kasan se dirigió hacia Aryon, le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

--Hay que ser valiente. Estoy de acuerdo en que tu padre no debe enterarse, pero hay que acabar con ese misterio que me parece una advertencia del Cielo. ¡Aryon! –exclamó--, vamos a ver a Park, que estoy seguro nos sacará de dudas.

Al principio, Aryon se sintió avergonzado y se resistía a hablar con el carpintero. Pero sus amigos le empujaron, invadidos por la curiosidad, hacia el taller de Park.

El carpintero sorbía un té, con la sabiduría de la tortuga, que sabe que el truco de la vida está en prolongar los pequeños placeres, cuando los cuatro amigos se acercaron a su lado agarrándole las mangas del *hanbok*.

--Park --dijo Kasan con gravedad--, Aryon tiene que contarte algo que le ha pasado la noche anterior y que ha estado a punto de costarle la vida.

Después se calló, esperando a que Aryon hablase, y se puso cómodo en el suelo para volver a escuchar la historia.

Kunín y Sirie reprimían una risa en su interior y observaban la pálida cara de Aryon, que, de repente, se había quedado sin sangre.

Park esperó con paciencia a que Aryon empezase a hablar y, como el muchacho permanecía mudo, alzó la voz y ordenó:

--¡Habla! Que ya me estoy cansando. Dime lo que te ocurre y no permitas que el miedo paralice tu lengua.

Aryon, al principio, empezó a tartamudear, pero luego recobró la confianza en sí mismo y le contó el sueño que le abrasó en un vuelo delirante que explotó en abanicos de leche en su martillo de jade.

Park dibujó una sonrisa en su cara, que abarcó todo el taller, y soltó una sonora carcajada.

--Aryon --dijo llevado por la hilaridad--, lo que te ocurre no es nada malo. Tu enfermedad es que te estás haciendo hombre y tu cuerpo te avisa que ya está preparado para entrar en las puertas de jade.

Los cuatro amigos abrieron los ojos de par en par y preguntaron al unísono:

--¿Qué quieres decir con que ya ha llegado la hora de atravesar las puertas de jade?

Park disfrutó unos instantes con la ingenuidad de los muchachos y, cuando sus interlocutores no eran más que enormes orejas, dijo con claridad:

--Las puertas del Amor quieren abrirse en el corazón de Aryon.

Saboreó el silencio, dio un nuevo sorbo a su taza de té y continuó:

--Aryon, descubre los tesoros que hay en la entrepierna de la mujer, para que tus vuelos nocturnos no sean inútiles. Lo que te ocurre a ti es viejísimo. Ya el venerable maestro taoista Sun S'su Mo[1], el rey de la Medicina, dejó escrito hace mil años que cuando una persona no hace el amor con naturalidad, con regularidad, sufrirá en sueños la enfermedad de acoplarse con los fantasmas.

Después, les explicó minuciosamente, para qué sirve, además de para orinar, la punta de jade, y les contó su primera experiencia, a la edad de trece años, con una *kisaeng* de la ciudad de Andong.

--Que esta conversación –agregó--, sea un secreto. Ahora, prometedme, que todo lo que se ha hablado aquí no saldrá de estas paredes.

--Prometido --dijeron a coro los muchachos--. Que Buda nos selle la boca.

[1] Sun S'su Mo fue un médico taoísta que nació en China en el año 581 d.C. Vivió 102 años y a su muerte fue conocido como el Rey de la Medicina.

Desde que Park les contó su primera experiencia con las mujeres, los cuatro amigos no hacían otra cosa que pensar en cómo serían las puertas de jade que los dioses habían puesto en el sexo opuesto para enloquecer a los hombres.

La obsesión por ver a una mujer desnuda les arrastró como la corriente poderosa de un río que fluye hacia el encuentro de las fuerzas primigenias de la naturaleza.

Cada vez que veían a una jovencita por la calle clavaban los ojos en sus pechos y en su cámara de jade con una mezcla de temor y veneración que empezaron a ahuyentar con masturbaciones secretas.

Un día de verano, cuando el sol disparaba sin piedad sus flechas de oro, Kasan se acercó al río Naktón, donde estaban bañándose sus amigos, y les dijo en un estado de excitación que le hacía echar fuego por los ojos:

--Por fin he ahorrado lo suficiente. El veneno de serpientes me ha hecho rico. Creo que Park es un hombre sabio y nos ha dicho lo que tenemos que hacer. Os propongo que nos vayamos a Andong a conocer los secretos de las mujeres.

Y fue así como los cuatro decidieron atravesar otra frontera y fueron en busca de la Aventura.

Aprovecharon una jornada festiva en la que no había clase para viajar a la ciudad de Andong. Salieron una mañana, poco después de salir el sol, en una carreta de bueyes que transportaba coles y sandías a esa localidad.

El conductor de la carreta, un hombre tostado por el sol y lleno de vitalidad, entonaba canciones populares mientras golpeaba con su látigo a las bestias, que, de vez en cuando, se detenían y clavaban sus patas en el suelo con actitud desafiante.

A dos millas de la ciudad de Andong, vieron la imponente figura de Maitreya[1] esculpida en la roca de una montaña. El Buda tocaba con su enorme cabeza de piedra el techo del Cielo y con sus manos hacía el gesto de No Temáis.

Los campesinos colocaban varillas de incienso en un pequeño altar levantado cerca de los pies del Iluminado.

[1] Maitreya: Buda del futuro.

Un anciano esquelético depositó en el suelo varios pasteles de arroz mientras de sus labios salían unas palabras inaudibles.

Los bueyes, al oler el incienso, tomaron el aspecto de vacas sagradas y continuaron su camino sin protestar, con una extraña sonrisa casi humana en sus amables ojos.

A las puertas de la ciudad, el comerciante ofreció a los cuatro amigos una sandía que se hizo agua en sus bocas, calmándoles la sed.

El hombre detuvo la carreta en el mercado y se despidió de sus acompañantes.

A partir de ese momento, Aryon, Kasan, Kunín y Sirie se lanzaron, como un grupo de bandidos, a la busca de los locales de mala reputación de la ciudad.

A la hora del Perro, todavía con luz, se internaron en una estrecha callejuela, con pequeñas casas de puertas corredizas y abiertas, en las que se veía, como racimos de vistosas flores, a jovencitas sentadas sobre esteras de bambú con sus *hanbok* flotando sobre el suelo como flores de loto.

A los cuatro les latía el corazón con fuerza y tenían ganas de salir corriendo cada vez que alguna *kisaeng* les hacía señas invitándoles a cenar.

Al final, echaron fuera todo su coraje y se decidieron por una casa de cuya puerta colgaba un letrero donde se podía leer: “La Serpiente Alegre”.

El local estaba especializado en Pentán[1], uno de los platos más exquisitos de la región, considerado como un excelente afrodisíaco.

La Serpiente Alegre, de reducidas dimensiones, se componía de una cocina por la que se atravesaba hasta llegar a una puerta que comunicaba con varios saloncitos, donde se saboreaba el reptil.

Los amigos, que nunca habían visto cómo se preparaba la sopa de serpiente, pidieron a la dueña del restaurante, una señora gruesa y simpática, que les dejara observar cómo se hacía el menú, a lo que ésta accedió encantada, sin reprimir unas risitas que ocultó con la palma de la mano derecha.

[1] Pentán: Sopa de serpiente.

La anfitriona sacó de una gran tinaja de barro ocho culebras, sólo dos venenosas, ya que éstas son muy caras, y las depositó sobre un recipiente de cerámica.

Después, como siguiendo un ritual, arrojó sobre los animales una catarata de agua hirviendo, matándolos en un abrir y cerrar de ojos.

A continuación, las puso en una olla que colocó sobre un fuego de leña, y añadió todo tipo de hierbajos y plantas aromáticas.

Al cabo de unas dos horas, las culebras se habían convertido en una especie de papilla blanquecina y el plato estaba listo para servir.

Los jóvenes, que frisaban con los quince años, se sentaron alrededor de una mesa baja en el saloncito que les indicó la dueña, quien les preguntó con cortesía si tenían dinero.

Kasan, indignado, le mostró sus ahorros y comenzó el banquete.

Cuatro chicas entraron en la estancia despidiendo un fuerte olor a perfume, se sentaron a su lado y pidieron fruta y vino de arroz.

Las *kisaeng* se miraban entre sí y se mostraban alegres ante la presencia tan poco intimidatoria de unos imberbes recién salidos del cascarón. Su misión era actuar y esperar a que surgieran los efectos del Pentán.

Con la aparición de las muchachas, se hizo un silencio espectral en la habitación. Aryon, Kunín, Kasan y Sirie hundían la mirada en el plato y se atragantaban con la blanca papilla de las serpientes.

Kunín parecía más gordo que de costumbre, su rostro se había congestionado y era incapaz de pronunciar una palabra. Kasan, más atrevido, empezó una corta conversación para romper el hielo.

--¿Sois de Andong? --preguntó.

--Estas tres son de Pusan, yo soy de Andong --dijo una cubriéndose la cara con un abanico.

Después, la compañera de Aryon, de ojos vivarachos, clavó la mirada en el arquero y dijo:

--¿Sientes algo especial? ¿Reaccionas ante el Pentán?

Aryon se quedó petrificado y notó un frío sudor en la cara acompañado de una especie de borrachera marina.

La *kisaeng* parecía entusiasmada con su silencio y, con un gesto felino, palpó con su mano derecha el pene de Aryon, que ya había entrado en erección.

Sus amigos, bajo los efectos del vino de arroz, empezaron a soltarse y a reírse ante las caricias de sus acompañantes.

Kunín agarraba a su compañera con ojos de enamorado y las mejillas encendidas. Abrazó a la *kisaeng*, besuqueándola ciegamente y tuvo un orgasmo cuando notó una mano en su tallo de jade. Resopló como una ballena y se quedó pálido como un témpano de hielo.

Kasan perdió el control y, como un loco, se puso a tocar los pechos de la joven que se sentó a su lado mientras Sirie, completamente pasivo, se dejaba poseer por la suya.

Cuando Aryon estaba ya a punto, su amiga le acarició la nuca y le dijo:

--Vamos al cuarto prohibido a hacer el amor.

Como si de repente hubiera visto a un demonio, Aryon se puso rojo como un tomate, dio un salto y salió corriendo del restaurante.

Al cabo de diez días, cuando Aryon se encontraba haciendo los deberes en su habitación, su padre entró en el cuarto visiblemente enfadado y dijo:

--Me he enterado de tus andanzas en Andong. Tus amigos tienen ladillas. Han tenido que afeitarse los pelos del pubis, que, por cierto, son muy pocos, y deberán estar en tratamiento durante unas semanas --Después hizo una pausa y agregó en tono amenazante--: Tus amigos ya han recibido una severa paliza. Kunín, que es un cobarde, ha negado que estuviera con mujeres y dice que ha contraído la enfermedad en un baño público. Sirie cuenta que había bebido mucho y no se acuerda de lo que pasó, pero el otro, Kasan, que es un insolente, se limitó a decir a su padre que vivió una buena experiencia y que no se arrepiente de nada.

Aunque Aryon no fue castigado en esa ocasión, pasó una vergüenza espantosa, sobre todo por su madre, que tras arrancarle varios mechones de pelo, recordó a su marido la ceremonia con la que se celebró la llegada de su hijo al mundo y dijo en tono hosco: “estará inclinado hacia el desarrollo espiritual”.

Al terminar la escena, Aryon fue, cabizbajo y lleno de complejos de culpabilidad, a pasear y se encontró a Kunín, Kasan y Sirie volando cometas en el campo.

--¡Ya sé que tenéis ladillas! ¡Ya sé que tenéis ladillas! --les gritó mientras corría hacia ellos.

XIII

Después de su primera experiencia con las mujeres Sirie no volvió a hablar más de los encantos del sexo opuesto y se entregó con más fuerza a cultivar su alma poética. Alcanzó una gran maestría con los pinceles, dominando el arte caligráfico de Chung-ku. Con trazos suaves y gruesos, buscando la armonía del yin y el *yang*, componía hermosos poemas que parecían sacados de las ramas de los cerezos en flor.

Pronto sus amigos notaron en él gestos afeminados que si no provocaban la risa, era por el enorme respeto que se había ganado con sus creaciones, de un alto nivel espiritual, y su prematura erudición.

Sirie abandonó por completo los juegos y, en sus ratos libres, hacía largos paseos solitarios en las orillas del río Naktón y recitaba sus poemas alzando los brazos para invocar a los dioses de la inspiración.

Un día de otoño, cuando el sol llovía púrpura y oro, Sirie puso unas varillas de incienso en el altar de sus antepasados, se retiró a su habitación y se desnudó lentamente. Después, se sentó en el suelo, se enrolló los testículos con un hilo de seda y, de un fuerte tirón, se castró.

De su boca salió un grito de cuchillo herido, contempló horrorizado sus genitales y permaneció sentado sobre un charco de sangre. Sus padres, al oír el alarido de su hijo, entraron en el dormitorio con el pánico helando su alma.

Su madre, No Ah, se agarró de los pelos al ver a Sirie en ese estado tan lamentable, dio un grito que se oyó en todo el pueblo y se desmayó. Su padre, Lee Sam, se acercó con la razón huida hacia el cuerpo de su hijo y, con manos temblorosas, intentó ponerle los genitales en su sitio.

--Papá no lo intentes --dijo Sirie retorciéndose de dolor--, deseo perder la virilidad y convertirme en un ser puro y alado.

Lee Sam rompió en lágrimas, envolvió a su hijo en una sábana de algodón y, con su carga a cuestas, se fue corriendo a la consulta de Shin.

El galeno utilizó todas sus artes para cortar la hemorragia, le hizo una cura improvisada, le vendó y le salvó la vida.

El muchacho, antes de perder el conocimiento, dio las gracias al médico con una expresión tan limpia y pura en la cara que sólo es posible ver en aquellos hombres que han logrado beber en las fresquísimas aguas de las Primeras Fuentes.

El episodio terminó con un final feliz. La sacerdotisa Sun se puso en contacto con sus amigos de la corte y al cabo de tres meses fue empleado en palacio, donde, ya en calidad de eunuco, pudo vestirse de mujer, intrigar con las concubinas y dedicarse a la composición de Sijo, especialidad que, aunque era casi un coto privado de las poetisas, se le permitió desarrollar.

Aryon, Kasan y Kunín despidieron a Sirie con honores de héroe y le hicieron hermosos regalos, entre ellos los cuatro tesoros del estudio[1], porque sabían que les había dejado siguiendo las llamadas del Destino.

El segundo que dejó la escuela fue Kunín, quien, tras tener un sueño extraño, hizo su primer negocio.

Un día apareció excitado en la plaza del pueblo y se acercó a sus amigos Aryon y Kasan con los ojos enrojecidos.

--He soñado con cerdos --les dijo convencido de que había sido tocado por la Diosa de la Fortuna.

Hizo una pausa para recuperar el aliento y prosiguió:

--Ayer, al quedarme dormido, vi enormes cerdos rosados, dorados y plateados que me miraban con ojos risueños mientras se revolcaban en sus pocilgas. La visión duró mucho tiempo y me desperté cuando una cerda de tamaño desproporcionado intentó meterse en mi cama. Noté su hocico, abrí los ojos y la marrana desapareció como por arte de magia.

[1] Los cuatro tesoros del estudio: el pincel, la tinta, el papel y la piedra de entintar.

Al día siguiente, Kunín volvió a tener un nuevo sueño en el que el dios de la Montaña le mostraba el camino hacia una plantación de *ginseng* silvestre bañada por una luz dorada.

Sin pensarlo dos veces, decidió ir al encuentro del destino. Estuvo tres días tomando alimentos puros, se bañó desnudo, por la mañana y al atardecer, en el río Naktón, e intentó limpiar su mente de pensamientos negativos. Cuando terminó el ritual, durmió una noche, aunque estaba muerto de miedo, en el santuario de Tangún, por si en sueños el nieto del Creador le advertía de que no fuera a por la planta sagrada, violación que se pagaba con la muerte porque el dios soltaba a su Criado el Tigre para que devorase a los que no respetaban sus órdenes.

Se despertó feliz porque el dios le había confirmado que tenía el camino abierto y, tras hacer varias ofrendas en el altar de Tangún, se internó en el bosque.

Al cabo de diez horas, regresó con la planta de *ginseng* más grande y hermosa que se haya visto en Hahoe. El ejemplar, del tamaño de un bebé recién nacido, debía de tener unos treinta años de antigüedad y su precio era incalculable.

Era perfecto, tenía la forma ideal, con ramificaciones que reproducían con exactitud los brazos, piernas e incluso la cabeza de un ser humano.

El tubérculo, que debía de pesar unos tres kilos, fue comprado a precio de oro por el representante del Rey en Andong y, con esas ganancias, Kunín ayudó a su familia a montar una pequeña fábrica de algodón que con el tiempo se convirtió en una gran industria.

A nadie sorprendió que Kunín triunfara en los negocios, ya que en la ceremonia de su llegada al mundo el niño agarró sin titubeos las monedas.

Kasan, que al cumplir un año se apoderó del arco, se decidió por la carrera militar, vocación que empezó a obsesionarle cuando un *hwarang*[1] apareció inesperadamente en el pueblo con el porte de un héroe de otra época.

Cuando el caballero pasaba cerca de Hahoe, una serpiente se plantó delante de su caballo, que hizo un brusco movimiento para evitar su mordedura. El noble, llamado Kitó, fue a dar de bruces contra el suelo con tan mala suerte que se fracturó varios huesos.

[1] *Hwarang*: orden de caballeros andantes.

Por fortuna, varios aldeanos presenciaron la caída y le llevaron a la consulta de Shin, donde éste le entablilló la pierna, le dio un masaje hasta calmarle el dolor y le obligó a reposar en su casa, en una habitación que tenía reservada para las visitas.

Kitó colocó cerca de la cama dos puñales que parecían lagartos de afilado hielo, una espada con siete estrellas esculpidas en la empuñadura, un búmerang y un látigo que se pegaba como un reptil cerca de una lámpara roja.

Aquellos objetos y el casco de media luna que reposaban inquietantes sobre una estera, atraían a Kasan con una fuerza irresistible y le transportaban al mundo mágico de los dioses en donde todo es posible menos la muerte.

Con la boca abierta, escuchaba cómo Kitó narraba combates encarnizados contra dragones, cómo había dado muerte a un hombre sin alma que había encerrado a su hija en una jaula, y otras hazañas sobrenaturales.

--Los espíritus me temen --decía Kitó--. Cada vez que los cascos de mi caballo suenan, se esconden bajo tierra o se suicidan.

De vez en cuando, Kitó mandaba a Kasan que le trajera la espada a la cama y representaba con los ojos concentrados en explosiones de luz cómo cortaba la cabeza a los enemigos del Reino.

Después de permanecer dos semanas en reposo, Kitó se recuperó de su caída y desapareció del pueblo montado en su caballo blanco, para nostalgia de los aldeanos, que le despidieron como si fuera un rey.

Antes de marcharse, llamó a Kasan y le ordenó:

--Arrodíllate.

Kasan se arrodilló a los pies de su caballo y el noble puso sobre su cabeza una daga en cuya empuñadura se enroscaban dos dragones.

--Quédate con ella --dijo Kitó--, pero no la enseñes con ostentación, para que no te persigan los espíritus de la envidia.

Kasan cogió entre lágrimas el tesoro y presenció conmovido cómo desaparecía el *hwarang* envuelto en una nube de polvo.

XIV

El rey Sonjo navegaba por el río Han en su flamante barco en forma de pato que ya se había hecho familiar a la vista de los habitantes de Hansong.

A su lado iba su esposa Liu y un grupo de eunucos entre los que se encontraba Sirie.

El día era espléndido y soleado, las aguas estaban en calma y el Cielo y la Tierra se encontraban en armonía.

Sirie acababa de recitar varios poemas y sonreía como un niño que ha vuelto a nacer. Su expresión era dulce y serena, y emanaba una paz que tranquilizaba al impulsivo rey.

Sirie odiaba aquel barco. La parecía un insulto a la estética. Lo que más le disgustaba era el larguísimo cuello de madera que salía de la proa y que terminaba felizmente en una horrorosa cabeza de pato.

Aunque hacía enormes esfuerzos para no mirar el mascarón, una extraña inercia le hacía clavar los ojos en aquel monstruo que le producía una sensación de angustia.

--¿En qué piensas Sirie? --le preguntó el monarca al ver que el joven perdía la vista en el horizonte.

Sirie se acercó con pasos de seda y respondió:

--Últimamente me preocupa mi Maestro Interior. Él quiere regalarme una espada pero me ha dicho que antes debo vencer a mi falso yo. Todavía tengo muchos velos que me impiden ver la realidad. Sólo en algunos momentos, cuando dejo de pensar y mi mente se siente libre y dilatada, me acerco a la Unidad y soy feliz --Permaneció en silencio unos instantes que parecieron una eternidad, y continuó--: El no pensar, que va unido a la plenitud, me parece una paradoja cargada de misterio. Por una parte, deseo ocupar mi mente en desatar los nudos de la Duda y, por otra, la claridad surge cuando la mente descansa.

Sonjo miró al eunuco, sonrió y le dijo:

--Tú mismo te acabas de dar la respuesta. La suavidad que evita la lucha te ayudará a abrir la puerta que conduce hacia tu Maestro Interior. Avísame cuando te regale la espada.

Después, el rey dio unas palmadas y un grupo de músicos empezó a interpretar canciones antiguas. Una mujer de avanzada edad, vestida con un *hanbok* anaranjado, entonó un largo y monótono *arirang*, reflejando en su rostro una tristeza ancestral. Cuando parecía que iba a empezar a llorar, su voz recobraba la firmeza y se transformaba en un lamento aburrido que amenazaba con no tener fin.

Liu, que tenía unos pies preciosos, andaba por la cubierta con paso firme y aire distraído. Bajó por una pequeña escalerilla que descendía hasta el agua, se sentó en el último peldaño y puso los pies en remojo.

Sudaba y tenía ganas de bañarse. Reprimió su deseo y se acordó de las mujeres de Ilbón, que se bañaban desnudas en el mar e incluso con los hombres en los baños públicos.

Envidió la libertad de las ilbonesas y, por un momento, pensó en quitarse la ropa ante los ojos de toda la tripulación y zambullirse completamente desnuda en el río.

Después, se imaginó el escándalo que armaría y sintió un calentón en el clítoris que le subió hasta las mejillas.

Se rió y, con los pies húmedos, volvió al lado del rey, que echaba una cabezada, indiferente al disgusto de la mujer del *hanbok* anaranjado, que parecía estar poseída por el *arirang*.

Sirie apoyó la mano en el cuello del mascarón y observó los enormes peces que lanzaban destellos metálicos. Levantó la vista y vio a lo lejos la silueta de una embarcación militar con la proa dirigida hacia el pato real.

Alguien importante y, sin duda, favorito del rey, se acercaba sin cita previa a hacer una visita inesperada al monarca. “El barco de un dignatario tan atrevido –pensó-- sólo puede ser del almirante Yi Sun Shin[1].”

Excitado, se acercó al rey, le tocó con suavidad en el hombro y dijo:

--Majestad, despierta: el almirante Yi viene a verte.

Sonjo se espabiló rápidamente y dibujó en su rostro una sonrisa que emitió destellos de luz.

Abrió la boca, estiró los brazos y miró fijamente a la mujer del *hanbok* anaranjado.

--¡Pesada! ¡Cállate, que ya has cantado bastante! --dijo malhumorado.

La artista, tesoro nacional número quince, soltó un último hilillo de voz y se quedó muda. Después, hizo una reverencia al monarca y se retiró desconcertada.

El almirante, que había llegado en un bote, subió la escalerilla y, de un salto, se plantó en la cubierta.

Con pasos decididos se acercó a Sonjo, se arrodilló y tocó con la frente el suelo.

--Déjate de ceremonias --le dijo el monarca--. Levántate y dime a qué se debe tu grata visita.

Después, Sonjo le abrazó como si fuera un hijo y pidió una botella de *mákoli*.

--Antes de hablar quiero que veas una cosa, Majestad --dijo Yi.

A continuación, llamó a uno de sus capitanes y ordenó:

--Kant, trae el saco.

El marino apareció con un saco de burda tela, con un bulto redondo en su interior.

El almirante cogió la bolsa, la puso boca abajo, la sacudió y dejó caer una cabeza en estado de descomposición que se estrelló contra la cubierta.

--Aquí tienes al jefe de los piratas de Ilbón. Ya no nos va a molestar más --dijo mirando al monarca.

Después, puso un pie sobre la apestosa cabeza y gritó, dirigiéndose a los eunucos:

--Acercaos a ver el trofeo.

Se hizo un coro alrededor, acompañado de una gran exclamación. Sirie sintió un fuerte mareo en la cabeza y se desmayó.

---

[1] Almirante Yi Sun Shin: héroe naval del siglo XVI.

El rey se echó a reír a carcajadas y volvió a abrazar al almirante.

Después, ambos brindaron con otra copa de *mákoli* y dijeron al unísono:

--¡Muerte a los piratas de Ilbón!

Sonjo hizo un gesto e invitó al almirante a su camarote. Allí se puso cómodo y habló:

--Cuéntame, que estoy impaciente ¿Has acabado ya con los piratas o todavía siguen asediando nuestras costas?

El almirante Yi reflejó una gran preocupación en el rostro y, con voz profunda, respondió:

--En estos momentos, los piratas no son el problema más grave. Hemos hundido muchas de sus embarcaciones y capturado y decapitado a varios de sus jefes. Aunque no podemos bajar la guardia, creo que estarán un tiempo alejados de nuestras costas.

El marino dio varios pasos con las manos agarradas sobre la espalda y continuó:

--Majestad, lo que me inquieta y de verdad me preocupa es la amenaza de Sabana[1]. Sus barcos atracan en los puertos de Ilbón. Han introducido a sus monjes en las islas y predican una extraña religión que rompe la armonía del Cielo y la Tierra. Y, lo que es más grave, sé que el Reino de Sabana tiene sed de conquistas. Primero envía humildemente a sus monjes y después, cuando los pueblos relajan sus defensas, atacan con sus poderosas naves de guerra. Más allá del océano han exterminado pueblos enteros y destruido sus culturas. Creo que Sabana es como un gigantesco águila que planea sobre nuestros mares dispuesta a caer sobre el más débil.

El rey Sonjo interrumpió al almirante y dijo:

--Creo que exageras. Sabana no está interesada en esta parte del mundo. Están demasiado ocupados en someter a los pueblos del continente que han descubierto y no tienen hombres ni fuerzas para desviar a Asia. Además, el imperio del Centro nos protege, por lo que no debemos temer una invasión.

[1] Sabana: España

El almirante inclinó la cabeza y respondió con energía:

--Majestad, quisiera creer en sus palabras, pero la realidad contradice sus deseos. A no muchas millas de nuestro país, Sabana ha conquistado las islas que llama Filipinas y ha construido numerosas fortalezas a lo largo de las costas asiáticas. Además, poseen armas de fuego poderosas que, si cayeran en manos de Ilbón, el Reino de Choson correría el peligro de ser destruido.

--Cálmate --exclamó Sonjo visiblemente nervioso--. ¿No te das cuenta de que somos un país débil que no puede hacer nada contra su destino? No podemos vivir bajo la sombra del miedo. Si las cosas se tuercen, el pueblo reaccionará y, como un gigante, hará frente a la adversidad.

--Eso está muy bien Alteza --reflexionó Yi--, pero no es suficiente.

--Ya sé que no es suficiente --admitió el rey--, pero dime ¿Qué es lo que quieres?

El almirante se puso serio y habló con voz grave:

--Necesito dinero para construir una flota. Aún estamos a tiempo de evitar una desgracia de consecuencias imprevisibles.

Sonjo empleó su mejor dialéctica para quitar importancia al asunto y dijo al almirante:

--Las arcas del Reino están casi vacías. Es mejor que tu proyecto de construir una flota espere un tiempo. Manda emisarios a Chung-ku y ponles al tanto de tus preocupaciones. Estamos en sus manos.

El almirante quiso replicar, pero el rey dio por concluida la entrevista y salió a cubierta a respirar aire puro.

XV

Dotada de una gran inteligencia natural y de una belleza que llegaría a ser admirada en todo el Reino, Lee Hua Mog fue enviada a la edad de doce años a la *sojae*[1] más prestigiosa de la isla de Cheju.

De niña había leído historias de *kisaeng* que se habían casado con miembros de la nobleza e incluso habían llegado a ser concubinas favoritas de los reyes, con los que tuvieron hijos que les sucedieron en el trono.

Algunas veces, esas historias la habían dejado fría porque, en el fondo de su alma, lo que ella amaba era a los habitantes de su isla, a las fabulosas buceadoras que cogían moluscos del fondo del mar, y la vida sencilla de los pescadores que entonaban canciones marinas cuando recogían sus redes al atardecer.

Pero otras, se había imaginado viviendo en un palacio y entregada a una vida de lujo, lejos de la isla y conociendo a hombres apuestos y ricos que tuvieran cosas interesantes que contar.

Por eso, cuando su padre Hwan y su madre Meju, la inscribieron en la *sojae*, se consideró a sí misma como una elegida, a pesar de que le dolió abandonar el hogar familiar.

Hwan y Meju, ambiciosos y con pocos afectos hacia su hija, habían tomado la decisión de convertirla en una *kisaeng*, convencidos de que algún día triunfaría y podrían aprovecharse de sus éxitos.

Cuando, un día de primavera, fue llevada por sus padres a la *sojae*, se puso su mejor *hanbok* y se despidió de sus amigas como si hubiera sido elegida para subir al trono de un reino imaginario.

Fue recibida a la puerta de la *sojae* por una anciana arisca que, sin preámbulos, la cogió de la mano y la llevó a la habitación donde viviría por espacio de tres años.

--Mog --dijo la anciana--, mi nombre es Sina. A partir de ahora debes convertirte en una mujercita. Cuando te gradúes, a la edad de quince años, habrán crecido las plumas de tus alas y podrás volar.

Sina hizo una pausa y miró el rostro de Mog, que parecía asustada.

---

[1] *Sojae*: escuela donde se formaban las *kisaeng*.

--Hoy se ha graduado una de mis alumnas favoritas --dijo sacando de un estuche un pañuelo manchado de sangre--. ¿Sabes lo que es esto?

Mog se echó a reír y dijo:

--Un pañuelo sucio.

--Qué ignorante eres, pequeña --espetó Sina--. Este pañuelo es la prueba de que mi mejor alumna, Yi Na, ya no es virgen. Ayer se acostó con un noble, cuyo nombre no debes saber, y la primera gota de sangre que brotó al romperse el velo de su puerta de jade es más valiosa que todo el oro del mundo.

Mog se estremeció al pensar que la sangre podría fluir por su valle de jade y puso una expresión de horror en los ojos.

--Cálmate pequeña --dijo Sina--. Sólo cuando estés preparada llegarás a la otra orilla.

Desde el momento en que se instaló en su cuarto, Mog sintió una llamada en su interior. Sabía que iba a hacer algo grande en esta vida y que sólo tenía que esperar la hora en la que el destino la arrastrara hacia el éxito y la fama.

Compartía su dormitorio con un grupo de cinco jovencitas aspirantes a *kisaeng*, que pronto le pusieron el nombre de “hermana menor”, ya que era la más pequeña.

A la hora del Gato, Sina, que era la primera en levantarse, pasaba por los pasillos haciendo sonar una campanilla para despertar a las muchachas.

Después, tras lavarse con calderos en el patio de la *sojae* y tomar un frugal desayuno, las chicas iban a clase para asistir a las lecciones de poesía, música o caligrafía.

Mog pronto destacó en pintura y filosofía, pero lo que mejor hacía, además de montar a caballo, era la danza de la espada.

Muchas tardes, después de agotadoras jornadas de estudio, Mog salía al patio y danzaba descalza con su espada mágica hasta que se encendían las estrellas. En esos momentos, se sentía como una diosa, volaba y se fundía con la libertad.

Entre todas sus compañeras, hizo amistad con Joi, la mayor del grupo, que soñaba con ir a Hansong y convertirse en concubina del rey.

En sus ratos libres, Joi y Mog iban juntas a los baños termales que había cerca de la escuela y allí se aseaban hasta quedar limpias como el sol. Muchas veces se sentaban desnudas frente a un chorro de agua templada y una de ellas lavaba a la otra con devoción.

A Mog le gustaba contemplar el cuerpo de Joi tumbado sobre el húmedo suelo del baño. Disfrutaba lavando a su amiga la cabeza y echándole calderos de agua sobre el cabello, que se desparramaba sobre sus hombros como un sauce llorón.

La aspirante a *kisaeng*, un día, dejó de soñar y comprobó, frente a un espejo, que su cuerpo se había transformado. Ya no era la niña que pensaba que jamás se haría mayor y que estaría toda la vida ocultándose en el bosque de la ilusión.

El tiempo había pasado de puntillas pero ahora tocaba con sus dedos en la espalda de Mog y susurraba en sus oídos que había llegado la hora de abrir una nueva puerta.

Se contempló el rostro en el espejo y se vio hermosa. Sonrió y su espíritu bailó en sus ojos y, por un instante, desaparecieron todos sus miedos.

Sabía Mog que ya no era posible dar la espalda al destino y, respirando profundamente, dio un paso con la mente que la llevó al centro de sí misma.

Sina le había anunciado por la mañana que ya había llegado la hora de su graduación y que fuera mentalizándose para convertirse en una mujer.

Durante tres días estuvo Mog alimentándose con comidas especiales y bañándose por la mañana y por la noche en agua de rosas. Todo el mundo en la *sojae* la mimaba como si fuera una princesa y le prestaba una estudiada atención para satisfacer el más mínimo de sus caprichos.

Al concluir la tercera jornada, Mog fue vestida con un lujoso *hanbok* con bordados de oro y plata y fue llevada en un palanquín al palacio del Alto Inspector del Rey, en la isla de Cheju.

Cuando bajó del palanquín, Mog notó cómo le temblaban las piernas y clavó los ojos en el suelo, como implorando al rey de los dragones que la llevase con él al

fondo del mar. Miró a su derecha y vio a Sina, que daba instrucciones a tres ayudantes para que dieran los últimos toques al vestuario de la *kisaeng*.

Mientras subía la escalinata que conducía a la entrada principal del palacio con pasos de sonámbula, Mog sólo notaba manos que le peinaban el cabello, le cepillaban las zapatillas o echaban polvos en sus mejillas, que habían empezado a arder.

Sina abrió con las manos una puerta corrediza y, al fondo de una enorme sala, apareció la figura de un anciano que estaba en el suelo jugando con una cajita de música.

--Excelencia --dijo Sina arrodillándose en el suelo--, te he traído una flor tan hermosa que hasta los mismos dioses lucharían por absorber su fragancia. Se muere de ganas de verte. No hace más que preguntar cosas acerca de su Señoría.

El anciano se limitó a sonreír e hizo un gesto con el abanico que llevaba en su mano derecha invitando a Sina a que se marchase.

--Pequeña, acércate --ordenó el Alto Inspector mientras preparaba un cojín a su lado para Mog.

Mog, aterrorizada, levantó lentamente los ojos que tenía clavados en sus zapatillas, y vio a un hombre que le pareció tener más de mil años, ridículamente vestido con un sombrero negro de copa y un *hanbok* blanco que despedía un fuerte perfume que inundaba toda la estancia.

La joven sintió repulsión ante la idea de entregarse a los brazos de aquel viejo y abrir para él las puertas de jade. Deseaba salir corriendo de aquel palacio, pero sabía que la huida no era más que una ilusión y se dirigió con una sonrisa de máscara hacia su anfitrión.

El Inspector del Rey la invitó a sentarse a su lado y Mog, fingiendo una excesiva sumisión, le obedeció y titubeó unas palabras:

--Es para mí un gran honor compartir este momento con su Excelencia. Doy gracias al Cielo por estar con tan alto personaje.

El anciano estudió su rostro con los ojos de un ave rapaz y se meneó como un chiquillo, dándose aire fresco con su abanico en la cara. Después, con manos temblorosas, sirvió dos vasos de *mákoli* y brindó por el encuentro con su invitada.

A esa primera copa le siguieron varias más. Al anciano le empezaron a fallar los reflejos y cada vez que sorbía un poco de vino de arroz, el líquido se desparramaba sobre su escasamente poblada barba. Se secaba la comisura de los labios con las largas mangas de su *hanbok* y lanzaba miradas lujuriosas a Mog que, medio ebria, no sabía si estaba soñando o cabalgando tigres.

Detrás de un enorme biombo un grupo de músicos interpretaba suaves melodías y sus siluetas se movían como sombras tras el fino papel blanco.

Mog comenzó a poner en práctica sus conocimientos y alimentó al anciano como si fuera un gran bebé. Agarraba los palillos con dedos de seda y cogía con las puntas rollos de arroz envueltos en algas que introducía cuidadosamente en la boca del Alto Inspector. Llenó a su anfitrión de tallos de bambú bañados en miel, trocitos de pescado y gambas en salsa picante.

Cada vez que le metía un bocado en la boca, Mog sentía un extraño placer. Se acordó de las ranas que estallan cuando se las hincha con agua y se entregó con devoción a atiborrarle de comida.

El Alto Inspector dio una fuerte palmada ordenando a los músicos que salieran de la sala y miró con ojos de enamorado a la pequeña Mog.

--Eres muy bonita --le susurró el anciano en estado de embriaguez--. Acércate más, que me estoy haciendo viejo y cuando me hablas tengo que hacer un gran esfuerzo para oírte.

Mog se acurrucó a su lado como una dócil paloma y el Alto Inspector del Rey empezó a acariciarle los pechos con el fuego de la pasión y del alcohol rejuveneciéndole el rostro.

Un escalofrío, helado y abrasador, recorrió el cuerpo de Mog y se le encendieron las mejillas como si tuviera la cabeza dentro de un volcán.

El noble agarró de la nuca a Mog y le dio un beso en la boca. Mog, con infinitos ojos ausentes, como dos lunas vacías, observaba al hombre como si estuviera con otra mujer, como si ella no fuera más que una espectadora de una obra teatral.

El representante del Rey desvistió a la joven con sus temblorosas manos. Después, con movimientos rápidos pero entorpecidos por el alcohol, se preparó para graduar a la muchacha.

El cuerpo desnudo de Mog, blanco como la nieve y de formas seductoras, yacía sobre las esteras, semejante a una diosa recién salida de la espuma del mar. El anciano se abalanzó sobre ella, buscó con las manos la puerta del niño, introdujo su pene semiflácido y empezó a moverse como un buey al que dan pedradas en el culo.

Al cabo de unos pocos segundos, el personaje sintió un débil orgasmo, se durmió vencido por el *mákoli* y empezó a roncar.

Mog, que no pudo dormir en toda la noche, observaba como una doncella de la luna a su amante que roncaba como un cerdo. Contenta de que todo hubiera terminado, sus músculos se aflojaron y se sintió feliz.

Con una mano se acarició la puerta de jade y contempló asombrada la sangre que teñía sus dedos de rojo. Con la otra mano, se sacó un moco de la nariz y se lo pegó en la nuca a la máxima autoridad de Cheju.

XVI

Las ranas empezaban a saltar en las charcas marcando el comienzo de la primavera y la gente daba la bienvenida a la nueva estación, que ponía punto final a las heladas del invierno.

Los mejores arqueros del Reino se habían dado cita en la ciudad meridional de Chinhae para medir sus fuerzas en las competiciones anuales de esa especialidad, que se venían realizando desde tiempos inmemoriales.

Miles de personas de todo el país habían acudido a presenciar los prodigios de sus héroes favoritos, que medirían sus fuerzas bajo el Ojo del Rey.

Las competiciones coincidían, como todos los años, con las fiestas de la floración del cerezo, símbolo de la belleza efímera. La ciudad se salía durante unas jornadas del tiempo, las leyes se aflojaban y el aire era más libre y limpio.

En la plaza principal de Chinhae se habían instalado, de la noche a la mañana, enormes mercados que formaban un laberinto de caracol en el corazón de la misma ciudad.

Aryon y Kasan, que ya habían cumplido los dieciséis años, habían acudido a competir en el concurso de tiro con arco y sabían que tenían que enfrentarse a auténticas leyendas que ya habían triunfado en otros torneos regionales.

Muchos de ellos eran expertos arqueros procedentes del ejército, capaces de atravesar de un flechazo certero los ojos de un halcón cayendo en picado sobre su víctima.

Kasan y Aryon paseaban por las callejuelas de los mercados con la belleza virginal de los seres que aún no conocen todas las caras de la vida. Sus ojos, que crepitaban curiosidad, devoraban los rostros, formas y colores que penetraban en su alma abriéndola a la fascinación.

En los pequeños puestos al aire libre abundaban las ostras y los mejillones gigantes, los *ginseng* del mar[1] y tiburones troceados en enormes rodajas. Un tigre encerrado en una jaula lanzaba miradas amarillas a un búfalo que trataba de esconderse tras un árbol. Halcones blancos clavaban sus garras en las muñecas de sus dueños.

Era un día luminoso en el que la luz de la mañana bañaba el alma de los cerezos. Aryon y Kasan se disponían a dar una vuelta por la ciudad, cuando escucharon el sonido de una caracola, y varios hombres anunciaron a gritos el combate del taekwondista más famoso del Reino, llamado Lim Taek, contra un toro.

A continuación, ambos amigos se fueron corriendo detrás de un río de gente que se agolpaba en una plazoleta circular, en cuyo interior se iba a desarrollar el encarnizado combate.

[1] Las leyendas populares dicen que ese molusco, el *ginseng* del mar, se alimenta con la sangre de los marinos muertos.

El novillo, con su fiera impotencia clavada en la frente, levantaba su cornamenta al cielo y dirigía una mirada de pozos de agua al público, que seguía atentamente sus movimientos detrás de una barrera montada para el duelo.

Lim Taek, hombre con aspecto simiesco que debería de tener unos cincuenta años, saltó a la arena desde los graderíos cercanos a la barrera, se detuvo frente al animal, vociferó algo parecido a un insulto y empezó a ejecutar una extraña danza que enloqueció a la bestia.

El toro escarbó en la arena con sus patas delanteras, bramó echando espuma por la boca y se dirigió, formando con su cuerpo una montaña de odio, hacia su adversario.

El maestro le dejó avanzar hasta que sus cuernos rozaron sus ropas y, en ese mismo instante, saltó sobre el animal, apoyó ligeramente las manos en su negra montaña y se clavó detrás, agarrándolo del rabo.

El toro giró y su cabeza tembló en una nueva embestida, pero su fuerza se partió en el aire, muy lejos de ser una amenaza para el experto en artes marciales. Éste se movía como el rayo y sabía interpretar la energía del animal antes de que dirigiera sus ataques.

Varias veces estuvo a una pulgada el toro, o por lo menos lo parecía, de asestarle una cornada mortal, provocando los gritos del público, pero Lim se escabullía siempre como por arte de magia.

El duelo se prolongó por espacio de media hora y la bestia, vencida por su propia fuerza, daba señales de cansancio y aburrimiento.

Fue en ese momento, cuando Lim desafió nuevamente a la muerte y se acercó al toro tocándole los cuernos con la mano. Después, miró al público, que coreaba su nombre, y dio varios pasos hacia atrás. Con un grito desgarrador, dio un salto que levantó al público de sus asientos, se abalanzó sobre la bestia y descargó una potente patada en su frente, causándole una muerte casi instantánea.

La fiera recibió el impacto con un último bramido, entornó los ojos, secando sus pozos de agua, y cayó fulminada en la arena.

La gente acudió al héroe con lágrimas en los ojos y un grupo de jóvenes le llevaron a hombros por las calles principales de la ciudad.

Aryon y Kasan se pasaron el resto del día viendo competiciones de lanzamiento de jabalina y de *sirum*[1]. Los luchadores de *sirum*, con apenas un taparrabos, se paseaban por los mercados haciendo alarde de fuerza. Uno de ellos, de casi dos metros de altura, pertenecía a la guardia personal del almirante Yi Sun Shin, y su aspecto era tan feroz que se decía que los malos espíritus nunca habían pasado por su aldea.

Al atardecer, se encendieron las linternas de los mercados y las sombras se posaron sobre la ciudad, ahuyentando a los policías de la razón.

Kasan y Aryon decidieron matar el hambre y se sentaron en un banco de madera pegado al mostrador de un puesto con variedad de pescados y mariscos.

--Un pulpo con salsa picante y una botella de *soju* --pidió Aryon a una rolliza camarera que les recibió con una ancha sonrisa.

La camarera sacó un pulpo vivo de una especie de acuario y lo colocó en el mostrador entonando una canción. El pulpo, con su cabeza redonda, parecía un ser de otro planeta que se había equivocado de destino en un viaje en el tiempo. Meneaba sus brazos como si cada uno quisiera ir por un lado distinto y se hinchaba y encogía a sus anchas.

La mujer blandió en el aire un contundente y afilado cuchillo y despedazó al extraterrestre con una precisión asombrosa. El animal, partido en numerosos trocitos, seguía moviéndose en extraños círculos que dejaban atrás las ilusorias esquinas de la vida.

La camarera condimentó el menú con una salsa roja y acercó el plato a sus clientes.

Aryon cogió con los palillos los brazos del pulpo, que seguían moviéndose a pesar de estar separados de la cabeza, y saboreó el suculento bocado. Después, llenó dos vasos de *soju* y dijo a su amigo:

--Kasan, por el éxito de mañana. Que uno de los dos consiga alzarse con el triunfo.

[1] *Sirum*: lucha libre en la que dos atletas pelean en el interior de un círculo hasta que uno de ellos sale fuera.

Mientras Aryon pronunciaba estas palabras, el brazo del pulpo que estaba comiendo se agitaba en el interior de su boca y parecía que pedía socorro y quería salir al exterior. Kasan, presa de un ataque de risa, dijo:

--Mátale de una vez --y los dos amigos explotaron en carcajadas hasta que el pulpo desapareció.

Acabaron la botella de *soju*, bebieron otras dos y se fueron, viendo pasar a los barcos por la calle, a dormir a la pensión en la que estaban alojados.

A la mañana siguiente se levantaron de un salto y corrieron, como si fueran perseguidos por un tigre, al lugar del concurso.

Unos trescientos arqueros disparaban en el campo de tiro de Chinhae. Algunos ya habían sido eliminados en las primeras rondas y los mejores avanzaban hacia los puestos de cabeza, clasificándose para la fase final.

Tras cuatro horas de competición, sólo quedaban cinco arqueros: los campeones de Hansong, Pyongyang, Kaesong y dos jóvenes por los que nadie había apostado al principio ni una onza de plata.

La tensión espesaba el aire. En los próximos minutos, el mejor se alzaría con el triunfo.

Taskila, de Pyongyang, lanzó la última flecha, que se clavó a pocas pulgadas del centro de la diana. Los representantes de Hansong y Kaesong no lograron igualar su hazaña y quedaron eliminados.

Le llegó el turno a Kasan y los murmullos se apagaron hasta imponerse un silencio total. El muchacho tenía la mente comida por las hormigas del miedo y las manos empezaron a sudarle. “No puedo hacerlo” --pensó para sus adentros, y un nudo le oprimió la garganta.

Pasaron unos segundos, que a Kasan le parecieron eternos y, de repente, una fuerza desconocida fluyó en su interior y le hizo recobrar la calma. Se olvidó de sí mismo, relajó los músculos y lo vio todo claro con los ojos de la Esencia. Rápido como el relámpago disparó su flecha, que, como un sueño de luz, atravesó las entrañas de la diana, superando el disparo de Taskila.

El corazón de Aryon se abrió como una flor y se inundó de felicidad. Cogió su arco y, con pasos de seda, se colocó en el punto de tiro.

Ya no pensaba en la victoria. Caminaba hacia su propio destino y se fundía con él. Sintió cómo debajo de su ombligo el mar de energía refrescaba su mente libre. Tensó el arco, vio cómo la flecha volaba en el vacío de su mente y cómo atravesaba el centro del centro de la diana, tocando el corazón del Reino.

Sonaron las caracolas y la multitud se desbordó en un volcán de alegría.

--¡Viva Aryon! --gritaba la gente mientras corría en estampida hacia el muchacho para poder palpar las ropas de su héroe.

Aryon y Kasan fueron arrastrados por la multitud hacia un podio instalado sobre una tarima en donde les esperaba el Alto Representante del Rey en Chinhae.

El Ojo del Rey hizo un gesto con la mano derecha y dos funcionarios acercaron a Aryon un hermoso toro cubierto de collares de flores. Después, distinguió al héroe con la corona de guirnaldas y le otorgó el pergamino con el título de Hijo de Choson, que llevaría a lo largo de toda su vida.

Kasan, segundo ganador del concurso, recibió una tortuga de oro para que siguiera los pasos de los inmortales, así como el título de Gran Campeón de Chinhae, con la firma del Rey Sonjo.

La ciudad celebró hasta el amanecer la victoria de los dos amigos y ese día el *soju* corrió como un río por las gargantas de los hombres y mujeres de Chinhae. Las mujeres bailaron la danza de los abanicos y se hicieron ofrendas a los espíritus locales para que los dos héroes fueran arrastrados, sin perder su identidad, por los caballos sagrados que llevan el carro del triunfo.

Esa misma noche, cuando la música sonaba entre la luz de las linternas de papel y Aryon y Kasan bailaban como dos pequeños dragones, apareció el Almirante.

Primero se oyeron cascos de caballo que se acercaban a la multitud, después una voz que anunciaba su presencia y más tarde un clamor que se elevó al Cielo.

La gente hizo un pasillo y el almirante galopó en su caballo hasta donde estaban Aryon y Kasan.

--¡Muchachos! Os habéis iniciado demasiado pronto en el camino de la gloria. No os malogréis --dijo el almirante Yi con gravedad--. Hoy, disfrutad hasta que se vayan las estrellas; mañana, venid a verme al palacio del gobernador.

Después, sin decir una palabra más, tomó las riendas de su corcel y desapareció como un dios.

Al día siguiente, el Almirante les dio trato de generales y les contó lo que había venido a hacer a Chinhae. Yi estaba construyendo una fortaleza en la pequeña península de Nambang, que sobresale en la bahía de la ciudad, y estaba muy ilusionado con su proyecto.

Después de mantener una conversación muy animada con los jóvenes, cambió la expresión de su rostro y dijo:

--Tengo prisa y debo marcharme, pero me gustaría que os quedarais aquí y disfrutaseis con el banquete.

A continuación, se levantó bruscamente, dio un abrazo a sus invitados y se dirigió a la puerta.

Antes de salir, giró el cuerpo y miró con gesto preocupado a Aryon y Kasan.

--Corren malos tiempos --les dijo--. Algún día os necesitaré.

XVII

El recibimiento de los muchachos en Hahoe fue apoteósico. Los aldeanos no cabían en su alegría y el alcalde del pueblo declaró tres días de fiesta para conmemorar su hazaña. Las calles, engalanadas con faroles de papel que

permanecían encendidos durante toda la noche, fueron limpiadas hasta que de sus piedras salió brillo. De las puertas de las casas colgaban tiras de papel con inscripciones con los nombres de Aryon y Kasan y frases de agradecimiento a los dioses locales y de la ciudad de Chinhae.

Se agotaron las existencias de *mákoli* y *soju*. Se sacrificaron cientos de pollos para preparar *sanguetan*[1], plato que era considerado un auténtico lujo reservado a los paladares de los nobles.

Las chicas más guapas de la aldea, vestidas con su mejor *hanbok*, esperaron con paciencia a la entrada del pueblo la llegada de los héroes hasta que apareció el morro del toro, bautizado por Aryon con el nombre de Genghis Khan, custodiado por cuatro soldados que empezaron a tocar el tambor.

Las muchachas hicieron una profunda reverencia a los dos jóvenes y les agasajaron con coronas de flores.

A continuación, Numi, el alcalde, leyó un discurso interminable en el que alabó las virtudes de los arqueros y dijo emocionado que su victoria contribuiría a elevar la fama del pueblo y atraería la mirada y protección de los dioses a la remota aldea.

--Ya sabía yo que mi hijo llegaría muy alto. Desde niño estuvo predestinado a hacer grandes cosas --decía la señora Kim, con lágrimas en los ojos, a sus amigas, mientras el alcalde elevaba la voz para que le escucharan hasta las náyades del río Naktón.

La fama de Aryon y Kasan pronto llegó a todos los rincones del Reino, desde los remotos poblados del monte Sorak hasta los barrios pesqueros de Sokcho; desde los picos de Paektu hasta la isla de Cheju, pasando por las grandes ciudades de Hansong y Pyongyang.

Nada más conocer la noticia, Lee Hua Mog sintió curiosidad por el joven arquero, que había ganado las competiciones de Chinhae justo el mismo día en el que tuvo lugar su ceremonia de graduación en el palacio del Alto Inspector del Rey.

Era la primera vez en mucho tiempo que un muchacho de sólo dieciséis años se alzaba con el triunfo en Chinhae, éxito únicamente conocido a esa edad por el

[1] *Sanguetan*: pollo relleno de arroz gelatinoso, castañas y *ginseng*.

legendario monje budista Tae Mon, hacía ya cuatro siglos, del cual se decía que era capaz de clavar la flecha en la diana con los ojos vendados.

Tras su primera visita al palacio del Alto Representante del Rey, llamado Chinsa, la *kisaeng* se vio acosada a todas horas por el noble. Éste la agasajaba con costosos regalos que, aunque al principio hincharon la vanidad de Mog, pronto se convirtieron en una carga, porque el anciano empezó a creerse que era el propietario de la muchacha.

Un día, cuando paseaban por los jardines de palacio, el Alto Inspector se sentó debajo de un árbol y abrió los brazos como si con sus manos pudiera tocar el mundo. Observó a Mog, deseando creer que estaba enamorada de su inteligencia y porte, y le dijo:

--Canta y toca para mí. Tú eres la única que me alegra la vida.

Mog bailó para él la danza de la espada, moviendo su cuerpo con gracia e insinuando sus formas para anular la mente del anciano.

Después, cuando Chinsa estaba casi hechizado, deslizó sus manos sobre las cuerdas del *kayakúm* y tocó melodías suaves como el último suspiro y amargas como la vida.

Cuando Mog terminó su actuación Chinsa, profundamente conmovido, dijo:

--Pequeña, pídeme lo que quieras, que tu deseo será cumplido.

Mog, que había estado esperando ese momento durante varias semanas, hizo una pausa, que al anciano le pareció una eternidad y respondió:

--Quiero vivir en la corte. Utiliza tus influencias y envíame allí.

Chinsa hizo un gesto como queriéndose sacar una flecha envenenada del corazón. Montó en cólera y se puso de pie, fuera de control. Tartamudeando y con los ojos enrojecidos, gritó histérico:

--Eso nunca. Jamás. Tú serás siempre mi concubina.

A raíz de aquel día, el asedio de Chinsa hacia la *kisaeng* aumentó de forma enfermiza.

Huir, cosa que pensó muchas veces Lee Hua Mog, era una locura, ya que el alto personaje tenía poder sobre la vida de sus súbditos y un acto de ese tipo era como firmar su propia sentencia de muerte.

Sina se compadecía de la muchacha, que había dejado de comer y se pasaba largas horas llorando y sin querer ver a nadie.

Un día, la fortuna apareció inesperadamente. Chinsa cayó enfermo y entró en una especie de amnesia parcial en la que confundía el presente con el pasado y esta vida con vidas anteriores.

Los barrotes de la cárcel se aflojaron y Mog recuperó las fuerzas.

Chinsa había intentado vanamente comprar su amor con cosas materiales y Mog, sin darse cuenta, había acumulado una pequeña fortuna. Contó hasta quinientas onzas de plata y varias bolsas de joyas. Tenía más dinero del que había podido soñar en su vida y, por primera vez, tomó conciencia de que podía realizar sus sueños.

De repente, le pareció que Cheju era una isla muy pequeña y que el mundo se abría a sus pies.

Una mañana, después de despedirse de sus amigas, compró su libertad, alquiló un barco y se fue a Hansong.

Abandonó la isla de forma furtiva sin avisar a sus padres y, sintiéndose como una perseguida de la justicia, decidió poner su suerte en los brazos del destino.

Con determinación, se vistió de hombre para imponer respeto a los remeros de la embarcación que había alquilado, a quienes prometió una paga doble si llegaban pronto al puerto de Pusan, desde donde iniciaría por tierra su viaje a Hansong.

Mientras Lee Hua Mog saboreaba la libertad a bordo de la *Gaviota Blanca* y observaba con excitación los musculosos brazos de los remeros, Aryon y Kasan se dirigían a la capital del Reino para preparar los exámenes estatales.

Tras vencer en Chinhae, los dos jóvenes recibieron una autorización real para residir en Hansong, lo que era considerado un gran honor, ya que solamente los nacidos en la metrópoli y unos pocos escogidos podían establecerse dentro de sus murallas.

El pueblo casi se vistió de luto para despedir a Aryon y Kasan. Los habitantes de la aldea llenaron las alforjas de sus caballos de regalos y comida y les acompañaron hasta la salida de la aldea al son de tambores y platillos. Danzarines daban volteretas levantando el polvo mientras los monjes del templo budista tocaban las campanas. Hasta la vieja sacerdotisa Sun se puso un *hanbok* que tenía guardado desde hacía más de cuarenta años en un arca para dar el último adiós con sus mejores galas a los dos jóvenes.

Shin acompañó a su hijo hasta el caballo y le dijo:

--Hijo, ya eres un hombre. Escríbenos todas las semanas. No te olvides de tus padres y recuerda que, pase lo que pase, aquí está tu casa.

Después, Kim empezó a abrazar a Aryon como si se fuera a la guerra.

--Aryon, no te metas en líos, que la ciudad es muy peligrosa --le aconsejó, sin poder contener el llanto y mirándole como si le viera por última vez--. Come más, que te estás quedando muy delgado. Cuando apruebes los exámenes, ven a vernos, que te estaremos esperando con los brazos abiertos.

El joven arquero tranquilizó a sus padres prometiéndoles que les escribiría con frecuencia y, tras darles un fuerte abrazo, puso el pie en el estribo de su caballo.

Tras un largo viaje de varias semanas en el que acampaban a las orillas de los ríos y dormían bajo las estrellas, divisaron a lo lejos la ciudad amurallada de Hansong, sobre la que sobresalían pequeñas colinas onduladas y los picos rocosos de Pukansansong.

Era la hora del Gallo, la tarde avanzaba silenciosamente y el Guardia Mayor del Reino se preparaba para hacer sonar la campana de Posingak[1], tras lo cual se cerrarían las puertas de la ciudad.

El guardián, un gigante con brazos de hierro, tenía la misión de golpear treinta y tres veces con un *gong* esa campana, de diez metros de altura y cuatro de diámetro, para indicar a la población la hora en la que se abrían y cerraban las puertas de Hansong.

[1] Posingak: campana utilizada para el citado ritual que aún se encuentra en Seúl.

A la hora del Gallo, todas las personas que carecían de permiso oficial para residir en la capital debían abandonarla apresuradamente, ya que obviar esa norma se castigaba con la pena de muerte, y sólo cuando las campanas volvían a sonar al amanecer, que solía caer a la hora del Gato, podían regresar.

Debido a esa costumbre, una multitud desarraigada había formado como una segunda población a las afueras de las murallas, creándose un submundo peligroso donde la vida carecía de valor.

Kasan y Aryon iniciaron una carrera al galope hacia la Puerta del Sur, antes de que el Guardián Mayor del Reino comenzara el ritual.

Justo llegaron cuando el gigante dio el primer golpe de campana y un grupo de soldados se disponía a cerrar las puertas.

Aryon presentó a los centinelas el permiso oficial que, además, llevaba una nota del Almirante en la que se recomendaba a “los futuros funcionarios”.

--Está todo en orden --les dijo un oficial--. Bienvenidos a Hansong.

Mientras Aryon y Kasan cruzaban bajo el arco de piedra de la Puerta del Sur, aparecieron las primeras estrellas y la ciudad retumbó con los golpes del coloso que parecía estar boxeando con un planeta de metal.

Cabalgaron calle abajo hasta dar con una amplia avenida que terminaba en el palacio de Kyombokum, una de las residencias del Rey Sonjo, y después torcieron por una callejuela en busca de la pensión donde tenían reservadas habitaciones.

Al llegar al *yohwan*[1], llamado El Rincón de Choson, hicieron sonar el picaporte de hierro en forma de dragón y una mujer entrada en años, de pelo canoso, les recibió haciendo una reverencia.

La anciana dio unas palmadas y al instante aparecieron varios criados que se encargaron de introducir en la pensión las pertenencias de los dos jóvenes.

La mujer enseñó a los huéspedes el patio interior de la casa, en donde había un pozo, dos vacas y cinco o seis tinajas de barro llenas de *kimchi*[2].

---

[1] *Yohwan*: pensión.
[2] *Kimchi*: col picante que acompaña a todas las comidas coreanas.

Después, mostró a los muchachos sus habitaciones y les preparó una suculenta cena de bienvenida.

A la mañana siguiente, se matricularon en la Academia Oficial de Toege, donde prepararían el *kwago*[1]. Únicamente los que pasaban estas pruebas tenían acceso a puestos de alta responsabilidad en el gobierno.

Los que fracasaban en estos exámenes, que eran analizados con lupa, estaban condenados a llevar una existencia gris, sin ninguna posibilidad de hacer una brillante carrera política o militar.

Fue al tercer día de su llegada a Hansong, cuando Aryon y Kasan recibieron una carta perfumada y lacrada, con un dibujo que reproducía el pabellón principal de los Jardines Secretos.

Ambos amigos, llenos de curiosidad, abrieron la misiva. Sobre una hoja, que olía fuertemente a azaleas, se podían leer varias líneas escritas en una perfecta caligrafía de Chung-ku.

El texto decía lo siguiente:

> *Bienvenidos al ombligo de los dioses. Disfrutad de la efímera existencia para que no se os escape como el sueño de un cerezo enamorado entre el frágil temblor de las alas de una diminuta mariposa.*
>
> *Vuestra fama es grande. Vuestro éxito en Chinhae me hizo llorar de emoción.*
>
> *Estoy a vuestra disposición para allanaros el camino hacia la Montaña del Espíritu.*
>
> *Siempre vuestro:*
>
> *Sirie, copero del Rey.*

[1] *Kwago*: exámenes estatales.

XVIII

El viaje de Lee Hua Mog a Hansong fue un auténtico desastre.

Nada más llegar a la ciudad portuaria de Pusan, fue recibida por una escolta de cinco hombres, cuyo jefe era un tal Kant Taek, persona de confianza de la dueña de la *sojae* de Cheju, Sina.

Tras despedirse de los remeros, quienes se habían roto las espaldas para ganarse unas monedas de más, Mog se puso en manos de Kant, quien la esperaba impaciente en el puerto.

--No sabía que eras un hombre tan hermoso --le dijo Kant al verla vestida con ropas de varón.

Mog le respondió con la sonrisa de la niña que acaba de ver a un delfín y se hizo en el pelo una cola de caballo, como si estuviera desnudando su rostro a las frescas caricias del aire.

Después se puso de puntillas, intentando parecer más alta, se acercó a Kant e imitando el tono de voz de Chinsa, para imponer respeto, dijo:

--Compañero, me han dicho que tienes los caballos más rápidos de Pusan. Demuéstrame que eso es verdad y te premiaré como es debido. Quiero llegar a Hansong lo antes posible.

--No hay caballos más veloces en el Reino que los míos --contestó orgulloso Kant--. Antes de que el dios del tiempo pase una nueva página estarás en la capital.

Kant contempló el cabello de Mog, que olía a algas y a sal, y ordenó a la escolta que colocara las posesiones de la joven en un coche tirado por dos caballos.

Mog lanzó una mirada al mar y sopló un beso a la Gaviota Blanca, que se balanceaba en el agua sobre su panza azul.

Después, puso un pie en el estribo del carruaje y se acomodó en su interior, con el corazón latiéndole como un gorrión. Corrió una cortina y sintió como si el mar penetrara en su mente. Cuando las ruedas empezaron a moverse, palpó con su

cuerpo la fuerza de los caballos y comenzó a disfrutar su recién conquistada libertad.

La primera parte del viaje se desarrolló sin ningún tipo de incidentes, y Mog tuvo tiempo de detenerse en varias aldeas y ciudades para reponer energías y ganarse la confianza de su escolta, que empezó a llamarla, en tono amistoso, capitana.

En Kyongyu, antigua capital de Shila, hizo una escala de dos días para visitar las tumbas de los monarcas de esas dinastías, que se encuentran sepultadas en el interior de sagradas colinas.

Llegó hasta la famosa gruta de Sokuram para orar ante la descomunal estatua de oro de Buda, y se vio diminuta cuando tocó con la frente los pies del Iluminado que, sentado sobre un pedestal en forma de flor de loto, parecía captar con su Visión Suprema la esencia del universo.

Dio gracias al Sakyamuni por haberla liberado de las garras de Chinsa e incendió tres varillas de incienso en su altar para que percibiera su humilde presencia. Puso otras tres varillas de incienso al dios del amor, Kama, que flanqueado por su esposa, la Voluptuosidad, y su amigo, la Primavera, parecía apuntar con la flecha de jazmín de su arco al corazón de Mog.

Después se despidió con una profunda reverencia y salió de la gruta con el alma más limpia.

La escolta gozaba con su trabajo y se sentía honrada con la custodia de la *kisaeng* que había sido la favorita del alto representante del Rey en Cheju. Erguidos sobre sus caballos, los hombres entonaban canciones de amor y de guerra mientras Mog se creía protegida de los dioses.

De Kyongju, partieron hacia el norte hasta llegar a la localidad de Kumi y, en el camino entre Kumi y Teajon, el destino les jugó una mala pasada. La culpa, sin duda, la tuvo Kant Taek, que propuso atravesar un pequeño bosque de bambú, que estaba encantado, para atajar unas millas.

El bosque es la morada de espíritus que juegan a torcer el destino de los seres humanos. Cuando el viento sopla sobre esas cañas de bambú, las plantas emiten sonidos extraños que unas veces se parecen a lamentos y, otras, a risas

humanas. Si las cañas ríen, las personas que se hallan dentro del bosque son bendecidas por la suerte, pero si lloran, cae sobre ellas la Desgracia.

Aquel día, las cañas de bambú parecían frías como espadas de hielo. El silencio causaba pánico a los insectos, y los cascos de los caballos se encendían como brasas. Un viento de cuchillas arrancaba la piel a tiras produciendo escalofríos en el corazón.

Kant Taek corrió las cortinas del carruaje y vio a Mog temblando de miedo.

--Capitana --dijo dejando escapar una estentórea carcajada--, ponte la armadura, que las cañas de bambú han sido tocadas por el rocío de la mutación y se están transformando en afiladas lanzas.

La *kisaeng* le respondió con una sonrisa de máscara y habló:

--Vámonos rápido de aquí, que los caballos ya han empezado a oler el miedo. No desafíes a la suerte, que empiezo a notar un abismo sin un puente en el que apoyarnos.

Kant Taek volvió a lanzar una carcajada, clavó las espuelas a su caballo y gritó a la escolta:

--¡Adelante! Que la capitana dice que os movéis como tortugas.

Cuando estaban a punto de salir del bosque y empezaban a divisar el camino que conduce a Taejon, un grupo de unos veinte bandidos, armados hasta los dientes, salieron de unos espesos arbustos y atacaron por sorpresa a la comitiva.

En un abrir y cerrar de ojos, dos hombres de la escolta fueron derribados de sus caballos y apuñalados salvajemente.

Los otros tres jinetes de la guardia de Mog, expertos en artes marciales y hábiles en el manejo de la espada y el puñal, contraatacaron como tigres, causando una auténtica carnicería.

Aunque seis bandidos cayeron fulminados, otro defensor recibió un tajo en el cuello y mordió el polvo echando sangre por la boca.

El jefe de los salteadores, un ser esperpéntico al que faltaban casi todos los dientes de la boca, apuñaló por la espalda a Kant Taek. Éste montó en cólera y creció como una montaña envuelta en llamas. Los criminales retrocedieron unos

pasos y, al ver que las fuerzas abandonaban a su contrincante arrastrándole hacia las fuentes amarillas, se lanzaron contra él y hundieron sus dagas en la montaña, apagando para siempre sus llamas.

El último sobreviviente de la escolta, un gigante de casi dos metros, mató a cinco enemigos. Al final, con varias heridas en el cuerpo, fue arrinconado contra los arbustos donde los bandidos le acribillaron a cuchilladas.

En medio de la pelea y el chocar de las armas, el conductor del carruaje trató de salvar a la muchacha y arreó los caballos, que salieron desbocados.

Los caballos, con la espuma saliendo por la boca, casi sacaban llamas del polvoriento camino cuando, en una curva, el auriga fue alcanzado por una flecha en el cuello y se desplomó como un muñeco.

Una de las ruedas de la carreta se salió y las bestias, después de relinchar como espíritus enloquecidos, se calmaron y volvieron a controlar el pulso de su corazón.

Los bandidos, con una grotesca risa que transformaba su rostro en madera, corrieron hacia el coche de Mog en busca del botín.

Lee Hua Mog, presa del pánico, empezó a gritar pidiendo socorro.

El jefe de los bandidos abrió con violencia la puerta del carruaje y, tras hacer una reverencia, clavó sus ojos saltones en Mog, que trató de sacar el pequeño puñal que llevan las mujeres en la cintura para proteger sus puertas de jade de los hombres, y escupió en el suelo.

Después, atenazó con fuerza la muñeca de la *kisaeng* hasta que ésta soltó el arma y, mirando a sus compinches, dijo con voz socarrona:

--Aquí está la puta del alto representante del Rey. Venid a mirarla, que parece que todavía sigue en celo.

Los bandidos aullaron como lobos, se acercaron con morbosa curiosidad a la muchacha y empezaron a tocarla con sus sucias manos.

--Baja --le dijo en tono amenazante el jefe de los asesinos--. Baja, que nos han dicho que llevas contigo un valioso tesoro. Levanta el culo si quieres seguir con vida.

Mog, en un arrebato de valentía, sacó otra pequeña daga que tenía escondida en una de sus mangas y trató de clavársela al salteador. Éste, con un rápido movimiento, le retorció la mano y la arrastró hacia fuera del carruaje. Después, la lanzó con violencia contra el suelo y dijo:

--La putilla todavía tiene ganas de pelea.

Mog, al ver a todos los hombres de su escolta muertos y al conductor del coche sobre un charco de sangre con la flecha atravesándole el cuello, se puso de pie y empezó a golpear con los puños al jefe de la banda.

--Asesino, pagarás por esto --le dijo, mientras descargaba su cólera sobre el hombretón.

El bandido la derribó de un puñetazo en la cara y ordenó a sus secuaces:

--Atadla con cuerdas. Que vaya aprendiendo lo que le espera si se resiste a obedecer.

Mientras Mog lloraba en el suelo, el bandido entró en el carruaje y no tardó en encontrar el botín. Con una sonrisa delirante, contó seis bolsas llenas de onzas de plata, telas preciosas y joyas de un valor incalculable.

Tras hacerse con la preciosa carga, el jefe de los bandidos saltó a tierra y ordenó a sus hombres que llevasen a Mog a su guarida.

Uno de ellos agarró a Mog del pelo y comenzó a arrastrarla entre unos matorrales. La mujer empezó a gritar con fuerza, como si quisiera despertar al Emperador de Jade, y clavó sus dientes en la mano que la sujetaba.

El bandido levantó la mano para golpearla y, en ese mismo instante, apareció en el recodo del camino un poderoso caballo blanco que llevaba sobre sus lomos a un personaje de aspecto majestuoso. El jinete, con la velocidad del relámpago, disparó tres flechas. Una se clavó en la boca del bandido que iba a pegar a la muchacha y las otras dos, lanzadas con la precisión de Rama, el único que pudo tensar el arco de Siva, cayeron como dos rayos de oro en el corazón y el vientre de sendos forajidos, causándoles una muerte instantánea.

El resto de los ladrones, como ratas acosadas por el fuego, emprendieron la huida con el botín, desapareciendo entre los matorrales.

Kitó desenvainó su espada de siete estrellas[1] y se internó en el bosque para dar caza a los fugitivos, pero éstos ya se habían escondido en sus madrigueras. El *hwarang* volvió al lugar donde lloraba desconsoladamente la *kisaeng* y le limpió las lágrimas con un pañuelo de seda. Después, le acarició dulcemente el cabello y cortó las cuerdas que herían sus manos.

Kitó desenganchó los caballos del carruaje y en uno de ellos hizo una montura improvisada para Mog.

--Súbete, que se está haciendo de noche --dijo el caballero andante, ofreciendo las riendas a la muchacha.

La *kisaeng* se limpió los ojos con las mangas de su camisa, miró al caballero y le preguntó:

--¿Quién eres? ¿De donde has salido?

Kitó le ofreció su fuerte brazo para que subiera al caballo y respondió:

--Eso no importa ahora. Lo único importante es que estés viva. Vámonos.

En el largo camino hacia Hansong, Kitó y Mog se hicieron buenos amigos. Mog le abrió su corazón para sacar fuera su amargura y le contó su vida en la *sojae* de Cheju, su ceremonia de graduación en el palacio de Chinsa, los arrebatos del viejo que intentó esclavizarla y reducirla a un muñeco, su visita a Kyongju y el triste episodio del asalto.

--Anímate --le decía Kitó--, todavía eres muy joven y la vida aún no te ha entregado sus mejores tesoros.

Un día, cuando se acercaban a las fuentes termales de Anyang, a unas ochenta millas de Hansong, hablaron sobre el último concurso de Chinhae, donde un joven de nombre Aryon había conseguido la corona de guirnaldas.

--Conozco a ese arquero --dijo el *hwarang*--. Su padre, que es médico, me curó cuando me fracturé una pierna al sufrir una caída de caballo. Pasé dos semanas en el pueblo de Hahoe e hice una gran amistad con el futuro Hijo de Choson.

[1] La espada de siete estrellas se fabricaba y fabrica aún en el pueblo de Lonchuen (centro-sur de China). En ese lugar hay siete pozos donde se reflejan las estrellas, lo que inspiró el emblema de las espadas, según cuenta una antigua leyenda.

Mog, que devoraba las palabras del *hwarang*, le contó que su ceremonia de graduación tuvo lugar el mismo día en el que Aryon obtuvo la victoria en las competiciones de tiro con arco.

--Me pareció que el Cielo quiso enviarme un mensaje ese día --dijo Mog intentando imaginarse el rostro del joven.

--Los dioses juegan con nosotros, pequeña --afirmó el caballero andante tocándose la media luna de su casco, que refulgía con los rayos del sol.

Al llegar a las puertas de Hanyang, custodiadas por dos tótems de madera que producían escalofríos, Kitó señaló con su mano el valle y dijo:

--Mog, todos los reyes de la dinastía Lee han prohibido la caza en estos contornos. La historia se remonta a hace dos siglos, cuando un noble arquero hirió de muerte aquí a un ciervo que, tras recibir en el cuerpo tres flechas, se refugió en el bosque dejando un reguero de sangre. El cazador siguió a la presa para rematarla pero, al llegar a un claro, vio a su víctima bebiendo de un manantial de aguas cristalinas en las que se reflejaba la cada de un Buda. Las flechas se desprendieron del cuerpo del cérvido y sus heridas se cerraron. Después, el animal dio un salto y desapareció entre la maleza. Desde aquel día, las aguas subterráneas de esta localidad se consideran sagradas y de la Fuente del Ciervo Herido, solamente pueden beber los reyes.

Mog propuso a Kitó ir a la fuente para comprobar si aún se podía ver la cara del Buda, pero el *hwarang* insistió en que era un lugar prohibido.

--Mog --le dijo con severidad el caballero--, aprende a respetar los designios del Cielo. Acuérdate de lo que te pasó cuando cruzaste el bosque de bambú.

La joven dibujó en el rostro una expresión de pánico y no volvió a insistir más en su capricho.

Atravesaron Hanyang, haciendo una parada ante el árbol protector de la localidad para ofrecer un cuenco de arroz al espíritu del ciervo herido, y continuaron viaje hacia la amurallada ciudad de Suwon, que se encuentra a un día de distancia de la capital.

En Suwon, se perdieron entre el bullicio de los mercados y compraron algunas provisiones. Junto a unos tenderetes donde se vendían plantas

medicinales, una multitud se agolpaba alrededor de un viejo que estaba subido sobre una caja. Mog y Kitó se abrieron paso entre la gente y tomaron posición en la primera fila.

El anciano, vestido de negro, había permanecido dos horas enroscado dentro de la caja que tenía los símbolos del yin y del *yang* y, en ese momento, se desperezaba como un oso que acaba de despertar de un largo letargo. En su mano izquierda portaba un águila que agitaba las alas con movimientos amenazantes y con la derecha agarraba a una serpiente que miraba a su enemiga con los ojos encendidos como ascuas. El viejo se dirigió al público, pronunció unas palabras extrañas que parecían de un lenguaje extranjero y soltó al ave rapaz, que cayó como un rayo sobre la culebra y la partió en dos con sus afiladas garras.

El anciano, con movimientos pausados, desolló al reptil y lo introdujo en una botella de aguardiente en cuyo interior se veía una planta de *ginseng*.

--¡El elixir de los dioses! --gritaba el mercader--. Bebed a precio de ganga, el licor de la longevidad que encenderá la pasión de vuestros amantes.

Grupos de personas se apresuraron a comprar su dosis y cuando ya no quedaba ni una gota, el anciano se despidió con una reverencia. Al día siguiente, llegaron a Hansong. El *hwarang* colocó a Mog en una de las casas de *kisaeng* más renombradas de la ciudad, propiedad de una amiga suya y, tras despedirse de la muchacha con lágrimas en los ojos, regresó a los polvorientos caminos del Reino para auxiliar a los desamparados.

XIX

Aryon y Kasan se encontraban en la flor de la juventud. En una edad en la que todos los seres se creen inmortales y las Tres Marcas del dolor del Buda[1] permanecen ocultas en un recodo del camino, esperando la hora de su llegada.

[1] Enfermedad, vejez y muerte.

Vivían un momento de la existencia en el que es posible engañarse con la ilusión de que somos los dueños de nuestro destino y lo suficientemente hábiles como para burlar sus trampas.

Su éxito en Chinhae les había granjeado la amistad de los jóvenes de la nobleza, y la Fama, enemiga del Camino de la Virtud, echaba flores a sus pies para hinchar su vanidad y conseguir su renuncia a la búsqueda de la Verdad.

Pronto ambos jóvenes se dejaron seducir por los cantos de las sirenas que prometían felicidad en la Montaña de la Belleza Efímera y en el Lago de la Piedras Preciosas, y empezaron a frecuentar las casas de *kisaeng*, donde hermosas mujeres alababan sus virtudes con palabras bonitas a cambio de unas monedas.

Fue en una de esas mansiones, situada a menos de una milla de los Jardines Secretos, donde Aryon perdió la cabeza por una muchacha de dieciséis años, llamada Hwang, que era tan inteligente y bella como insensible a los sentimientos ajenos.

La *kisaeng*, era la favorita de varios nobles que no cesaban de halagarla y hacerle lujosos regalos para conquistar su corazón. Ésta se portaba con todos los hombres como si estuviera enamorada de ellos y tenía la habilidad de hacérselo creer.

Aryon y Kasan fueron a la citada casa con el hijo del inspector de Hansong, Lim Ko, un muchacho arrogante que se emborrachaba con tres vasos de *mákoli* e iniciaba largos y aburridos diálogos que sólo se podían soportar porque era de familia rica y se sentía importante pagando aquellas costosas veladas.

Los jóvenes penetraron en una amplia sala en cuyas esquinas había cuatro grandes jarrones de porcelana, con dibujos de cerezos y grullas reales, y una mesa alargada con cuencos de alabastro llenos de agua, en cuya superficie flotaban pétalos de rosas.

Tras una corta espera, se sentaron en sus respectivos cojines y entraron tres muchachas vestidas con vistosos *hanboks*. Las chicas hicieron una reverencia, se presentaron por sus nombres con palabras que sonaban al mismo tiempo cercanas y lejanas, y se acomodaron junto a sus invitados.

Después, llenaron los vasos de *mákoli* con manos que parecían alas de palomas y, chocando las copas con su pareja, brindaron por los dioses que habían preparado aquel encuentro. Tras probar la variedad de frutas que adornaban la mesa haciendo composiciones de patos salvajes, del sol y de la luna, las chicas comenzaron a abrir sus abanicos y, con pasos de tortuga, se colocaron en el centro de la sala.

Dos muchachas comenzaron a bailar con ojos ausentes la danza de los abanicos mientras la tercera tocó, con la suavidad de la brisa, las cuerdas del *kayakúm*.

Al terminar la danza, la artista del *kayakúm* cantó dos poemas que hacían referencia al final trágico de un héroe que había muerto en los brazos de su amante y a la historia de un amor imposible.

Cuando la noche estaba más animada y las lámparas de seda roja lamían con sus llamas las paredes, Lim Ko recitó un verso sobre la piedad filial e hizo una disertación sobre Confucio para impresionar a las muchachas.

A medida que se encendía en elogios al Gran Sabio, el rostro de Hwang, que estaba sentada al lado de Aryon, se crispó de tal manera que sus ojos empezaron a echar chispas y tomaron el aspecto de colas de escorpión.

--El Gran Sabio --dijo Hwang en tono sarcástico--, no fue tan sabio como tú crees. La armonía del Cielo se basa en el complemento del yin y del *yang*, no en una visión oscura del hombre como centro de todas las cosas. Su filosofía halagó a los hombres, pero a las mujeres nos redujo a la categoría de muñecas, a la esclavitud. No repitas con tanta frivolidad las palabras del filósofo con el tambor de tu voz.

Hwang miró a los tres jóvenes, que parecían no dar crédito a lo que oían, y añadió con un frío atrevimiento que a Aryon le dio la impresión de que estaba cargado de amargura:

--Cuando a Confucio se le ocurrió decir que la mujer debe vivir aislada en sus aposentos sin intervenir en la vida social o política, nos apretó las argollas que ya anulaban nuestra libertad y, lo que es peor, los hombres tomaron como sabias unas poco afortunadas enseñanzas que denigran a la especie humana.

Lim Ko, con una creciente ira contenida, miró a Hwang y, cortando su intervención, dijo:

--La armonía consiste en la unidad. En el giro de la rueda de los opuestos. No en la colisión de la que tú hablas. La mujer deber echar suavidad a la fuerza del hombre para que esa rueda gire siguiendo las leyes cósmicas. Como dijo el Gran Sabio, la mujer debe andar a tres pasos del hombre para no pisar su sombra. El yin y el *yang* se necesitan pero deben respetarse.

Hwang recibió el insulto con la superioridad de su inteligencia y belleza y, sin entrar en discusión, lanzó una mirada a Lim Ko cargada de ironía. El muchacho hizo un gesto ridículo, como si en ese momento se hubiera quedado desnudo, y sorbió un poco de *mákoli* intentando reflejar en su rostro la marca del hombre superior.

--Algún día la mujer --dijo Hwang con firmeza--, se rebelará y ya no tendrá que someterse al padre cuando esté soltera, al marido al contraer matrimonio y al hijo mayor cuando se queda viuda. Cuando llegue ese momento, los hombres como tú ya no tendrán que preocuparse de que su mujer les pise la sombra porque estarán solos.

Lim Ko quiso replicar, pero Aryon le dio varias palmadas en la espalda para diluir los sapos que empezaban a morder su lengua y comenzó a hacer bromas para quitar leña al fuego.

--El pobre Confucio –espetó--, tuvo suerte de nacer en Chung-ku, porque si hubiera vivido en Choson nuestras mujeres le habrían apedreado.

Después, llenó nuevamente los vasos de *mákoli* y propuso un brindis por la reconciliación, que fue aceptado de mala gana por Lim Ko y con una sonrisa de enigmática complicidad por Hwang.

Hwang volvió a sentarse al lado de Aryon y, por debajo de la mesa, tocó la pierna del joven con uno de sus pies.

--Aryon --le dijo--, tenía muchas ganas de conocer al héroe de Chinhae ¿Cómo has tardado tanto en venir por nuestra casa? Nos has privado injustamente de la luz del sol.

Aryon, atrapado por su belleza, contemplaba su boca y sus ojos, que tenían la irresistible atracción de lo prohibido, y sentía cómo ardía su cuerpo con el dulce

vino de la pasión que le envolvía en llamas. La conversación, poco a poco, se fue haciendo más íntima y se abrió la puerta mágica que saca del tiempo.

El arquero, libre con la razón dormida, acarició la nuca de la joven y atrajo la cabeza de la bella para beber del rojo vino de sus labios, pero ella se apartó y le dijo, con una picardía hiriente que latía con el guiño de una divinidad:

--No corras, que podrías romper el hechizo. En este lugar las flechas que dan en la diana salen del corazón, no de un momento de pasión.

Aryon, desconcertado, le pidió disculpas. Sintió como si un jarro de agua hubiera caído en sus deseos y, cuando las hormigas del nerviosismo empezaron a picarle en la nuca, se levantó y se dirigió a la puerta para marcharse.

La muchacha se limitó a despedirle con una fría reverencia, y Kasan y Lim Ko dieron por concluida la velada.

En la calle, Kasan, totalmente borracho, se puso a imitar al fracasado Aryon y cogió a Lim Ko de la nuca intentando desesperadamente darle un beso en la boca.

Lim Ko se partía de risa y gritaba con voz femenina: “No me beses que soy virgen, tócame si quieres los pechos, pero no me beses”.

Después, Kasan se dirigió a Aryon y, poniéndole un brazo sobre el hombro, le dijo:

--Aryon, estoy seguro de que Hwang ha perdido la cabeza por ti, pero te abalanzaste sobre ella como un tigre y la pobre se asustó. Tienes que hacerte el duro. Cuando las mujeres ven que un hombre les muestra su indiferencia, les pica la curiosidad y le entregan las llaves de sus puertas de jade.

Aryon, que estaba a punto de estallar, se mordía la lengua para no mostrar debilidad y fingía una forzada y patética sonrisa.

--Insiste --añadió Kasan entre carcajadas--. Seguro que cae en tus brazos.

Tras soportar Aryon durante un rato las bromas de sus amigos, llegaron al Rincón de Choson y se despidieron del hijo del inspector, que desapareció entre risitas haciendo eses por la calle.

Aryon abrió la ventana de su dormitorio y contempló el estrellado cielo. Recorrió el firmamento con la mente, como buscando las respuestas de la vida, y se

sintió enormemente cansado. Después se metió en la cama y se quedó profundamente dormido.

A la hora del Búfalo, se escucharon unos golpecitos en la puerta del dormitorio que despertaron al muchacho. Aryon, malhumorado, se levantó de la cama y fue a ver lo que pasaba.

Hwang, vestida con un *hanbok* azul marino y con el pelo recogido hacia atrás en una enorme trenza, estaba plantada como una caña de bambú cuando Aryon abrió la puerta con los ojos abiertos como platos que estallaron de alegría al recibir el impacto de las sagradas flechas de la Sorpresa.

La chica le lanzó una mirada llena de picardía, le apartó con la mano, penetró en la habitación y dijo en voz baja:

--He querido darte una sorpresa, pero me temo que te he despertado y no soy bien recibida.

Aryon permaneció inmóvil, sin saber qué decir.

--¿Te molesto? --le dijo la *kisaeng*, con un brillo de escarcha en los ojos.

El joven sintió cómo subía en su cuerpo la marea del *yang* y respondió, con la mente anulada:

--No sabes cuánto esperaba este momento.

Hwang, sin contestarle, se acercó a la cama, se quitó el *hanbok* y se quedó completamente desnuda.

--Aryon, hazme el amor --dijo Hwang, riéndose ante la graciosa imagen de Aryon vestido con ropa de dormir.

El joven se acercó con pasos de seda a la cama, se desprendió de los calzones y se sentó enfrente de la muchacha.

Bebió de la fuente de sus labios como si fueran las últimas gotas de agua que había en el mundo y besó sus pechos y pezones de nieve hasta que el fuego envolvió a los dos cuerpos en la llama de la pasión.

Se hicieron el amor sentados con las piernas entrelazadas y mirándose a la cara para salir juntos del tiempo y cabalgar con la fusión de sus corazones.

Cuando el río de jade inundó el lago de las castañas de agua de Hwang, la muchacha se quedó dormida sobre el pecho de Aryon y las plumas de la calma cayeron sobre la frente de los amantes.

Aryon, que no podía dormir, contemplaba el rostro de Hwang respirando los efluvios de su alma. Kama había disparado la flecha de jazmín en su corazón y estaba locamente enamorado de aquella mujer que apenas conocía. Se imaginó casado con Hwang, engendrando hijos y volviendo a nacer en una nueva vida con todas las puertas abiertas.

Tras aquella noche, Hwang frecuentó el Rincón de Choson durante unas semanas, pero un día se cansó del muchacho y volvió a reanudar sus relaciones con los clientes habituales.

Aryon, con el orgullo dolido y sin poder creer que todo había sido un sueño, empezó a acosar a la *kisaeng* a todas horas y, por las noches, iba a la casa donde trabajaba con la ilusión de conquistar su alma.

En una de esas citas, cuando el alcohol cegó la mente de Aryon y, por unos instantes, se convenció de que la chica estaba jugando y que en realidad estaba enamorada de él, le pidió en la ola de su alegría que se casara con él.

La *kisaeng* hizo una pausa, como si intentara abrir entre los dos un abismo, y respondió con frialdad:

--No sólo deseo permanecer libre, sino que me gustaría que desaparecieras de mi vida.

Al oír esas palabras, Aryon se derrumbó como una montaña. Con el corazón desgarrado, asió con fuerza los brazos de Hwang y, mirándola con ojos de perro herido, le suplicó que se quedara a su lado.

Hwang, con un brusco movimiento, se soltó de las manos de Aryon, que la presionaban como tenazas y le dijo en tono amenazante:

--No me toques. Fui tu amiga y he sido muy feliz contigo. Pero ahora lo nuestro ha terminado. Me quitas libertad y a tu lado me falta el aire.

Después, lanzó a Aryon una mirada de desprecio y salió de la sala dando un portazo.

El joven Aryon se quedó durante unos instantes como suspendido en el vacío y no pudo contener las lágrimas que rodaban por su rostro como perlas encendidas.

Salió de la casa de *kisaeng* andando como un sonámbulo y se encerró en el Rincón de Choson con el alma destrozada.

Durante tres días no salió de su habitación y apenas probó bocado. Se pasaba largas horas tumbado sobre la cama con los ojos en blanco, y su vida dejó de tener sentido.

Aryon se fue hundiendo más y más en la desesperación y, cuando creyó que había llegado al fondo de su dolor, dejó repentinamente la pensión y, con pasos inseguros, se dirigió nuevamente a la casa de *kisaeng* en busca de Hwang.

El muchacho había decidido renunciar a un matrimonio con Hwang. Quería proponerla una relación sin ningún tipo de ataduras. Se conformaba con conservar su amistad y con verla sólo de vez en cuando.

Llamó con el corazón latiéndole con fuerza a la puerta de la casa de *kisaeng*. La *twegi*[1] y protectora de Hwang, le abrió visiblemente alterada.

--Vengó a ver a Hwang --ordenó Aryon, ignorando la más elemental cortesía.

La *twegi* hizo pasar a Aryon a la sala principal y le pidió que tomara asiento.

Después, se acercó con pasos de seda al joven, puso una de sus manos sobre el hombro del muchacho y dijo:

--Hwang ha partido hoy. Se trasladó a la residencia de uno de los primos del Rey y ya no volverá por aquí. Creo que se quedará con su nuevo señor definitivamente.

Aryon, sin pronunciar una palabra, salió de la mansión con la sensación de que le habían arrancado el alma.

Estuvo deambulando varias horas por las calles con un vacío tan intenso en su pecho que se extendió a todos los años de su existencia. Al anochecer, con la vida huida de sus venas, regresó envuelto en sombras al Rincón de Choson.

[1] *Twegi*: propietaria de las casas de *kisaeng*.

Tras su fracaso con Hwang, se encerró como una ostra en su habitación, se dedicó al estudio con un fervor enfermizo y evitó durante una temporada la vida alegre.

Al cabo de unos meses se apoderó de él la claustrofobia, abandonó su vida de asceta y reanudó sus visitas a las casas de *kisaeng*.

A las elegantes reuniones de esas mansiones de lujo, les siguieron las visitas, primero curiosas, luego habituales, a los barrios de mala reputación, donde se entregaba con placer a las prostitutas y se emborrachaba hasta altas horas de la madrugada.

Aryon se hundió poco a poco en un pantano y empezó a creer que la juventud era un tesoro que había que exprimir al máximo, un momento eterno en el que se debe absorber la vida con la mayor intensidad posible.

Las sombras le llevaron hacia una encrucijada de caminos en donde el retorno se vuelve difícil, y llegó un momento en el que sólo se sentía vivo cuando hacía el amor o se ahogaba en *mákoli* o aguardiente.

Un día se miró al espejo, se vio débil y se odió a sí mismo. Jamás había tenido esa experiencia.

En el espejo apareció el arrugado rostro de Sun, la vieja sacerdotisa de Hahoe, y de su boca deformada salió una horrible y sonora carcajada.

Aryon golpeó con los puños el espejo y lo rompió en varios pedazos, pero la carcajada de la sacerdotisa continuó resonando en su mente.

XX

Seis meses antes de los exámenes, Aryon y Kasan se impusieron una férrea disciplina y dedicaron todas sus energías al estudio.

Cuando el gallo, con su canto de cuchillo, se adelantaba a la salida del sol y rompía el tiempo, los muchachos saltaban de la cama y, tras un frugal desayuno, se dirigían a caballo a las montañas de Pukansansong, donde, sentados en una roca o debajo de un árbol, memorizaban a los clásicos confucionistas y hacían prácticas de escritura caligráfica.

Allí, Aryon y Kasan recitaban poemas en voz alta y luego intentaban dibujar la esencia de los versos alternando los trazos firmes y suaves con sus pinceles de piel de lobo y lana de oveja.

De vez en cuando hacían una pausa en sus estudios para ejercitar el dominio de la mente con prácticas de tiro con arco y de artes marciales.

Aunque el viaje a las montañas, que formaban una corona de picos rocosos alrededor de Hansong, era casi siempre un agradable paseo, tenían que pasar por poblados que crecían como hongos en las laderas donde se hacinaban seres miserables vestidos con harapos.

Muchas veces, los niños de esos poblados, que parecían viejos prematuros, se plantaban frente a los caballos para pedir un poco de comida o unas monedas y tenían que hacer una rápida maniobra para no atropellarles.

Otras, los desdichados tenían tan poca energía, que ni siquiera levantaban la cabeza para ver a los jinetes que galopaban en sus poderosos corceles.

Un día, cuando hacían su habitual recorrido, se acercaron a uno de esos poblados para beber un poco de agua. Los hombres y mujeres de rostros huesudos, les observaban con la muerte en la mirada.

Aryon y Kasan caminaron seguidos de un enjambre de niños hasta la entrada de una patética choza donde había una familia preparando una comida, y pidieron un poco de agua.

Una anciana desdentada les miró con ojos vacíos y, con la humildad devastadora del que sólo conoce la humillación, les ofreció, con manos temblorosas, un cuenco de agua para que calmaran la sed.

--Sentaos, comed algo con nosotros -les rogó la mujer con una voz tan débil que parecía que se iba a romper el último hilo que la ataba a la vida.

Aryon y Kasan se sentaron en el corro que formaba la familia, en cuyo interior crepitaba una hoguera que olía a carne chamuscada.

El patriarca de la familia quitó la piel con un cuchillo a tres ratas y, tras hacerles un canal para sacarles las tripas, las atravesó con finos palos para ponerlas al fuego.

Aryon permanecía mudo mientras Kasan se frotaba las manos sobre las llamas con una patética sonrisa.

--No todos los días tenemos el honor de invitar a comer a unos huéspedes tan distinguidos --dijo el cabeza de familia dando la vuelta a una de las ratas para que se asara por el otro costado.

Aryon inclinó la cabeza y elogió el olor que despedían los roedores.

--Eso no es nada. Ya verás lo ricas que están. Ni la carne de jabalí es tan suculenta como este manjar --le dijo con los ojos encendidos el cocinero.

Cuando los animales perdieron su color rosado y el churrasco estaba a punto, el hombre cogió la rata más gorda de las tres y se la dio a los muchachos.

--Comedla pronto; ahora que está caliente es como mejor sabe --les dijo su anfitrión emocionado.

Aryon controló las náuseas y mordió a la rata. Mientras masticaba juró que jamás había tomado nada más rico y después pasó el asado a su amigo.

La comida fue acompañada de unos vasos de *soju* y de una cálida y animada conversación, en la cual la familia contó a los dos jóvenes las penalidades de los Pueblos de la Luna[1]. Cuando las llamas y la alegría del alcohol se extinguieron, los muchachos se levantaron para despedirse y Aryon ofreció una moneda de plata al patriarca de la familia.

El viejo tocó la moneda durante unos instantes y después se la enseñó a la familia. A continuación, abrió la mano de Aryon y se la devolvió.

--La hospitalidad no se compra, amigo --dijo lanzando una mirada de agradecimiento a Aryon--. Hay cosas que no tienen valor en esta vida. El sol

[1] Los pueblos de la Luna: así se llamaba a los habitantes de las laderas porque eran tan pobres que se acostaban cuando salía la luna y se levantaban a trabajar cuando la luna aún estaba en el cielo.

alumbra a todos por igual, sus rayos caen al mismo tiempo en los jardines del rey y en el barro de nuestras chozas.

Aryon soltó unas lágrimas, que intentó disimular, abrazó a aquellos seres esqueléticos y dijo a Kasan:

--Ya es tarde, el dios de la montaña nos espera para escuchar nuestros aburridos conocimientos.

Ambos amigos subieron a sus caballos, que niños con brazos de ramas habían lavado hasta dejarlos relucientes, y corrieron al galope sin dejar de mirar aquel poblado hasta que se perdió en un punto de la lejanía.

La celebración de los exámenes estatales coincidió con la llegada del Año del Cerdo. Los mercados se convirtieron en un auténtico hervidero humano con los desfiles de enormes gorrinos que competían en el concurso del cochino más gordo del Reino, que tenía lugar con ocasión del cumpleaños del Rey del Cielo, el noveno día del nuevo año lunar.

En casi todas las casas se habían colocado dibujos de un enorme cerdo arrastrando sobre sus espaldas un saco con un precioso tesoro que depositaba en las puertas de las viviendas.

Bajo el símbolo del Cerdo, presagio de buena fortuna, se inició como era habitual, al mediodía, la procesión que partió de los Jardines Secretos. El rey Sonjo, seguido de sus ministros, quinientos guardias de palacio y dos mil soldados, desfiló hasta el santuario de Confucio, abriéndose paso entre una multitud que no dejaba de aclamar al monarca.

El palanquín real pasó por el Portón Real y se detuvo frente al altar de Confucio, donde se encuentran las tablillas con sus enseñanzas. Con pasos de seda, Sonjo se acercó a la estatua del Maestro, hizo las cuatro inclinaciones y ofreció vino al Gran Sabio siguiendo el ritual de los antepasados.

Después la comitiva se dirigió a la Academia Confucionista del Reino de Choson, y el monarca entró a la enorme sala donde cerca de trescientos hombres esperaban con impaciencia su llegada vestidos con sus togas azul claro y sombreros negros.

El Alto Tribunal entregó al rey el sobre con las preguntas del examen y Sonjo lo rasgó con su abrecartas de jade. Después, desapareció de la sala con pasos majestuosos.

En las primeras filas se encontraban los mayores de cincuenta años y en la segunda mitad de la estancia los menores de esa edad, entre los que estaban Aryon y Kasan.

Entre los veteranos, tres viejos de más de noventa años se movían como champiñones taoístas que no han podido seguir los pasos de los inmortales. Uno de ellos se puso a escribir rápidamente, nada más conocer las preguntas del examen, mientras los otros dos comprobaban el buen estado de sus pinceles con la lentitud de la tortuga que ha comprendido que en la inmovilidad se llega al Gran Límite.

La primera pregunta del examen decía: "¿Por qué el pobre de Han Fei mató a un cerdo para que su hijo pequeño siguiera el camino de la virtud?"[1].

Aryon no lo pensó dos veces y escribió con su mejor caligrafía: "Para cortar la cabeza a la serpiente de la mentira y así poder llegar a la cascada de la verdad".

A continuación escribió un poema sobre la visión de la grulla real antes de llegar en su vuelo a la mente zen.

Y por último, explicó las teorías de Chu-Hsi[2], las claves hermenéuticas del *Libro de los Tres Reinos*[3] y los orígenes en la dinastía Yi[4].

Firmó el examen con su sello de alabastro y esperó hasta que el tribunal anunció el final de las pruebas con el retoque de tambor.

Al cabo de tras días, Aryon y Kasan recibieron el comunicado de que habían aprobado con la más alta calificación, en el que se especificaba que sólo cinco aspirantes habían obtenido el Pergamino Escarlata.

El noveno día del nuevo año lunar, poco antes de iniciarse las celebraciones del cumpleaños del Rey del Cielo, los cinco elegidos desfilaron a caballo por las

[1] El escritor chino Han Fei (año 300 a.C.) cuenta en su libro *Han Fei Tse* la historia de una mujer que cuando se encontraba en el mercado con su hijo, le prometió con engaños carne de cerdo para que dejara de llorar. Su marido mató al gorrino que había en casa para que no creciera en la mentira y desconfiando de los demás.
[2] Chu-Hsi: pensador chino neoconfucionista del siglo XII, dinastía Sung (960-1279).
[3] *Libro de los Tres Reinos*, del monje budista coreano Ilyon (siglo XIII).
[4] Dinastía coreana Yi (1392-1910).

principales calles de Hansong con sus sombreros adornados con serpentinas de flores y llevando en la mano el abanico de color morado para saludar a la multitud.

Al día siguiente, Aryon y Kasan fueron convocados a palacio por el Rey Sonjo.

Los dos jóvenes, que ya habían cumplido diecinueve años, habían sido citados a la hora del Gallo en las puertas del Rincón de Choson, donde un emisario del monarca les recogería para conducirles a palacio.

Después de esperar durante un rato en el zaguán de la pensión, oyeron un griterío en la calle que anunciaba la llegada de los enviados del Rey.

La comitiva, encabezada por un palanquín llevado por cuatro robustos hombres, era saludada con muestras de júbilo por la gente que se agolpaba a la entrada de la pensión.

Cuando el palanquín se detuvo, Aryon y Kasan se acercaron a recibir al emisario real e inclinaron sus cabezas sin levantar la vista del suelo.

Las cortinas del palanquín se abrieron y de su interior descendió un joven que movía los brazos presa de una fuerte agitación.

--¿Desde cuándo os incliná is ante vuestro amigo Sirie? --dijo el copero del rey con los brazos extendidos.

Aryon y Kasan levantaron la cabeza y vieron a su amigo de la infancia soltando una fuerte carcajada. Los tres intercambiaron abrazos entre el clamor de las gentes del barrio y, después, Sirie, haciendo un gesto con la mano derecha, pidió dos palanquines para los nuevos funcionarios.

La caravana avanzó media milla hasta la campana de Posingak y luego tomó la ancha avenida que terminaba en la ciudad amurallada donde residía el monarca.

Tras atravesar el laberinto de pabellones que conformaban la ciudad del Amigo del Sol, se detuvieron ante el suntuoso edificio donde se encontraba la sala de coronación.

Sirie, que había adelgazado varios kilos y parecía un fideo, se reunió con sus amigos a la entrada del palacete y juntos ascendieron la escalinata que conducía a la puerta principal.

Sonaron las trompetas y varios eunucos abrieron las puertas anunciando su llegada al Rey. Cuando el monarca levantó el brazo, Aryon y Kasan, precedidos de Sirie, se dirigieron con pasos de seda hacia el trono y se postraron de rodillas, tocando con la cabeza tres veces el suelo. El Rey lanzó una pluma de faisán al suelo para indicar a los jóvenes que ya podían levantarse y, con voz pausada, les dijo:

--He oído hablar mucho de vosotros. Incluso aquí, en palacio, hay voces que no paran de recordarme que habéis sido tocados por el Cielo.

Después, Sonjo hizo un gesto a un eunuco y éste sacó dos rollos escarlata de un estuche de plata y se los entregó con una profunda reverencia, en nombre del Soberano, a los dos elegidos.

--Tú Aryon --dijo el Rey--, serás desde ahora general de los arqueros del Reino y te encargarás además de los graneros del estado y de supervisar las finanzas. Y a ti, Kasan, te nombro gran capitán de la guardia real con derecho a voto en la cúpula militar.

Tras decir esas palabras, Sonjo se levantó y, guardando la distancia de diez pasos, le siguieron una cohorte de chambelanes, consejeros, ministros y altos funcionarios.

Sirie, a la cabeza del grupo de eunucos, hablaba emocionado con sus amigos.

--Hacía tiempo --les dijo--, que el Rey no concedía tan alta distinción a los que aprobaban los exámenes. Parece como si detrás de todo esto estuviera la mano del Almirante. Ahora tenéis todas las puertas abiertas y algún día os convertiréis en la sombra del monarca.

La comitiva del rey se dirigió al Pabellón de la Eterna Juventud, que se eleva sobre cuatro enormes pilares en el centro del Lago de la Armonía y, tras atravesar el puente del Dragón Azul, se instalaron en la enorme sala de los banquetes, que también se utilizaba para recibir a los enviados extranjeros. El rey se acomodó en su cojín con bordados de oro y los músicos comenzaron a interpretar canciones compuestas especialmente para ese día. Aryon, Kasan y Sirie compartieron mesa con varios nobles y con el encargado de la policía de Hansong que, a pesar de esforzarse por estar simpático, parecía preocupado.

Sirie, que se daba cuenta de todo como Sun Wu-Kung, susurró a Aryon al oído:

--El jefe de la policía no pega ojo desde hace semanas, porque la banda de los caníbales se ha comido a la mujer del gobernador de Suwon.

Aryon, que no había oído hablar de la banda de los caníbales, miró sobrecogido a Sirie y se acercó al encargado de la policía, que fingía distraerse mirando a los músicos.

--Excelencia --le dijo--, me he enterado de que los caníbales están sembrando el horror. ¿Está lejos el día en el que veremos sus cabezas rodar?

El funcionario miró al grupo, deprimido, y explicó con lúgubre voz:

--Desde el día en el que un grupo de esclavos se rebeló en las canteras de Pyongyang y logró escapar, no han cesado las desgracias. Han formado una feroz banda de caníbales que se dedica a secuestrar y comerse a los ricos, porque dicen que son escoria y deben ser borrados de la faz de la tierra.

Hizo una pausa para quitarse el sudor que le corría por la frente, y agregó:

--Juro, y os pongo a vosotros por testigos, que la banda de los caníbales no serán más que un montón de cadáveres antes de que finalice este mes.

Después, el jefe de la policía se calmó y, con las mejillas enrojecidas por el alcohol, se levantó y, en voz alta, propuso un brindis por Aryon y Kasan.

XXI

Aryon se instaló en su residencia oficial, situada sobre una colina desde la que se divisaba el río Han, y contrató a dos criados que seleccionó entre los habitantes de los Pueblos de la Luna.

Una de las primeras medidas que tomó, tras ser investido en sus nuevos cargos, fue formar un equipo de “Oídos”, institución que copió de la vecina Chung-

Ku, para que los nuevos funcionarios tomaran como campo de trabajo las calles y le tuvieran permanentemente informado de las preocupaciones del pueblo.

No quería cometer el error de los hombres que, tras subir al poder, se distanciaban de la gente llana y acababan convirtiéndose en patéticas caricaturas de lo que podrían haber sido.

Había aprendido, leyendo a los clásicos, que únicamente el gobernante que llega a ser el ejemplo de lo que pide a los demás y no pierde el pulso de su pueblo, es querido y respetado, y que el mayor enemigo de los que ocupaban cargos de responsabilidad era la falta de humildad que les hacía creer que sólo ellos eran capaces de interpretar los designios del Cielo.

En su despacho colocó con grandes letras la máxima de Confucio: “Cuando el pueblo quiere a su gobernante, se acerca, y cuando deja de quererle, se aleja”, para no olvidarla jamás y tenerla presente en todas sus actuaciones.

A veces había oído hablar a los sabios de la palabra “Dignidad” y había llegado a la conclusión de que esa meta era como la roca sagrada de la que nacía la fuente en la que los seres humanos beben en sus sueños.

A los pocos días de tomar posesión de sus cargos, hizo de la Dignidad el emblema con el que se presentó al pueblo y en todos sus edictos incluyó esa palabra.

En el primero que publicó y que fue reproducido en todas las calles de Hansong, así como en las ciudades y aldeas del Reino, Aryon anunció una nueva distribución del arroz para que todos los campesinos tuvieran asegurado ese alimento durante todo el año y para acabar con la especulación, que a veces alzaba tanto los precios de ese producto, que la hambruna se extendía como una plaga entre los más desprotegidos.

En su proclama, prometió al pueblo que iba a recuperar su dignidad y que se acercaba el momento de un cambio que pondría en marcha la rueda de la esperanza, que giraría hacía el horizonte de la ilusión hasta fundirse con el sol.

En su nueva política, que fue aplaudida por el rey, aunque criticada por los terratenientes y la nobleza, implantó una norma por la que se obligaba a los

propietarios de las grandes plantaciones de arroz a entregar sus excedentes por un precio moderado a los Graneros del Estado.

Con esa ley, que algunos desobedecieron en los primeros años de su gobierno, el estado revendía el arroz a precios populares en las épocas de escasez para acabar con las hambrunas.

Aryon era muy estricto y actuaba con rapidez cuando aparecían los más mínimos síntomas de corrupción.

Una vez, un grupo de ciudadanos denunció a un próspero comerciante porque especulaba con el arroz y, cuando se demostró que las acusaciones eran ciertas, Aryon ordenó su detención y le condenó a morir enterrado vivo en una caja llena de arroz.

La caja, con el cadáver dentro, estuvo expuesta durante varios días, como advertencia a quienes pensaran burlar las leyes, en una plazoleta de Hansong, causando el pánico de los comerciantes y el deleite del pueblo.

El episodio de la caja de arroz tuvo una gran resonancia en Hansong, y su amigo Kasan, emocionado porque alguien tan cercano a él se atreviese a peinar la cabellera al sol, fue a felicitarle a su residencia oficial.

Aryon se encontraba atareado con un montón de papeles en su despacho cuando Kasan entró en la habitación lanzando destellos de luz con su peto de laca negra.

--Bienvenido a mi escondrijo --le dijo Aryon mientras remataba unos documentos con su sello de alabastro.

Kasan se sentó sobre un cojín bordado con dos dragones que se enroscaban formando el símbolo del yin y el *yang*, se tocó la empuñadura de la espada y empezó a reírse como un niño.

--Aryon, la lección ha sido ejemplar --afirmó el gran capitán--. Jamás pensé que te atreverías a dar un paso tan arriesgado. Has entrado en la caverna del monstruo sin armadura y le has cortado la cabeza. Los Pueblos de la Luna han empezado a creer en el cambio y encienden varillas de incienso en tu honor.

El gran capitán miró la frase de Confucio, que parecía palpitar en la pared, y continuó:

--Ahora hay que tener cuidado. Los mercaderes no van a permitir que les ates las manos impidiéndoles ordeñar a sus vacas sagradas.

Aryon comenzó a frotar en su mano derecha las bolas de la salud con muestras de nerviosismo.

--Amigo --reflexionó midiendo las palabras--, acabas de dar en la diana. Me preocupa la reacción de los mercaderes. Están acostumbrados a calmar la sed de sus venas con la picadura de la cobra del dinero fácil y, aunque finjan sumisión, sé que esperan el momento para dar el zarpazo.

Aryon hizo una pausa, se rascó la coronilla y añadió con firmeza:

--Mientras yo esté encargado de los Graneros del Estado y de las Finanzas no permitiré que la casta de los mercaderes corrompa a la sociedad.

Después, el Hijo de Choson relajó los músculos de la cara y abrió las puertas de su garganta hasta que su espíritu regresó a sus ojos.

--Kasan –dijo--, dejemos los problemas para otro día. Quiero enseñarte el bosque que he traído hasta mi casa.

A continuación, el arquero se levantó, cogió a su amigo del hombro y le llevó hasta el jardín de su residencia donde, junto a un estanque, crecían ya unos cincuenta bonsáis.

Su amigo Kasan, que nunca en su vida había visto un bonsái, se quedó de hielo. Se acercó con ojos incrédulos a los arbolitos enanos como queriéndolos palpar para comprobar si eran reales y, con el lenguaje recio y práctico de los militares, preguntó a Aryon:

--¿No me digas que haces con estos pobres árboles lo mismo que la dinastía Ming con los pies de sus mujeres? Parecen enanos castigados a no crecer por algún espíritu travieso. Yo no me los puedo tomar en serio.

Aryon le miró algo ofendido pero se mostró condescendiente y le explicó que los bonsáis habían sido traídos a Choson por monjes budistas de Ilbón que venían al Reino a consultar las sagradas escrituras del *Tripitaka*[1] local.

[1] *Tripitaka*: escrituras budistas.

--Los bonsáis me relajan --explicó Aryon, intentando controlar los músculos de su rostro carifruncido--. El contacto con la naturaleza es un bálsamo para los que vivimos encerrados entre cuatro paredes. Después de una dura jornada de trabajo recupero energías cuidando un rato este bosque.

Aryon empezó a dar a su amigo una lección sobre el sutilísimo arte del cuidado de los bonsáis mientras cortaba con unas diminutas tijeras las hojas de los reducidos árboles y contemplaba ensimismado la rugosidad de un feto de enebro.

Cuando se disponía a colocar en orden las piedrecitas que había sobre la base de uno de los bonsáis, uno de sus criados entró en el jardín y, tras hacer una reverencia, le anunció la llegada del jefe de los Oídos.

Aryon echó una lánguida mirada a los bonsáis e invitó a su amigo a participar en la audiencia.

Tras acomodarse en su despacho oficial, el jefe de los Oídos, de nombre Moon Hok, desenrolló el documento que llevaba en sus manos y dijo con gravedad.

--Excelencia, la voz del pueblo ha vuelto a llegar a nuestros oídos. Aunque la gente aprueba y elogia las medidas que has tomado, hay algo que desea que estudies con detenimiento.

Moon Hok miró a los ojos de Aryon para estudiar su reacción y explicó:

--En muchas familias pobres tienen que reducir su comida para alimentar a los abuelos que, aunque son cuidados como es debido cumpliendo los preceptos de la piedad filial, ya no pueden trabajar y no traen ingresos a las casas. Los indigentes del Reino –concluyó-- quieren que hagas algo para aliviar su carga.

Aryon, sin pensarlo dos veces, dio un golpe en la mesa, derribando los pinceles que tenía al lado de sus documentos, y sentenció con voz enérgica:

--La voz del pueblo ha sido escuchada. A las familias que tengan que alimentar a los venerables abuelos del Reino, se les entregará todos los meses tres libras de arroz a cambio de trabajos sociales que deberán hacer en los períodos que no coincidan con las épocas de siembra y recolección. Mañana daré instrucciones para que se promulgue una nueva ley, que espero sea sancionada en breve por su Majestad el Rey Sonjo.

Moon Hok, visiblemente complacido con la respuesta de Aryon, se inclinó ante los dos amigos y abandonó la estancia con un silencio de profundo respeto.

Después de comentar la buena labor que estaba haciendo Moon al frente del cuerpo de los Oídos, Aryon empezó a explicar a Kasan los proyectos que tenía para aumentar las arcas del Estado y poder así contar con recursos para atender las necesidades básicas de los más desfavorecidos.

--Kasan --enfatizó Aryon--, tengo un plan para dedicar inmensas extensiones de tierra al cultivo del *ginseng*. Según los cálculos que he hecho, el Imperio del Centro, que es un mercado inmenso, podría comprar diez veces más de *ginseng* de lo que adquiere en la actualidad. He enviado ya una misión a Chung-Ku para que estudie la demanda actual de *ginseng* de la dinastía Ming. Si conseguimos un buen trato habremos dado de nuevo en la diana, como en los viejos tiempos.

Aryon sintió en su cara el frescor de la lluvia en un día de primavera y dio un salto de tigre hacia una caja de madera de donde sacó una enorme planta de *ginseng*.

--¡Kasan! –dijo--. ¡Míralo! Esto es el oro del Reino de Choson.

Después, Aryon puso sobre la mesa dos vasos de *mákoli* y ambos amigos brindaron por entregar a la realidad un trozo de imposible.

Tras vaciar la botella, Aryon y Kasan echaron una carrera a caballo y se dirigieron, como en su época de estudiantes, a las montañas de Pukansansong. Los hombres de la Luna ya no les miraban como a dos imberbes que sólo deseaban trepar hasta los peldaños más altos de la escala social para conseguir un lugar entre los dioses y la aprobación de los poderosos.

Los Pueblos de la Luna, aunque seguían siendo los más pobres entre los pobres, habían oído hablar del cambio y de un nuevo giro en la rueda de la vida, que Aryon se había comprometido a poner en marcha.

Al llegar a las laderas de las montañas, los espíritus de los árboles empezaron a mover las hojas cuando grupos de desarraigados se agolparon para recibirles. Tenían un nuevo brillo en los ojos, donde palpitaba la estrella de la esperanza.

Aryon y Kasan descendieron de sus caballos y compartieron con ellos una taza de té. Después montaron en sus cabalgaduras y galoparon hasta desaparecer entre las colinas. Al atardecer, el sol y la luna, que aparecieron juntos durante unos instantes en el cielo, clavaron sus ojos de búho en llamas sobre los Pueblos de la Luna, que ya tenían un motivo para seguir viviendo.

XXII

La Banda de los Caníbales fue exterminada. Aunque se habían escondido en ocultas madrigueras de los picos del monte Paektu, al norte de Pyongyang y, durante un tiempo, fueron protegidos por los campesinos, que les consideraban espíritus vengadores, se puso en marcha una imponente operación militar que fue llamada el “Tigre de Fuego”.

El mismo jefe de la policía de Hansong, Lee Po, uno de los favoritos del Rey, comandó esas fuerzas y juró no regresar a la capital hasta que volviera con las cabezas de los criminales.

La banda se había comido ya a más de veinte nobles y ricos terratenientes, y había sembrado el pánico en las regiones del norte.

Actuaban por sorpresa en los desprotegidos caminos rurales que conocían como la palma de la mano, y se decía que, cuando la banda se desplazaba para atacar a las comitivas de los nobles, grupos de aves carroñeras seguían sus pasos dibujando sombras en las praderas.

Muchos nobles habían renunciado a hacer viajes largos por el país y habían reforzado la vigilancia de sus mansiones, convirtiéndolas en auténticos cuarteles.

La Banda de los Caníbales se había rebelado en las minas de cobre de Pyongyang, donde los esclavos trabajaban de sol a sol con una sola comida al día que a veces tenían que compartir con los perros.

Un día, cuando uno de los cancerberos que vigilaba las pocilgas donde dormían los esclavos se emborrachó y se puso a hacer el amor con una prostituta, se produjo la fuga. Uno de los condenados, llamado Tun Sok, arrancó un trozo de pared con las cadenas que tenía atadas al cuello y, con una astilla puntiaguda, asestó una terrible puñalada en la espalda del guardián.

Después, se hizo con su manojo de llaves y liberó a más de treinta esclavos, que hicieron una auténtica carnicería entre el resto de la guardia.

Tun Sok juró que desde aquel día vengaría hasta la última de las humillaciones que había sufrido y fundó, con el grupo que había liberado, la Banda de los Caníbales para descargar su cólera contra la nobleza, a la que consideraba culpable de todos sus males.

--Los ricos van a conocer lo que es el horror --dijo a sus compinches, clavando su cuchillo en una cabeza de cerdo durante el ritual en el que se creó la espantosa banda.

Al principio, se dedicaron a asaltar mansiones ubicadas en las mismas aldeas y después, cuando se reforzó la guardia en las poblaciones, hicieron de los caminos su campo de batalla.

Habían llegado incluso hasta Suwon, desde donde casi se pueden ver las puertas de Hansong, y capturado y comido a la mujer del gobernador de esa ciudad.

En su cacería del hombre no distinguían edades ni sexos y lo mismo devoraban a un anciano que ya había dejado de prestar sus servicios a la corona que a un bebé. Éste fue el caso del alcalde de Kumi, que un día murió de una dolencia cardiaca al enterarse de que su único hijo varón, que apenas podía ponerse de pie, había ido a parar a los estómagos de la Banda de los Caníbales.

Lo primero que hizo el jefe de la policía de Hansong, fue atemorizar a los aldeanos de las proximidades del monte Paektu para que dejaran de colaborar con los caníbales.

Lee Po decidió poner el cuchillo en la garganta de los campesinos para acabar con su complicidad. Con redobles de tambor, se anunció en la plaza de los pueblos que cada hora se ejecutaría a un aldeano hasta que fuera capturada la banda.

Cuando la sangre empezó a correr por las humildes chozas de los campesinos, el miedo penetró en los labradores, caló hasta los huesos de los más valerosos y la gente comenzó a cantar.

--La batalla está ganada --dijo un día Lee Po a varios lugartenientes--.

En formación, se dirigieron más de mil hombres hacia el lado oeste del monte Paektu y llegaron hasta los picos más altos, desde donde se contempla el Lago Celeste, que se parece al vientre de la esposa del hijo del Creador, reposando en la corona de la montaña.

Lee Po había hecho un mapa con la guarida de los caníbales y tenía las manos cargadas de energía como el hombre que levanta la espada para rematar a su enemigo.

Cuando el dios de la noche apretó con sus manos los racimos de uvas negras, llenando el cielo con el aroma de las estrellas, los soldados avanzaron con pasos de seda hasta la gruta donde se refugiaban los caníbales.

La boca de la cueva estaba oculta con ramas de árboles pero sus hojas olían a sangre aún caliente.

Los hombres de Lee Po formaron una muralla de escudos enfrente de la gruta y empezaron a tocar los tambores.

Entre el ramaje de la caverna apareció una cabeza afeitada como la de un monje que, golpeada por el rayo del horror, desapareció como un topo.

Los militares taponaron la entrada de la cueva con hojas secas y ramas y le prendieron fuego, creando un auténtico infierno.

Poco a poco se levantó una espesa humareda y se empezaron a escuchar espantosos gritos en el interior de la gruta.

Cangrejos de humo empezaron a clavar sus pinzas en los ojos y gargantas de los caníbales, que comenzaron a salir de la cueva aullando como lobos heridos.

Lee Po levantó una mano y cientos de flechas relampaguearon en una lluvia de oro acribillando a los asesinos contra la cortina de llamas de la caverna, que parecía la entrada de las mismas puertas del infierno.

Algunos caníbales, convertidos en bolas de fuego, se lanzaron dando ciegos zarpazos de luz contra los soldados, pero pronto se desmoronaron como muñecos partidos por el rayo de la muerte.

El último en salir fue el jefe de los caníbales, Tun Sok, quien, tras hacerse el haraquiri en el interior de la gruta, aún tuvo fuerza para maldecir a sus verdugos antes de que sus ojos se nublaran en el blanco pozo del que sólo regresan los inmortales.

Lee Po regresó a Hansong con el aura del héroe que ha vuelto a traer la armonía y fue recibido con todos los honores.

Tras presentar al monarca el informe sobre la matanza de la banda, se hicieron ofrendas a Tangún en su santuario principal de Pukansansong y se celebró un gran banquete en el Pabellón de la Eterna Juventud, al que fueron invitadas destacadas personalidades de Hansong.

Lee Po volvió a compartir mesa con Aryon y Kasan, pero esta vez ya no era el hombre apesadumbrado que semanas atrás vivía angustiado con la pesadilla de los caníbales quitándole el sueño.

Bebió sin moderación y no tardó en entregar su armonía al mono de la mente.

Animado por su propia conversación, exageró su protagonismo en el golpe final a la banda e incluso dijo que había entrado a la cueva para capturar con sus propias manos al jefe de los caníbales.

--Aryon --dijo dando una palmada en la espalda al arquero--, si queréis ver las cabezas de los caníbales podemos ir luego al Parque de los Buitres antes de que los perros comiencen su festín.

El Hijo de Choson le miró con una mueca de desagrado y rechazó la invitación.

Lee Po interpretó la negativa de Aryon como un desprecio y empezó a hacer bromas pesadas.

Comentó en voz alta que Aryon tenía un aspecto desgarbado, como los intelectuales que quieren cambiar el mundo y que debería cuidar un poco más su imagen como corresponde a un alto funcionario.

--Amigo --le dijo Lee Po bebiendo un vaso de *soju* de un trago--. Ya no eres un joven estudiante que se prepara para los exámenes estatales. No sólo hay que ser importante sino parecerlo también.

Aryon, que comenzaba a sentirse incómodo, lanzó al policía una torva mirada y contestó:

--No hay que dar tanta importancia a las apariencias, la esencia es la que vale. Un burro que tiene conciencia de que es burro puede llegar a convertirse en caballo. Pero un burro que cree que es un caballo, permanecerá toda su vida siendo un burro.

Nada más acabar de pronunciar esas palabras, Aryon, con un cuchillo de seda, cortó la conversación y propuso a sus interlocutores un brindis por el fin de la pesadilla de la banda de los caníbales.

--¡Por los ricos, que ya pueden pasear sin miedo a ser comidos! --dijo Lee Po, levantando su vaso que había llenado de licor de lagarto.

XXIII

Kasan se casó con una joven de la nobleza llamada Meun Shin, a la que sólo había visto dos veces en su vida.

Meun Shin, sobrina de la primera esposa del Rey, Liu, había sido presentada a Kasan en la ceremonia en la que éste fue nombrado general.

Ese día, la chica apenas había mirado al general y sólo en el último momento, cuando Kasan se disponía a marcharse, se acercó a su lado y le deseó muchos éxitos en su nueva vida con una voz tan desnuda que el joven sintió cómo le basaban sus palabras en el corazón.

En sus dos únicos encuentros, celebrados en los jardines de palacio, Meun Shin tuvo el atrevimiento de ponerse un pétalo de rosa en uno de sus labios y de quitarse las zapatillas para andar descalza sobre las piedras de un estanque.

Kasan, que se sentía a su lado como flotando en una nube, se enamoró locamente de ella y le declaró su amor con un encendido poema que se clavó como una flecha de agua fresca en lo más profundo de Meun Shin.

La boda se celebró en primavera, en el templo confucionista del Racimo de las Azaleas, donde solían contraer matrimonio los hijos de los nobles.

La familia de Kasan, con Kunín a la cabeza, se trasladó desde Hahoe hasta Hansong para bendecir a su hijo y hacer ofrendas en el altar de Tangún.

El día de la boda era espléndido. Un cielo azul, con apenas dos ovejas blancas tocando el alma de los inmortales, se abría como un cálido lago en la luz de las esencias.

Poco antes del atardecer, a la hora del Gallo, multitud de invitados se congregaron en el templo del Racimo de las Azaleas para esperar la llegada de los novios.

Sirie y Aryon se partían de risa escuchando las historias de Kunín, que no dejaba de darse aire, como si estuviera en medio de la canícula, con un abanico que llevaba el dibujo de Lao Tze montado en un búfalo.

El maestro de ceremonias encendió dos velas en el altar de Confucio y empezó a tocar unas campanillas cuando aparecieron los novios en la calle subidos en dos palanquines.

Dos interminables filas de soldados flanqueaban a Meun y a Kasan, portando lámparas de seda roja que parpadeaban como ojos de dragones que salpican llamas de luz.

Al llegar al templo, los novios descendieron de sus palanquines y se dirigieron con pasos de seda, en medio del pasillo que habían hecho los invitados, hacia el altar de la Unión Celestial.

La pareja se acercó al sitial de honor, donde les esperaban con contenido silencio sus padres, y se arrodillaron ante ellos para pedirles su bendición.

Los cuatro progenitores levantaron un vaso de vino de arroz y señalaron las cuatro esquinas del universo para pedir a sus guardianes --la tortuga, la grulla real, el tigre y el dragón--, que llenaran de bendiciones a sus hijos.

Después, Meun Shin tocó el suelo con la frente tres veces y cogiendo un vaso de *mákoli* con las dos manos, se lo ofreció a sus padres y a los de Kasan. Los venerables bebieron el *mákoli* de un sólo trago y los novios se pusieron de pie.

Kasan inclinó su espalda y Meun saltó sobre ella montando a caballo sobre su amante. El novio dio tres vueltas alrededor de la mesa de ceremonias y después se agachó para que la amazona desmontase.

Más tarde, Kasan untó los ojos y oídos de Meun con miel[1] y le dijo:

--Te hago mi esposa.

Un maestro de ceremonias, embutido en un pesado traje ritual, sacó dos patos salvajes de una cesta de mimbre y a continuación abrió la puerta de la sala y soltó a las aves[2].

Después, los invitados estallaron de júbilo y se acomodaron en el salón de los banquetes, donde la música sonó hasta el día siguiente.

Sirie, Aryon y Kunín compartieron una mesa al lado de los novios y durante toda la noche estuvieron recordando los viejos tiempos en que hacían travesuras y montaban en las ovejas para emular a Genghis Khan.

Cuando más animada estaba la fiesta, entró en el salón, contiguo al templo, un hombre despistado, presa de los nervios que, tras localizar a Kasan con la mirada, se abalanzó hacia él con los brazos abiertos.

Era Park, el carpintero, que se había equivocado de templo y se había perdido la ceremonia.

La llegada de Park fue como un terremoto. Tropezó con varias mesas, desparramando el vino por el suelo. Abrazó a sus amigos como si fuera un oso de vacaciones y se hizo un hueco entre los músicos para interpretar a viva voz canciones de Hahoe. Cuando el espíritu de la garganta dejó de obedecerle se sentó con sus amigos y les desbordó con un torrente de preguntas sobre su nueva vida.

Sirie estaba visiblemente emocionado y no paraba de llamarle “padre”. El eunuco estudiaba los movimientos de Park con la delicadeza del anciano taoísta que sopla sobre el ojo de una mariposa para quitarle el polvo, para anticiparse al más mínimo de sus deseos. Kunín, que vaciaba los cuencos de arroz uno tras otro en un abrir y cerrar de ojos, contó, moviendo con gravedad las manos como si de repente pesaran bajo una pátina de oro, que se había hecho rico, y que estuvo encerrado durante dos meses en un sótano cuando la Banda de los Caníbales se comía a los ricos.

--No sabéis el miedo que pasé --les dijo Kunín con una repentina expresión de horror en el rostro--. ¿Queréis creeros que adelgacé más de veinte kilos y que estuve a punto de morir de inanición? No podía probar bocado. El alimento no me entraba. Era como si tuviera un nudo permanente en la garganta.

Sus amigos se partían a carcajadas escuchando las penalidades de Kunín.

Aryon, que hacía mucho tiempo que no se había divertido tanto, acercó a Kunín un nuevo cuenco de arroz y le dijo:

--Kunín, si la banda de los caníbales te hubiera capturado, los ricos hubieran salido a la calle sin miedo a acabar en la cazuela. Contigo habrían tenido despensa llena para varios meses.

El gordo, quitándose el sudor con un paño de algodón, respondió con palabras que sonaron como piedras cayendo en un estanque:

--Cambiemos de tema, que me estáis amargando la comida. Cada vez que me acuerdo de los caníbales, siento como si un ejército de hormigas me estuviera horadando las yemas de los dedos, y el espíritu del miedo se convierte en un mono en su casa del vientre.

Park, con los ojos enrojecidos por el alcohol, levantó un vaso de vino y propuso un brindis:

--¡Por la amistad y la risa! –dijo--, que son los únicos aliados que siguen causando terror al miedo.

---

[1] El rito de la miel significa que la mujer no debe ver ni oír lo que hace su marido si es que desea asegurarse la felicidad.
[2] El ritual de los patos simboliza la eterna fidelidad.

La fiesta duró toda la noche y al final Kasan se retiró con su esposa, y Park, Sirie y Kunín se fueron a casa de Aryon, donde continuaron bebiendo *soju* en el jardín hasta que estuvieron tan borrachos que acabaron hablando con los bonsáis.

Los planes de Aryon no podían ir mejor. En Chung-Ku fue recibida con sumo agrado la misión comercial que había enviado con el fin de incrementar las exportaciones de *ginseng*, y pronto se empezaron a cultivar plantaciones de ese tubérculo en todo el Reino.

Aryon mandó hacer un mapa con las zonas más deprimidas del país, donde se comenzó a sembrar a gran escala la planta de la longevidad. Se utilizaron tierras que durante mucho tiempo habían estado abandonadas y se dio ocupación a miles de familias pobres.

En las colinas de los Pueblos de la Luna se hicieron terrazas para el cultivo del *ginseng* y poco a poco fue desapareciendo su aspecto sombrío.

Las chozas semiderruidas de barro fueron reparadas, se abrieron canales de regadío e incluso se levantaron pequeños altares al Buda para celebrar que su ojo se hubiera abierto en las montañas de Pukansanson.

La propagación del cultivo del *ginseng*, junto a las medidas adoptadas por Aryon para una mejor distribución del arroz, pusieron en marcha la rueda de la Ilusión y hasta los tigres volvieron a fumar en pipas largas.

Aryon se pasaba muchos días encerrado en su despacho y estudiaba hasta altas horas de la madrugada los informes que le llevaba el jefe de los Oídos.

Cada vez estaba más convencido de que la palabra “Dignidad” era la llave para abrir el corazón del pueblo.

Había escrito en la pared de su despacho las cuatro verdades que hacen levantarse a una nación: “Dignidad en la vivienda, dignidad en el trabajo, dignidad en la atención médica y dignidad en la vejez”, y decía que todo lo demás era una farsa.

A medida que su popularidad aumentaba sus visitas al palacio del Rey Sonjo se hicieron más frecuentes.

Una tarde, tras informar al monarca de sus gestiones al frente de los Graneros del Estado y de las Finanzas, Aryon intentó conseguir el apoyo de la Corona para ampliar sus reformas.

--Majestad --le dijo haciendo una profunda reverencia--, he pensado que tal vez sería conveniente hacer algunas modificaciones en el reglamento de los exámenes estatales para que, además de los nobles, los ciudadanos con probada inteligencia puedan acceder a esas pruebas. De esa forma no se desperdiciaría a ningún talento del Reino.

Sonjo se movió nerviosamente en el trono, lanzó a Aryon una dura mirada de reprobación y respondió:

--Aryon, no intentes reinterpretar lo que es la armonía. Los hombres que mueven con rapidez la rueda del cambio corren el peligro de caer al vacío. Me estás proponiendo poner la Tierra sobre el Cielo y eso es peligroso. Deja las cosas en su sitio y fluye con humildad. Lo que siempre ha sido, será. Nada obedece a la casualidad. Los campesinos están bien con los arados y los bueyes, así como los peces en el mar.

El hijo de Choson recibió las palabras del Monarca como una advertencia, pero se atrevió a insistir:

--Majestad –dijo--, a veces hay que derribar muros para encontrar auténticos tesoros. Creo que no va en contra del Cielo dar la oportunidad a que el oro en bruto se transforme en una pulida escultura.

El Rey adquirió una expresión metálica y dijo en tono autoritario:

--Aryon, no me has entendido ¿Qué te encargué cuando te di los cargos que hoy día ostentas?

Aryon bajó su tono de voz y contestó con humildad:

--Majestad, me concediste el privilegio de dirigir los Graneros del Estado y las Finanzas.

--Exactamente, Aryon --aseveró el monarca--. Y el asunto de los exámenes estatales no es de tu incumbencia. No vuelvas a insistir en esa petición, limítate a tus obligaciones.

Sonjo se levantó del trono visiblemente alterado y dio por concluida la audiencia.

XXIV

Lee Hua Mog había abandonado sus ilusiones de hacer carrera en palacio. El rey Sonjo se había encaprichado desde hacía varios años con una de sus concubinas y no mostraba ningún interés por rodearse de nuevas amantes.

Al principio se sintió un poco frustrada pero, con el paso del tiempo, aceptó su karma y aprendió a contemplar la vida con serenidad. Se dedicó con pasión a la composición del *sijo,* y sus versos eran recitados en los círculos intelectuales del Reino.

Aunque conocía a numerosos nobles, no disfrutaba tanto con ninguno como con el consejero del Rey, Kim Tae Woo, un anciano de más de sesenta años de edad que adoraba a las mujeres.

Kim no tenía nada que ver con el típico viejo verde que únicamente desea llevarse a la cama a una jovencita. Todo lo contrario. Su admiración por la mujer tenía causas mucho más profundas.

Sus teorías acerca de la mujer no causaban indiferencia a quienes las oían. Eran chocantes y originales y, según él, bastante acertadas.

El consejero del Rey pensaba que la mujer era un enigma tras el que se guardaban las constantes de la especie humana, independientemente de los cambios que se hubieran producido en la evolución de la historia.

La mujer, decía, era el hilo que ponía en contacto al hombre con sus orígenes. En ella aún seguía vivo el animal que un día habitó en las cavernas defendiendo a sus hijos con la valentía de las fieras.

Las llamadas de la prehistoria y las fuerzas atávicas de la existencia, aún palpitaban en su sangre con el oleaje de la lava volcánica, según Kim, para quien la inteligencia se encontraba en su estado más puro en las mujeres.

Un día, cuando explicaba a Mog sus teorías sobre la hembra humana, le dijo con una pasión de estudiante:

--Mog, ¿por qué crees que las mujeres llevan el pelo y las uñas tan largos y se pintan la boca y los ojos como si se prepararan para un ritual guerrero?

Mog, golpeada por la curiosidad, sonrió y le contestó que no tenía ni idea.

Kim encendió los ojos como dos ascuas, como si estuviera penetrando en una época remota, y explicó:

--Está muy claro, Mog. Eso no son más que vestigios de las épocas de las cavernas. En aquellos tiempos, tanto el hombre como la mujer llevaban el pelo muy largo, así como las uñas, y se embadurnaban la cara y el cuerpo con vistosos colores para ahuyentar a los animales y mantener a raya a los malos espíritus. Con el paso de los siglos, los hombres perdieron el miedo a los animales y a los elementos y se cortaron el pelo y las uñas y dejaron de pintarse. En cambio las mujeres, que son la semilla de la tierra y están más cerca del principio, asumieron el espíritu lúdico de la creación, se negaron a abandonar los símbolos arcaicos que las identificaban como guerreras de los Tiempos Difíciles y llegaron con sus largas cabelleras hacia el futuro.

Kim hizo una pausa, bebió un sorbo de té de jazmín y continuó:

--Cuando los hombres pierden el rumbo, sobre todo en tiempos de crisis, y no saben a dónde dirigirse, entonces vuelven a mirar a las mujeres que, por alguna extraña razón, están conectadas a los orígenes, porque sólo volviendo al principio se produce el reencuentro con los motivos que dieron sentido a la vida. Creo que la mujer desarrolló la intuición, la inteligencia de los dioses, cuando, obligada a vivir encerrada en las cavernas, tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para interpretar el mundo.

Kim miró fijamente a Mog y le preguntó:

--¿Me entiendes ahora?

Mog se soltó el pelo haciendo gestos de guerrera de las cavernas y dijo, imitando a una tigresa:

--Somos algo más que exóticas viajeras del tiempo. También las mujeres somos personas y, si no me tratas como si fuera una persona, me uniré a la fiera que llevo dentro y saltaré sobre ti para devorarte.

El consejero del Rey fingió pasar miedo y espetó:

--A mi edad, que ya me acerco con pasos lentos hacia la muerte, sería algo maravilloso ser devorado por una mujer tan bella como tú.

El consejero bebió otro sorbo de té y siguió hablando de su tema favorito.

Se remontó a los años de su juventud, cuando había viajado a Ilbón, y le contó a Mog las costumbres de las vecinas de la isla.

--Lo que más me gusta de las ilbonesas es su falta de pudor --dijo el consejero--. Las chicas se bañan desnudas con los hombres en los baños públicos e incluso con los monjes budistas.

--Ésas sí que son animales --aseveró Mog fingiendo que reprobaba esa costumbre.

Kim estalló en carcajadas y dijo que había que ser cosmopolita y aceptar con naturalidad, sin ruborizarse, las formas de vida de otros pueblos.

--En la isla --subrayó el mandatario-- todavía está muy vivo el sintoísmo, religión que considera el desnudo como una de las manifestaciones más puras de la naturaleza. Los pintores de esa nación muchas veces reproducen a las *geishas* y damas de la corte con los pechos al descubierto, y hasta me han dicho que haciendo el amor.

Mog, que ya había oído hablar de la existencia de pinturas eróticas en muchas regiones de Chung-ku, sonrió haciéndose la ingenua.

--Se desnudan --continuó el consejero--, pero sus cuerpos son pequeños y sus piernas arqueadas. Además, tienen una cabeza enorme que no guarda proporción con el resto de su cuerpo. Jamás igualarán la belleza de las mujeres del País de la Calma Matutina[1].

Kim permaneció en silencio unos segundos, observó el diáfano rostro de Mog y añadió:

--Vamos a dejar los temas eróticos para otra ocasión. A mi edad no conviene emocionarse demasiado con las cosas que no están al alcance.

Mog le acarició su arrugada frente y le dijo:

--Todavía eres un hombre joven. Ya quisieran muchos muchachos de hoy día entretener a una mujer como tú sabes hacerlo.

Kim le lanzó una mirada paternal y habló:

--La próxima semana quiero presentarte a un hombre aburrido y deseo que le hagas pasar un rato agradable. El pobre apenas sale de casa y ya se ha olvidado de la última vez que habló con una mujer. Su nombre es Aryon, vencedor de las competiciones de tiro con arco de Chinhae, hijo de Choson, Administrador General de los Graneros del Estado y uno de los favoritos del Rey Sonjo. El joven es apuesto y tiene un brillante porvenir.

Nada más oír sus palabras, Mog sintió una llamarada que le subía desde las entrañas y le abrasaba las mejillas. Se puso erguida y con voz nerviosa preguntó a Kim:

--¿Aryon? --repitió-- ¿No será la misma persona que venció en Chinhae cuando yo sólo tenía dieciséis años?

--El mismo --asintió Kim-- ¿le conoces?

--No --respondió Mog--, pero he oído hablar de él en alguna ocasión. Dicen que fue un mujeriego y un borracho pero que ahora se ha regenerado. Será bien recibido como todos tus amigos.

Cuando el consejero se despidió, Mog se cambió de ropa y se fue al baño público.

[1] País de la Calma Matutina: otro de los nombres del Reino de Choson.

Al llegar al local, entregó su *hanbok* a la encargada y se tumbó en una plancha de madera para tomar su habitual sesión de belleza.

Una mujer le cubrió el cuerpo con huevos batidos, cortezas de naranjas y leche y empezó a presionarla en la piel para aliviarle la tensión muscular.

Mog era feliz con su hermoso cuerpo cubierto de naranjas. Presintió que el destino venía a su encuentro. Sonrió al recordar que las cosas más importantes de esta vida siempre vienen de forma inesperada y pensó para sus adentros: "Me hubiera gustado haberle conocido cuando aún estaba en la flor de la vida. Ahora ya soy una vieja, acabo de cumplir los veintiocho años".

XXV

"Las palabras que dicen la verdad no son hermosas.

Las palabras hermosas no dicen la verdad"

(Lao Tze)

Aryon comenzó a darle más importancia a su aspecto físico, dejó de vestir la ropa de funcionario con un toque informal que había llevado durante los últimos años y adquirió una variada colección de trajes de alto dignatario.

El cambio adoptado en su forma de vestir vino acompañado de una lenta transformación interior que nadie, ni su amigo Kasan, pudo comprender.

Fue como si de la noche a la mañana hubiera sido contagiado por el virus del poder y, poco a poco, con la ceguera de una tortuga que ve más de cerca a las estrellas que al insecto que está a punto de pisar, empezó a dar la espalda al pueblo.

Dejó de escuchar consejos sobre asuntos pequeños que trataban sobre las necesidades del pueblo y puso en marcha una estrategia política para conseguir la admiración de las naciones vecinas.

Primero, redujo sus encuentros con el jefe de los Oídos, después sus citas fueron mínimas y, por último, disolvió ese cuerpo que le perturbaba, y se quedó sin Oídos.

Con la aprobación del Monarca, que esta vez le dio poderes especiales e incluso le animó, mandó la construcción de una imponente carretera que iba desde Hansong hasta Suwon. Se empedraron más de sesenta millas y, cada diez, se colocaron postas de espectacular arquitectura budista para el recambio de caballos.

Las distancias entre las dos ciudades se acortaron de tal forma que Aryon bautizó la obra, al inaugurar el primer tramo de cinco millas, con el nombre de “El Vencejo”.

El Vencejo pronto se transformó en el medio de transporte de los ricos, y a la gente llana sólo le quedó el consuelo de contemplar los maravillosos frescos de colores, con motivos de aves volando a la velocidad del rayo, en las suntuosas postas reales.

Simultáneamente al Vencejo, se construyó a las afueras de la ciudad de Inchon uno de los Budas más altos de Asia, de unos treinta metros de altura, subido sobre un gigantesco pedestal en forma de flor de loto.

Los grandes proyectos que empezaban a ponerse en marcha en el País de la Calma Matutina requerían de fuertes sumas de dinero y se echó mano de los mercaderes, que estaban esperando su hora para codearse con el poder y aumentar su fortuna.

Se aflojaron las rígidas leyes del comercio y los mercaderes aprovecharon su oportunidad. Por cantidades irrisorias de dinero compraron las tierras de los Pueblos de la Luna en donde cultivaban el *ginseng* y los emplearon, cuando se les acabaron las pocas monedas que les dieron, para que trabajaran sus campos a cambio de un exiguo cuenco de arroz al día.

El dinero empezó a rodar por el país y gentes humildes que apenas manejaban monedas y vivían del trueque, comenzaron a conocer la avaricia.

Las familias pobres, que recibían tres libras de arroz para alimentar a los ancianos, redujeron al máximo su ración de alimentos para conseguir unas míseras monedas de bronce, y la especulación se puso al día.

Si las leyes antes habían estado dirigidas contra los mercaderes ahora se pusieron contra el pueblo y fueron frecuentes los azotamientos en plazas públicas de campesinos que habían quitado el arroz a sus padres violando las normas de la piedad filial.

A medida que el culto al dinero empezó a sustituir a los dioses ancestrales la Ilusión, que por momentos había brillado con la luz de la esperanza, se enfrió, dejando el polvo en las conciencias de las estrellas apagadas.

La Ilusión que Aryon trajo cuando miraba a la tierra y no hacia las estrellas había sido un espejismo.

El progresivo descontento del pueblo llevó a que se volviera la espalda a los dioses, y los altares de Buda se quedaron vacíos. Los dioses callaron, se entró en una etapa de oscurantismo y la razón se debilitó como un molusco sin armazón.

En las escuelas se dejó de dar importancia a la filosofía y la figura del mercader se convirtió en el modelo de muchos estudiantes.

Con la caída de la filosofía y el silencio de los dioses, surgieron las sectas, y se produjo un interés obsesivo por la astrología, espiritismo y cartomancia. Los intérpretes del *I Ching* amaestraban a los pájaros de la adivinación y tenían sus consultas llenas de gente.

Se redujeron las ofrendas a los espíritus de los antepasados y la gente empezó a mantener lúgubres diálogos con los muertos, con quienes contactaba a través de lucífugos chamanes.

Incluso los miembros de una secta, los seguidores del Unicornio, se suicidaron en masa dejando escrito un aterrador testimonio en el que decían que habían encontrado la Verdad y que se dirigían al otro mundo, con un profundo desprecio a la raza humana, para instalarse en un exótico paraíso al que sólo unos pocos elegidos tenían acceso.

Aryon, al disolver el Cuerpo de los Oídos, se quedó sin Oídos, pero al quedarse sin Oídos, también perdió la vista y el contacto con la realidad. El hijo de

Choson empezó a caer en las redes de la Ilusión y a rodearse de personas que admiraban sus dotes de estadista.

Llegó a la conclusión de que el gobernante puede ver el futuro y que, por eso, tiene capacidad para latir con el pulso de la historia. Ser esclavo de las preocupaciones del pueblo, pensaba, aunque conquistara su corazón, era hacer política fácil y, a la larga, retrasar su evolución.

A medida que aumentaba el prestigio de Aryon entre los gobernantes y mercaderes, sus amigos empezaban a tratarle con respeto y temor.

Un día, su amigo Kasan, que acababa de tener un hijo, fue a casa de Aryon visiblemente enfadado.

--Aryon --le dijo--, por primera vez en muchos años he dejado de entenderte. ¿Cómo es que permites que azoten en la plaza pública a los hombres de los Pueblos de la Luna y que los mercaderes especulen con sus tierras destruyendo todo lo bueno que empezaste a hacer?

El Hijo de Choson frunció el ceño y dijo con amabilidad:

--Kasan, a veces en la vida hay que tomar decisiones impopulares, inclusive sacrificar a una generación, para que en el futuro sea posible la prosperidad de un pueblo.

Kasan, con contenida cólera, dio un golpe en la mesa del despacho de Aryon y habló con una mirada desafiante cargada de amargura:

--No, no sé cómo va a ser el futuro. Tú tampoco lo sabes. No digas que el futuro es más importante que el presente porque eso es sólo un juego de palabras. Los gobernantes siempre dicen a los pueblos que hay que sacrificarse por el futuro, por los hijos de nuestros hijos, y así hasta que termine este maldito mundo. No me hables de esa clase de sacrificios que yo no soy un carnicero como los mercaderes con los que has comenzado a codearte.

Aryon, sintiéndose herido en su dignidad, lanzó una mirada llena de odio a su amigo y le gritó:

--¡Ingenuo! No eres más que un ingenuo que se cree en posesión de la verdad. Compórtate como un hombre y demuestra que aún tienes algo de luz en la cabeza. Cuando se ocupa un cargo oficial hay que distinguir entre lo que nos

gustaría hacer y lo que hay que hacer. Baja a la Tierra y acepta la realidad tal y como es.

Kasan empezó a ver enfrente a un desconocido y contestó:

--¡Maldito! ¡Maldito seas entre los malditos! A partir de hoy quiero que sepas que soy tu enemigo. No tenemos nada más que hablar.

--¡Espera! ¡No te vayas! --vociferó Aryon.

Kasan observó a su amigo con el corazón frío como el hielo y dibujó en su rostro una mueca de asco y decepción.

--A partir de ahora, Kasan --explicó Aryon--, las cosas van a cambiar. Va a haber un cambio sobre el cambio.

Kasan evitó devolver la mirada de Aryon y salió de la estancia sin pronunciar una palabra.

El Hijo de Choson permaneció alterado durante unos minutos y después se tranquilizó practicando la respiración profunda.

Al cabo de un rato, se cambió de ropa y se puso un traje con bordados de oro para ir al palacio del rey Sonjo, donde se celebraba una importante exposición de bonsáis a la que él había contribuido con sus mejores ejemplares.

Llegó hasta los jardines del palacio donde se había montado un diminuto bosque, y tuvo un recibimiento de primer ministro. Pronto se vio rodeado por un grupo de nobles y de tres mercaderes a los que solía acudir para financiar sus proyectos.

Aryon explicaba a sus interlocutores, a los que se unió el rey Sonjo, los rasgos de un abeto gigante del Himalaya que había sido reducido tanto que cabía en una mano.

La reunión se prolongó por espacio de dos horas y, al final, los tres mercaderes entregaron a Aryon un premio por su abeto del Himalaya.

Aryon, emocionado, se fue corriendo a su casa para colocar el pergamino en su despacho.

Antes de abrir la puerta de su mansión se fijó en un ciego que solía pedir limosna con un cuenco en una esquina de su calle.

--¡Detente! --le dijo el ciego, al tiempo que palpaba el aire.

Aryon, que jamás había hablado con el mendigo, se acercó a su lado y le preguntó:

--¿Para qué? ¿Para qué quieres que me detenga?

--Para que sepas quién eres. Para saber qué es lo que estás haciendo -- respondió con una voz, que a Aryon le pareció muy lejana, el anciano.

XXVI

Aunque al principio Aryon se negó a visitar La Rosa de Sharon, nombre de la casa de *kisaeng* donde Mog trabajaba desde que Kitó se cruzó en su camino, el consejero del rey insistió, y al joven no le quedó más remedio que obedecer.

Hacía varios años que Aryon no visitaba una casa de *kisaeng* y llevaba una vida de asceta dedicada por completo al trabajo. Por eso, cuando Kim Tae Woo le hizo la invitación, rehusó con determinación, pero al final tuvo que someterse a la jerarquía de las canas.

Se dirigieron en palanquines hasta el jardín de la suntuosa mansión en donde los sauces llorones remojaban sus cabellos en estanques con peces de colores. Subieron la escalinata de piedra que conducía a la puerta principal y Aryon hizo sonar el picaporte de hierro en forma de serpiente, cuyos ojos rojos y saltones se encendían cuando alguien presionaba sus escamas.

Abrió la puerta la encargada de la casa de *kisaeng*, quien hizo una profunda reverencia inclinándose hasta la cintura y les invitó a pasar al salón reservado a los altos dignatarios.

En una de las paredes había un enorme dibujo de un taoísta inmortal meditando debajo de una cascada, a cuyos pies descansaba un antiquísimo arcón de la isla de Cheju con incrustaciones de nácar.

Flanqueando la pintura del inmortal había otras dos más pequeñas. En una podía verse un pequeño barco de pesca amenazado por una ola gigantesca y en el otro dos montañas coronadas por el Sol y la Luna.

El aire de la sala era fresco y estaba perfumado. Varios jarrones con rosas de Sharon, la flor nacional, emanaban armonía.

Kim y Aryon se sentaron en una mesa alargada donde había tres bandejas con fruta troceada que representaba los símbolos de la longevidad y de la eterna juventud.

Al cabo de unos minutos se oyeron unos golpecitos en la puerta y entró Mog en la sala acompañada de una *kisaeng* algo más joven que ella.

El consejero del Rey se dirigió a ellas con un trato familiar y les dijo:

--Éste es Aryon, el Alto Administrador de los Graneros del Estado, del que tantas veces os he hablado.

Mog y la otra chica, de nombre Mi Yu, bajaron la cabeza y se presentaron a sí mismas con la delicadeza de los que saben abrir las primeras puertas.

Aryon, que se encontraba algo rígido, lanzó una rápida mirada a las mujeres intentando ver qué había detrás de aquellos rostros que encerraban el enigma de un perfil lunar.

Mog se había peinado con una cola de caballo, algo muy poco frecuente en una *kisaeng*, y llevaba un *hanbok* de color rojo que contrastaba fuertemente con la blancura de su piel.

El consejero del rey, que se sentía como un pez en el agua, pronto tomó las riendas de la conversación y animó a las dos mujeres a hablar sobre el Arte de romper el Silencio, una de las especialidades de las *kisaeng*.

Mog dijo que romper el silencio era como romper un cántaro lleno de agua fresca, y que el truco consistía en recoger los trozos del suelo con gracia para captar la atención de los que quedan apresados en estatuas de piedra.

A continuación, hizo un gesto como si estuviera cogiendo un trozo de cántaro de la mesa y preguntó a Aryon:

--¿Qué crees que es más difícil, romper el silencio o aprender a llorar?

Aryon, desconcertado, hizo una pausa intentando penetrar en la mirada de Mog y respondió:

--Cuando el corazón se rompe una vez, la mano de piedra seca el río del dolor. Es más fácil romper el silencio. El gallo todas las mañanas lo rompe con su canto de sí a la vida.

Mog se quedó pensativa y meditó unos segundos en las palabras de Aryon. Después observó al funcionario y tocó con la intuición los bordes de las sombras que habían empezado a abrirse paso en su alma.

Habló a Aryon de las treinta y dos artes de las *kisaeng*, que deben ser aprendidas a la perfección para sintonizar con el estado de ánimo más complejo, y de lo difícil que era a veces actuar sin ser descubierta.

--Cuando me inicié en el mundo de las *kisaeng* --dijo Mog-- creía que había que estar alegre con las personas tristes para animarlas y mostrarme atrevida con los tímidos, pero pronto me di cuenta de que aquello era un error. Mis maestras me enseñaron a comunicar tristeza a los apagados, silencio a los que no deseaban hablar y canto a los que llevan dentro música. Si no actuamos así en la vida ¿Cómo vamos a acompañar a la gente? Si te muestras feliz con una persona que no lo es, tu vida de *kisaeng* ha terminado.

Mog sirvió a Aryon un vaso de *mákoli* y cambió de conversación con la determinación de acercarse al santuario que todo hombre lleva en su interior.

--Aryon --le dijo con una sonrisa de libertad--, ¿Te acuerdas que hace más de diez años un *hwarang* llamado Kitó se rompió una pierna al caerse de su caballo cuando pasaba cerca de la aldea de Hahoe?

--Claro que me acuerdo --contestó Aryon atrapado por la curiosidad--. Y fue mi padre, médico de profesión, quien le curó. Pasó dos semanas en mi casa y volvió locos a todos los habitantes del pueblo con sus historias fantásticas. Pero ¿Cómo sabes que el *hwarang*, ya no me acordaba de su nombre, fue a parar a Hahoe tras sufrir esa desgracia?

Mog le contó su vida en la *sojae* de Cheju, el triste episodio del bosque de bambú y el feliz encuentro con Kitó, que la rescató de una muerte segura.

--Fue Kitó quien me habló de tu éxito en las competiciones de tiro con arco --dijo Mog, sorprendida de sentir de repente como si hubiera estado al lado de Aryon toda la vida.

Las palabras de Mog golpeaban el corazón de Aryon como si quisieran abrir una puerta que había estado mucho tiempo cerrada. Los labios de la joven tenían la suavidad que desplaza a una roca para que fluya sin obstáculos un fresco riachuelo.

Aryon se vio de pronto libre, unido a una mujer a la que nunca había visto, y sintió como si una mano le diera un cuenco de agua cristalina. Se olvidó durante unos instantes del caparazón de alto funcionario que llevaba a todas partes y su alma hizo un vuelo de paloma estallando en su pecho.

La pared que les separaba hacía unos instantes desapareció como si nunca hubiera existido y vieron, antes de saberlo, que ya se amaban y que nadie ni nada podría interponerse en su camino.

La amargura, que había echado arena en sus corazones, se transformó en un copo de nieve y abrió una nueva flor de loto. El ser humano nace herido por una flecha, como dice un conocido *Sutra*, y sólo se la puede arrancar con el desprendimiento o el amor.

La boda se celebró tres meses después de esa cita. La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el Reino y el mismo Sirie compuso una balada que tituló “El arquero y la rosa de Sharon”, que se hizo popular hasta en las aldeas más apartadas de la isla de Cheju.

Cuando la madre de Aryon, Kim, recibió al mensajero que le comunicó la buena nueva, se desmayó, y estuvo cerca de una hora sin recobrar el conocimiento.

Cuando se despertó, pidió a su marido un vaso de agua y gritó sofocada:

--¡Una *kisaeng* en la familia! ¡No es posible! ¡Prohíbele que contraiga matrimonio con esa mujer!

Shin esperó a que se le pasara el sofoco y, con la perfección taoísta de la tortuga, que sólo se alimenta de su propia respiración, le dijo con absoluta calma:

--No intentes desatar lo que ya está atado. Los dioses ya han hablado. Prepárate, que salimos hacia Hansong.

Aunque para Kim la noticia de la boda de su hijo con una criatura de entretenimiento supuso un jarro de agua fría, más tarde se convenció de que su futura nuera no era una mujer cualquiera. Había oído que hasta los mismos estudiantes de Hansong recitaban los poemas de Mog en las escuelas y que incluso el monarca había alabado su inteligencia.

Poco a poco sus prejuicios sobre las *kisaeng* fueron desapareciendo y, cuando sólo faltaban un par de millas para llegar a Hansong, había cambiado tanto en su forma de pensar que comentaba con una total naturalidad a su marido que las *kisaeng* eran una de las antorchas del Reino y que sólo las mujeres tocadas por los dioses podían entrar en ese círculo de privilegiadas.

--Si logras que una *kisaeng* abandone su mundo, se convierte en la mejor mujer de la Tierra y se despide para siempre de su época de oscuridad --decía Kim constantemente a su marido, recordando ese viejo proverbio.

La ceremonia se celebró en el mismo lugar en donde se había casado Kasan, pero en esta ocasión no hubo la alegría de la vez anterior. El militar no apareció en el templo y el vacío de su ausencia dejó un poso amargo en ese día tan señalado.

El desánimo de Aryon quedó en parte compensado por la presencia de Kunín, Sirie y Park, el carpintero, que charlaban efusivamente entre la primera fila de invitados.

Para Sirie, que había sido informado por Park del repentino amor de la señora Kim por las *kisaeng*, la boda tenía un encanto especial.

Sirie lanzaba fugaces miradas a Kim y observaba con disimulo el serio rostro del médico Shin mientras se acordaba del día en el que le vendó el miembro mutilado, salvándole la vida.

Cuando el funcionario soltó a la pareja de patos salvajes, una lluvia de arroz cayó sobre Mog y Aryon y los novios se abrazaron entre los gritos de los invitados.

Kunín regaló a Aryon un arco forrado con pieles de oso que, según dijo, había pertenecido a un famoso guerrero persa y que había adquirido a precio de oro a un comerciante de Pusan.

Aryon, que no dejaba de pensar en Kasan, le tocó cariñosamente la barriga y comentó que estaba cerca de la iluminación porque se parecía a un elefante embarazado.

En medio de la alegría del banquete, Aryon notó que las sombras le tocaban la frente y que únicamente la mirada de Mog abría un lago en su espíritu.

De vez en cuando miraba a la puerta de la sala con la esperanza de que entrase su amigo y tomó de repente conciencia de que algo en su interior había muerto y de que la gente ya no sonreía con franqueza ante su presencia.

Se acordó que el hombre ve reflejada su imagen ante el espejo de los otros y eso le sirve para saber cuál es el estado en el que se encuentra su alma. El espejo de Kasan se había roto, y Aryon, aunque no quería reconocerlo, empezaba a olvidarse de los rasgos de su auténtico rostro.

Aquella noche, la música y las risas le golpearon como rizos de garras hasta que los invitados desaparecieron, y el negro cabello de Mog brilló como una estrella en el interior de sus sueños.

XXVII

Fue a los dos años y medio del matrimonio de Mog y Aryon cuando las lluvias de la estación monzónica devastaron el país y la capital quedó anegada por los desbordamientos del río Han.

En medio de un verano abrasador, en el que la mayoría de los ríos perdieron su caudal y la gente solamente salía a la calle cuando se ponía el sol, los cielos se abrieron con violencia y descargaron su cólera.

Dragones de viento y agua peleaban en los cielos y en los mares, y pasaban en danzas huracanadas por las aldeas, arrancando de cuajo las chozas de barro y paja.

En el mar, anillos de olas gigantes tragaban pequeñas embarcaciones con sus tripulantes a bordo.

Durante cerca de un mes, cayó un auténtico diluvio sobre el Reino y durante ese tiempo parecía que el sol se encontraba detrás de una cortina de agua.

Hansong ofrecía un aspecto desolador. Caballos muertos flotaban en las calles con los cuerpos hinchados. Cadáveres de hombres, mujeres y niños se descomponían en las charcas bajo la desconcertante mirada de cientos de ratas.

Las zonas más afectadas por el monzón fueron los barrios humildes de la capital, que fueron arrastrados por el lodo con miles de personas que murieron sepultadas.

En cambio, muchas de las casuchas de los Pueblos de la Luna se salvaron, ya que estaban situadas en las partes elevadas de las colinas, donde no llegó el nivel de las precipitaciones.

En los barrios más bajos de la ciudad el nivel de las aguas alcanzó los cuatro metros de altura y en los tejados de las casas se hacinaban multitud de familias con algún animal doméstico que había escapado de la muerte.

En las zonas altas, donde vivían los nobles, los destrozos eran mucho menores, pero el tifón también dejó su patética huella con la aparición de una plaga de ratas que revivió el atávico horror de la especie humana hacia esos roedores, cuando eran animales gigantes que atacaban al hombre prehistórico en las cavernas.

Cuerpos de niños aparecieron comidos por las ratas cerca de las alcantarillas y, por las noches, se oía correr a los animales por los tejados de las viviendas haciendo crujir las paredes.

Durante las tres primeras semanas de la estación monzónica, la ciudad no era más que un lodazal. Ofrecía un espectáculo diabólico y era imposible poner en marcha cualquier operación de rescate de supervivientes. Sólo en la cuarta semana, cuando disminuyó la frecuencia de las lluvias y las aguas comenzaron a retirarse, se movilizó la población.

El gigante de Posingak golpeó la enorme campana de bronce y los ciudadanos de Hansong empezaron a salir de una pesadilla que parecía no tener fin, y pusieron manos a la obra.

El Ejército, la policía y los habitantes de Hansong se lanzaron al trabajo unidos como un sólo hombre y desaparecieron durante unas semanas las jerarquías.

Cuerpos de nobles, altos funcionarios e incluso el mismo Rey, acudieron a las calles encharcadas de Hansong para auxiliar al pueblo y levantar su moral.

El rey Sonjo, acompañado de un ejército de eunucos, soldados y hasta de monjes budistas, que bajaron de las montañas para prestar su ayuda, trabajaba día y noche cargando a los muertos en las carretas y en otras tareas de emergencia.

Filas interminable de artesanos, obreros y mercaderes salían de las zonas inundadas, con calderos de madera llenos de agua que llevaban uncidos al cuello por un palo, y que vaciaban donde podían.

Aryon y Mog formaron una partida con sus criados y amigos, a los que se incorporaron Kasan y su mujer. En medio del dolor, Aryon se sentía con la fuerza suficiente para mover una montaña, trabajando codo con codo con el hombre que había sido para él como un hermano.

Cuando el río Han recuperó su cauce normal y los dioses se calmaron, el rey Sonjo ordenó la celebración de funerales masivos, que se desarrollaron al aire libre porque no había ningún edificio en la ciudad capaz de albergar a tantos huérfanos, viudos y viudas.

Se colocaron doce mil tiras de papel con los nombres de los muertos y desaparecidos, en pequeños altares donde los familiares depositaron tantas varillas de incienso que se creó una espesa nube de humo en el corazón de la ciudad.

Después, el Rey se desplazó al altar de Tangún, encabezando una multitudinaria procesión, y ofreció al Padre de la nación sacrificios de animales y alimentos sagrados para que intercediera ante el Cielo por el regreso a la Armonía.

Cuando terminó de orar ante Tangún, la multitud siguió al monarca hasta la Caverna de los Antepasados, que se encontraba en la montaña más alta de los picos de Pukansansong, para reconciliarse con los espíritus de los muertos.

A la entrada de la caverna, la muchedumbre se concentró alrededor de una sacerdotisa que se disponía a sacrificar un enorme cerdo. El monarca entregó a la mujer un cuchillo que previamente había sido bendecido a los pies de Tangún y, cuando el animal aún estaba vivo, le cortó la cabeza.

A continuación, el Rey levantó la mano derecha haciendo el gesto de “No Temáis” al pueblo y entró con un grupo de dignatarios, entre los que se encontraban Aryon y Kasan con sus esposas, al interior de la cueva para presidir el ritual.

En una mesa baja se colocó la cabeza del cerdo entre bandejas de fruta y jarras de vino, y la sacerdotisa empezó a danzar como si fuera una hija de Shiva hasta que perdió la razón.

Cuando cortó el último hilo que la ataba al mundo terrenal, estableció contacto con los espíritus y penetró en la otra dimensión. Giró con sus espadas hasta que pareció que el pelo le cambiaba de color y puso los ojos en blanco al traspasar la última frontera. Después, se desplomó en el suelo y entró en conexión con los antepasados.

Durante un rato estuvo la sacerdotisa meneando la cabeza con el cabello envuelto en sudor y, a continuación, se quedó inmóvil. Poco a poco los músculos de su rostro se relajaron, y lanzó a los presentes una mirada casi humana.

Con pasos medidos, Sirie avanzó hacia el altar donde se encontraba la sacerdotisa y le entregó conteniendo la respiración una jarra de vino.

La chamán cogió con las dos manos la jarra y la elevó hacia lo alto pidiendo la bendición de los espíritus. Después, con movimientos comedidos desparramó el vino por el suelo y cogió un cuchillo con el que abrió la barriga del cerdo.

En ese momento, el rey Sonjo dio a la mujer un pequeño cofre lleno de monedas de madera y la sacerdotisa restregó el dinero entre las tripas, vísceras y cabeza del cerdo.

Después, la chamán amontonó las monedas cubiertas de sangre junto al altar e hizo una hoguera, tras lo cual, se inclinó para dejar paso al rey. Sonjo colocó las palmas de las manos sobre el fuego e hizo suaves movimientos para elevar el humo de la hoguera hasta la región donde habitan los espíritus. Cuando terminó la

ceremonia, Sonjo salió al exterior de la caverna y el pueblo le recibió con un clamor que retumbó en la bóveda celeste.

Después, la procesión volvió a Hansong partiéndose en latidos de vida bajo el sonar de los tambores. El pueblo había descendido a sus raíces y regresaba la armonía al Cielo y la Tierra. Mog y Aryon acompañaron a la muchedumbre hasta llegar a las puertas de la ciudad y después clavaron las espuelas en sus caballos y cabalgaron en un rápido galope hasta su residencia que, a pesar de haber sufrido graves destrozos en el tejado y en una de sus dependencias, se encontraba en buen estado.

Aquella noche cenaron sólo un cuenco de sopa y se fueron pronto a la cama, como si de repente desearan apartarse de este mundo.

En el lecho, Mog empezó a acariciar la frente de Aryon y le dijo, mientras juntaban sus cuerpos:

--Aryon, ayer tuve un sueño maravilloso: Nada más dormirme, vi que un anciano de barbas blancas me ofrecía una bandeja llena de castañas. Como sabrás, castaña significa varón y, como había muchas, estoy convencida de que será fuerte y hermoso.

Cuando hubo pronunciado esas palabras, la tristeza desapareció de los ojos de Aryon que, al sentir el pecho de su amada envolviendo todo su ser, comenzó a besarla con la ternura del hombre que sabe controlar la pasión.

Sus cuerpos se unieron hasta que palpitaron con un solo corazón y se hicieron el amor con la suavidad del que es capaz de sentir la brisa del alma, hasta que alcanzaron la Unidad.

Después, Mog se quedó dormida abrazada al pecho de Aryon, quien, tras contemplar durante un rato el ingrávido cuerpo de su esposa, que emanaba la escarchada frescura del silencio, fue atrapado por el plomo del sueño y tuvo una espantosa pesadilla.

Soñó que gigantescos luchadores de sumo de más de cincuenta metros de altura aplastaban con sus enormes pies las pequeñas casas de Hansong. Los monstruos escarbaban con las manos entre las ruinas y cogían a hombres, ancianos y niños, y los devoraban con sus espantosas fauces ensangrentadas.

Uno de esos gigantes, que hacía con la mano derecha extraños movimientos, como si quisiera tocar el sol, clavó los ojos en la mansión de Aryon y en ese momento levantó el pie para aplastarla.

Cuando Aryon vio el pie del monstruo a pocas pulgadas de su casa, dio un grito aterrador y se despertó envuelto en sudor.

Mog sintió un rayo en su interior, como si una espada de hielo le atravesara el corazón, y, al ver a su marido con el miedo del que está completamente desnudo, le atrajo contra su pecho convirtiendo sus delicados brazos en dos montañas, y ahuyentó su pesar:

--Cariño, cariño ¿Qué te ocurre? Tranquilízate que estoy a tu lado. No pasa nada.

Aryon, fuera de sí, se abrazó con fuerza a Mog e intentó recordar lo que había soñado, pero tenía la mente bloqueada.

Después, se calmó y le dijo:

--Mog, eres mi diosa. No sabría que hacer sin ti. Sólo en el momento en que llegaste a mi vida empecé...

No tuvo tiempo de acabar la frase porque en ese instante se abrió la puerta de su dormitorio, como si hubiera sido volada por una carga de pólvora, y un criado entró en la habitación chillando como un loco:

--¡Los enanos de la Isla han desembarcado en el sur del país! ¡Los enanos de la Isla han desembarcado en el sur del país!

XXVIII

Sí, era cierto. Ciento cincuenta mil hombres al mando del general Konishi Yukinaga habían desembarcado en la ciudad portuaria de Pusan y avanzaban a

marchas forzadas hacia la capital del Reino. La invasión había sido ordenada por el soberano de Ilbón, Toyotomi Hideyoshi[1], para dar un escarmiento al Reino Ermitaño, que había negado el permiso a las tropas de la Isla para que pasaran por su territorio con el fin de atacar al Imperio del Centro.

Hideyoshi, que no se atrevía a invadir Chung-ku por mar debido a la debilidad de su flota, se encolerizó cuando el Rey Sonjo se mostró fiel a la dinastía Ming, y decidió arrasar las tierras de sus vecinos a los que denominaba despectivamente "los comedores de ajos".

Los ilboneses, equipados con armas de fuego muy superiores a las que poseían los pueblos del continente, se enfrentaron a un ejército desorganizado que tuvo que defenderse en retaguardia y fue fácilmente diezmado. El avanzado armamento de Ilbón había sido introducido en la Isla por hombres del otro extremo del mundo[2] que, además, habían enviado a ese país monjes que profesaban una extraña religión, cuyo dios era un ser famélico clavado en una cruz.

Los bonzos extranjeros se llamaban a sí mismos "Cristianos" y decían que representaban al único dios verdadero, y que todos los demás eran falsos. Esa religión empezaba a extenderse en Ilbón e incluso varios generales la habían aceptado, rechazando sus antiguas creencias. El mismo general Konishi Yukinaga se había cambiado de nombre y era conocido por sus subordinados por el vocablo extranjero de Agustín, palabra corriente en Sabana, país del que procedían gran parte de los cristianos. Junto a Agustín llegaron todos sus aliados y súbditos, muchos de ellos *daymios*[3] cristianos. Señores de la guerra como Arima, Omura, Sumoto y Goto, que se hicieron tristemente célebres durante los años que duró la ocupación.

Al mando de las tropas ilbonesas había también generales budistas, como Toranusuque[4], bautizado a los pocos meses de la contienda con el seudónimo de "El Carnicero". Alarmado ante las primeras noticias de la invasión, el Rey Sonjo envió a su principal ejército para detener el avance enemigo. La batalla se celebró a unas cien millas de Hansong y fue un auténtico desastre.

---

[1] Invasión japonesa de Hideyoshi (1592-1598).
[2] Los portugueses introdujeron las armas de fuego en Japón en el siglo XVI.
[3] *Daymio*: señor feudal.
[4] Toranusuque: general japonés que destacó por su crueldad.

Las tropas reales fueron masacradas y la lucha duró menos de tres horas. Pronto, los soldados de Choson huyeron despavoridos y los isleños hicieron cientos de prisioneros a los que decapitaron, mutilaron o cocieron en agua hirviendo. Tras pasear en su caballo por el campo de batalla cubierto de sangre, Agustín escribió una carta a Hideyoshi en la que le informaba de la espectacular victoria:

> *"Humildemente ofrezco, ésta, a las 13:17 de la luna. A las 24 de la Cuarta Luna enfrente de una fortaleza nos salió al encuentro un grueso ejército de veinte mil hombres procedentes de Hansong entre los cuales había treinta personas en calidad de capitanes. Les di batalla y en brevísimo tiempo y sin dificultad, los desbaraté con muerte de su capitán general y de más de dos mil hombres. Por ser ya boca de noche muchos se fueron huyendo a un bosque cercano y, por eso, no fui a darles alcance, que mucho me ha pesado. Avanzar en el país y destruirlo me será fácil. Espero de su Altísima alteza Quambacu instrucciones."*[1]

Inmediatamente después de la derrota, el Rey Sonjo se apresuró a abandonar su palacio de Hansong y se refugió con su corte en la amurallada isla de Kangwa, al oeste del país, a unas treinta millas de la capital.

Parte de las tropas invasoras se dirigieron al norte, hacia la ciudad de Pyongyang, que opuso una enconada resistencia, antes de caer y ser arrasada por los hombres de Agustín.

En Hansong, tras la huida del Rey Sonjo, se organizó la resistencia al mando de Aryon y de su amigo Kasan.

Lo primero que hizo Aryon al ver avanzar a las tropas enemigas, fue enviar a un mensajero a Chung-ku pidiendo la ayuda de los ejércitos del Imperio del Centro, ya que sólo una intervención de la dinastía Ming podría cambiar el curso de la guerra.

La población civil, armada con cuchillos y utensilios de labranza, se unió al ejército defensor reforzando las líneas militares al pie de las murallas que protegían la ciudad.

[1] Transcripción de la primera carta que envió Konishi Yukinaga a Hoideyoshi.

Aryon desplegó una parte del ejército en el tramo comprendido entre la puerta Norte y Este de Hansong, y Kasan colocó el resto de las fuerzas en el pasillo que unía las entradas Sur y Oeste de la metrópoli.

Doce mil arqueros se situaron en los puntos estratégicos de las murallas y la caballería se apostó en las calles más anchas de la ciudad, donde había el suficiente espacio para maniobrar con rapidez.

En las murallas, las mujeres preparaban las hogueras para calentar el aceite, mientras los hombres cargaban enormes piedras para arrojar desde lo alto a las huestes invasoras.

Toda la ciudad era un hervidero donde bullía la furia contenida del que está a punto de saltar.

Aryon paseaba con aire marcial por el alto corredor de la Puerta Norte, acompañado de su esposa Mog, que llevaba cruzado un arco en el pecho y había adquirido el aspecto de una terrible guerrera.

Mog animaba a los soldados hablándoles de la victoria y les decía con firme voz que las murallas de Hansong eran inexpugnables. Aryon, por su parte, recorría las filas de arqueros y avivaba la llama que les quemaba el pecho.

Cuando los hombres de Agustín empezaron a aparecer en el horizonte, los guardianes de Hansong encendieron las hogueras para comunicar con señales de humo que se acercaba el enemigo, y un silencio, sin miedo, invadió la ciudad.

Las tropas ilbonesas acamparon a tres millas de Hansong y Agustín sacó una enorme bandera blanca, con el símbolo de Amaterasu, la diosa solar, para solicitar una tregua. Después, envió a tres mensajeros hacia la puerta norte de la ciudad para proponer a sus habitantes una rendición negociada.

Aryon fue a recibir a los mensajeros, escoltado por Mog, con la esperanza de que Agustín hubiera recuperado la razón y dejara una salida digna al pueblo de Choson.

El mensaje no podía ser más insultante. En un tono humillante, Agustín exigía la entrega de todas las armas del ejército real y que se le facilitara la travesía hasta las fronteras del norte para invadir el Imperio del Centro. En caso contrario, el general ilbonés amenazaba con pasar a cuchillo a todos los habitantes de la ciudad.

Aryon leyó el mensaje, se lo pasó a Mog y dijo, con la tensión del tigre acorralado que sabe que aún puede descargar terribles zarpazos antes de morir:

--Id y decidle a vuestro general que el pueblo de Choson no tiene miedo a las ratas. Dile a tu jefe que si quiere entrar en Hansong le abriremos con gusto las puertas del infierno.

Después, sacó una daga e hizo un corte en la cara al hombre que le entregó el mensaje.

--Choson –dijo-- así trata a las hienas que se inclinan ante Konishi Yukinaga.

El enviado de Agustín, con más rabia que dolor, quiso desenvainar su espada para matar a Aryon, pero cuatro soldados le agarraron de los brazos, inmovilizándole como si fuera un muñeco. Los otros dos mensajeros fueron desarmados por los soldados que esperaban una orden de Aryon para cortarles el cuello.

Aryon cogió al herido por los pelos y le dijo montado en cólera:

--Habéis entrado en la ciudad de la que sólo salen muertos los enemigos del Reino. Marchaos y decidle a vuestro general que pronto los cuervos sobrevolarán su cabeza.

Después, los enviados fueron montados en sus cabalgaduras y, desarmados y sin honor, salieron galopando entre nubes de polvo.

Cuando Konishi Yukinaga recibió a los tres hombres partidos por la humillación, hundió sus ojos en el odio y convocó a sus generales en su tienda de campaña para lanzar un ataque a la capital de Choson.

Al segundo día de asedio, el grueso del ejército ilbonés comenzó a avanzar hacia la ciudad en medio del tronar de los tambores de guerra.

Aryon y Kasan colocaron al reducido cuerpo de “las lenguas de fuego” en puntos estratégicos entre las líneas de los arqueros, y los mosquetes apuntaron a los Enanos de la Isla, que lanzaban aterradores gritos de combate.

Los pocos cañones de que disponían los defensores, anticuados y casi inservibles, dirigieron sus bocas hacia el centro del ejército invasor, en donde la caballería hacía remolinos en medio del refulgir de los yelmos de los samuráis.

Cuando la infantería ilbonesa estaba a menos de una milla de las murallas de Hansong, Aryon disparó un proyectil de fuego al cielo, y una lluvia de flechas y plomo cayó sobre las primeras filas de los atacantes enemigos. Decenas de ilboneses mordían el polvo mientras el espantoso mar de guerreros se estrellaba como embravecidas olas de toros contra las murallas de la ciudad, por las que los más avanzados intentaban trepar sorteando lenguas de aceite hirviendo.

Los defensores arrancaban con violencia las escalerillas que los enanos de la Isla colocaban en las murallas y los samuráis se despeñaban al vacío abrazándose a la muerte.

Samuráis con la cara abrasada por el aceite y el cuerpo acribillado por las flechas se agarraban a los bordes de las murallas dando espeluznantes gritos antes de desplomarse rebotando entre las piedras. Agustín, montado sobre un caballo blanco a media milla de las murallas, levantaba continuamente la espada, marcando las secuencias de los disparos de los cañones, que vomitaban chorros de fuego intentando abrir algún boquete entre las defensas de la ciudad.

Se levantaron espesas nubes de humo y fuego, y el campo de batalla mostró la siniestra cara del infierno.

Tras cerca de tres horas de combates encarnizados Agustín, al ver que estaba perdiendo más hombres de lo previsto, ordenó la retirada.

Cuando sonaron las trompetas y los enanos de la Isla empezaron a replegarse, la ciudad de Hansong estalló en gritos de júbilo y los hombres y mujeres se abrazaron, rociando su victoria con lágrimas de alegría.

Aryon, subido en lo alto de las murallas, con su arco levantado en la mano izquierda, tocaba con su alma el cielo. Tras lanzar una mirada a los ilboneses, que se escondían como ratas en sus madrigueras, se dirigió a Mog, con una fe absoluta en la victoria, y le dijo:

--Cortaremos la cabeza a la serpiente.

Después abrazó a su amada y le dio un largo y apasionado beso, mientras el pueblo les aclamaba y los guerreros hacían sonar sus escudos con las empuñaduras de sus espadas.

XXIX

Céspedes[1] se movía entre la euforia y la depresión. Se habían disipado las dudas de que Hideyoshi pudiera entrar en guerra con Sabana, lanzando una invasión contra las islas Filipinas, pero por otra, desde que el ejército ilbonés marchó al Reino de Choson acabando con esos temores, se sentía un poco desprotegido con la partida de Agustín, a quien llamaba cordialmente hijo.

De origen humilde, Hideyoshi, denominado sarcásticamente por sus enemigos con el calificativo del “mono coronado”, había convencido a su pueblo de que estaba predestinado a conquistar el mundo, y decía que su nacimiento había sido decidido por los dioses.

Contaba que, pocos días antes de nacer, su madre soñó que el sol descendía del cielo y se introducía en su vagina. Los ilboneses, que piensan que el poder divino procede de Amaterasu, creyeron en él y se lanzaron a una guerra de trágicas consecuencias.

Atrás quedaban los años dorados, como recordaría muchas veces Céspedes, de su predecesor Oda Nobunaga, quien no solamente había tolerado el cristianismo en todos los feudos de su imperio, sino que también había donado tierras a los monjes de Sabana para que construyeran un templo a su dios.

Incluso dos hijos de Nobunaga se habían convertido a la nueva religión, que fue aceptada como una liberación por muchas mujeres de Ilbón.

Oda Nobunaga, que terminó con más de un siglo de guerras feudales, había sido asesinado hacía diez años, y sucedido por el autocoronado Quambacu, distinción que sólo podían utilizar las cinco familias más nobles de Ilbón, Toyotomi Hideyoshi.

[1] Gregorio de Céspedes. Jesuita español originario de Villanueva de Alcardete (Toledo).

Céspedes había escrito numerosas cartas a las autoridades de las Filipinas, especialmente al gobernador Francisco Tello, advirtiéndole de una posible invasión de las islas por parte de las tropas ilbonesas y había pedido ayuda para calmar las ínfulas guerreras de Hideyoshi.

En su desesperación, y para no malograr el avance del cristianismo en Ilbón, había rogado a Tello que enviara un elefante al Imperio del Sol Naciente como regalo para Hideyoshi, ya que en Ilbón jamás se había visto un proboscídeo, y pensaba que un acontecimiento de esa dimensión podría arrancar las simpatías del pueblo.

Las noticias del arribo del San Cristóbal al puerto de Taiza, a treinta millas al oeste de Meaco[1], al mando del capitán Luis de Navarrete, con el elefante dentro, desbordaron todas sus previsiones.

Céspedes se enteró de la buena nueva cuando bautizaba en su humilde casa de Meaco a dos ilboneses, Masami Nomoto y Yoshihiro Hatori, que se habían convertido al cristianismo.

Cuando derramaba el agua sobre la frente de Hatori y pronunciaba: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, un mensajero entró sofocado en la habitación y gritó dando saltos ante el sacerdote.

--¡Ha llegado el elefante! ¡Ha llegado el elefante! ¡Dios ha escuchado tus plegarias y, por fin, vas a poder ganarte a Hideyoshi para tu causa!

Céspedes miró al mensajero, que se hacía llamar Pedro, y le contestó incrédulo:

--No es posible, hijo mío. Tello nunca tomó mi petición en serio.

Pedro, invadido por la emoción, insistió:

--Padre, se ha hecho un milagro, el elefante se acerca a Meaco.

Sí, era cierto. El elefante, de nombre Aníbal, había desembarcado en las playas de Taiza y se dirigía, conducido por un indio, hacia Meaco. En su travesía, iba arrastrando a decenas de miles de ilboneses que incluso habían dejado sus

[1] Meaco: Antiguo nombre de Kioto.

trabajos de labranza para acompañar al animal hasta la gran metrópoli, considerada la más poblada del mundo con sus cerca de ochocientos mil habitantes.

Cuando Aníbal llegó a las puertas de Meaco, con más de cincuenta mil hombres, mujeres y niños pisándole los talones, la ciudad entera fue a recibirle y se armó un alboroto tan espantoso, que varias personas perecieron ahogadas o murieron bajo las patas del animal.

Céspedes, acompañado de Luis de Navarrete y del resto de la tripulación del San Cristóbal, no salía de su asombro con el inesperado recibimiento que había tenido Aníbal.

Los sabanos encabezaban la procesión hacia el palacio de Hideyoshi mientras el indio, con un turbante rojo que parecía echar fuego, intentaba quitarse de encima a los ilboneses que escalaban por las patas del elefante para poder subir arriba.

Al llegar al palacio del Quambacu, la guardia y los cuerpos de samuráis tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para alejar al pueblo del elefante e introducirlo en los jardines del *shogún*.

Hideyoshi se frotó los ojos varias veces para comprobar que no estaba teniendo una alucinación y se puso a dar vueltas alrededor de Aníbal, que parecía mareado después de un viaje tan largo por mar y de las treinta millas que había andado por tierra dejando sin habitantes a todos los pueblos por los que pasaba.

Tras saborear a sus anchas al elefante, que empezó a barritar cuando el *shogún* intentó tocarle la trompa, invitó a los sabanos a un espléndido banquete en palacio para agradecerles el magnífico regalo que le habían traído desde la India.

Céspedes y Luis de Navarrete se sentaron en los lugares de honor junto a Hideyoshi y, antes de empezar el banquete, el capitán del San Cristóbal, en nombre de la corona de Sabana, impuso a su anfitrión el Toisón de Oro.

Hideyoshi, emocionado, no dejaba de tocarse el collar de oro, al tiempo que prometía a Céspedes su ayuda para la propagación del cristianismo en Ilbón.

--Céspedes --le dijo el *shogún*--, cuenta conmigo para que tu misión en Ilbón florezca como las laderas del monte Fuji en primavera.

El jesuita inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y, sin poder ocultar su alegría, contestó:

--Altísimo Quambacu, mi Señor sabrá recompensar tu generosidad.

--Después de una buena noticia, siempre entra un apetito feroz --dijo con una carcajada Hideyoshi, al tiempo que señalaba a sus invitados los suculentos platos que había sobre la mesa.

El plato estrella de la noche eran nidos de golondrinas cogidos del monte Fuji y medusas blancas en salsa picante acompañadas de arroz envuelto en algas.

Mientras Navarrete y Céspedes comían con avidez, el Quambacu llamó a uno de sus sirvientes y gritó:

--¡Pan! ¡Queremos pan, que hoy tenemos invitados de Sabana!

Los sabanos habían sido conquistados por Hideyoshi, que utilizaba todas sus dotes de seducción para complacerles.

Céspedes, que había bebido varios vasos de sake, explicó a Navarrete que los ilboneses ya habían aprendido a hacer pan y que ésa era la única palabra que sabían en su idioma.

Cuando el banquete hubo terminado, Hideyoshi se dirigió en tono de gravedad a Céspedes y le dijo:

--Ya sabes que Konishi Yukinaga está al mando de mis tropas en el reino de Choson. He recibido una carta suya y me dice que conquistará ese país pronto, sin ninguna dificultad. En caso de que no ocurra así, a lo mejor tienes que hacerme un favor.

Céspedes le miró asombrado y preguntó, con un ligero temblor en el labio inferior:

--¿Qué favor, Alteza?

Hideyoshi le dio un golpecito en la espalda y bajó el tono de voz, como si estuviera comunicándole un secreto de Estado:

--Si la conquista del Reino de Choson se demora, sería conveniente que fueras allí a dar los servicios de tu religión a los generales cristianos. Tu presencia levantaría su moral.

Céspedes hizo una sonrisa forzada, intentando disimular lo desagradable de esa proposición, y cerró los ojos, inclinando la barbilla en el pecho en señal de sumisión.

Tras brindar con una última copa de sake recién calentado en un hornillo, se fueron a dar un nuevo saludo a Aníbal, que era aclamado por una multitud a las afueras de los jardines de Hideyoshi.

El jesuita sabano, al llegar a casa, escribió una carta a Tello dándole las gracias por haber enviado al elefante, porque ese regalo, según explicaba, iba a facilitar su misión en Ilbón.

Después, le narró el escándalo que había armado Aníbal a su llegada a Meaco y, tras describirle el descontrolado recibimiento que le hizo el pueblo, concluyó: “Cuando Aníbal llegó a Meaco, cargó allí tanta gente la plaza, por no haberse visto nunca elefante, que murieron siete personas ahogadas.”

XXX

Los defensores de Hansong habían recobrado la confianza en la victoria y creían que pronto el ejército de Agustín se vería obligado a huir con el rabo entre las piernas y regresar derrotado a Ilbón.

Durante trece días consecutivos, las tropas ilbonesas habían lanzado intensos ataques, intentando romper la fuerte resistencia de la ciudad, pero todas las veces habían sido rechazados, dejando en el campo de batalla gran número de cadáveres y heridos.

Bajo las murallas de Hansong, se amontonaban cientos de samuráis con el cuerpo desfigurado por el aceite hirviendo y las cabezas aplastadas por enormes piedras que habían caído sobre ellos como una lluvia infernal.

A pesar de la euforia que recorría Hansong, el balance tampoco era muy favorable para las tropas del Reino. Aryon y Kasan habían contado más de tres mil bajas entre sus filas, y numerosos heridos.

Algunas partes de la muralla habían sido seriamente dañadas y, aunque por las noches toda la población reparaba los destrozos, los cañonazos de los atacantes cada vez encontraban menor resistencia.

Las muertes registradas entre sus filas no habían desanimado a los defensores, todo lo contrario, el valor del pueblo se había acrecentado y, con fuerzas renovadas, mantenían una heroica resistencia.

Los ancianos preparaban las comidas en pequeñas hogueras al lado de las murallas y por las noches vigilaban desde las torres los campamentos enemigos para que los soldados pudieran descansar un rato. Nadie permanecía inactivo en Hansong. Hasta los niños ayudaban a los arqueros a prender sus flechas, que convertían en bolas de fuego.

Mientras Aryon y Kasan recorrían la ciudad para dar ánimos a la población, Konishi Yukinaga descansaba en su tienda de campaña, totalmente despreocupado por el curso de la guerra.

El general ilbonés había seguido una táctica de desgaste y aún no se había decidido a tomar la ciudad en un ataque frontal definitivo. Esperaba el momento en el que los defensores de la capital, confiados y debilitados por el asedio, bajaran la guardia, para aplastarles.

Sentado en su silla de campaña, el general leía el *Manual Samurái del Arte de la Guerra* y había subrayado varios capítulos que hacían referencia a “la victoria sin lucha”, lo que era considerado en Ilbón el Principio Supremo de la sabiduría militar.

El destino estaba a su favor y los vuelos de los pájaros indicaban que ya se aproximaba el Tiempo Propicio, y que sólo tendría que alargar la mano para coger la fruta madura del árbol de la guerra.

Su ejército era muy superior al de Choson y merecía la pena perder a unos cuantos hombres, como carnada, para despertar falsas esperanzas en los soldados de Hansong antes de levantar su puño, que caería como una montaña sobre la ciudad.

Konishi Yukinaga se hallaba de tan buen humor que incluso había invitado a su tienda a sus cinco generales más importantes: Sumoto, Omura, Toranusuque, Arima y Goto, para disfrutar de una función de *buranku*[1].

En un pequeño teatrillo improvisado se escenificó la toma de la ciudad de Hansong. En un bando, se encontraban las tropas de Choson, representadas por un grupo de marionetas que llevaban colgadas al cuello manojos de ajos y, en el otro, los samuráis de Ilbón, que huían siempre ante los defensores de la ciudad porque no podían soportar el olor que despedían. Diminutas lámparas parpadeaban cerca del escenario, proyectando contra el telón de fondo las sombras de los guerreros.

Ante el insoportable olor de los soldados de Choson, el capitán de Ilbón ordenó a sus hombres que se taparan con pinzas las narices porque, decía con un gritillo estridente, ésa era la única forma de escapar a las náuseas y tomar la ciudad con el honor que se merecían los samuráis. Konishi y sus hombres se desternillaban de risa con la estratagema del capitán, y pateaban el suelo cuando los soldados de Choson salían corriendo en estampida dejando el campo cubierto de dientes de ajos, mientras los samuráis, al grito de “muerte al enemigo”, les perseguían con una espada en alto, apretándose con la otra mano la pinza con la que se tapaban la nariz.

Cuando hubo terminado la función, Konishi Yukinaga se dirigió a sus hombres y les dijo:

--Hoy es el día señalado. Hansong verá por última vez la luz del sol. Vamos a lanzar dos ataques. El primero por la mañana, en el que vamos a representar la gran derrota. En el segundo, al atardecer, atacaremos con todas las fuerzas y destruiremos la ciudad. Ha llegado la hora de seguir avanzando en el país y soltar a los tigres de la guerra.

Los generales escuchaban con devoción a Yukinaga mientras sus ojos se abrían como los del tiburón que ha empezado a oler la sangre de su víctima. Yukinaga empezó a andar con las manos entrelazadas por detrás y les explicó en detalle sus planes.

--Tú, Omura[1], que has sido programado por los dioses para que arda todo lo que toques, te encargarás de dinamitar las puertas de la ciudad. Esta vez, no

[1] *Buranku*: teatro de marionetas.

ahorres pólvora, que vuelen por los aires hasta que se claven en las aristas de las estrellas.

El general dio un grito, hincando el mentón en el pecho, y respondió:

--Los dioses de la guerra han escuchado tus palabras. Esta noche celebraremos la victoria en el palacio del rey de los comedores de ajos y si no, córtame la cabeza y entrégasela a mis hombres para que jueguen con ella.

Al concluir la reunión, Yukinaga llamó a un samurái para que le trajera su caballo y salió de la tienda con sus generales para organizar el primer ataque y sufrir la gran derrota.

Las filas ilbonesas se acercaron a la ciudad entre el retumbar de los tambores, dejando en su caminar inquietantes sombras de muerte.

Cuando los ilboneses estaban cerca de las murallas, Aryon volvió a lanzar una flecha de fuego al aire y los defensores de la ciudad respondieron con una lluvia de saetas, piedras y cataratas de aceite hirviendo.

Los ilboneses se despeñaban por las murallas agarrados a las escaleras envueltas en llamas y los samuráis caían en el campo de batalla acribillados por las flechas.

Los cañones de los atacantes volvieron a vomitar metralla, arrancando enormes piedras de las murallas que se resquebrajaban como si un dragón las estuviera golpeando con puños de montañas de granito.

Cuando parecía que las tropas invasoras iban a reforzar su ataque, sonaron los cuernos desde el extremo de la retaguardia y Yukinaga hizo varios gestos con su espada ordenando la retirada.

El enemigo emprendió una huida relámpago y desordenada, y en el interior de la ciudad volvió a oírse un clamor de victoria que llegó hasta el cielo.

Aryon lanzó varias flechas desde lo alto de la muralla y mató a tres samuráis, que cayeron al suelo como golpeados por un rayo.

Después, siguió disparando hasta que los ilboneses dejaron de estar al alcance de sus flechas y desaparecieron del campo de batalla.

---

[1] Omura: “fuego” en japonés.

Cuando el peligro hubo desaparecido, Aryon se reunió con su amigo Kasan y un grupo de generales para hacer ofrendas en el altar de Tangún y encender unas varillas de incienso a sus pies.

Un maestro de ceremonias levantó los brazos ante la imponente estatua del fundador de la nación y le imploró, en nombre de todos sus hijos del Reino, para que intercediera ante el Creador, Hwanín, para que éste diera fuerzas al pueblo y provocara la derrota del invasor.

Después, Aryon miró a su amigo Kasan y le dijo:

--La suerte del Reino ya no está en nuestras manos. Hemos vencido muchas veces a nuestro enemigo, pero siempre regresa con los mensajeros de la muerte. Parece que sus generales cortan tigres de papel en mil pedazos y luego soplan sobre ellos, convirtiéndolos en soldados, como hacían en los tiempos de la luz los capitanes del Emperador Amarillo.

Kasan, que creía en la victoria final, le contestó con firmeza:

--Pronto, Aryon, todo esto no será más que una pesadilla. Si es verdad que tienen tigres de papel que convierten en ejércitos de samuráis, también es verdad que nosotros sabemos cómo utilizar el fuego que los convertirá en cenizas.

Kasan hizo una pausa, vio los ojos cansados de Aryon, que apenas había dormido durante las últimas dos semanas, y añadió:

--Aryon, es malo para un general llevar sobre sus ojos el pantano del cansancio. Si quieres que el dragón que hay dentro de ti siga echando fuego para quemar a los enanos de la Isla, debes ir a descansar un rato. Hoy los ilboneses ya han tenido bastante y, por lo menos, hasta mañana estarán lamiéndose las heridas.

Aryon notaba cómo sus ojos se cerraban ante el peso de sus plomizos párpados. No quería abandonar a sus hombres, pero comprendió que su amigo tenía razón y que era mejor echar una cabezada para regresar con la sangre fresca y renovada al combate.

Se despidió de los generales y se fue a buscar a su esposa, que se encontraba atendiendo a los heridos al pie de las murallas.

Esperó a que acabara de vendar a un hombre la cabeza y, tras ayudarla a colocar al herido en una camilla, le pidió que le acompañara a casa.

Era la primera vez, en dos semanas, que iban a su residencia a descansar. Durante todo ese tiempo habían compartido el suelo donde dormían los soldados y habían llevado una férrea disciplina militar.

Su mansión permanecía casi igual. Todo era bello en su interior pero el espíritu de Aryon y Mog había tocado la Suprema Realidad y era indiferente a los hermosos objetos de que se habían rodeado.

Aryon se sentó en la sala principal de la casa y miró con ojos vacíos las paredes donde se cruzaban sus espadas de siete estrellas y yacían, sin valor, los trofeos con los que había sido reconocido por sus hazañas.

Mog se acercó a él, le acarició el pelo y, cogiéndole de una mano, le llevó al lecho. Aquel día hicieron el amor como nunca lo habían hecho hasta entonces.

Al llegar a la última unidad, sus cuerpos se aflojaron en una extraña ondulación de ternura y libertad, y el mundo dejó de existir durante una corta eternidad.

Al cabo de unas dos horas, las calles de la ciudad empezaron a retumbar como si por ellas pasaran manadas de toros enloquecidos, y Mog y Aryon se despertaron sobrecogidos.

Los ilboneses habían vuelto a atacar. Esta vez con todas sus fuerzas, y parecía que la tierra se abría bajo sus pies.

Aryon y Mog se vistieron a toda velocidad y regresaron a las murallas, que hervían como el agua que salta en los pozos de los volcanes.

Cuando la claridad del día se escondió tras las montañas y un sol rojo como la herida del dios de la No Piedad desparramó una ominosa luz incandescente sobre las murallas de Hansong, saltaron por los aires las puertas de la ciudad y una riada de samuráis rompió el dique de las líneas defensivas.

En las principales calles de la capital se libraron encarnecidos combates que se prolongaron por espacio de tres horas, hasta que la noche abrió su oscura boca de lobo mostrando los fríos y resplandecientes colmillos de la destrucción.

Una claridad abrasadora, procedente de los edificios en llamas, encendía la sangre de los guerreros que luchaban cuerpo a cuerpo a ritmo del corazón del gigante de la muerte.

Aryon y Kasan defendían la entrada del palacio de los Jardines Secretos al frente de cuatro mil hombres.

La caballería del Reino atacó varias veces a las tropas enemigas, causando numerosas bajas, pero pronto, y ante la enorme superioridad de los ilboneses, fue diezmada.

Caballos muertos o heridos formaban un paisaje patético bajo los curvos aleros devorados por las llamas. Las tropas defensoras fueron cayendo como moscas y, cuando vieron que ya no había ninguna posibilidad de victoria, huyeron como liebres acosadas por el dios del fuego.

Aryon y Kasan se internaron en los Jardines Secretos y desaparecieron entre sus laberintos después de dar muerte a varios samuráis. Bajo el pabellón del Dragón Sonriente se reunieron con sus esposas. Kasan y Meun, que llevaba a su pequeño hijo en un cuévano atado a la espalda, huyeron por el pasadizo subterráneo del este mientras que Aryon y Mog escaparon por el del oeste.

--Nos reuniremos en las montañas con la resistencia --dijo Aryon a su amigo Kasan, abrazándole con los ojos anegados por las lágrimas.

Tras andar cerca de dos millas bajo tierra, Aryon y Mog llegaron a las laderas de Pukansansong y ascendieron hasta una aldea de los Pueblos de la Luna. El lugar estaba vacío, todos sus habitantes habían huido y tenía un aspecto fantasmagórico.

Aryon y Mog estaban destrozados, la fuerza les había abandonado y parecían dos sombras arrancadas de la montaña.

Tras explorar un poco la aldea, entraron en una choza maloliente y se acostaron en un colchón infestado de piojos.

Al poco tiempo de quedarse dormidos, la puerta de la choza se abrió con violencia y dos samuráis, que parecían salir del infierno, avanzaron hacia los amantes. Mog se abrazó con fuerza al cuerpo de Aryon y, en ese momento, un proyectil de fuego le atravesó la espalda. La joven emitió un último suspiro, como si su alma abriera una flor hacia lo desconocido, y murió clavando la mirada en los ojos del único hombre que había amado en su vida.

Con el grito de la fiera herida, Aryon se abalanzó sobre un puñal, esquivando el disparo que había hecho el segundo samurái.

El hijo de Choson saltó sobre el hombre que había matado a Mog y le hizo un corte profundo en el cuello, seccionándole la garganta. A continuación, giró como un tigre sobre el otro adversario y le hundió la daga hasta la empuñadura en las entrañas.

Como enloquecido, se puso a acariciar con las manos ensangrentadas a su bella esposa.

--¡Habla, amor mío! ¡Habla! --decía presa del llanto--. Dime que todo es un sueño. Dime que estás viva y que siempre vamos a estar juntos.

En la hermosa espalda desnuda de Mog, blanca como la nieve, crecía una flor roja que goteaba sobre el colchón de piojos.

Con los ojos enrojecidos, Aryon envolvió su cuerpo en una burda tela, sucia y maloliente, y anduvo con su preciosa carga al hombro hasta llegar a un árbol donde hizo una pira para quemar a su amada.

Después, se fue aullando por los sinuosos senderos de la colina como si hubiese perdido la razón, con la oscura marca del hombre a quien sólo la sed de venganza mantiene con vida.

Abajo se veía la ciudad envuelta en llamas. De los Jardines Secretos se elevaban dos enormes columnas de humo que se perdían en un cielo sin estrellas.

XXXI

Con su arco de piel de oso cruzado en el pecho, Aryon cabalgaba hacia las costas del Mar Amarillo. De vez en cuando volvía la mirada hacia la capital, envuelta en una espesa niebla que, por momentos, adquiría un aspecto incandescente.

Desvióse por senderos cubiertos de arboledas y, al atardecer, llegó a una playa desierta donde se detuvo a descansar.

Llegó con su caballo hasta la orilla del mar y se sentó para contemplar el horizonte. Se acordó de la mujer que le había transformado el corazón de piedra en una flor, y una melancolía, más grande que el océano, creció en su interior. Las olas golpeaban sus sienes como poderosos martillos de agua que amenazaban con arrancar su razón y llevarlo al fondo del mar.

Cuando la brisa marina empezó a lavar sus heridas con lenguas de sal, Aryon volvió a montar en su caballo y se dirigió al sur, hacia la localidad de Osan.

En aquellos contornos se había organizado una débil resistencia en las montañas. Campesinos sin ninguna experiencia y soldados sin fe se preparaban para una guerra de guerrillas que se prolongaría por espacio de seis años.

Al anochecer, Aryon divisó varias antorchas que parecían iluminar la entrada de una aldea y avanzó en un galope de seda hacia el lugar.

Cuando llegó a la entrada de la aldea, su caballo se puso de pie sobre las patas traseras y lanzó un relincho que a Aryon le pareció casi humano. Quince monjes budistas, con sus cuerpos carbonizados, aún permanecían en la posición del loto después de haber penetrado, tras inmolarse, en el otro mundo.

Con el corazón en llamas, Aryon penetró en la aldea agarrando con fuerza las riendas de su caballo como si fueran el último hilo que le unía a la vida.

El paisaje era desolador. Todas las casas habían sido destruidas. En las callejuelas vacías había numerosas huellas de caballos y en el aire se masticaba la angustiosa ausencia del cálido palpitar humano.

Entre las chozas calcinadas yacían, entre animales muertos, hombres, mujeres y niños, la mayoría de ellos brutalmente mutilados.

Avanzó hacia el centro del poblado y se detuvo en la plaza. La luna se heló y tocó con sus níveos dedos el pozo de piedra donde se amontonaban numerosos restos humanos. Aryon, con los ojos vidriosos, palpó la espeluznante pila de casi un metro de altura formada por las narices y orejas de los aldeanos, y se desplomó de rodillas en el suelo, golpeando con sus puños la tierra.

Después, sacó la espada como queriéndola clavar en la Luna que bañaba con una luz blanquecina aquel patético montón de carne humana.

Días más tarde se enteró, cuando se unió a la resistencia, de que el pueblo había levantado barricadas para detener el paso a los hombres de Toranusuque y que el general budista había montado en cólera y había ordenado la mutilación de todos sus moradores.

Además, Toranusuque saqueó un pequeño templo budista de los alrededores, le prendió fuego y mandó ejecutar a todos sus bonzos.

El general budista, sin saberlo, había cometido el mayor error de su vida.

La destrucción de ese templo, pronto llegó a los oídos del Abad de la Orden budista de Choeyge, un anciano de setenta años, llamado Lim Ye Si, que había alcanzado la iluminación y había detenido voluntariamente su estancia en la Tierra, retrasando su entrada en el nirvana, para ayudar a los hombres a encontrar el Camino.

Lim vivía en el remoto templo de Heinsa donde predicaba la paz y la No Violencia.

Aunque el venerable solía hablar de la No Acción y de la necesidad de alcanzar el Desapego Supremo para arrancar las tres raíces del dolor[1], debió de recibir una llamada del Buda porque de la noche a la mañana se olvidó de sus antiguas creencias.

Tras enterarse de la muerte de los bonzos a manos de Toranusuque, el abad se encerró dentro de sí mismo en la posición del loto y estuvo durante varias horas sin pronunciar una sola palabra. Sus discípulos pensaban que estaba a punto de abandonar el mundo y que iban a contemplar ese hecho prodigioso.

Al anochecer, abandonó su mente zen, abrió los ojos y preguntó al grupo de bonzos que estaba a su alrededor:

--¿Qué hacéis ahí parados cuando el Reino arde en llamas y el Cielo nos pide que combatamos al enemigo?

A los dos días de que el santón pronunciara esas palabras, poco después de amanecer, a la hora del Tigre, sonaron las campanas de bronce de los más de tres mil templos y capillas budistas de la nación. Desde las regiones del norte fronterizas

[1] Tres raíces del dolor: Ignorancia, avidez y odio.

con Chung-ku hasta la sureña isla de Cheju, se escuchó durante largo tiempo un eco de metal que hizo vibrar la Tierra.

Era una llamada a la guerra. El abad Lim, jefe de la mayor orden budista del Reino, ordenaba a todos los bonzos luchar contra el enemigo.

Veinte mil monjes budistas, la mayoría de ellos expertos en artes marciales y en tiro con arco, descendieron como lobos de las montañas para atacar sin piedad.

Eran hombres recios, acostumbrados a vivir con disciplina en condiciones de extrema dureza. Habituados a soportar en invierno temperaturas de hasta treinta grados bajo cero y a hacer largas caminatas bajo el sol abrasador del verano.

Pronto Toranusuque se encontró con un enemigo inesperado, mil veces más fuerte que los débiles ejércitos del Reino de Choson, que suplicaba la ayuda de la dinastía Ming para escapar de la muerte.

Las hordas budistas se especializaron en las emboscadas y, cada vez que un destacamento enemigo se distanciaba del grueso del ejército, caían sobre él como tigres llovidos del cielo.

Pronto la dinastía Ming envió un ejército de cien mil hombres para auxiliar al Reino tributario de Choson. La llegada de refuerzos levantó el espejismo de una posible victoria y el País de la Calma Matutina se convirtió en un campo de batalla.

Las tropas de Agustín, mejor entrenadas y equipadas con poderosa arcabucería, aplastaron a los ejércitos del Imperio del Centro, que fueron diezmados en una serie de sangrientas batallas y emprendieron la retirada.

La represión de Agustín no se hizo esperar. Tras derrotar a las tropas de Chung-ku, arrasó el Reino Ermitaño.

Los hombres de Toranusuque redujeron a cenizas cientos de pueblos y levantaron pilas de orejas y narices tras mutilar a sus víctimas.

El pueblo empezó a resignarse a la suerte de los vencidos y el miedo introdujo sus sombras en su corazón.

El Reino de Choson necesitaba una victoria. Un triunfo que hiciera daño al enemigo y devolviera a la resistencia su dignidad.

Ésta se produjo al año de la invasión. Tuvo lugar a treinta millas de Inchón, en una llanura conocida con el nombre del Lecho del Dragón.

El general ilbonés Tatsuya Kobayashi se encontraba al frente de quince mil hombres. Por parte de Choson, Aryon y Kasan al mando de diez mil soldados.

La batalla estaba perdida y Aryon lo sabía. Éste, lo único que deseaba era plantar cara al enemigo, causarle el mayor daño posible e iniciar una retirada estratégica.

Aryon colocó tres filas de mil arqueros y mosqueteros a la cabeza del ejército. Después, al grueso de la infantería y, en los flancos, a la caballería.

Kobayashi levantó su espada y los ilboneses comenzaron el ataque.

Cuando se acercaron lo suficiente, los hombres del Reino abrieron fuego y cientos de guerreros cayeron a ambos lados del campo de batalla.

En medio de una nube de polvo y entre el clamor de los soldados, se inició la lucha cuerpo a cuerpo.

Tras dos horas de combate, el ejército invasor se impuso y empezó a causar estragos entre las filas del Reino.

Cercados por los ilboneses, los soldados de Choson caían como tallos de bambú cortados por el filo de las espadas de los samuráis.

Muchos, presa del pánico, empezaron a huir. La caballería de Ilbón perseguía a los fugitivos y les decapitaba a la carrera.

La batalla estaba decidida y Tatsuya Kobayashi envió un mensaje a Agustín que decía: “Nueva victoria en el valle del Lecho del Dragón. Los comedores de ajos huyen aterrorizados”.

Nada más entregar la misiva al mensajero, una flecha se clavó en el ojo derecho del general. Éste, con la saeta hundida hasta el fondo del cráneo, dio varios pasos intentando arrancarse el proyectil con las dos manos mientras sus piernas se arqueaban antes de caer, gimiendo, de bruces en el suelo.

La muerte de Kobayashi produjo un efecto devastador en las tropas de Ilbón. Éstas, sin guía, parecían desconcertadas, como una serpiente a la que acaban de cortar la cabeza.

Sonaron los cuernos y la caballería de Choson entró a la carga. Las cabezas de los ilboneses empezaron a rodar por la hierba y, tras una desordenada resistencia, su ejército inició la retirada.

Aryon había realizado el mejor disparo de su vida. A más de ciento cincuenta metros del general enemigo, había lanzado la mortífera flecha que sobrevoló la caballería ilbonesa y se clavó, con una fatal precisión, en la pupila de Kobayashi.

La alegría del ejército de Choson no tenía límites. Aryon fue llevado a hombros durante más de una milla y desde aquél momento fue bautizado con el nombre de Summong, que significa “el dios arquero”.

XXXII

Tras la batalla del Lecho del Dragón, Aryon fue llamado por el almirante Yi Sun Shin, que había construido su cuartel general en varias islas cercanas a la península de Nambang. Aryon, con un grupo de veinte hombres, entre los que se encontraba su amigo Kasan, acudió a la cita después de atravesar varios bosques controlados por la resistencia.

La entrevista fue inolvidable. El Almirante, nada más ver al joven, le abrazó como si fuera su propio hijo y dijo en voz alta, dirigiéndose a sus tropas:

--Aquí está el hombre que ha hecho morder el polvo a los enanos de la Isla. Que la bendición de Tangún caiga sobre él y sus descendientes.

A continuación, levantó la mano derecha, y tres mil soldados empezaron a golpear los escudos con sus espadas, pronunciando el nombre del héroe. Los hombres del almirante Yi eran los únicos soldados de Choson que creían en la victoria. Para ellos, su jefe era como la reencarnación de un dios invencible que al haber destruido las sombras del miedo se baña en las aguas de la Gran Corriente.

Fue en aquella reunión, celebrada en una tienda de campaña, cuando el Almirante enseñó a Aryon y Kasan los planos del barco-tortuga[1].

--¿Sabéis lo que es esto? --les preguntó Yi con una sonrisa que acabó convirtiéndose en una sonora carcajada.

--No --contestaron sus interlocutores llenos de curiosidad.

--Pero me da la impresión --añadió el dios arquero— de que estás a punto de dar una desagradable sorpresa al enemigo.

--No sólo una sorpresa, Aryon --continuó el Almirante--. Muchas sorpresas. Mis hombres acaban de terminar la construcción de un barco indestructible que hundirá la flota de papel de los enanos de la Isla e impondrá su ley en el mar.

El Almirante se recreó unos instantes observando la cara de los generales, y agregó:

--Venid, que quiero enseñaros a mi querida tortuga.

A continuación, el almirante llevó a los dos amigos hasta el borde de un acantilado y apuntó con la mano a una flota de barcos-tortuga que se mecía tranquilamente en las aguas, entre cánticos de marineros que limpiaban las cubiertas de las embarcaciones.

--Ahí tenéis a mi barco acorazado --dijo el Almirante--. Mañana por la mañana zarparé con una flota de cuarenta unidades hacia las costas de Pusan. En unas pocas semanas el curso de la guerra habrá cambiado. Voy a hacer girar la rueda para que los ilboneses muerdan el polvo y huyan con el rabo entre las piernas.

Aryon y Kasan, con los ojos escarchados por la emoción, hicieron una reverencia ante la imponente figura de Yi y le abrazaron reconociendo en él al salvador del Reino.

---

[1] El almirante Yi Sun Shin, héroe naval de finales del siglo XVI, inventó el barco-tortuga, que consta con el primer acorazado de la historia.

Después, el Almirante y los dos amigos se unieron al grupo de hombres que les había acompañado e inspeccionaron varios astilleros donde miles de soldados construían los temibles buques.

Con la euforia del que ha visto los primeros destellos de la victoria, Aryon pidió al Almirante que les permitiese unirse a su flota pero Yi les miró, visiblemente enfadado, y dijo:

--Vuestro puesto está al mando de la resistencia. El pueblo os necesita en las montañas.

El Almirante reflexionó y agregó:

--No dejéis de golpear al enemigo, pero evitad toda batalla a campo abierto. No corráis riesgos innecesarios, pero tampoco dejéis dormir tranquilo a Agustín. Que empiece a escuchar el silbido de las serpientes en la almohada donde reposa.

Yi dio un golpe en la espalda a Kasan, que le miraba con ojos encendidos como ascuas, y prosiguió:

--Os he mandado venir para que transmitáis el nacimiento del barco-tortuga a vuestro ejército. Muy pronto el mar será nuestro y destruiremos al invasor. Los isleños tienen los días contados.

Al atardecer, el Almirante, Aryon y Kasan se bañaron cerca de la flota y respiraron la victoria entre las olas que emanaban la fresca sonrisa de los delfines.

Después del baño, el Almirante les despidió con una cena de pescado y algas secas en la que se brindó con vino de arroz por el nacimiento del barco-tortuga, hasta que la Luna lamió con su blanca perla el fondo del mar.

A la mañana siguiente, Aryon y Kasan partieron con sus hombres hacia las montañas de Chiri-san, donde se encontraba el núcleo principal de la resistencia.

Durante el camino de regreso a Chiri-san, hicieron varias paradas en campamentos de monjes budistas donde los bonzos practicaban taekwondo y tiro con arco.

Sentados en torno a una hoguera junto al jefe de uno de esos campamentos, Aryon le contó su encuentro con el Almirante y le dijo:

--Somos un pueblo débil, venerable. Durante siglos hemos sufrido numerosas invasiones del Reino Medio, de las tribus del norte, de los tártaros dorados y, ahora, de Ilbón. Pero tenemos algo de lo que los demás carecen. Tenemos ingenio, y ese don que nos dieron los dioses en la época en la que los elefantes se alimentaban de lotos azules y blancos hará que, por medio del barco-tortuga del Almirante, recuperemos la dignidad perdida.

El bonzo movió humildemente las manos, acariciando las llamas de la hoguera, y dijo:

--Sin duda el Sakyamuni se ha reencarnado en la persona del Almirante. El Cielo y la Tierra, que habían empezado a separarse, pronto estarán en armonía.

Cuando Aryon y Kasan llegaron al monte Chiri-san, la noticia del barco-tortuga ya se había extendido por todo el Reino.

El almirante cumplió su promesa. A los pocos días de zarpar de Nambang, se enfrentó a los barcos enemigos a treinta millas de las costas de Pusan. Sesenta barcos de Ilbón fueron destruidos en la batalla naval y la mayoría de los soldados enemigos murieron ahogados o abrasados por las bolas de fuego que salían de las tripas de los acorazados.

A esa victoria le siguieron otras, aún más sonadas, y el Almirante Yi cortó los suministros a las tropas de Ilbón.

La dinastía Ming, animada por el éxito de Yi Sun Shin, envió un nuevo ejército de cien mil hombres que, reforzado con las hordas budistas y la resistencia reorganizada, cayó sobre las grandes ciudades, debilitadas por la falta de provisiones, provocando la retirada de los ilboneses hacia las provincias del sur del país.

La guerra quedó estancada, y comenzaron negociaciones de paz entre Agustín y Yuquequi, enviado del emperador del Reino Medio.

La invasión pasó a una nueva fase. El enemigo se atrincheró en las fortalezas de Comungai, al sureste del país, y en campamentos dispersos por las zonas ocupadas.

Con Yi Sun Shin paseándose por los mares y con la capital recuperada por los ejércitos de Chung-ku, los invasores quedaron atrapados entre dos fuerzas y empezaron a conocer el hambre.

Fue al año y medio de la invasión, cuando llegó al Reino Ermitaño Gregorio de Céspedes. El bonzo sabano había sido enviado a Choson por Hideyoshi para ofrecer sus servicios religiosos a las tropas cristianas de Ilbón.

Agustín, al ver que la guerra se alargaba más de lo previsto, había solicitado al soberano de la Isla la presencia de Céspedes, y el *shogún* pensó que era una buena idea para dar ánimos a los soldados que adoraban al dios de la cruz.

Céspedes llegó al puerto de Pusan con una flotilla de unos cincuenta barcos y fue recibido por Agustín en el mismo embarcadero ante las risas de los soldados budistas, que no comprendían cómo un general tan importante se arrodillaba frente al monje sabano y besaba un crucifijo que llevaba colgado al cuello.

El aspecto de Céspedes era extremadamente raro. Vestía largos faldones negros y no dejaba de ofrecer a su patético dios, que llevaba clavado en una pequeña espada, a los soldados ilboneses que hacían colas para besarle.

El bonzo del oeste pronto ordenó la construcción de una capilla en Comungai donde colocó varias estatuas religiosas traídas de su país, incluso la de un bebé que representaba al dios de la cruz cuando era niño.

Con gran facilidad para las lenguas, Céspedes pronto aprendió el Hangul[1] hablando con los prisioneros, entre los cuales hubo alguno que se convirtió a su religión para escapar a la muerte.

Si aceptaban al Buda de la espada, Agustín les perdonaba la vida, y Céspedes les cambiaba de nombre arrojándoles agua sobre la cabeza.

El tratamiento benévolo que daba Céspedes a los prisioneros contó desde el principio con la desaprobación de Toranusuque, que era partidario de utilizar mano dura con los capturados.

Pronto Toranusuque y Céspedes se convirtieron en acérrimos enemigos y sus enfrentamientos causaron fuertes polémicas entre las fuerzas invasoras que defendían o condenaban al bonzo sabano.

[1] Hangul: lengua coreana.

El monje del oeste, aunque su religión se lo prohibía, odiaba a Toranusuque. La crueldad que manifestaba el general budista con los prisioneros era superior a las fuerzas del bonzo sabano, que había pedido a su amigo Agustín que cesaran las mutilaciones y torturas innecesarias de los cautivos de guerra.

Aunque admiraba y respetaba al sabano, Agustín evitó un choque directo con el general budista, ya que éste, a medida que pasaban los días, gozaba de una mayor protección de Hideyoshi.

El soberano de la Isla había empezado a mirar con desconfianza a los cristianos, a los que acusaba de haber introducido en su país una religión de débiles que minaba la moral guerrera de sus soldados. Además, los emperadores de Sabana tenían la costumbre de enviar primero a sus bonzos, para ganarse las simpatías de los pueblos y, después, a sus ejércitos, que eran tan sanguinarios como los de Ilbón. Pronto Hideyoshi volvió la espalda a los cristianos y, tras tolerarles durante unos pocos años, inició su persecución.

En esa situación se movía Agustín. Por una parte, comenzaba a perder el favor del *shogún* tras los últimos reveses sufridos en la guerra y, por otra, empezaba a ser mirado con desconfianza por su excesivo fervor hacia los cristianos.

Toranusuque, que solía mantener correspondencia habitual con el Quambacu, utilizaba en sus cartas un lenguaje oscuro, intentando degradar a su jefe, y defendía con énfasis que lo que necesitaba el pueblo de Choson era una lección ejemplar para terminar de una vez por todas con los ánimos de resistencia.

El rechazo de Toranusuque hacia el sabano fue creciendo con los días y, si no hubiera sido por Agustín, sin duda habría ordenado a sus súbditos que le cortaran la cabeza. Además, bajo el espíritu religioso de Agustín había un auténtico guerrero que a veces simpatizaba con las masacres de Toranusuque, quien, a pesar de las negociaciones de paz, seguía haciendo incursiones en territorio enemigo.

Durante el año y medio que pasó Céspedes en Choson, empleó la mayor parte de su tiempo en la fortaleza de Comungai, aunque también solía desplazarse a los campamentos desplegados a lo largo del sur del país contando los milagros del Buda de la espada a los cerca de mil soldados cristianos que combatían en los ejércitos de Agustín.

En aquellos días, el monje de Sabana no podía imaginarse que uno de los héroes más grandes de Choson, llamado Aryon, entraría una noche en su tienda y le perdonaría la vida.

XXXIII

Una mañana de primavera, Aryon decidió atacar por sorpresa los campamentos enemigos. Hasta ahora nadie se había atrevido a hacer incursiones en la zona conocida como “La Franja del No Retorno”, cuyo núcleo era la fortaleza de Comungai y, precisamente, en ese lugar, quiso el dios arquero asestar un golpe mortal.

Sus espías habían trazado planos de las posiciones ilbonesas y éstos mostraban que había un punto débil por donde era posible penetrar y golpear al invasor. La operación debía realizarse rápidamente para evitar que llegaran refuerzos de Agustín.

Uno de los campamentos, ocupado por unos dos mil soldados, era vulnerable por la zona norte, rodeada de bosques, desde donde era posible avanzar sin ser visto y atacar una vez llegada la noche.

Aryon hizo llamar a Kasan y a los altos oficiales de su ejército y les expuso el plan.

Tras desplegar sobre una mesa un mapa, Aryon señaló con un puntero las trescientas tiendas de campaña del enemigo y, después, indicó las madrigueras del bosque donde se ocultarían los soldados hasta que llegase el momento oportuno.

Explicó que la operación era extremadamente peligrosa y que, si se torcían los planes, podrían caer muchos hombres.

--No quiero arrastrar a la muerte a ninguno de nuestros hombres --dijo Aryon--, pero necesitamos demostrar a los enanos de la Isla que ya no están seguros en

nuestro territorio y que pueden ser vencidos en cualquier momento. Hacen falta quinientos voluntarios para destruir ese cuartel.

Cuando Kasan pidió voluntarios, los tres mil guerreros de Chiri-san emitieron un clamor que se elevó hasta el cielo, y el ejército, como si fuera un sólo hombre, dio un paso hacia adelante con la determinación de combatir hasta la muerte.

Fueron elegidos trescientos arqueros de élite y doscientos soldados expertos en taekwondo y en otras artes marciales duras.

A la mañana siguiente, partió la expedición al mando de Aryon y Kasan.

Las informaciones de los espías eran ciertas. El bosque era un refugio perfecto y la base enemiga estaba vigilada por una débil guardia que parecía confiada, lejos de sospechar un ataque de los soldados del Reino.

La noche era tranquila. Y los dioses dormían alejados de las preocupaciones de los mortales. Las estrellas brillaban en lo alto y sólo se escuchaban los cantos de las cigarras y los búhos, que parecían alertados ante el peligro que se avecinaba.

Los guerreros, arrastrándose por la hierba con sinuosos movimientos de serpiente, llegaron hasta las puertas del campamento. Aryon y Kasan, a la cabeza de un grupo de diez hombres, se abalanzaron sobre los centinelas, cortándoles el cuello con sus afiladas dagas.

Después, Aryon emitió tres veces el canto del búho y sus soldados empezaron a tomar posiciones cerca de las tiendas, que estaban alumbradas con pequeñas hogueras. A continuación, los arqueros arrojaron una lluvia de saetas de fuego contra el campamento y pronto el lugar se convirtió en un auténtico infierno.

Los soldados de Agustín salían del horno de sus tiendas con el cuerpo envuelto en llamas.

Decenas de samuráis fueron apuñalados en el lecho o encontraron la muerte en los afilados cuchillos que les esperaban a la salida de las cortinas de fuego que envolvían sus tiendas.

Los supervivientes, tras los primeros momentos de desconcierto, lograron organizarse, y se produjo una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo.

Aryon, con su puñal ensangrentado, se acercó a una enorme tienda situada en el extremo oriental del campamento que no había sido alcanzada por el fuego. Parecía la guarida de un jefe enemigo. Presa del odio, se introdujo en su interior con la muerte masticándole la sangre.

El dios arquero se encontró sin adversarios. Sólo halló a un hombre arrodillado al final de la tienda que ni siquiera giró la cabeza para mirarle. El individuo, vestido con un largo faldón negro, musitaba unas palabras ante un ser semidesnudo, cubierto sólo con un taparrabos, que estaba clavado en una cruz.

Parecía un bonzo de otro mundo y daba la impresión de que ignoraba los alaridos de guerra que se escuchaban en el exterior.

Con pasos firmes, Aryon se acercó al hombre y le presionó en la nuca con la punta de su daga. Éste volvió el rostro y, midiendo sus palabras, dijo en un extraño Hangul:

--Estoy preparado para la muerte. No tengo miedo. Avanza y realiza lo que has venido a hacer.

Aryon se quedó helado al ver el rostro de aquel monje de rasgos desconocidos, que atraían y producían rechazo al mismo tiempo, y permaneció inmóvil durante unos instantes dudando si merecía la pena acabar con su vida.

El extranjero era joven y fuerte. Sus modales recordaban a los monjes budistas y se movía con la seguridad de los que han encontrado su centro y superado el miedo a la muerte.

Aryon tuvo un impulso y le miró a los pies. Al fijarse en sus sandalias de cuero pensó, en un instante, que aquel hombre había recorrido medio mundo antes de llegar a La Franja del No Retorno y esa idea le produjo inquietud.

--¿Quién eres y a qué has venido? --le preguntó Aryon sin dejar de amenazarle con su puñal.

Gregorio de Céspedes le apartó la daga con un lento movimiento y contestó:

--Quien a hierro mata, a hierro muere. Yo odio la guerra porque sólo la paz puede traer el amor a los hombres. Yo vengo de Sabana, la nación más poderosa de la Tierra, pero no estoy aquí en nombre de mi emperador, sino para dar a

conocer a los hombres de esta parte del mundo el camino de la verdad que enseñó el único Dios verdadero, Cristo, nuestro Señor.

Después, señaló con un dedo al buda clavado en la cruz y agregó:

--Éste es mi Rey, el Creador del Cielo y la Tierra, aquel que cree en Él, no perecerá jamás. Él es el Señor de la Misericordia que abre las puertas del paraíso a los que siguen sus pasos.

Céspedes miró a Aryon como intentando interpretar que efecto le habían producido sus palabras y añadió:

--Mi misión es hablar del único Dios a los hombres, incluso a los ilboneses que han invadido Choson.

Aryon permaneció en silencio, se acercó al buda de la cruz, que le pareció un ser inofensivo e incomprensible, y dijo al extranjero:

--Por esta vez, tu buda te ha salvado. No confíes demasiado en los dioses para no caer en las redes de la Ilusión y salirte del camino de la Suprema Realidad. Te aconsejo que abandones este país y no regreses jamás.

El bonzo de manto negro se inclinó ligeramente y respondió:

--Ahora que has visto a Cristo, estarás más cerca de la salvación.

Aryon vio que entre los dos era imposible el diálogo y se dispuso a abandonar la tienda.

--Vete, vete de aquí --repitió varias veces mientras se alejaba del bonzo, que había regresado al rincón de donde colgaba, más allá de la comprensión, su dolorido buda.

Afuera seguía la lucha. Los ilboneses habían sido derrotados. Por todas partes se veían samuráis retorciéndose en el suelo y echando sangre por la boca. Las banderas de Amaterasu ardían con las patéticas llamas de la muerte.

Cuando Aryon vio que el enemigo había sido aplastado, ordenó la retirada y sus soldados se esfumaron en el bosque.

A lo lejos se escuchaban los pasos del ejército de Agustín que avanzaba hacia el campamento. Cuando llegó, ya era demasiado tarde. Sólo pudo encontrar los cadáveres de más de mil guerreros, a cientos de heridos arrastrándose en

charcos de sangre y a un grupo de supervivientes alrededor del monje sabano que estaba visiblemente pálido.

Aryon había perdido doscientos hombres. El resto se habían dispersado en el bosque y parecía que se los había tragado la tierra.

Cuando Aryon llegó a su cuartel general de Chiri-san fue informado de que el almirante Yi Sun Shin acababa de destruir una flota ilbonesa de ochenta barcos.

Con el golpe de Aryon y la última victoria naval del Almirante la intranquilidad empezó a reinar en la fortaleza de Comungai. Los hombres de Agustín habían comenzado a racionar la comida y el cansancio era patente en los cuadros del ejército enemigo.

Se habían producido varios amotinamientos en las unidades de Amacusa y Omura, que deseaban volver a casa y acabar con una guerra que parecía no tener fin. Mil quinientos soldados fueron sentenciados a muerte por rebeldía y por desafiar las órdenes del soberano de la Isla.

Gregorio de Céspedes pidió a Agustín que se perdonara la vida a los sublevados, pero éste le dijo que era imposible cambiar su karma y le rogó que regresara a su tienda y rezase a Dios por su alma.

El bonzo sabano, comprendiendo lo inútil de su ruego, escondió la cabeza en su negra capucha y se marchó a hablar con su buda.

El castigo fue ejemplar. Los rebeldes fueron colocados de rodillas en una fila que se perdía en el horizonte y decapitados a golpe de espada. A los cabecillas de la revuelta, oficiales de alto rango, se les concedió el honor de suicidarse y se hicieron el haraquiri al amanecer.

Ese día, Agustín ofreció una recompensa de diez veces el peso en oro del Almirante, al samurái que lograra cortar su cabeza.

Yi Sun Shin se había convertido en una auténtica pesadilla para los ilboneses. Los enanos de la Isla tenían terror a cruzar los mares y encontrarse con los barcos-tortuga.

La fama de Yi Sun Shin había superado los límites de lo humano y el pueblo creía que era la reencarnación de un dios.

En cientos de poblados y caminos se levantaron efigies del Almirante y se hicieron habituales las peregrinaciones de la gente llana a sus santuarios para ofrecer al héroe puñados de arroz que apartaban de sus miserables comidas y encender en los altares varillas de incienso en su honor.

El Almirante se movía con total libertad por los tres mares que bañan las costas de la península y solía hacer escalas en los puertos controlados por Chung-ku y Choson, donde era recibido con los honores de una divinidad.

El Almirante no dejaba de anunciar que el día de la victoria estaba cerca y que pronto los enanos de la Isla serían enterrados en el fondo del mar.

Había ordenado la construcción de más barcos-tortuga y había convencido a los generales de Chung-ku para combinar sus fuerzas en un formidable ataque final contra el enemigo.

Su idea era colocar el grueso de su flota frente a las costas del sur, de espaldas a los ejércitos de Ilbón, y que las tropas aliadas avanzaran contra el invasor por tierra. Los ilboneses, decía, quedarían atrapados entre dos fuegos y no tendrían escapatoria posible.

Aunque los *chung-kus* simpatizaban con su plan, su jefe, Yequequi, decidió continuar con las negociaciones de paz, porque los astrólogos habían dicho que el fin de la guerra estaba próximo. El *I Ching* anunciaba la retirada de los dragones de la guerra y la llegada de los Tiempos Propicios.

--El Cielo y la Tierra pronto estarán en armonía --dijo Yequequi al Almirante en una de sus entrevistas, mostrando un exceso de confianza en las cartas que le habían llegado de Hideyoshi.

Yi Sun Shin, que no se fiaba de los ilboneses ni creía que el destino estuviera fijado en las estrellas, le contestó con firmeza:

--La paz solamente llegará con una gran victoria.

Yequequi se sintió ofendido con la arrogancia del Almirante y dijo en tono amenazante:

--Atacarás cuando yo lo diga, si quieres seguir contando con el apoyo del Reino Medio.

Al cabo de pocos meses, se demostró que Yequequi estaba equivocado y que el Almirante era el único que conocía el curso de la guerra.

Mientras Yequequi esperaba en su cuartel general que el soberano de la Isla le anunciase la paz, se produjo la tercera invasión. Ciento cuarenta mil ilboneses desembarcaron en las costas del sur y arrasaron el país con una crueldad aún mayor que la primera vez.

Los ejércitos de Chung-ku, derrotados, tuvieron que retirarse a las montañas del norte, y los adoradores de Amaterasu volvieron a caer sobre las grandes ciudades, pasando a cuchillo a la población civil y destruyendo los pocos palacios y templos budistas que se mantenían en pie.

Las aldeas volvieron a conocer la muerte y el horror, y los hombres de Toranusuque volvieron a plantar decenas de pilas de orejas y narices cortadas en las plazoletas de los lugares por los que pasaban, para recordar al pueblo lo que le esperaba si se atrevía a levantar las armas contra Hideyoshi.

La masacre vino acompañada de la peste, y la lepra se extendió por las zonas nororientales de la península. Se quemaron grandes extensiones de bosques y los cielos dieron la espalda al pueblo de Choson.

El hambre causó tantas muertes como la invasión, y la resistencia desapareció por un tiempo, hasta que pudo reorganizarse y volver a la lucha.

XXXIV

A los dos meses de la tercera invasión, el almirante Yi Sun Shin volvió a asestar otro golpe mortal al enemigo. Al mando de cincuenta barcos-tortuga atacó y destruyó una flota de cien buques ilboneses, a unas veinte millas de la ciudad portuaria de Ulsan. Después, tuvo la osadía de acercarse a las costas de la Isla, donde arrojó los cadáveres de decenas de samuráis y desapareció como si se le hubieran tragado las aguas.

Sus naves volvieron a patrullar regularmente por los tres mares y cortaron definitivamente todas las rutas marinas. El poderoso ejército de Agustín no sabía cómo romper el bloqueo y sufrió de nuevo la escasez de suministros y los ataques constantes de las hordas budistas y los grupos de resistencia.

Tras otro año y medio de dominio ilbonés de la península, volvió a repetirse la historia de la primera invasión. Llegaron nuevos ejércitos de Chung-Ku, se libraron sangrientas batallas en las que murieron decenas de miles de guerreros y se recuperaron, otra vez, las grandes ciudades.

Nuevamente los invasores se atrincheraron en las fortalezas del sur y volvieron a conocer el hambre y los ataques por sorpresa de los hombres de Aryon.

En una de esas batallas, Kasan murió combatiendo contra un grupo de samuráis. Veinte mil hombres de Agustín luchaban contra otros tantos de los ejércitos combinados de Chung-ku y Choson.

La lucha se prolongó hasta avanzada la noche y no se vislumbraba una victoria clara por parte de ninguno de los dos contendientes. De repente, apareció Toranusuque al mando de diez mil hombres que cayeron como fieras sobre las tropas aliadas, causando una auténtica carnicería.

Kasan, que acababa de matar a un oficial ilbonés, fue rodeado por tres samuráis contra los que peleó como un dragón. Con movimientos rápidos y fulminantes de espada, les hizo retroceder en varias ocasiones. Asestó un tajo en la frente a uno de ellos, que se desplomó sobre un grupo de cadáveres tapándose la herida con las manos. Después, giró a un lado para esquivar los golpes de los otros dos y hundió el filo de su espada en el hombro de un samurái, que cayó a tierra y se retorció como una serpiente mutilada. Cuando iba a rematarle, el tercero descargó su curva hoja en el cuello de Kasan y el héroe hizo un nuboso movimiento como si deseara devolver el golpe, se tambaleó y su espíritu abandonó su cuerpo.

El samurái le cortó la cabeza y la lanzó al aire. Ésta rodó unos metros en la llanura y se detuvo en un charco de sangre.

Al cabo de poco tiempo, Toranusuque ya había controlado la batalla, y los soldados del Reino, desmoralizados, emprendieron la retirada.

Cuando Aryon comunicó a Meung Shin la muerte de su esposo, ésta se desplomó de rodillas en el suelo, se abrazó a las piernas del dios arquero y lloró, maldiciendo al invasor, hasta que se le secaron las lágrimas.

Al día siguiente se suicidó tomando veneno de serpiente, tras matar a su hijo con un somnífero.

Aryon recuperó el cuerpo de su amigo entre los cadáveres del campo de batalla y lo colocó en una pira fúnebre junto a su esposa y su pequeño hijo. Cuando las llamas le arrancaron las más amargas lágrimas que echó en su vida, enterró las cenizas bajo una colina y en aquel lugar clavó su espada y estuvo arrodillado un día y una noche.

Al año de la muerte de Kasan, los ilboneses enviaron una flota de ciento veinte naves con refuerzos para Agustín. El almirante Yi Sun Shin decidió hacerles frente en alta mar y se dirigió a su encuentro con cincuenta barcos-tortuga. Desplegados en forma de herradura, los acorazados avanzaron hacia el grueso de la armada enemiga.

La batalla tuvo lugar en el Mar del Este y desde el primer momento el terror se apoderó de los invasores. Conocían la invulnerabilidad de los *gobukson*[1] y sabían que el Almirante sólo atacaba cuando estaba totalmente convencido de la victoria.

La flota del Almirante se abrió y dividió en diez escuadras formando un círculo alrededor de la armada ilbonesa. Después, atacó frontalmente y del mar surgieron bocas de volcán. Las proas blindadas de los buques-tortuga se hundían en las débiles embarcaciones ilbonesas, partiéndolas en dos.

Las bolas de fuego de los *gobukson* alcanzaron gran número de naves enemigas. A lo largo de una milla se levantaban columnas de llamas y humo de las que se elevaban negras nubes que oscurecían el Sol. Muchos samuráis saltaron al agua para escapar del infierno y murieron ahogados, mientras otros fueron hechos prisioneros por los hombres del almirante.

Tras cinco horas de batalla, los ilboneses habían perdido setenta buques y el Almirante seis. La armada invasora emprendió la retirada hacia la Isla y los barcos-tortuga iniciaron su persecución, con la determinación de aniquilarla.

Fue en ese momento cuando el buque insignia comandado por Yi Sun Shin, se desmarcó del resto de la flota y cayó en una encerrona. Seis naves enemigas viraron hacia el acorazado del Almirante y dirigieron sus proas contra el imponente buque. Las bolas de fuego del *gobukson* alcanzaron y destruyeron tres barcos ilboneses. Después, el morro del quelonio se hundió en un cuarto, haciéndole una grieta de varios metros por la que entró una catarata de agua que llevó a la embarcación y a sus tripulantes al fondo del mar.

Los otros dos barcos ilboneses pasaron al abordaje. Los enemigos lanzaron sus garfios contra la cubierta del *gobukson* y saltaron al navío insignia.

Pronto se inició una lucha sin cuartel en la cubierta, que crujía como si miles de tiburones clavaran en ella sus dentelladas. Era casi de noche y la confusión no podía ser mayor. Por todas partes caían cuerpos muertos y mutilados bajo el chocar de las espadas que echaban chispas plateadas. El enemigo superaba con mucho a los hombres del Almirante, y los guerreros de Choson, poco a poco, fueron aniquilados.

Yi Sun Shin fue el último en morir. Había sido rodeado por un grupo de veinte samuráis y se había encrespado como una ola gigante recién salida del ojo del huracán.

Acorralado, el Almirante había adquirido un aspecto sobrenatural y parecía que de su boca salían bocanadas de aire que se transformaban en tigres de fuego.

El Almirante giraba como si sus movimientos estuvieran poseídos por la danza de Shiva y esquivaba con destellos de relámpagos las afiladas espadas que silbaban sobre su cabeza.

Daba saltos por encima del cerco y caía de espaldas al enemigo hundiendo su arma en la espina dorsal de los samuráis.

Con un tajo certero atravesó horizontalmente los ojos de uno de sus adversarios. Con otra descarga abrió la frente de otro enemigo que arengaba al grupo.

---

[1] *Gobuskon*: barco tortuga.

Se escabulló. Lanzó un puñal que se clavó en la boca de un samurái. Después, mató a otros tres con terribles golpes de taekwondo y se preparó para la lucha final.

La muerte brillaba en los ojos del Almirante y de los guerreros ilboneses. Eran como tiburones que ya han olido la sangre y que ya sólo se mueven por los latidos de su instinto.

El Almirante derribó a otro samurái con un golpe de taekwondo y le cortó la cabeza con su espada, que silbaba como una culebra de luz. Mantuvo a distancia al resto y, cuando se disponía a dar un salto de felino sobre los guerreros ilboneses, un samurái abrió su espada como un abanico de hielo y cortó la mano izquierda del héroe.

El Almirante avanzó con el muñón ensangrentado, dio un grito desgarrador, provocando el retroceso de los atacantes y, con un corte limpio y preciso, seccionó el cuello del hombre que le había herido.

Después, al notar que la fuerza le abandonaba las venas, arrojó su espada contra otro guerrero, que murió intentando sacarse la hoja del vientre.

Yi Sun Shin, desarmado, mantuvo una feroz resistencia con golpes maestros de taekwondo, hasta que un enjambre de armas enemigas le agujerearon el cuerpo.

El Almirante cayó con la mirada fija en los samuráis, que no acababan de creer que el mayor héroe de Choson moría ante sus ojos después de conseguir una de sus grandes victorias navales.

Tras escupir y orinar sobre el cadáver de Yi, los ilboneses le cortaron las orejas y la nariz, y después se llevaron el cuerpo, que sería presentado como regalo a Agustín.

Cuando llegó el resto de la flota-tortuga ya era tarde. La noche ya había descendido sobre el mar y sólo se divisaban puntos de fuego en el agua y tablones a la deriva. A las pocas semanas de la tragedia, los hombres de Agustín capturaron, mutilaron y ejecutaron a la mujer y a los dos hijos del almirante, para escarmiento del Reino.

Con la muerte del Almirante, Agustín reanudó las negociaciones de paz para ganar tiempo, ya que los mares habían dejado de ser peligrosos y se podía pensar

en una invasión continental. Toranusuque había aconsejado al Soberano de la Isla una cuarta invasión y le había prometido que ésa sería la última y que esta vez los ejércitos entrarían victoriosos en la Ciudad Prohibida de Beijing.

Tras un año de espera, en el que no se sabía qué rumbo iba a tomar la guerra, Hideyoshi murió, y las tropas ilbonesas, que deseaban volver a casa, sintieron su fallecimiento como una liberación.

A los dos días de la noticia de su muerte, los ejércitos ilboneses regresaron a Ilbón, después de haber permanecido seis años en el Reino de Choson. Con ellos se llevaron a miles de prisioneros para utilizarlos como esclavos en Ilbón. Cuando el último soldado de Ilbón embarcó, el Ave Fénix apareció en el cielo del Reino Ermitaño y el Sol volvió a brillar.

XXXV

Lo primero que hizo el Rey Sonjo cuando volvió a subir al poder fue ordenar la construcción de templos y estatuas en honor del almirante Yi Sun Shin en toda la nación. El propio monarca se vistió de luto durante tres años y durante ese periodo apenas salió de palacio.

Conmovido por los hechos heroicos de los monjes budistas, dictó decretos permitiéndoles bajar a las grandes ciudades y toleró su doctrina, con lo que los seguidores del Iluminado pronto recuperaron el respeto y prestigio del que gozaron en siglos pasados.

Aryon fue nombrado Alto Inspector del Rey en las provincias de Kyongsang y Tongye. El Alto Inspector del Rey era considerado como el brazo derecho del monarca y en su nombre tenía poder para castigar o premiar a los gobernadores y alcaldes de su jurisdicción.

Aunque al principio estuvo a punto de rechazar el cargo y dedicarse a la búsqueda del Camino, comprendió que en ese momento el Soberano le necesitaba y que había cosas muy importantes que hacer en las arrasadas provincias cuyo gobierno se le encomendaba.

Se instaló en su despacho de Andong y se entregó en cuerpo y alma a las tareas de reconstrucción.

Hizo planes para devolver al campo su antigua productividad y liberó de impuestos a los campesinos. Aún no se había recuperado de la muerte de su esposa y de sus padres, quienes habían perecido ante los hombres de Toranusuque, que destruyeron la aldea de Hahoe a los tres meses de la primera invasión. Al poco tiempo de llegar a Andong, hizo una corta visita al pueblo de Hahoe para ver qué se podía salvar de sus ruinas. Aunque más de la mitad de sus habitantes habían muerto, otros habían logrado escapar y habían regresado tras la retirada del invasor. Muchas casas ya habían sido reconstruidas y en las callejuelas, aparentemente, había vuelto la normalidad. Milagrosamente el alcalde, Numi, había sobrevivido a la masacre de Toranusuque y, aunque recibió a Aryon con una extrema palidez y muy delgado, se notaba que el enemigo no había podido quebrar su fuerza interior.

Tras dar un fuerte abrazo a Aryon, Numi le informó de la heroica resistencia del pueblo ante las tropas de Toranusuque. El dios arquero, al escuchar su relato, sentía cómo el corazón se le encogía y cómo un dolor mil veces más fuerte que el de las heridas producidas por la guerra hacía sufrir a su espíritu.

El alcalde, al notar la tristeza en el rostro de Aryon, se puso nervioso y le preguntó con una sonrisa de máscara:

--¿Sabía, Excelencia, que la *mudang*[1] murió peleando contra un samurái?

--¿Sun? --inquirió Aryon como si hubiera resucitado de repente.

--La misma --afirmó Numi--. Tenía por lo menos ciento veinte años cuando llegaron las hordas de Toranusuque. Éstas, primero incendiaron la aldea y pasaron a cuchillo a sus habitantes. Mientras Hahoe ardía, dos samuráis se acercaron a la choza de Sun que, como sabes, se encontraba a media milla del pueblo, para ver si estaba habitada. Primero entró uno de ellos, espada en mano, y se encontró con la

mudang mirándole a los ojos. Ésta, con un salto de felino, se abalanzó sobre el guerrero, le atenazó con las dos manos el cuello y, el hombre murió de un ataque al corazón. El otro, alertado por los gritos de su compañero, penetró en la choza y cortó de un tajo la cabeza de la sacerdotisa. Dicen que la cabeza de Sun, separada del tronco, siguió hablando y lanzó toda clase de maldiciones contra el samurái.

Cuando Numi concluyó la historia, ambos hombres recorrieron el pueblo para tomar nota de los destrozos. De la antigua carpintería de Park sólo quedaba una pared de barro y unas vigas desplomadas por el suelo. Aryon entró en el taller de su amigo y, conteniendo las lágrimas, se agachó al suelo para recoger unos restos de virutas que se arremolinaban cerca de un taco de madera. Notó como si el alma de Park le observara desde las Fuentes Amarillas y como si las fibras de su corazón se contrajeran en un nudo.

Se guardó las virutas en un bolsillo y dijo mirando al alcalde:

--Pronto recibirás dinero para la reconstrucción de Hahoe.

Después, se despidió del alcalde y regresó a Andong.

En su despacho se apilaban papeles e informes oficiales sobre las necesidades de las provincias. El trabajo era enorme y los recursos limitados. Aryon se pasaba las noches en vela estudiando los asuntos más urgentes y estrujándose la cabeza para encontrar soluciones.

El esfuerzo no era suficiente. Necesitaba dinero. La mayoría de los problemas estaban relacionados con el hambre y la escasez de alimentos, y con la necesidad de poner en marcha planes urgentes.

Fue en uno de esos días, en el que estudiaba la forma de conseguir la mayor cantidad de préstamos posibles, cuando uno de sus ayudantes le comunicó la visita de un extraño personaje que hablaba por los codos y se había negado a revelar su nombre.

--Asegura que conoce a su Excelencia y que desea verle con urgencia. Rehusa identificarse y alega que quiere darle una sorpresa --añadió el funcionario.

Aryon, que estaba cansado y deseaba hacer una pausa en su trabajo, ordenó que le permitiera entrar en su despacho.

---

[1] *Mudang*: sacerdotisa chamanística.

La sorpresa fue total. Kunín, que estaba más gordo que nunca, penetró en la habitación barritando como un elefante y corrió hacia su amigo, que no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

Aryon le apartó un poco para poder contemplar mejor su mole y dijo con la cara iluminada por la emoción:

--La guerra no ha podido quitarte ni una sola libra de peso. En tu cuerpo guardas las suficientes reservas para dar de comer durante un mes a todo el reino de Choson.

Kunín bajó la cabeza con una medida humildad y contestó:

--No me juzgues mal. Soy víctima de una enfermedad que me hace engordar, tanto si me atiborro a comer como si permanezco en ayunas.

Los dos amigos se olvidaron momentáneamente de los horrores de la guerra y recordaron durante horas su época de la infancia, intentando atraer al presente imágenes de un mundo feliz que aún palpitaba en alguna parte oculta de su corazón.

Kunín contó a Aryon que durante la guerra se había encargado de suministrar planchas de metal y madera al Almirante Yi Sun Shin para la construcción de los barcos-tortuga.

El Almirante le había pagado con oro de las ricas minas del norte y el comerciante había amasado una enorme fortuna.

A medida que Aryon escuchaba que su amigo vivía en una montaña de oro, sus ojos se encendían viendo en Kunín el salvador de sus proyectos.

--Kunin --le dijo Aryon--, las provincias han quedado arrasadas. Los arrozales no son más que tierra quemada y los campesinos se mueren de hambre. Necesito urgentemente dinero para sacar al pueblo de la miseria.

Kunín permaneció unos segundos sin pronunciar una sola palabra, miró al techo y al suelo, como si estuviera buscando una salida secreta, y al final dijo en voz baja:

--Si necesitas algo de dinero, podría hacerte un préstamo. Para eso estamos los amigos.

Aryon se acercó a su amigo y le dijo con una sonrisa, pero con firmeza:

--Algo no, Kunín. Necesito mucho, muchísimo dinero y tú eres la persona que nos va a sacar del pantano. El pueblo te adorará.

Kunín comprendió que en ese momento Aryon no le estaba hablando como si fuera su amigo, sino como el Alto Inspector del Rey y, viendo la posibilidad de hacer un nuevo negocio, le respondió:

--Aryon, puedes contar con mi ayuda pero deberías considerar, ya que me vas a dejar sin plumas, la posibilidad de cederme los derechos de exportar *ginseng* a Chung-ku cuando los campos vuelvan a producir.

Aryon, antes de que Kunín lo pensara dos veces, dio un paso hacia su amigo y habló:

--De acuerdo Kunín, la planta de la longevidad será tu recompensa.

Después, los amigos brindaron con vino de arroz por el nuevo trato y Aryon presentó a Kunín a los responsables de su administración como si fuera un héroe que acabara de inmolarse por el bienestar del Reino.

Estos le hicieron una profunda reverencia y dijeron al unísono:

--Que la bendición de Tangún y del cielo caiga sobre el amigo del dios arquero.

Poco a poco las aldeas y los pueblos fueron tomando su aspecto anterior y los canales de regadío volvieron a regar con su agua los agostados campos del Reino.

Las bestias volvieron a arar los campos y los campesinos se reencontraron con la Tierra.

Las campanas recobraron la vida, levantando el vuelo de las grullas reales, y los ríos de nuevo fluyeron mansos como bueyes de agua.

XXXVI

Fue al octavo día del cuarto mes lunar, fecha en la que el Reino celebraba el mil novecientos treinta aniversario del nacimiento de Buda, cuando Aryon decidió dimitir del cargo de Alto Inspector del Rey para dedicarse a la búsqueda del Camino.

Tenía treinta y siete años, y había perdido todo el interés por los asuntos de Estado. Las dos provincias que gobernaba con el rango de virrey ya casi se habían recuperado de los efectos devastadores de la guerra y su espíritu necesitaba un encuentro con la verdad para avanzar hacia el mundo que trasciende a las formas.

Lo primero que hizo aquella mañana fue firmar un decreto concediendo la amnistía a los ladrones y delincuentes que sufrían condena en prisión, con excepción de los criminales, como era habitual en el natalicio del Sakyamuni.

Después, sintiendo el alma más ligera, salió a la calle.

Se detuvo ante grupos de monjes que colocaban guirnaldas de flores sobre los elefantes y dragones de cartón que, montados sobre vistosas carrozas, sobresalían entre la abigarrada multitud.

Atravesó varias callejuelas adornadas con miles de lámparas de papel y llegó hasta la plaza principal de la ciudad, donde los mercaderes habían instalado cientos de tenderetes con pulpo sazonado, pasteles de arroz y cochinillo asado al aire libre.

Con paso firme se abrió camino entre la multitud que no dejaba de aclamarle y subió a la plataforma de madera para dirigirse al pueblo.

--¡Ciudadanos! --dijo a los congregados haciendo un gesto con la mano para pedir silencio-- Hoy es un día en el que no sólo quiero recordar el nacimiento del Buda en los Jardines de Lumbini sino también a los bonzos que dieron su vida durante la guerra.

Cuando pronunció esas palabras, la multitud estalló en “un viva a los bonzos” que llegó hasta el corazón de la Tierra.

Aryon esperó a que se calmaran y continuó:

--Su patriotismo nos llena de orgullo. Su sacrificio jamás será olvidado por el pueblo. Cuando el Reino cayó en una larga y fría noche, los monjes movieron con su sangre las montañas para que pudiéramos volver a ver el Sol.

Después, Aryon cedió el puesto a un monje que hizo una profunda reverencia antes de dar lectura a los textos sagrados.

El bonzo leyó varios *sutras* en los que el Buda recuerda a los seres humanos la necesidad de alcanzar el Desapego Total para arrancar las raíces del dolor.

Recordó que todos los tesoros se encuentran en el interior del hombre y que es ilusoria la búsqueda en el mundo de las formas. A continuación, hizo una pausa y levantó las manos para dar comienzo a la procesión.

Los dragones de cartón se pusieron en marcha y miles de lámparas de papel se encendieron en toda la ciudad para recordar a las sombras que se mantuvieran alejadas porque ése era el día de la luz.

Los monjes abrían el camino esparciendo incienso, y grupos de doncellas arrojaban flores a sus pies.

Después de dar una vuelta a la ciudad, a la hora del Gallo, la cabalgata salió al campo y se dirigió lentamente hacia el imponente buda de piedra esculpido en la montaña, situado a varias millas de Andong. Cada persona llevaba en la mano una lámpara de papel iluminada, símbolo de la sabiduría y misericordia. Miles de lámparas en forma de flor de loto, grullas reales, dragones, tigres y pagodas, refulgían como ojos prestados ese día por los dioses.

Aryon arrastraba un elefante de cartón a la cabeza de la procesión y charlaba animadamente con un grupo de bonzos que marcaba el paso.

Cuando la multitud llegó al templo de Ulsi-san, se enroscó alrededor de la pagoda principal, dio tres vueltas e inició su ascensión a lo alto de la montaña.

Después, el pueblo dirigió sus lámparas hacia la estatua del Buda y entonó cánticos sagrados que se extendieron por varias millas a la redonda.

Se hizo una pausa profunda, y la multitud unió sus voces en una y repitió cien veces:

--Oh Buda, haz que toda esta luz ilumine para siempre la oscuridad de mi mente.

A continuación, la gente se dispersó en pequeños grupos y cada familia hizo una hoguera, alrededor de la cual tomaron una cena frugal y ofrecieron alimentos a los espíritus de los antepasados.

Aryon observaba aquel espectáculo con el corazón dilatado. Cada vez que dirigía su mirada al buda de piedra notaba que algo en su interior se partía y que su yo profundo necesitaba ser rescatado por él mismo. Durante la eternidad de un momento se vio pequeño y equivocado, y sintió como si toda su vida se le escapara entre los dedos de las manos como si sólo hubiera sido arena del mar.

Por primera vez en su vida tuvo miedo. Miedo de haber vivido una mentira y de haber borrado las huellas que indican al ser humano la dirección que marcan sus raíces cósmicas.

Con la sensación de haber visto el frío y vertiginoso rostro del vacío, Aryon se retiró aquella noche a casa como un pájaro herido. Durmió unas pocas horas y se levantó con el corazón rejuvenecido.

Había decidido cambiar de vida y empezar a quitarse de encima las cargas que le hacían mirar hacia atrás en los senderos del Cangrejo de la Ilusión.

Sintiendo una felicidad que no había conocido en años, renunció a su cargo oficial y escribió una carta al Soberano, anunciándole su dimisión.

La respuesta fue rápida y fulminante, el Rey Sonjo rechazaba su dimisión y le ordenaba que se presentase inmediatamente en la corte.

Aryon, palpando en su interior una creciente indiferencia hacia el Rey, le envió otro mensaje en el que decía de forma escueta: “Su Alteza Real Sonjo. Ha llegado un momento en la vida en el que debo someterme a la voluntad del Cielo y a mi karma. Me dirijo al templo de Pulguk-sa para seguir el camino de Buda. Sólo ordenando mi muerte, detendrás mis pasos”.

No hubo contestación del Monarca, que tuvo que ser aplacado por Sirie, a la sazón gran chambelán de la corte, y Aryon inició el viaje hacia el santuario de Pulguk-sa, situado a pocas millas de Kyongju, antigua capital del reino de Shila.

Aryon no tuvo ningún recibimiento especial en el templo. Los bonzos parecían tan fríos y distantes como los cuatro monstruos de madera que guardaban las puertas de Pulguk-sa. Un monje, de cabeza redonda y rostro inexpresivo, le enseñó su celda y le entregó un hábito de color gris.

A los dos días de su llegada, le afeitaron la cabeza y le explicaron cuáles eran sus obligaciones. Debía barrer los aposentos a la hora del Gato y servir el desayuno antes de que empezara la primera sesión de cánticos en la sala de meditaciones.

Al principio, le extrañaba el silencio que reinaba en el lugar, sobre todo en las horas en las que estaba prohibido hablar y los monjes se dedicaban a pasear o se recluían en sus habitaciones. Más tarde, se acostumbró a no comunicar sus pensamientos y aprendió a escuchar.

En su celda había un letrero que le llamó la atención y que decía: “Aprendiendo a escuchar, se abren los oídos. Aprendiendo a ver, se abren los ojos. Aprendiendo a amar, se abre el corazón. Olvida lo que has aprendido, si quieres alcanzar al Gran Despertar”.

Su primera entrevista con el abad del templo, llamado Li Sam, tuvo lugar en el despacho de éste, donde solía recibir a los bonzos o a los novicios que iban a la búsqueda de pistas para avanzar en el Camino.

--¿A qué has venido aquí? --le preguntó Li mientras acariciaba una varilla con la mano derecha.

Aryon reflexionó unos instantes y contestó:

--A aprender, Venerable, a seguir las huellas del Iluminado para intentar salir de la oscuridad.

El abad soltó una carcajada, golpeó con la varilla el suelo y dijo:

--Eso es una estupidez. Cuando se te ocurra una respuesta mejor, vuelve y házmelo saber.

Después, le dirigió una severa mirada y le recriminó en voz alta:

--¡Vete, que me quitas el Sol!

Aryon hizo una reverencia y se marchó desconcertado. Después, se retiró a su celda y se estrujó la mente para encontrar una respuesta que satisficiera al abad. Todo lo que se le ocurrían eran sentencias cultas aprendidas en los libros que había leído a lo largo de su vida o reflexiones que él consideraba profundas pero que intuía que no tendrían el más mínimo valor para Li.

Más tarde, se sintió agotado y se entregó a pensamientos absurdos que fueron utilizados como juguetes inservibles por el mono de la mente. En aquella época no sabía que lo que el ser humano entiende por razón no es más que una lente en donde se refleja la apariencia de las cosas en el mundo de las formas que conforma el Gran Escenario.

En el templo, las actividades comenzaban poco antes de salir el Sol, a la hora del Gato, y los bonzos se retiraban a descansar al atardecer, a la hora del Perro, cuando Aryon encendía las velas del santuario principal donde descansaba el Buda en la posición del loto.

El abad Li solía dirigir las sesiones de meditación tres veces al día. En los intervalos, algunos monjes practicaban taekwondo o se dedicaban al estudio de los textos sagrados. Únicamente unos pocos, que eran mirados con malos ojos, echaban una siesta después de comer, con lo que malograban su disposición mental para la sesión de la tarde.

Al principio, las sesiones de meditación le parecían a Aryon una estupidez. El abad era capaz de contar las travesuras de un gato durante una hora y después hacía preguntas a sus discípulos sobre esta misma historia para comprobar si avanzaban o no en la Montaña del espíritu.

--Si un gato se sube a una estatua de Buda y se dispone a mear sobre su cabeza ¿Que haríais? Espantarle con una piedra, matarlo o dejarlo que haga sus necesidades --preguntó Li en una de esas reuniones.

Un bonzo se levantó y dijo con voz humilde:

--Venerable, yo jamás permitiría que un gato mease sobre la cabeza del Sakyamuni. Le espantaría con cuidado para no causarle daño y luego pediría perdón a Buda por haberlo asustado.

Li dio un golpe con la varilla en el suelo y contestó:

--Respuesta mala, malísima. Piensa en los próximos días en algo mejor y, cuando lo sepas, házmelo saber.

Después, se dirigió a Aryon y le preguntó:

--¿Sabes ya a qué has venido a Pulguk-sa?

--No lo sé --contestó Aryon.

--Eso ya está mejor --comentó el abad--, pero sigue siendo una respuesta muy mala. Cuándo sepas a qué has venido, házmelo saber.

XXXVII

La mente humana es como un espejo en donde se refleja el mundo tal y como es. Si el espejo está sucio, roto o cubierto de barro, las cosas se proyectan deformadas en su superficie y los hombres viven con la ilusión de conocer la realidad.

Los pensamientos, preocupaciones y deseos son como nubes que cubren ese espejo. Sólo los hombres que cortan el curso del pensamiento, aprenden a ver con el Ojo del Dharma[1] y se ponen en contacto con la Suprema Realidad.

Cuando la mente corta el hilo que la ata al león de barbas deslumbrantes, que sólo es feliz cuando observa su rostro en la Laguna de los Deseos, crece en Libertad y se convierte en un espejo cristalino donde la vida, sin nombres y sin formas, se manifiesta en la pureza de su desnudez.

Es el momento de la unión del Niño y del Sabio, que ponen en marcha la rueda del Gran Vacío que gira en la inmaculada dimensión en donde sólo se respira la esencia. El abad Li se presentaba a Aryon con el nombre de “el que Libera las Mentes”, con la espada de la luz que corta las ataduras que obstruyen la visión, y no

[1] Ojo del Dharma: visión suprema de un Buda.

dejaba de envolverle en la red de las paradojas para que descubriera el rostro de su falso yo.

--Aryon --le dijo un día enseñándole una pluma--, ¿Qué es esto?

El aprendiz de bonzo se puso tenso, intentando encontrar la mejor respuesta posible y, tras notar cómo se le agarrotaban los músculos presa del nerviosismo, se dio por vencido y decidió responder con la mayor sencillez:

--Venerable, eso no es más que una pluma.

El abad, que sin ningún esfuerzo había interpretado su energía, descansó en su paz y fluyó estas palabras:

--No Aryon. Sigues preso del nombre de las cosas. Si un niño disfruta bañándose desnudo en un río jugando con el agua como si fuera un pequeño dios, no utilices la razón para decirle dónde está porque, si así lo hicieras, le habrás separado de la esencia y ya nunca jamás volverá a ser libre sumergiéndose como un pez en la corriente. Empezará a preguntarse de qué está compuesta el agua, por qué los peces respiran por branquias y contemplará el río cada vez con más distancia hasta que sólo vea un curso cristalino separado de la Gran Unidad.

Li miró a Aryon con una sonrisa búdica y le preguntó:

--¿Has entendido?

Aryon, que tenía la mente bloqueada, observó al abad y, sabiendo que no podía engañarle, contestó:

--No maestro. Me cuesta comprender. Creo que todavía voy a necesitar tiempo para limpiar la mente y llegar al estado del “no sé nada”. Pero lo voy a intentar. Quiero perder el miedo a mirar en mi interior.

Li sonrió y empezó a jugar con su varilla. Después, golpeó el suelo con ella y continuó:

--La mente humana es como un remero que debe atravesar el río de la vida. Es difícil deshacerse de la barca, porque tenemos miedo a hundirnos y quedarnos en la nada, por eso solamente los generosos y los valientes son capaces de encontrar el Camino. Hay que romper la barca para llegar a la otra orilla.

El abad volvió a golpear con la varilla encima de un montón de libros y se puso a canturrear una canción. Al cabo de unos segundos, dio una palmada y ordenó a Aryon:

--Vete, que me quitas el oxígeno.

Aryon se inclinó con humildad y salió al patio que comunicaba con los aposentos del maestro.

Vaciar la mente, como predicaba Li, era para Aryon el arcano más enigmático de los dioses. ¿Cómo es posible, se preguntaba, quedar suspendido en el vacío sin puntos de referencia y penetrar en la mente zen para observar la realidad con el Ojo del Dharma?

Mil veces se hizo esa pregunta y otras mil sintió la impotencia de sus limitaciones, que le hacían ver lo pequeño que era en un universo sin límites.

Aryon sólo conseguía dejar la mente como adormecida cuando asistía a las sesiones de meditación y eso se debía, creía el aprendiz de bonzo, a la energía especial del maestro, que actuaba como una especie de sedante y paralizaba los pensamientos de sus discípulos.

Cuando en una de esas sesiones, Aryon dijo al maestro que había entendido al Buda y había sido para él una gran revelación captar la esencia profunda de la No Acción, el abad le miró dibujando en su rostro la sonrisa del niño y le preguntó:

--Aryon ¿Qué entiendes por la No Acción?

Tensó Aryon la mente y se dispuso a disparar con la ilusión de dar en la diana.

--La No acción –dijo-- consiste en aceptar la realidad tal y como es, y dejarse arrastrar por la corriente del río de la vida. Es inútil todo movimiento, porque nos saca del vacío total que conduce al hombre a la única libertad posible.

El abad golpeó con su varilla el suelo y echó una carcajada.

--Aryon --explicó dirigiendo una serena mirada a sus discípulos--, no tienes ni idea de lo que es la No Acción. ¿Cómo es posible que la vida del Sakyamuni, Él que puso en marcha la Rueda, estuviera marcada, precisamente, por la acción? El Buda, hasta que cumplió los ochenta años, edad en la que entró en el nirvana, no

estuvo quieto ni un sólo instante. Hasta los últimos días de su vida no dejó de predicar. Extraña era la No Acción del Buda.

El abad hizo una pausa y agregó:

--Cuando sepas lo que es la No Acción, házmelo saber.

Después, se quedó mirando un rato cómo volaba una mosca y dio por concluida la sesión.

Aryon se retiró a su celda, sintiéndose avergonzado, y trató de mirar en su interior para ver si encontraba una de las llaves que abren las puertas del corazón. Luchó durante varias horas contra las sombras y al final, aturdido, se dio por vencido y se abandonó al sueño.

Un día, cansado de no hacer progresos en el sendero del conocimiento, decidió encerrarse en una cueva con la intención de palpar las cadenas que apretaban a su Yo Profundo. Solía alimentarse una vez al día con un pequeño cuenco de arroz y un poco de té que le llevaba un bonzo al amanecer, y pasaba la mayor parte de las horas sentado en la posición del loto.

Al cabo de tres semanas, decidió romper la barca de la mente y hundirse en el fondo del río. Primero, empezó a pronunciar un mantra para cortar el curso del pensamiento. Después, se concentró en el corazón hasta que su espíritu se fundió con él y ambos latieron al unísono. Sus oídos se abrieron adquiriendo la sutil delicadeza de la total percepción, y comenzó a escuchar y a sentir el movimiento de la sangre que fluía acariciando sus venas. Tuvo la sensación de que varias gacelas se acercaban con pasos de seda hasta tocarle con su alma la piel, y su mente empezó a abrirse como si fuera una flor rociada por la brisa fresca de un nuevo amanecer.

Notó como si su espíritu abriera un nuevo ojo y deslizó su mirada en lo más profundo de su ser. Vio en su interior horribles nudos que pugnaban por enroscarse a las puertas de la “no vida” como queriendo matar con el miedo la libertad.

La visión de los nudos comenzó a llenarle de angustia y estuvo a punto de remar con fuerza para llegar a la orilla. Pero se detuvo y decidió llegar al fondo. Volvió a introducir la mente en el corazón y, poco a poco, todo su cuerpo latió llamando a las puertas de su Yo Profundo. Como si una herida se curase de

repente, el corazón empezó a abrirse como los pétalos de una flor, emitiendo un sonido perfumado que llegaba en oleadas a sus oídos, y comenzaron a desatarse los nudos de la muerte que obstaculizan la fusión del interior del ser humano con el cosmos.

Las piernas empezaron a temblarle y la serpiente que duerme en la base de la columna expulsó por fin su fresco fuego, le abrasó los órganos genitales y le abrió un canal de luz en la espina dorsal.

La luz atravesó los canales del Principio y en su recorrido fue transformando los nudos en flores que se abrían poniendo en contacto los centros que llevan al centro del Yo Profundo.

Su energía liberada inundó el perímetro interior de todo su ser y sintió como si una brisa fresca y poderosa le limpiara la nuca y avanzara hasta la coronilla abriendo la flor de los mil lotos. Notó y oyó cómo la masa encefálica se le dilataba y su estado búdico interior entró en conexión con el estado búdico del universo. Había liberado a su Maestro Interior. Había alcanzado un instante de luz en el que sólo era necesario ver para comprender, y la razón había muerto.

Permaneció en ese estado unos segundos, en los que cabía la eternidad, y notó cómo la luz remitía, realizaba el camino inverso y volvía a enroscarse con los círculos de la serpiente cósmica en la base de su columna vertebral.

Cuando regresó a su estado anterior, volvió a sentirse sólo en la cueva y a escuchar las llamadas del mundo.

Descendió la montaña con pasos lentos y armoniosos y se detuvo a la orilla de un río sobre el que se inclinaban plácidamente grupos de sauces llorones.

Deslizó la mirada en la superficie del agua y sus ojos se dilataron con la serenidad del que ha renunciado a la búsqueda. Su mente era un río cristalino que fluía con una paz infinita. Al cabo de un rato, una sonrisa apareció en su rostro y su espíritu empezó a jugar.

Vio cómo un dragón surgía de la corriente y bebía de su mente hasta vaciarla y llenarla de un agua fresca que se desparramaba sobre su corazón, abriéndolo al latido primigenio del universo. El dragón se hacía cada vez más transparente y emitía un suave resplandor que cegaba por completo a Aryon.

El monje hizo un esfuerzo y atravesó la luz que bailaba en las diferentes formas que adoptaba el dragón. Sus movimientos arrastraban a Aryon hacia la gran corriente que marca el pulsar cósmico.

El fabuloso animal se estremeció ligeramente y dejó ver en su interior formas de rostros que vivieron o han de vivir. Sí, era como si en el corazón del dragón se encerrase el enigma de un mundo que sólo puede ser percibido por la intuición.

El rostro del dragón se fue transformando en las caras de todos los hombres y mujeres que había conocido desde su nacimiento, y todas tenían la misma expresión. Vio a Toranusuque, a Kasan, a Céspedes, a su madre Kim, a su esposa Mog... que reían con las chispas de la primera estrella.

Después, las formas desaparecieron y fue surgiendo, poco a poco, la visión del Buda.

Buda reía con su cuerpo de dragón y Aryon reía con su alma, que no era otra que el alma del buda y del propio río.

A medida que el dragón se diluía en el agua, Aryon se diluía en su propia esencia como la flor de loto que abre su boca al Sol.

Permaneció sentado unos instantes sobre una roca y se concentró en el silencio hasta que el zumbido de una mosca le devolvió con su música a la región de los sentidos.

Sintiendo una fuerza extraordinaria en sus piernas, se dirigió feliz al templo de Pulguk-sa. A su llegada, el abad le hizo llamar y le preguntó:

--¿Sabes a qué has venido aquí?

Aryon sonrió, lanzó una mirada a los ojos del abad, que no esperaba una respuesta y, sin decir una sola palabra, se marchó a sus aposentos.

Pasaron diez meses y Aryon seguía tropezando cada vez que intentaba escalar la Montaña de la Verdad, pero había aprendido a reconciliarse consigo mismo y a contemplar la vida con serenidad.

Un día, después de asistir a las sesiones de meditación, contempló desde las terrazas del templo los altos picos donde habitan los inmortales y disfrutó del gozo de su alma, que acariciaba las cumbres nevadas. Se vio con la solidez de la

montaña que por fin ha encontrado su lugar en el mundo y con la fortaleza del que se ha vencido a sí mismo y ha escapado del dolor liberándose de los deseos y de los sentimientos que afligen el corazón.

Con el espíritu apaciguado se retiró a su celda y, tras dedicarse un rato al estudio, se quedó profundamente dormido.

Nada más dormirse, sonaron unos golpes en la puerta y se despertó. Malhumorado, fue a ver quién llamaba a la puerta con tanta insistencia y se quedó petrificado. Su amigo Kunín, gordo como un elefante y con la cabeza rapada, estalló en carcajadas al comprobar su asombro.

Aryon empezó a tartamudear y le preguntó:

--¿Pero qué haces aquí? ¿A qué has venido a Pulguk-sa?

Kunín le respondió con toda naturalidad:

--Ahora que me estoy haciendo viejo deseo hacerme monje y dedicar mi tiempo al Buda. Enséñame el camino de la verdad.

El Rey Sonjo hacía varios años que había muerto, la dinastía Ming florecía en el Imperio del Centro y los enanos de la Isla se mantenían dentro de sus dominios, sin representar una amenaza a los pueblos de Choson.

Otro monarca sucedió a Sonjo. Cuando el nuevo Soberano ascendió al trono, los astrólogos de la corte le advirtieron sobre la hostilidad y espíritu guerrero de los enanos de la Isla, y de la necesidad de construir una flota poderosa para evitar una invasión.

El Soberano desestimó sus consejos, tachándoles de supersticiosos, y se entregó al estudio de los textos budistas y confucionistas, y a ampliar las edificaciones de su palacio de Hansong.